

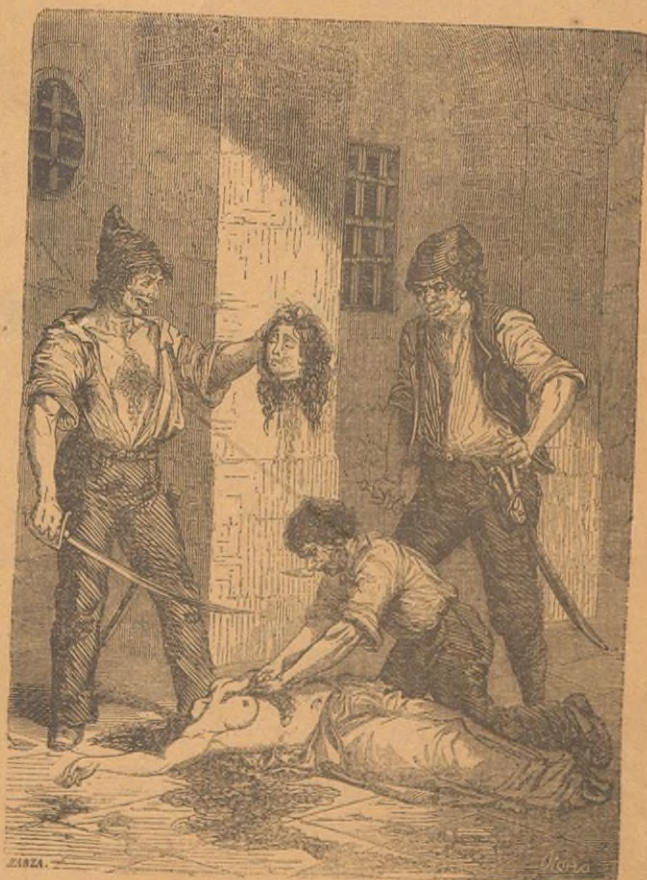
44 rs. EN MADRID Y  
50 en provincias.

*N. 33.*  
*M. G. A.*  
Gran publicacion ilustrada,

LAMINAS A  
dos tintas.

ALEJANDRO DUMAS, PADRE.  
**LA CONDESA DE CHARNY.**

CONTINUACION DE ANGEL PITOU.



**TOMO SEGUNDO.**

MADRID:—1860.

7463  
IMPRESA DE D. BERNABÉ FERNANDEZ Barco, 6, bajo.

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO  
MEXICO

ALEXANDRE DUMAS, PADRE

# LA CONDESA DE CHARNEY.

COMPLETACION DE UNO DE LOS

COMO SEGURO

MEXICO

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO



29-50 bis

N.º 98.

17 Lu. 61.

6.374

ALEXANDRE DUMAS, PADRE.

LA

**CONDESA DE CHARNY.**

REFUNDIDA.

6.374  
20y 1847



1874  
1875

11

CONDERSA DE CHEMISTRY

BRITANNIA

1874  
1875  
1876  
1877  
1878  
1879  
1880  
1881  
1882  
1883  
1884  
1885  
1886  
1887  
1888  
1889  
1890



6.374

**LA CONDESA DE CHARTRE.**

POR

**ALEJANDRO DUMAS, PADRE.**

REFUNDIDA

por

D. J. C.

TOMO TERCERO.



MADRID:

IMPRESA DE DON BERNABÉ FERNÁNDEZ, Barco 6, bajo.  
1860.

LA CONCORDIA DE SUABIA.

por

ALEJANDRO DUMAS, PADRE.

REFUNDIDA

por

D. J. G.

TOMO TERCERO



MADRID

IMPRESA DE LOS HERMANOS PENNANDER, PLAZA D. S. P.

1880



## CAPITULO PRIMERO.

### El entresuelo de las Tullerías.



fin de que el lector esté el corriente de la situación y no ignore ningún detalle, es preciso, ante todo, que venga con nosotros á las Tullerías la noche del 15 de julio.

Tras la puerta de una habitación que daba á un desierto y oscuro corredor, situado en el entresuelo de aquel palacio, veíase en la mencionada noche, á una muger que en pié y temblorosa, se estremecía á cada paso que daba.

Aquella muger—supuesto que no la conocemos—era muy difícil saber quien era, puesto que la misma oscuridad que en el corredor reinaba, hasta en las altas horas del día, nos privan de reconocerla. Añádese á esto que, sea por casualidad ó por premeditación, la mecha del único quinqué que alumbraba la estancia, parecía próxima á extinguirse.

Quién era aquella muger? Maria Antonieta. A quién aguardaba? A Barnave.

Quién hubiera dicho á la hija de Maria Teresa, el día en que

fué consagrada reina de los franceses, que llegaría un momento en que, oculta tras la puerta de la habitacion de una de sus doncellas, temblorosa de miedo y esperanza, aguardaría á un abogado de Grenoble; ella, que hizo esperar tanto á Mirabeau, que no se dignó recibirle mas que una vez?

Pero en honor de la verdad debemos decir, que la reina aguardaba allí por solo su propio interes; en aquella respiracion de vez en cuando suspendida, en aquellos estremecimientos nerviosos, en aquella mano que temblaba al encontrar la llave, el corazon no interesaba para nada; solo interesaba el orgullo.

Y decimos de orgullo, porque no obstante las mil persecuciones de que desde su regreso, fueron objeto Luis XVI y Maria Antonieta, era evidente que se hallaban en salvo y que todo, para ellos se reásumia en esta pregunta: Los fugitivos de Varennes perderán el resto de su poder ó reconquistarán el que perdieron?»

Desde la fatal noche en que Charny dejó las Tullerias para no volver á pisar sus estancias, el corazon de la reina habia cesado de latir. Durante algunos dias, todo le fué indiferente, hasta los mismos ultrajes; pero poco á poco fué reconociendo que en su poderosa organizacion existian aun dos puntos donde se habia concentrado su vida: el odio y la verganza; y se esforzó en dominarse para odiar y vengarse. No se crea que Maria Antonieta quisiera vengarse de Charny ni menos odiase á Andrea, no; cuando pensaba en ellos, la reina se odiaba á si misma, de ella misma se hubiera querido vengar. Aquella muger era demasiado noble para no conocer lo mal que habia pagado los sacrificios que aquellos dos mártires habian hecho en su obsequio.

Oh! si hubiese podido odiarles tal vez se sintiera feliz! Aquien odiaba la reina era á aquellas masas que habian tenido la audacia de tratarla como una fugitiva ordinaria, que la habia insultado y llenado de verguenza.

El **re** que tambien aguardaba á Barnave en la cámara de Mad. Campan, habia sabido que Gilberto habia llegado á palacio y se habia apresurado á recibir á este y dejar á Barnave para la reina, á fin de saber noticias por un doble conducto.



Hacia las nueve y media de la noche resonaron algunos pasos en la escalera; oyóse un hombre que cambiaba algunas palabras con el centinela que estaba inmóvil en la meseta de aquella y, por fin, no tardó en aparecer un joven, en lo último del corredor, vestido con el uniforme de teniente de la guardia nacional.

Era Barnave.

La reina, con el corazón palpitante, como si aquel hombre fuera su amante mas querido, acabó de abrir la puerta; Barnave dirigió una rápida ojeada por todos lados para ver si se le espíaban y se deslizó en el cuarto.

Antes que se oyera una palabra, se oyó primero el ruido que hace al correrse un cerrojo.

Aunque bajo el impulso de dos sentimientos completamente opuestos, aquellos dos corazones latían con igual violencia: el de la reina á la esperanza de que tal vez podría vengarse; el de Barnave á la esperanza de que tal vez podría ser amado.

La reina entró con presteza en la segunda estancia, como si buscara un punto que estuviera alumbrado. Y esto no era porque temiese á Barnave ni á su amor: harto sabia cuán noble y respetuosa era la pasión que en el pecho del joven se albergaba; pero su instinto de muger la hacia buscar la luz. Cuando llegaron á la segunda cámara, la reina se dejó caer en una silla. Barnave se detuvo en el dintel de la puerta y de una sola ojeada examinó la estancia.

Estaban solos: creía que el rey se encontraría allí porque habia asistido en sus dos anteriores conferencias con Maria Antonieta.

Por primera vez, desde su paseo por la galeria del palacio de Bosuet, se encontraba frente á frente con la reina.

Su mano, se colocó, por si misma, en el corazón como para contener sus latidos.

La reina tambien se hallaba extraordinariamente agitada.

—Oh! señor de Barnave, dijo esta, al cabo de cierto silencio os he estado aguardando por espacio de dos horas.

Barnave al oír aquel reproche hecho con un acento tan dulce

que de acusación se convertía en queja, estuvo á punto de arrojarle á sus piés; pero le contuvo el respeto. El corazón algunas veces, es el que dice al hombre que el arrojarse en ciertos momentos á los piés de una muger es faltarla abiertamente al respeto.

—Ay! señora, es verdad, replicó Barnave; pero creo que Vuestra Magestad, estará bien convencida de que esto ha sido contra mis deseos.

—Oh! si, exclamó la reina con un afirmativo y ligero movimiento de cabeza, sé perfectamente que sois uno de los mas acérrimos partidarios de la monarquía.

—Y de la reina, sobre todo, añadió Barnave, he aquí de lo que deseo que Vuestra Magestad se persuada.

—No lo dudo, caballero Barnave.... De modo que no habeis podido venir mas pronto?...

—He intentado venir á las siete; pero al llegar á la puerta de las Tullerías he encontrado á—no sé como ese hombre tiene la audacia de acercarse á palacio—he encontrado á Marat.

—A Marat? repitió la reina, como si buscara en su memoria aquel nombre. No es un periodista que escribe contra nosotros?

—Y contra todo el mundo, señora. Sus ojos de víbora me han seguido hasta que la puerta de los fuldeuses me ha ocultado... Al pasar por aqui ni tan solo he tenido atrevimiento para mirar vuestras ventanas. Afortunadamente en el puente real he hallado á Saint-Prix.

—Saint-Prix? Que clase de hombre es este? preguntó la reina con el mismo desden que habia empleado al hablar de Marat. No es un comediante?

—Si, señora, un comediante, respondió Barnave; pero que quereis! es uno de los distintivos de nuestra época: cómicos y periodistas! son gentes esas de la cual nadie hacia caso: pero actualmente tienen su influencia, giran en un círculo propio, obran segun su inspiracion, pudiendo,—como ruedas de la gran máquina cuya rueda catalina es el trono—pudiendo hacer el bien, pudiendo



hacer el mal... Saint-Prix, por ejemplo, ha enmendado lo que Marat había hechado á perder.

—Y como ha sido?

—Saint-Prix vestia de uniforme. Os advierto, señora, que yo le conocia mucho; me he acercado á él y le he preguntado en que punto estaba de guardia; contestóme, por mi buena suerte, que en palacio: sabia que podia fiar en su discrecion y le he dicho que tenia la honra de que vos me concediais una audiencia.

—Oh! señor de Barnave!

—Valia mas renunciar.....

Barnave iba á decir á la *dicha*; pero conteniendose prosiguió:

—Valia mas renunciar al honor de veros y dejaros ignorar las importantes noticias que vais á saber?

—No, contestó la reina, obrasteis como debiais. Pero creeis que podeis fiaros de Saint-Prix...

—Señora, replicó con gravedad Barnave, los instantes son supremos, creedlo; los hombres que os quedan os son verdaderamente fieles.

—Teneis razon, dijo la reina exhalando un suspiro. Y deciais que Saint-Prix.

—El señor de Saint-Prix, señora, me ha dicho que daba la guardia en las Tullerías desde las nueve hasta las once, que procuraria hacerla en el entresuelo y que, en el espacio de estas dos horas Vuestra Magestad tendria la libertad mas completa para darme sus órdenes... unicamente me ha dado el consejo de que vistiese el uniforme de la guardia nacional, lo cual, como puede ver la reina, he seguido al pié de la letra.

—Y habeis hallado á Saint-Prix en su puesto?

—Si señora... y por cierto que para obtenerlo ha regalado dos billetes de teatro al sargento de su compañía... Ya veis, señora continuó Barnave sonriendo, como la seducción no es difícil.

—Marat... Saint-Prix!.. dos billetes para el teatro! murmuró la reina lanzando una mirada en el abismo de donde brotaban aquella especie de acontecimientos que no por ser pequeños dejaban de envolver su destino.

—Oh! señora! es extraño, no es verdad? A esto nuestros antepasados lo llamaban fatalidad: actualmente los filósofos lo apellidan azar, pero nosotros los creyentes lo debemos llamar Providencia.

La reina cogió un rizo de sus hermosos cabellos que vagaba por su garganta y replicó:

—Si, es cierto; pero esto ha hecho encanecer mis cabellos.

Luego volviendo á entablar la conversacion anterior abandonada un instante por el lado vago y pintoresco, exclamó:

—Pero yo creia que hoy habiamos obtenido una victoria en la Asamblea?

—Si, señora, hemos obtenido una victoria en la Asamblea; pero acabamos de sufrir una derrota en los jacobinos.

—Dios mio! Dios! Yo no comprendo esto. Creia que los jacobinos eran vuestros, de Duport y de Lameth, que les teniais en el puño, que haciais lo que de ellos queriais? Y Danton es de nuestro partido?

—No, señora.

—Pero yo creia que este hombre era nuestro?..... El señor de Montmorin me habia hablado de cierto cargo de consejero vendido ó comprado—no recuerdo bien—por este hombre, lo cual le hacia declarar en favor de nuestro partido.

—El señor de Montmorin se ha engañado; si Danton fuera partidario de alguien lo seria del duque de Orleans.

—Y Robespierre ha tomado la palabra? Se dice que empieza á ejercer una grande influencia.

—Si, Robespierre ha hablado; pero no en favor nuestro.

—Pero sin embargo, seria preciso tener de nuestro partido á Robespierre ya que tanta importancia ha adquirido.

—No se conquista tan facilmente á Robespierre, señora este hombre se pertenece á si mismo, cultiva una idea, una utopia, tal vez de un fantasma, tal vez alimenta una ambicion.

—Pero en fin, sea cualquiera, nosotros podemos satisfacer esta ambicion. Suponed que quiera ser rico...

—No quiere ser rico.



—Entonces querrá ser ministro?

—Tal vez quiera ser algo mas.

La reina miró á Barnave con cierto espanto.

—Me parece sin embargo que el desempeño de un ministerio es el cargo mas elevado á que puede aspirar cualquiera de nuestros súbditos. Entonces que ambiciona?

—Existen ciertos momentos, señora, en que los hombres cuestan en nuevos títulos políticos, que segun ellos deben suceder á los que actualmente existen.

—Si, comprendo que el duque de Orleans sueña en una regencia, por que su cuna le destina á tan alto punto. Pero el señor ce Robespierre... un abogadillo de provincias...

La reina olvidaba que Barnave era tambien un abogadillo de provincias.

Sea que el golpe no le hubiese hecho mella, sea que hubiese tenido la valentia de sufrirlo y ocultar su dolor, lo cierto es que Barnave continuó impasible.

—Mario y Cromwell no eran de elevada cuna, replicó.

—Mario!... Cromwell!... Ah! cuando en mi infancia oia pronunciar estos nombres, no me cabia duda de que algun dia debian zumbar en mis oidos de una manera tan fatal como terrible!... Pero veamos; nos apartamos del terreno de los hechos, para lanzarnos en el de las apreciaciones; Robespierre, deciais, no es nuestro?

—No, señora.

—Pero, Dios mio, que harán pues nuestros amigos los constitucionales?

—Ah! helo ahí; lo que harán, señora, será jugar el todo por el todo.

—Pero no pueden continuar en los jacobinos?

—Vuestro admirable conocimiento de los hombres y de las cosas, señora, os hace ver la situacion tal cual es... Si: capitaneados por Duport y Lametk, vuestros amigos acaban de separarse de vuestros enemigos. A los jacobinos oponen los fuldenses.

—Y quienes son los fuldenses? Perdonad caballero; pero apenas

comprendo nada. Cada dia entran tantos nombres y tantas palabras nuevas en nuestro lenguaje político, que os estoy molestando á preguntas.

—Señora, los fuldenses constituyen una sociedad que se reúne en aquel grande edificio que está cerca del picadero. La Asamblea la apoya.

—Y quien de esa sociedad es partidario nuestro?

—Lafayette, es decir, la guardia nacional, y Bailly que es lo mismo que si dijéramos el Ayuntamiento.

—Lafayette!... Lafayette!... Y creéis que podemos contar con ese hombre?

—Creo que es uno de los mas sinceros partidarios del rey.

—Si, le quiere como á la encina la yedra, es decir, para derribarle. En cuanto á Bailly, pase; ninguna queja tengo de él; pero Lafayette!...

—Vuestra Magestad tendrá ocasion de juzgarle.

—Si, es verdad, replicó Maria Antonieta con tristeza... y sino ahí está Versailles... pero á que recordarlo? Volvamos á nuestro club; que hará? que propondrá? cual es su influjo?

—Poderoso, señora, puesto que dispone á un mismo tiempo, segun á Vuestra Magestad decia, de la guardia nacional del ayuntamiento y de la mayoría de la Asamblea que votará con nosotros. Quien votará con los jacobinos? Cinco ó seis diputados; Robespierre, Pethion, Lacroz, el duque de Orleans que constituyen un conjunto heterogéneo y que capitanearán, una turba de intrusos y de alborotadores que meterán mas ruido que no ejercerán una verdadera influencia.

—Dios lo quiera, caballero: y que piensa hacer entretanto la Asamblea?

—La Asamblea, desde mañana piensa amonestar con alguna energia al alcalde de Paris por su vacilante y negligente conducta. De ahí resultará que mañana el buen Bailly, un tanto amostazado por la repulsa que piensa dirigirle la Asamblea, resultará, que en lo sucesivo obrará tal como á nuestros fines conviene.



En aquel momento, que eran las once menos cuarto, el centinela tosió.

—Si, si, murmuró Barnave, no lo ignoro; ya es hora de que me retire; y sin embargo me parece que aún tengo que decir mil cosas á Vuestra Magestad.

—Y yó, señor de Barnave, repuso Maria Antonieta, tengo que deciros que estoy profundamente reconocida á vos y á vuestros amigos por los peligros que en mi obsequio habeis arrostrado.

—Señora, contestó Barnave, el peligro es un juego en el cual siempre gano; salga vencedor ó vencido, siempre quedo ganando con tal de que la reina me premie con una sonrisa.

—Ah! caballero! he olvidado ya el sonreir; pero haceis tanto por nosotros que procuraré acordarme de la época en que era feliz y os prometo que entonces mi primera sonrisa será para vos.

Barnave se inclinó y llevó la mano á su corazon como para calmar sus latidos.

El diputado salió. La reina, pensativa, subió al gabinete de su esposo que encontró tan pensativo como ella.

El doctor Gilberto le acababa de dejar y le habia dicho, poco mas ó menos, lo que Barnave á la reina.

No tuvieron mas necesidad que mirarse mutuamente para conocer que, de una y otra parte, las noticias eran fatales. El rey acababa de escribir una carta que presentó á la reina sin decir una palabra. A aquella carta iban unidos unos poderes estendidos á favor de su hermano, el infante, para que solicitara, en nombre del rey de Francia, la intervencion del emperador de Austria y del rey de Prusia.

—Ya que vuestro hermano tiene la confianza del rey, tiene tambien la mia, exclamó la reina.

Y salió del gabinete.

La conversacion habida entre la reina y Barnave, dará á nuestros lectores, una exacta idea de la situacion en que se hallaban los partidos en 15 de julió de 1794; los nuevos jacobinos sustituan á los viejos mientras que estos creaban el club de los

fuldenses, y los franciscanos representados por Camilo Desmoulins Danton y Legendre, se reunian con los nuevos jacobinos, mientras que la Asamblea, partidaria de la monarquía constitucional, estaba decidida á mantener su rey á la nacion.

Que habia sucedido en el espacio de tiempo que medió entre la entrevista de la reina con Barnave, protegido por el comediante Saint-Prix, y el momento en que vamos á penetrar en casa de Mad. Roland? Vamos á decirlo en muy pocas palabras. Durante la conversacion de Maria Antonieta con Barnave, tres hombres se hallaban sentados al rededor de una mesa con recado de escribir. Aquellos tres hombres se llamaban Danton, Laelos y Brissot.

Danton no era hombre muy á propósito para aquella especie de asociacion. Su vida, que se deslizaba, en la agitacion y los placeres, hacia que aguardase con impaciencia todas las resoluciones de los comités en que figuraba.

No es extraño, pues, que, á los pocos instantes de hallarse reunido con Brissot y Laelos dejara á estos que redactaran una protesta que al dia siguiente trataban de llevar al campo de Marte.

Laelos le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido:

Luego arrellenándose en su sillón y dejando caer la pluma:

—A fe mia, querido Brissot, exclamó, redactad esto como mejor os parezca, por lo que á mi toca no quiero escribir una línea. Ah! si se tratara de escribir una continuacion de *Lazos peligrosos* yo os prometo que emplearia mis cinco sentidos; pero una peticion, continuó con desdeñoso acento, una peticion me enoja horriblemente.

Brissot, al contrario, era el hombre mas á propósito para esta especie de escritos. Convencido de que nadie como él redactaria tan bien la protesta, aceptó la dimision de Danton y Laelos. Este, se acomodó en su sillón como si quisiera dormir.

A medida que Brissot escribia lo leia á su compañero y este lo aprobaba con un ligero movimiento de cabeza ó murmurando alguna frase de aprobacion.



Eran las doce de la noche.

En esta misma hora dos hombres sentados alrededor de una mesa de una taberna de Gros-Cailion, daban, vaciando una tercera botella, la última mano á un extraño proyecto. Estos dos hombres eran un peluquero y un inválido.

—Ah! qué ocurrencia teneis Lajariete, decia el inválido, acompañando estas palabras con obscena y estúpida risa.

—Pues? ya comprendisteis, no es cierto replicaba el peluquero. Antes que apunte el alba, nos vamos al campo de Marte, levantamos una madera del altar de la patria, nos deslizamos en su interior, volvemos á colocar la madera, y luego, con una barrena hacemos cuatro ó cinco agujeros...

Un tropel de muchachas y hermosa ciudadanas, vendrán luego á visitar el altar de la patria y entonces, nosotros... eh? qué tal?

La risa obscena y estúpida del inválido redobló.

El peluquero no reia tan bestialmente: el honorífico y aristocrático gremio á que pertenecía habia venido á menos por lo fatal de la época; la emigracion habia robado á los *artistas en cabello*—decimos artistas porque hemos visto algunos peinados de aquel tiempo, entre otros uno de Maria Antonieta y la profetion de peluquero, continuaba en aquella época un verdadero arte.—La emigracion, deciamos habia robado á los artistas en cabello sus mejores perroquianos. Por otra parte Talma acababa de representar el papel de Tito en *Berenice* y la peluca que habia sacado habia dado origen á otra moda que consistia en peinar los cabellos cortos y sin polvos.

Generalmente los peluqueros eran realistas. Leed á Prendhomme y vereis que un peluquero se degolló desesperado, el mismo dia en que Luis XVI subió al patibulo.

Independientemente de esto, al realizar el proyecto se jugaba una buena partida á las picaras patriotas—como las llamaban las pocas señoras del gran mundo que en Francia habian quedado—y maese Lajariette contaba con los recuerdos que aquel golpe le dejariapara distraer con su conversacion á sus amables parroquianos.

Así es que los dos bebedores pidieron una cuarta botella de vino que el galante tabernero se apresuró á llevarla. Iban á destaparla cuando al inválido le ocurrió una idea.

Esta consistía en coger la botella, vaciarla en una bota de cuero, añadir á la primera dos botellas mas y llevarse la bota al campo de Marte.

El peluquero se dignó acoger la proposición de su compañero con una sonrisa; y como el tabernero les observara, que una vez no querían beber mas era inútil que continuaran en su taberna nuestros dos hombres le marcaron una bota y un barril y al dar las doce, á través de la oscuridad, se dirigieron al campo de Marte, levantaron una madera del altar y colocando entre los dos su bota y su barril, se tendieron en el suelo durmiéndose profundamente.





## CAPITULO III.

Después de la tempestad.

Las tempestades humanas son como las celestes; el cielo se oscurece, luce el rayo, resuenan los truenos, la tierra vacila y hay un momento de paroxismo terrible en el que se cree llegado el fin del mundo y se alzan los brazos al Señor, implorando su clemencia. Después, poco á poco va calmándose, la noche se disipa, amanece un cielo claro y sereno, sale el sol, se abren las flores, los árboles se enderezan, los hombres vuelven al trabajo, á los placeres, á sus amores; todo se reanima, y nadie se acuerda de los desastres que ocasionó el rayo.

En la quinta sucedió lo mismo: durante la noche hubo una tempestad terrible en el corazón de aquel hombre que había resuelto y puesto en ejecución su plan de venganza; pero cuando notó la huida de su hija, cuando buscó en vano la huella de sus pisadas, cuando la llamó primero con acento de cólera, después con humildad, y en seguida con desesperación, cuando vió que no respondía, su corazón estuvo á punto de estallar. Cuando á esta tormenta de gritos y amenazas, que había tenido sus rayos y sus truenos, sucedió el silencio profundo, cuando los perros ce-



saron de ladrar, cuando una lluvia mezclada de granizo, hubo borrado una mancha de sangre, que se veía cerca la pared de la quinta, cuando el tiempo, este inmenso testigo de lo que pasa en el mundo, hubo agitado sus terribles alas y dejado la noche, las cosas tomaron su curso habitual: la puerta cochera se abrió girando sobre sus enmohecidos goznes, los jornaleros salieron, los unos para ir al sembrado, otros para arar, otros para la siega y Billot salió á su vez cruzando el llano en todos sentidos. Cuando llegó el día, despertó el resto del pueblo, y algunos que habían dormido menos bien que los otros, decían con aire medio curioso, medio indiferente:

—Esta noche, los perros del padre Billot han ladrado de un modo terrible y se han oído dos tiros en la quinta....

Esto fué todo lo que hubo. Pero cuando Billot fue á almorzar su muger la preguntó:

—Dónde está Catalina?... Lo sabes?...

—Catalina?... contestó el labriego haciendo un esfuerzo, el aire de la quinta no era muy sano para ella y se ha ido á Sologne con su tia....

—Ah!... exclamó la madre Billot, y estará mucho tiempo en casa de su tia?

—Hasta que se ponga buena, contestó el labriego.

La madre Billot exaló un suspiro y apartó de sí su taza de café con leche.

El labriego por su parte, quiso hacer un esfuerzo para comer, pero al tercer bocado, como si la comida le ahogase, tomó la botella de borgoña, la vació de un trago y dijo con voz áspera.

—Supongo que mi caballo estará ensillado?

—Sí, señor, le contestó con voz tímida, un niño que venía todas las mañanas á buscar su almuerzo en la quinta.

—Bien.

Y el labriego, despidiendo al niño de un modo brusco, subió á caballo y hechó á andar en tanto que la madre Billot se dirigía según su costumbre á la chimenea.

Escepto la falta de Catalina, la quinta volvió á tomar su as-



pecto ordinario. A su vez, Pitou vió amanecer en su casa de Haramont; los que fueron á verle á las seis de la mañana, encontraron su cuarto alumbrado por una vela, que al parecer debía hacer mucho tiempo que estaba encendida, y haciendo para Gilberto, la cuenta del empleo de los 25 luisés que le habia dado, para comprar el uniforme completo de sus 33 nacionales.

Verdad es que un leñador dijo que por la noche, le habia visto llevando entre sus brazos alguna cosa parecida á una muger bajando la cuesta que conducia al aduar del padre Clouis. Pero no era probable; el padre Lajeunesse pretendió haberle visto correr solo, á la una de la mañana, por el camino de Boursonne, mientras que Maquinet, á lo último del pueblo, del lado de Longpré, dijo que á las dos ó dos y media, lo habia visto pasar por su puerta y le habia gritado: «Buenas noches Pitou;» á lo cual le respondió este: «Buenas noches Maniquet.»

No habia pues ninguna duda: Maniquet habia visto á Pitou á las dos de la noche.

Pero para que el leñador hubiese visto á Pitou, en los alrededores del aduar Clouise; para que el padre Lajeunesse hubiese visto al jóven correr á pierna suelta por el camino de Boursonne, para que Maquinet hubiese dado á Pitou las buenas noches, era menester que este, á quien hemos perdido de vista con Catalina, se hubiera encontrado en la cabaña del padre Clouis, es decir, que hubiese hecho legua y media; despues que hubiese vuelto de la cabaña á Boursonne, lo que supone otras dos leguas; luego que hubiese vuelto por segunda vez á aquel punto y de este á su casa; lo que suponía que para poner á la jóven en seguridad y para dar luego noticias de ella al vizconde, Pitou habia tenido que hacer nueve leguas y media en tres horas, hipótesis que no se puede admitir por mas que reconozcamos las facultades locomotivas del jóven.

Sin embargo, como Pitou no habia dicho á nadie lo que habia pasado durante la noche, nadie como Maquinet pudo asegurar que le habia visto, á causa de las buenas noches que le habia dado y que aquel devolvió.



Quando Billot á las seis de la mañana del dia siguiente subia á caballo para hacer una visita á sus campos, Pitou se presentó en su casa con los recibos del sastre Bulauroy constando haber recibido el importe de los uniformes de los treinta y tres hombres.

Tambien se encontraba allí otro antiguo conocido que durmió mal aquella noche: el doctor Raynal.

A la una de la mañana habia sido despertado por el lacayo del vizconde de Charny, el cual traia un caballo para el doctor, diciéndole que le siguiera, pues su amo habia sido herido. El doctor se vistió con presteza, tomó sus instrumentos, subió á caballo y siguió al lacayo que arrancó á todo escape.

Tenia la herida en el lado izquierdo y un arañazo muy ligero en la espalda derecha, causado por dos balas de igual calibre.

Pero el vizconde no quiso dar detalles sobre el suceso.

La herida del flanco era de alguna gravedad; pero la bala habia penetrado sin interesar ningun órgano importante. En cuanto á la otra herida, no valia la pena.

Despues de la primera cura, el joven dió 25 luises al doctor para que guardase silencio.

—Si quereis que no diga nada, es menester, que me pagueis la visita al precio ordinario, respondió el buen doctor, es decir, una pistola.

Y tomando un luís de los veinte y cinco, devolvió 14 libras que sobraban al vizconde, el cual insistió para que se los quedara. Pero no hubo medio para hacérselos tomar. El doctor Raynal le dijo que aún vendria dos dias para cambiar los remedios y el vendaje.

A su segunda visita, el doctor encontró de pié á su enfermo, y por medio de un cinturon que sugetaba al vendaje, pudo al otro dia subir á caballo, de manera que, escepto su lacayo de confianza, todos ignoraron el hecho.

A la tercera visita, el doctor ya no encontró á su enfermo. Asi es que solo aceptó media pistola, por haber hecho una visita.

El doctor Raynal era uno de estos médicos raros, dignos de tener en su gabinete, el tan famoso cuadro que representa *Hy-pócrates rehusando los presentes de Artajerxes*.



## CAPITULO IV.

### La grande traicion del señor de Mirabeau.



A recordarán nuestros lectores las últimas palabras que dijo Mirabeau á la reina en el momento en que al marcharse de Saint-Cloud esta le habia dado á besar su mano.

—Por este beso, señora, se salvó la monarquía.

Esta promesa hecha por Prometeo á Juno cuando esta se hallaba á punto de ser desterrada, era necesario cumplirla.

Mirabeau habia empezado la lucha, confiando en su fuerza, sin pensar que despues de tantas imprudencias y de tres complots abortados seguia un combate terrible...

Tal vez Mirabeau hubiera sido mas prudente, siguiendo, durante algun tiempo y con la máscara puesta, la lucha que habia emprendido; pero al siguiente dia al en que fué recibido, dirigiéndose á la asamblea, vió varios grupos que murmuraban.

Se acercó á ellos y preguntó la causa de sus murmullos. Estaban leyendo un folleto. Luego de tiempo en tiempo una voz gritaba:



—*La gran traición del señor Mirabeau, la gran traición del señor de Mirabeau.*

—Ah! Ah! exclamó sacando una moneda del bolsillo, parece que esto me concierne!... Amigo mio, continuó dirigiéndose al repartidor que distribuía los ejemplares y que tenía en su canasta á miles. A cuanto *la gran traición del señor de Mirabeau?*

El repartidor examinó á Mirabeau un instante.

—Señor conde, dijo, la doy gratis.

Luego prosiguió en tono mas bajo:

—Y la tirada es de mas de cien mil ejemplares.

Mirabeau se alejó pensativo. Aquella tirada de cien mil ejemplares dada gratis, aquel repartidor que le conocía, le daban mucho que pensar. Pero sin duda el folleto era una de estas publicaciones estúpidas y detestables como las muchas que salían en aquel tiempo.

El exceso de envidia, ó de ineptitud que debía respirar el folleto le quitaba todo valor.

Mirabeau echó una mirada en la primera página, y palideció. La primera página contenía un estado de sus deudas, y, cosa extraña! este estado era exacto: dóscientos ocho mil francos. Abajo del mismo se veía la fecha del día en que dicha suma había sido pagada á los diversos acreedores de Mirabeau por el limosnero de la reina el señor de Montange. Despues venía la mensualidad que le pagaba la córte: seis mil francos. Luego, en fin, se contaba su entrevista con la reina. Era para volverse loco; el autor de aquel anónimo, no se había equivocado en un número; se podía decir que no se había equivocado ni en una sola palabra.

Que terrible y misterioso enemigo, dueño de sus secretos, le perseguía de este modo?

Aquel repartidor que le había hablado, que le había conocido, que le había llamado *Señor conde*, le pareció haberle visto en otra parte. Retrocedió algunos pasos. Los ejemplares estaban aún en el mismo lugar; pero el repartidor había desaparecido, y en su lugar había otro que Mirabeau no conocía pero que no dejaba de vender con menos celo.



La casualidad hizo que en el momento en que este distribuía sus folletos, el doctor Gilberto, que asistía todos los días á los debates de la asamblea, sobre todo cuando estos debates tenían alguna importancia, pasase por la plaza. Tal vez no iba á inquirir la causa de estos gritos, pero con su audacia habitual, Mirabeau se encaminó hácia él, le tomó del brazo y lo llevó frente el reparador de ejemplares.

Este dijo á Gilberto, lo mismo que á los demás y estendiendo su brazo:

—Caballero, *la grande traicion del señor de Mirabeau!*

Pero á la vista de Gilberto, su lengua y su brazo quedaron paralizados.

Gilberto le miró á su vez, dejó caer el ejemplar, y se alejó diciendo.

—Desempeñais señor de Beausire, un cargo bien indigno.

Y tomando el brazo de Mirabeau, prosiguió su camino hácia la Asamblea, que había dejado el arzobispado para trasladarse al picadero.

—Conocéis á aquel hombre? dijo Mirabeau á Gilberto.

—Le conozco del mismo modo que se conoce á toda esta gente, dijo Gilberto, es un antiguo sargento, un jugador, un ladrón, que no sabiendo qué hacer se ha hecho calumniador.

—Ah! murmuró Mirabeau llevando su mano al pecho donde guardaba una cartera que contenía el dinero de palacio: si realmente calumniase....

Y el gran orador continuó su camino con aire sombrío.

—Como! dijo Gilberto, sereis tan poco filósofo que os dejéis abatir por semejante ataque.

—Yo? exclamó Mirabeau. Ah! doctor no me conocéis.... Dicen que me he vendido, cuando deberían decir que ya estoy pagado! Pues bien! mañana compro una casa, tomo coche, caballos, criados, cocinero y abro mi mesa á los amigos. Abatido, yo? y que me importa la popularidad de ayer y la impopularidad de hoy? no tengo por ventura el porvenir?... No, doctor, lo que me abate, es una promesa que he hecho y que no podré cumplir. He visto



á la reina, no es verdad? parecia estar llena de confianza, un instante he soñado, (sueño insensato con semejante muger,) un instante he soñado que era, no el ministro de un rey, como Richieleu, sino el ministro ó por mejor decir, el amante de una reina como Mazarino, Y bien! que hacia ella el mismo dia al retirarse! tengo de ello pruebas: escribia á su agente en Alemania, al señor Flachslanden: *Decid á mi hermano Leopoldo, que siga su consejo; que me sirva del señor de Mirabeau, pero que no hay nada de serio en mis relaciones con el.*

—Estais seguro? preguntó Gilberto.

—Seguro, segurísimo!... pero no es esto todo; hoy ya sabeis de lo que se ocupa la Asamblea.

—Sé que va á ocuparse de la guerra, pero no estoy enterado de la causa por que quiere emprenderla.

—Oh! Dios mio, dijo Mirabeau, es bien sencillo: la Europa entera dividida en dos partes, Austria y Rusia por un lado, Inglaterra y Prusia por otro, están poseidas del mismo odio á la Francia.

En Rusia y Austria, esta manifestacion no es estraña, no es mas que la de sus opiniones, pero en Inglaterra, es menester mucho tiempo para que se decidan, para pasar de un polo al otro, para abjurar, para renegar de sus aparentes ideas, y para declararse, en fin, enemigos de nuestro orden de cosas. La Inglaterra por su parte, á visto que el Braabnte ausiliaba á la Francia.

El irlandés Burkue, enemigo encarnizado de Pitt, ha lanzado un manifiesto contra nosotros, que este último le pagó á peso de oro. La Inglaterra no se atreve á declarar la guerra á la Francia... no; abandonará la Belgica, al emperador Leopoldo y hará todos los esfuerzos imaginables, para indisponernos con nuestra aliada la España.

Luis XVI ha hecho armar catorce navios y la Asamblea quiere disputarle el innegable derecho que tiene para iniciar la guerra.

Pues bien: yo que estoy donde está el derecho, voy á tomar parte en la sesion: esta será borrascosa.



Necesito lo que se necesita para que estalle la tempestad; nubes sombrías y vientos contrarios. Venid doctor, venid; y veréis una sesión magnífica, os lo aseguro.

Mirabeau no mentía. A su entrada en las cortes, necesitó mucho valor. Todos le decían en sus barbas: «Traidor, Traidor!» y uno le enseñaba una cuerda y otro una pistola. Mirabeau se encogió de hombros, y pasó como Juan Bart, separando con los codos todos los que embarazaban su paso.

Los gritos y amenazas le siguieron hasta la sala. Barnave estaba á la sazón hablando contra Mirabeau, éste, le miró fijamente.

—Pues bien, si, exclamó Barnave á ti á quien llaman traidor y es contra ti que estoy hablando.

—Entonces contestó Mirabeau, si hablas contra mí, daré una vuelta por las Tullerías, y tendré tiempo de volver antes de que concluyas.

Y efectivamente, con la cabeza levantada, y la mirada amenazadora, salió en medio de los gritos, imprecaciones y amenazas, y ganó el jardín de las Tullerías.

Al llegar, poco mas ó menos á la tercera parte de su paseo, vió un grupo que rodeaba á una jóven; habia un vacío, y Mirabeau lo llenó.

A su llegada la mitad de los del grupo se separaron; Mirabeau, sonriendo, les miró desfilár.

La jóven le tendió la mano.

El orador la dijo:

—Ah! baronesa, no temeis mi contacto?

—Mi querido conde, contestó ella, se asegura que sois de los nuestros, y no quiero que os espongaís.

Mirabeau se sonrió, estuvo hablando tres cuartos de hora con la jóven, que no era otra que *Ana-Luisa-Germana-Necker, baronesa de Staël*: al cabo de este tiempo, sacando su reloj:

—Ah! baronesa, dijo Mirabeau: os pido mil perdones, Barnave hablaba contra mí; hacia una hora que tenia la palabra cuando llegué á la Asamblea; vá ya mucho tiempo que tengo la dicha



de hablar con vos; hace, pues, cerca de dos horas que mi acusado habla; terminará su discurso, y es menester que le conteste.

—Id, dijo la baronesa, contestadle, y valor.

—Dadme el ramo de verbena que llevais en la mano, baronesa, dijo Mirabeau; será mi talisman.

—Cuidado, querido conde: es el árbol de las libaciones funebres.

—Dadme, dadme, cuando se baja al circo, siempre es bueno presentarse coronado cual los mártires.

—Lo cierto es, dijo madama de Stael, que es muy difícil que la Asamblea sea tan tonta como ayer.

—Ah! baronesa, replicó Mirabeau, porque lo recordais?

Y tomando de sus manos el ramo de verbena, que aquella le ofrecia sin duda en recompensa de esta palabra, Mirabeau saludó galantemente y se dirigió á la Asamblea.

Barnave bajaba de la tribuna en medio de las aclamaciones de toda la sala; acababa de pronunciar uno de estos discursos que convienen á todos los partidos.

Apenas vieron á Mirabeau en la tribuna, cuando un trueno de gritos y de imprecaciones estalló contra él. Pero Mirabeau levantando su poderosa mano esperó, y aprovechando uno de estos intervalos de silencio como los que hay en las tempestades y en los tumultos.

—Harto sabia, exclamó con voz tonante, que no existió mucha distancia entre el Capitolio y la roca Tarpeya.

Tal fué la magestad del génio, que esta frase impuso silencio á sus mas encarnizados enemigos.

Desde el momento en que Mirabeau obtuvo silencio, la victoria era ganada. Pidió que la iniciativa de la guerra fuese dada al rey; se lo rehusaron. Entonces se entabló la lucha en las enmiendas. La carga principal habia sido rechazada; era menester reconquistar el terreno con cargas parciales: aquel dia subió cinco veces á la tribuna.

Barnave habia hablado dos horas: Mirabeau habló tres y obtuvo lo siguiente: *Que el rey tenia el derecho de hacer los prin-*



*principales preparativos, de dirigir las fuerzas como quisiese, que el propondria la guerra á la Asamblea, la cual no podia decidir nada sin la sancion del rey.*

Que no hubiera obtenido sin aquel folleto distribuido por la mañana?

Cuando salió de las córtes Mirabeau, estuvo á punto de ser despedazado; en cambio, Barnave fué llevado en triunfo por las turbas.

Pobre Barnave! no esta muy lejos el dia en que debas oír gritar á este mismo pueblo: *La grande traicion del señor Barnave!*



## CAPITULO V.

### El elixir de la Vida.



MIRABEAU salió de la Asamblea, alta la cabeza y orgullosa su mirada. Mientras se encontraba en el peligro, este hombre no pensaba en sus fuerzas. Se parecía al mariscal de Sajonia en la batalla de Fontenay; estropeado y enfermo todo el día se mantuvo á caballo mas valiente que cualquier soldado de su ejército; pero cuando los ingleses se pronunciaron en retirada, cuando el último cañonazo vino á participarle la victoria, se dejó caer moribundo en el campo de batalla que acababa de conquistar.

Lo mismo sucedió á Mirabeau.

Al entrar en su casa se acostó sobre un divan rodeado de flores.

Mirabeau tenia dos pasiones: las mugeres y las flores.

Desde el principio de la sesion, su salud se habia alterado visiblemente; habia sufrido tanto, ya fisica ya moralmente, en sus persecuciones y encarcelamientos, que jamás se encontraba en perfecta salud.



En tanto que el hombre es joven, todos los órganos sometidos á su voluntad, prontos á realizar las órdenes que el cerebro les comunica, obedecen por decirlo así, simultaneamente y sin oposicion al deseo que los mueve. Pero, á medida que el hombre crece, cada órgano, si así podemos espesaranos, hace su oposicion, y solo á costa de luchas y cansancio, alcanza á dominarse.

Mirabeau estaba en esta época de la vida: para que sus órganos continuasen sirviéndole con la presteza á qué estaba acostumbrado, era preciso que su cólera les dominara.

Aquel dia se sintió mas grave que los anteriores. Su lacayo trataba de ir en busca del doctor, cuando Gilberto entró.

Mirabeau le tendió su mano atrayéndole hácia los almohadones en que estaba acostado en medio de sus flores.

—Y bien, querido conde, dijo Gilberto, no he querido entrar en mi casa, sin daros mi enhorabuena; me habeis prometido una victoria; pero habeis hecho mas: habeis alcanzado un triunfo.

—Si, pero ya veis que es una victoria ó un triunfo semejante al de Pyrrro; otra victoria como esta, y estoy perdido.

Gilberto miró á Mirabeau.

—En efecto, estais enfermo, dijo.

Mirabeau se encogió de hombros.

—Con mi trabajo, otro hubiera muerto cien veces, dijo; tengo dos secretarios que no descansan un momento; Perrine, sobre todo, que está encargado de copiar los borradores de mi infame letra, y del cual no puedo pasarme, porque el solo me la comprende, Perrine está en cama hace tres dias. Doctor, indicadme, no os diré, un remedio que me haga vivir, pero al menos una cosa que me dé fuerzas hasta la muerte.

—Que quereis, dijo Gilberto, despues de haberle tomado el pulso, no valen consejos á una organizacion como la vuestra; aconsejad el reposo; á un hombre que tiene su fuerza en el movimiento; la moderacion á un hombre que se engrandece en medio los excesos. Si os digo que quiteis estas hojas y estas flores de vuestro cuarto, que despiden oxigeno de dia y carbono de noche y de las que os habeis hecho una necesidad, sufririais mas, no te-



miéndolas, que lo que sufrís aspirando su aroma. Si os digo que trateis á las mugeres como á las flores, y que os alegeis de ella, me contestareis que preferís morir. Vivid pues, querido conde, con las condiciones de vuestra existencia, tened, tan solo, si podeis al rededor vuestro, flores sin olor y si es posible, amores sin pasion.

—Oh! en cuanto á esto último, os obedezco admirablemente, querido doctor: los amores apasionados, me han ido muy mal para que otra vez los desee; una condena á muerte, y el suicidio de la muger que quería, matándose por otro, me han curado estas locuras.

Hace un instante ya os lo he dicho, he soñado con una de estas alianzas grandiosas; pero era un sueño; qué quereis? no he vuelto á ver esta muger por la cual lucho, y no la veré mas probablemente.

Mirad Gilberto, no hay mayor suplicio, como saber que uno lleva consigo proyectos inmensos la prosperidad de un reyno, el triunfo de sus amigos, la derrota de sus enemigos, y que por un capricho de la fatalidad todo se escape. Oh! como pago las locuras de mi juventud!

Y Mirabeau, con una profunda impresion de dolor esparcida en su fisonomia, llevó su mano al pecho, y lo apretó con rabia.

—Sufrís, conde? preguntó Gilberto.

—Como un condenado! hay dias en que lo que hacen á mi parte moral valiéndose de la calumnia, creo que lo hacen á mi fisico por medio del arsénico. Creéis en el veneno de los Borgias, en la *acqua tofana* de Pérouse, y en los polvos de *La Voisin*, doctor? preguntó Mirabeau sonriendo.

—No, pero creo en esa llama ardiente que quema el pecho y que, muy dilatada, lo hace estallar en pedazos.

Y diciendo esto, Gilberto sacó de su bolsillo, un pomito que podia contener veinte gotas de un licor verde.

—Tomad, conde, dijo, vamos ha hacer un ensayo.

—Cual? dijo Mirabeau, mirando el frasco con curiosidad.

—Uno de mis amigos, que quisiera que lo fuese vuestro, y que



está muy al corriente en las ciencias naturales y hasta, según el dice en las ocultas, me ha dado una receta de esta bebida, como un antídoto universal, como una panacea soberana, casi como un elixir de vida. Cuando me dá una especie de esplin, como el que sufren nuestros vecinos de Inglaterra, bebí algunas gotas y debo deciros con confianza, que siempre su efecto ha sido saludable y pronto. Quereis probarlo?

—Viniendo de vuestra mano, lo recibiría todo, querido doctor, hasta la misma cicuta: con mucha mas razon tomaré, pues, el elixir de la vida. Tiene que prepararse ó beberse puro?

—No, porque este licor posee, en realidad, una fuerza extraordinaria; decid á vuestro lacayo que traiga, en una cuchara, algunas gotas de aguardiente ó espíritu de vino.

—Hombre! espíritu de vino ó aguardiente para dulcificar vuestra bebida? Esto será fuego líquido. No sabia que nadie lo hubiese bebido, desde que Promoteo lo hizo beber al abuelo del género humano: os advierto que dudo que mi criado encuentre en toda la casa seis gotas de aguardiente: no soy como Pitt; no busco en este licor mi elocuencia.

El criado, no obstante, trajo la cucharada pedida.

Gilberto arregló á aquel aguardiente, la cantidad del líquido que se hallaba en el frasco; al mismo tiempo, la mezcla de los dos licores, tomó el color de la absinta, y Mirabeau, tomando la cuchara, bebió de una vez lo que le daba Gilberto.

—Diablo, doctor, dijo, habeis hecho bien en advertirme la fortaleza de vuestro remedio: parece que he tragado un rayo.

Gilberto sonrió, y pareció esperar con confianza.

Mirabeau quedó un instante como estenuado por aquellas gotas de fuego, bajó la cabeza, y llevó la mano á su estómago; pero de pronto incorporándose:

—Ah! doctor, dijo; es verdaderamente el elixir de la vida!

Luego levantándose, irguiendo la frente y estendiendo los brazos:

—Caiga la monarquía! exclamó; me siento con fuerzas para sostenerla.



Gilberto sonrió. — Os sentís mejor? preguntó este. — Doctor, dijo Mirabeau, decidme donde se vende esta bebida, y aún que tenga que dar un diamante por cada gota, ó deba renunciar á mi lujo, os prometo que adquiriré esta llama líquida; y entonces me consideraré invencible.

— Conde, dijo Gilberto, prometedme no tomar de esta bebida mas que dos veces la semana, y yo dirigiros á mi cuando se os acabe y este frasquito es vuestro.

— Dádmelo, dijo Mirabeau, y os prometo cuanto querais.

— Tomad, dijo Gilberto; pero no es esto todo: vais á tener coche segun me habeis dicho.

— Si.

— Pues bien: vivid en la campiña; estas flores que vician el aire de vuestro cuarto, purifican el de un jardin; el viage que diariamente hareis para venir á Paris, os será muy saludable: escoged si es posible un lugar elevado, que esté en un bosque ó cerca de un riachuelo; por ejemplo: Bellavista, San German ó Argenteuil...

— Argenteuil! exclamó Mirabeau, justamente he mandado á mi criado en busca de una casa de campo. Teisch: no me has dicho que habias encontrado una que me convenia?

— Si, señor conde, contestó el criado, una casa que me ha enseñado mi amigo Fritz, donde vivia su señor que era banquero, y que ahora no está alquilada. El señor conde podrá tomar posesion de ella cuando quiera.

— Donde está situada?

— Fuera de Argenteuil; la llaman el castillo de Marais.

— Oh! ya la conozeo, dijo Mirabeau; bien, Teisch. Cuando mi padre me hechaba de casa con su maldicion y algunos batallas... ya sabeis doctor, que mi padre vivia en Argenteuil....

— Si, señor conde, contestó el criado, una casa que me ha enseñado mi amigo Fritz, donde vivia su señor que era banquero, y que ahora no está alquilada. El señor conde podrá tomar posesion de ella cuando quiera.

— Pua bien, decia, que cuando me hechaba de casa, me ocurría muchas veces, irme á pasear hacia sus muros, y varias veces exclamaba como Horacio: *Orus quando te aspiciam.*





MIRABEAU Y GILBERTO.







—Entonces, mi querido conde, ha llegado el momento de realizar vuestro sueño. Marchad, habitad el castillo del Marais y trasladaos á el, lo mas pronto posible.

Mirabeau reflexionó un instante, y volviéndose á Gilberto:

—Veamos, dijo, querido doctor, vuestro deber, es vigilar al enfermo que acabais de resucitar: no son mas que las cinco de la tarde y los dias son muy largos; hace buen tiempo, subamos á un carruage, y vámonos á Argenteuil.

—Sea, replicó Gilberto; vamos á Argenteuil. Cuando se h emprendido la restitution de una salud tan preciosa como la vuestra, querido conde, es necesario estudiarlo todo..... Vamos, pues á examinar vuestra morada.





## CAPITULO VI

### Recuerdos de familia.



MIRABEAU aún no había arreglado su casa y de consiguiente no tenía curruage; su criado fué en busca de uno.

En aquella época, ir á Argenteuil, era hacer un viage; hoy dia se va en once minutos; tal vez dentro diez años se irá en once

segundos.

Porqué Mirabeau había escogido Argenteuil? porqué sus recuerdos, como había dicho el doctor, acababan de traer á su memoria algunos hechos de su juventud, y por que el hombre siente un gran deseo de doblar el corto periodo de su vida, acercándose al pasado para que no llegue tan pronto el porvenir.

En Argenteuil era donde su padre, el marqués de Mirabeau, había fallecido el once de julio de 1789, como debía morir un caballero que no quiso tomar parte en el asalto de la Bastilla.

Al llegar al puente de Argenteuil, Mirabeau mandó detener el coche.

—Hemos llegado ya? preguntó el doctor.

—Si y no. No hemos llegado al castillo del *Marais* que



está situado á un cuarto de legua; pero lo que hacemos hoy, mi querido doctor, es una romería, y una romería que dividiremos en tres estaciones.

—Una romería? exclamó Gilberto, sonriendo, y á que santo?

—A san Riquetti, mi querido doctor; es un santo que no conocéis, un santo que los hombres han canonizado y dudo mucho que Dios, suponiendo que se ocupa de las cosas de este mundo, haya aprobado la canonización; pero no es menos cierto que en este lugar ha fallecido san Riquetti, marqués de Mirabeau, *el amigo de los hombres* el que falleció martir por los dolorosos sucesos de su indigno hijo Honoré-Gabriel-Victor-Riquetti, conde de Mirabeau.

—Ah! es verdad, dijo el doctor, fué en Argenteuil donde murió vuestro padre; perdonad que lo haya olvidado, mi querido conde. Cuando llegué de América a principios de julio, fui arrestado y metido en la Bastilla, donde me encontraba cuando falleció. Salí de ella el 14 del mismo mes, con los siete prisioneros que encerraba, y no obstante lo grande de aquel acontecimiento, se perdió en medio de los que acontecieron en dicho mes.... Y donde vivía vuestro padre?

En el momento en que Gilberto hacia esta pregunta, Mirabeau se paraba frente la reja de una casa que se elevaba delante un riachuelo, separada del mismo por una distancia de trescientos metros y una hilera de árboles.

Al ver que un hombre se paraba delante el enrejado, un enorme perro de los Pirineos sacó su cabeza por entre los hierros, con ánimo de coger su pantalon ó levita.

—Magnífico! exclamó Mirabeau, retrocediendo algunos pasos para librarse de los dientes del animal; nada ha cambiado, pues me reciben de la misma manera que cuando vivía mi señor padre.

Sin embargo, un jóven salió al momento, y dirigiéndose á aquellos, dijo:

—Perdonad caballeros; los dueños de la casa no toman, bajo ningún concepto, parte en la recepción que os hace el perro; mu-



chas personas se detienen delante de esta reja, pues esta casa ha sido habitada por el señor marqués de Mirabeau, y como el pobre Cartouche no comprende el interés histórico de la casa habitada por sus humildes dueños, ladra continuamente. Vete, Cartouche.

El jóven hizo un gesto de amenaza, y el perro se fué refunfuñando, enseñando el hocico y los dientes, y volviéndo de cuando en cuando sus ardientes ojos.

Durante este intervalo, Mirabeau y Gilberto cambiaron una mirada.

—Señores, continuó el jóven, estoy pronto á abrir la reja y enseñaros la casa si vuestra curiosidad no se limita á examinar su exterior.

Gilberto hizo comprender á Mirabeau que tenia deseos de verla.

Mirabeau lo comprendió; él tambien queria visitar la antigua habitacion de su padre.

—Caballero, dijo al jóven, habeis comprendido nuestro deseo. Sabiamos que esta casa habia sido habitada por *el amigo de los hombres*, y deseábamos verla.

—Y vuestra curiosiad aumentará, señores, replicó el jóven, cuando sepais que dos ó tres veces, durante el tiempo en que la habitó el señor marqués, esta casa fué honrada con las visitas del hijo, que segun dicen, no fué siempre recibido coma queria, y cual lo recibiriamos nosotros si nos hiciese el obsequio de visitarla.

Y diciendo esto, el jóven abrió la puerta, é hizo entrar á los dos caballeros.

—Pero Cartouche no estaba dispuesto á dar á aquellos desconocidos, la hospitalidad que les ofrecia su dueño; asi es que volvió á salir de su rincon dando terribles ahullidos.

El jóven se puso entre el perro y los forasteros, contra los cuales el animal parecia encarnizarse; pero Mirabeau separó al jóven con la mano.

—Caballero, dijo: los perros y los hombres me han ladrado mucho; los hombres me han mordido algunas veces, los perros



nunca. Por otra parte, hay quien pretende, que la mirada del hombre es extraordinariamente poderosa para con los animales; os suplico que me permitais hacer este ensayo.

—Caballero, dijo vivamente el jóven, Cartouche es malo, os lo advierto.

—Dejad, dejad, contestó Mirabeau, cada dia tengo que habérmelas con bestias feroces, y hoy mismo he tenido que luchar contra toda una jauria.

—Si pero á esta jauria, interrumpió Gilberto, podeis hablarla, y nadie niega el poder de vuestra palabra.

—Doctor, crei que erais partidario del magnetismo?

—Sin duda; y bien?

—Y bien! en este caso ya conoceréis el poder de la mirada; dejadme magnetizar á Cartouche.

Mirabeau en aquel momento, hablaba aquel lenguaje atrevido que tan bien comprenden las organizaciones superiores.

—Corriente, dijo Gilberto.

—Oh! caballero, repitió el jóven, no os espongaís.

—Hacedme este obsequio, contestó Mirabeau.

El jóven se inclinó en señal de asentimiento y se separó hácia la izquierda, mientras que Gilberto le esperaba hácia la derecha, como hacen los padrinos de un desafio, cuando un adversario tira contra el otro.

Ademas de esto, el jóven subió dos ó tres gradas del vestibulo, dispuesto á detener á Cartouche, si eran insuficientes, la palabra ó la mirada del desconocido.

El perro volvió la cabeza de derecha á izquierda, como para examinar, si se hallaba privado de todo socorro aquel á quien parecia haber jurado una rabia implacable: luego, viéndole solo y sin armas, se dirigió lentamente hácia él, mas bien como serpiente que como cuadrúpedo, y del primer salto, dejó tras sí, el tercio de la distancia que le separaba de su antagonista. Entonces, Mirabeau cruzó sus brazos, y con el poder de su mirada, que le convertia en Júpiter tonante de la tribuna, fijó su vista en el animal.



Al mismo tiempo, pareció reunirse en su frente toda la electricidad que contenía su robusto cuerpo. Sus cabellos se erizaron, como si fueran la crin de un león, y si en lugar de encontrarse en aquella hora del día, en que el sol declina pero que aún alumbraba, se hubiese encontrado en las primeras horas de la noche sin duda se hubiera desprendido una chispa eléctrica de cada uno de sus cabellos.

De pronto el perro se detuvo y le miró fijamente. Mirabeau se bajó, cojió un poco de arena con la mano y se la echó en el hocico. El perro ahulló, y dió un salto que le acercó tres ó cuatro pasos más á su adversario. Entonces este fué quien se adelantó hácia el perro. El animal quedó inmóvil por un instante, como el perro de granito del cazador de Cefalia; luego, inquieto por los pasos que sucesivamente dió hácia él Mirabeau, pareció titubear entre la cólera y el miedo, enseñó los dientes, amenazó con los ojos y se replegó sobre sus patas traseras. Mirabeau levantó el brazo con este gesto poderoso, que tantas veces le sirvió en la tribuna, cuando lanzaba el sarcasmo, la injuria ó la ironía á sus enemigos, y el perro vencido, temblando de miedo, mirando hácia atrás si el campo estaba libre y girando sobre sí mismo, se volvió precipitadamente á su rincón. Mirabeau levantó la cabeza orgulloso y contento, como un vencedor de los juegos istmicos.

—Ah! doctor, dijo luego, mi padre, tenía razón cuando decía que los perros imitan á los hombres. Visteis á este perro insolente y cobarde, y ahora vais á verle servil y rastrero.

—Aquí! Cartouche, exclamó, aquí! El perro titubeó; pero al ver un gesto de impaciencia se adelantó por segunda vez, se arrastró de nuevo, fijos sus ojos en Mirabeau, ganó así, todo el intervalo que le separaba de su vencedor y llegando á sus pies levantó lenta y tímidamente la cabeza, y con la estremidad de su lengua que temblaba, acarició la estremidad de sus dedos.

—Está bien, dijo Mirabeau, vete; hizo un gesto, y el perro fué á echarse.



Luego, volviéndose hácia Gilberto mientras que el jóven habia quedado en las gradas temblando de miedo y mudo de admiracion:

—Sabeis, querido doctor, dijo, en que pensaba al hacer la locura que acabais de presenciarse?

—No, pero decidlo: no lo habeis hecho solo por simple capricho, no es verdad?

—Pensaba en la famosa noche del 5 al 6 de octubre; doctor, doctor, daría la mitad de mi vida para que el rey Luis XVI hubiese visto á este perro lanzarse sobre mí, volver á su rincón, y venir á lamerme la mano.

Luego dirijiéndose al jóven continuó:—Me perdonais, caballero por haber humillado á Cartouche no es verdad? vamos á visitar la casa *del amigo de los hombres* puesto que habeis ofrecido enseñarnosla.

El jóven se separó para dejar pasar á Mirabeau, quien, por otra parte, parecia no necesitar guia y conocer la casa tan bien como su dueño.

Sin detenerse en la planta baja, subió con rapidez las escaleras guarnecida con una baranda de hierro artisticamente trabajada diciendo:

—Por ahí, doctor, por ahí.

En efecto, con este entusiasmo que le era comun con esta costumbre que, proveniente de su carácter, tenia de dominarlo todo, Mirabeau de simple espectador acababa de convertirse en actor; de simple visitador en dueño de la casa.

Gilberto le siguió.

Durante este tiempo el jóven llamaba á su padre hombre de 50 á 55 años y á sus dos hermanas jóvenes de 15 á 18 para hablarles del extraño forastero que acababa de recibir.

Mientras les contaba lo sucedido con Cartouche, Mirabeau enseñaba á Gilberto el gabineté, la alcoba y el salon del marqués de Mirabeau y como cada pieza le recordaban varios hechos de su vida, contaba anécdota tras anécdota con aquel saber y elocuencia que admiraba á sus propios enemigos.

Los dueños de la casa escuchaban con entusiasmo aquel cice-



rone que les contaba la historia de su casa sin perder ni una palabra.

Visitados los cuartos de arriba y como diesen las siete en el reloj de la iglesia de Argenteuil, Mirabeau temiendo sin duda que faltase tiempo para las demás diligencias, propuso al doctor abandonarla, dándole el ejemplo, saltando, por decirlo así, los cuatro escalones primeros.

—Caballero, dijo el propietario de la casa, vos que sabéis tantas anécdotas sobre el marqués de Mirabeau y su ilustre hijo, tendríais la amabilidad de contarnos la de estos cuatro escalones, que, según creo, no es la menos interesante?

Mirabeau se detuvo y sonrió.

—En efecto, dijo, la sé; pero quería callarla.

—Y porqué, conde? preguntó el doctor.

—Porqué? vais á saberlo: A la salida de Vincennes, en cuyo castillo habia estado diez y ocho meses, Mirabeau, que tenia doble edad que el hijo pródigo, y que estaba muy persuadido de que su llegada no causaría mucha alegría, tuvo el capricho de pedir su legítima. Dos eran los motivos por los que Mirabeau debia ser mal recibido en la casa paterna: primero, porque salia de Vincennes contra la voluntad de su padre; segundo, porque entraba en la casa paterna para pedir dinero. Ocurrió, pues, que el marqués,—que á la sazón estaba ocupado en dar la última mano á una obra filantrópica—en cuanto vió á su hijo, y tan pronto como este le pidió dinero, tomó su baston y se dirigió hácia él. El conde conocia á su padre; por riguroso que fuera, esperaba que sus 37 años le salvarian del correctivo que merecia, pero muy pronto á los golpes que recibia reconoció su error.

—Como! le pegó?... preguntó Gilberto.

—Sí: unos cuantos y verdaderos bastonazos, y no como los que se dan en los sainetes y en las comedias de Moliere, sinó unos bastonazos muy apropósito para romper espaldas y abrir cabezas.

—Y que hizo el conde de Mirabeau? preguntó Gilberto.

—Toma, lo que hizo Horacio en su primer combate; echó á correr. Desgraciadamente no tenia como aquel un escudo; así, en



vez de abandonarlo, se hubiera servido de él para parar los golpes, pero no teniendolo, saltó estos cuatro escalones, como acabo de hacerlo, y puede que aún lo hiciera mas aprisa. Una vez allí, se volvió, y levantando á su vez su bastón: «Alto ahí! señor mio, dijo a su padre: mas abajo de cuatro escalones ya no hay parientes!» Fué un juego de palabras bastante malo, pero que detuvo el brazo de nuestro hombre mejor que una razon cualquiera. «Que desgracia, interrumpió el buen marques, que se haya muerto el alcalde! Le hubiera participado tu atrevimiento.» Mirabeau, prosiguió el narrador, era demasiado estratégico para no aprovechar la ocasion que se le ofrecía para hacer su retirada: bajó los demás escalones con tanta prisa como los cuatro primeros, y con gran pesar suyo volvió á entrar en su casa. Oh! este Mirabeau era muy picaro; no es verdad, mi querido Gilberto?

—Ah! señor, interrumpió el jóven, acercándose á Mirabeau, como si pidiera perdon al forastero porque abrigaba un parecer distinto; decid mas bien que era un grande hombre.

Mirabeau examinó al jóven frente á frente.

—Ah! ahí! dijo, hay gentes que creen así al conde de Mirabeau?

—Si señor, dijo el jóven, y yo uno de los primeros, aunque me esponga á vuestro enojo.

—Oh! contestó Mirabeau cuasi riendo, no digais esto muy alto, y sobre todo en esta casa, pues las paredes podrian caer y aplastaros.

Y despues de haber saludado respetuosamente, al anciano y á las dos jóvenes atravesó el jardín, haciendo á Cartouche, un amistoso signo, al que aquel contestó, con un ronquido, en que se adivinaba un acto de insurreccion, y otro de obediencia.

Gilberto siguió á Mirabeau que mandó al cochero, que entrara en el pueblo y se detuviese frente la iglesia. Al llegar al ángulo que formaba la primera calle hizo parar el coche, y sacando una targeta de su cartera:

—Teisch, dijo á su criado, entrega de mi parte esta targeta, al jóven que no tiene la misma opinion que yo acerca de Mirabeau.



Despues con un suspiro: «Ahl doctor añadió, he ahí un hombre, que aun no ha leído: *La gran traicion del conde de Mirabeau*.

Teisch volvió con el jóven.

—Oh! señor conde, dijo este, con un acento de admiracion, cuya verdad era indudable, concededme la gracia que habeis dispensado á Cartouche; el honor de besar vuestra mano.

Mirabeau abrió sus brazos y estrechó al jóven contra su pecho.

—Señor conde, dijo este, me llamo Mornais; si algun dia necesitais alguien que muera por vos, acordaos de mí.

Las lágrimas asomaron á los ojos del conde.

—Doctor dijo, éstos son los hombres que nos han de suceder; creo que valen mucho mas que nosotros.





## CAPITULO VII.

### Una mujer parecida á la reina.



El coche se detuvo en la puerta de la iglesia de Argenteuil.

—Os dije que no habia venido á Argenteuil desde el dia en que mi padre me echó de casa con un palo; dije mal; he vuelto el dia en que conducian su cuerpo á la iglesia.

Y Mirabeau, bajó del coche, se quitó el sombrero, y con la cabeza descubierta entró en la iglesia con paso lento y solemne.

Existian en este hombre original, tantos sentimientos opuestos, que algunas veces sentia el religioso, en una época en que todos eran filósofos, y en que algunos de ellos llevaban la filosofía hasta el ateismo.

Gilberto le siguió á algunos pasos de distancia. Vió que atravesaba la iglesia, y que cerca el altar de la Virgen, se apoyaba en una maciza columna, cuyo capitel romano parecia llevar escripta la fecha del siglo doce. Su cabeza se inclinó, y sus ojos se fijaron sobre una losa negra que está en el centro de la capilla.



El doctor, trató de comprender, lo que á Mirabeau absorvia, y siguiendo con su vista la del orador, leyó la inscripcion siguiente:

Aqui descansa

FRANCISCA DE CASTELLANE, marquesa de Mirabeau  
modelo de piedad y virtudes, dichosa esposa y madre feliz.  
Nació en el Delfinado en 1685; falleció en Paris en 1769.

Depositose en San-Sulpicio  
y despues se trasladó aqui, bajo la misma tumba  
de su digno hijo

VICTOR DE REQUITTI, marqués de Mirabeau,  
*llamado el amigo de los hombres.*

Nació en Perthuis, en la Provenza, el 4 Octubre de 1715;  
falleció en Argenteuil el 11 Julio de 1789.

ROGAD A DIOS POR SUS ALMAS.

La religion y la muerte son tan poderosas que el doctor Gilberto dobló un instante la cabeza, y buscó en su memoria, algunas de las oraciones que aprendió en su infancia para cumplir con el deber que á todo cristiano impone la vista de un sepulcro.

Pero si Gilberto sabia en su niñez ese language bendito, los estravios y sofismos del siglo habian borrado de su mente cuanto concernia á la religion.

No recordando las oraciones, levantó la vista, y vió dos lágrimas que se escapaban de los ojos de Mirabeau y que corrian por aquel rostro, labrado por las pasiones, como el terreno de un volcan lo está por la lava. Estas dos lágrimas del orador admiraron á Gilberto. Se dirigió hácia él y le apretó la mano. Mirabeau comprendió su pensamiento.

Derramar lágrimas por este padre que lo habia encarcelado y martirizado, hubieran sido lágrimas incomprensibles y venales. Mirabeau se apresuró pues á esplicar á Gilberto su causa y dijo:

—Francisca de Castellana mi abuela, era una muger sin igual. Cuando todos me encontraban horroroso, ella me encontraba feo; cuando todos me detestaban, ella solo me amaba! Pero lo que só-



bre todo adoraba, era á su hijo, y ya veís doctor que los he juntado.... Y á mi con quien me juntarán? que huesos descansarán cerca los míos?... Ni siquiera tengo un perro que me ame!

Y lanzó una carcajada histérica.

—Caballero, dijo una voz con acento grave; en la iglesia no se rie.

Mirabeau se volvió, y vió á un eclesiástico.

—Caballero, le replicó con dulzura, serias por ventura, el ministro de Dios en este santuario?

—Si.... que me queréis?

—Teneis muchos pobres en la parroquia?

—Bastantes, replicó el cura.

—Pues bien caballero: según toda probabilidad, habitaré el castillo del Marais; todo trabajador que no tenga jornal, lo encontrará en mi casa; todo anciano que no tenga que comer, encontrará pan en ella; todo enfermo, cualquiera que sea su opinion política, ó sus principios religiosos, encontrará socorro en la misma; y á partir de este dia os ofrezco, con este obgeto, un crédito de mil francos mensuales, contra mi caja.

Y rompiendo una hoja de su cartera, escribió con lapiz lo siguiente:

«Bono por la cantidad de *doce mil francos* que el señor cura de Argenteuil, podra girar contra mí, á razon de mil francos al mes, los cuales serán empleados por él en buenas obras, á partir del dia de mi instalacion en el castillo del Marais.»

«Dado en la iglesia de Argenteuil y firmado sobre el altar de la Virgen.»

«MIRABEAU.»

En efecto, Mirabeau habia escrito este bono, y lo firmó en el altar de la Virgen. Una vez escrito y firmado, lo entregó al cura, que si se espantó al leerlo, se asustó mucho mas al ver la firma. Luego salió de la iglesia haciendo seña al doctor Gilberto para que le siguiese.

Por mas que Mirabeau estuviese en Argenteuil por solo al-



gunos minutos, dejaba tras sí dos recuerdos que debían engrandecerle á los ojos de la posteridad.

El distintivo de ciertas organizaciones, es dejar su huella en todas partes por donde pasan. Camus esparciendo soldados por los alrededores de Tebas; Hércules mostrando sus doce trabajos á la faz del mundo; he ahí dos ejemplos.

Hoy día aún—y, sin embargo, hace 60 años que ha muerto el gran forador,—hoy, aún se, hacen en Argenteuil las dos estaciones que este hizo con Gilberto, y á menos que la casa esté inhabitada y la iglesia desierta, encontrareis alguna persona que os contará como si hubiese sucedido ayer mismo, lo que acabais de leer.

La carretela siguió la calle mayor, hasta su estremidad, salió de Argenteuil y tomo al camino de Besons. Aún no había corrido una distancia de cien pasos, cuando Mirabeau vió á su derecha, los árboles espesos de un parque y el techo de un castillo. Era el Marais.

A la derecha de la carretera, antes de llegar al camino que va hasta el enrejado de aquel se elevaba una cabaña de triste apariencia.

En la puerta se veía una muger sentada en un banquillo de madera, teniendo en sus brazos un niño flaco, enfermo y devorado por la fiebre.

La madre estaba balanceando aquel medio cadáver, alzaba los ojos al cielo y lloraba. La desconsolada muger se dirigia á aquel á quien nos dirigimos todos, cuando no esperamos nada de los hombres. Mirabeau desde lejos, fijaba sus ojos, en tan triste espectáculo.

—Doctor, dijo Mirabeau, soy supersticioso; si este niño muere, no tomé el castillo; conque haced que viva.

He hizo parar su coche en la cabaña.

—Doctor continuó, como no me quedan mas que veinte y cinco minutos para visitar el castillo, os dejo aquí y luego vendreis á decirme si este niño se puede salvar. Y dirigiéndose á la madre: Buena muger, dijo, ahí teneis á este caballero que es un gran médico; dad gracias á la providencia que os lo envía; vá á intentar la curación de vuestro hijo.



La muger no sabia si aquello era un sueño. Se levantó llevando á su hijo en sus brazos, dando al conde, repetidas gracias. Gilberto bajó. El coche continuó su camino. Cinco minutos después, Teisch llamaba á la puerta del castillo.

El castillo estaba aún muy habitable, al menos por lo que se conocia á simple vista y por lo que decia el jardinero.

Formaba parte de los dominios de la abadia de San Dionisio, como cabeza del priorato de Argenteuil y estaba en venta á causa de los decretos sobre los bienes del clero. Mirabeau ya lo hemos dicho: conocia este castillo, pero nunca tuvo ocasion de examinarlo tan atentamente, como entonces.

Abierta la puerta, se encontró en un patio cuadrado. A la derecha se veia un pabellon habitado por el jardinero; á la izquierda habia otro segundo pabellon, que por la coqueteria con que estaba adornado, hasta en su parte exterior, se dudaba que fuese hermano del primero. Sin embargo, se habian construido en un mismo tiempo, y por un mismo artifice; pero de pabellon comun, los adornos le habian convertido en una habitacion aristocrática; gigantestos rosales cargados de flores, parecian vestirle con un gran traje de color de rosa, mientras que una parra rodeaba su cintura como un verde y hermoso lazo. Las ventanas estaban resguardadas del sol y de las miradas indiscretas, por las ramas de los árboles; un pequeño jardin sembrado de flores, semejante á una tapiceria bórdada por la mano de Penelopé estaba adherido á la casa y se estendia á lo largo del primer patio rematando con un gigantesco sauce lloron que hacia contraste con unos soberbios olmos que habia en el lado opuesto.

Ya saben nuestros lectores la pasion de Mirabeau por las flores. Al ver aquel pabellon perdido entre las rosas, aquel jardin que parecia un trozo de la pequeña casa de Flora, lanzó un grito de alegría.

—Oh! dijo al jardinero: este pabellon está para alquilar ó para vender, no es cierto amigo mio?

—Sin duda caballero, contestó este, pues pertenece al castillo y este está para alquilar ó vender. Ahora se habia ocupado por



una dama, pero como no se ha firmado ningun escrito, si vos os quedais en el castillo, se echará politicamente á la persona del pabellon.

—Ah! dijo Mirabeau, y quien es esta persona?

—Una señora.

—Jóven?

—De treinta á treinta y cinco años.

—Bella?

—Bellísima.

—Muy bien, dijo Mirabeau, una buana vecinita nunca está de mas.... Enseñadme el castillo, amigo mio.

—El jardinero echó á andar delante Mirabeau y atravesó un puente que separaba el primer patio del segundo, bajo el cual pasaba un riachuelo. Al llegar allí se detuvo.

—Si el señor, dijo, no quisiera incomodar la vecina del pabellon; seria tanto mas fácil cuanto este riachuelo aisla completamente el trozo de parque adjunto al pabellon del resto del jardin. Ella estaria en su casa y el señor en la suya...

—Bueno, bueno, contestó Mirabeau, veamos el castillo.

Y subió con presteza los escalones de la entrada. El jardinero abrió la puerta principal. Esta puerta daba á un corredor adornado con estatuas y otros objetos.

Una puerta situada en el fondo de este corredor frente á la de entrada, daba al jardin. A la derecha de aquel, estaban la sala de billar y el comedor. A la izquierda, una sala grande y otra pequeña.

Esta disposicion no disgustó á Mirabeau el cual parecia distraido é inquieto.

Luego subieron al cuarto principal. Este le componian una grande sala, y cuatro cuartos con sus alcobas respectivas. Todas las ventanas de las alcobas estaban cerradas.

Mirabeau abrió una: el jardinero quiso imitarlo, pero el orador le detuvo.

Debajo la ventana que habia abierto el conde, junto á un sauce lloren, una muger leia, medio recostada, mientras que un niño



de 5 ó 6 años, jugaba á algunos pasos de ella. Mirabeau comprendió que era la muger del pabellon.

Era imposible estar mas hermosa de lo que estaba en su sencillo negligé.

El jóven vestido de blanco, llevaba un sombrerito á lo Enrique IV con un cinturon tricolor.

Tal era el traje que llevaba el delfin, la última vez que su madre lo habia mostrado al pueblo desde las Tullerías.

La señal hecha por Mirabeau, tenia por objeto no molestar á la bella lectora.

Aquella hermosa jóven, amante de las flores, que Mirabeau, el hombre que no podia vivir sin placeres, hubiera escogido, la casualidad se la presentaba.

Durante algun tiempo, devoró aquella belleza, inmóvil como una estatua, ignorando, la misma que fuera objeto de mirada tan abrasadora. Pero sea casualidad ó corriente magnética, sus ojos se separaron del libro, y se volvieron hácia la ventana.

Vió á Mirabeau, y lanzó un grito de sorpresa; se levantó, llamó á su hijo, su alejó cogiéndole de la mano, no sin volverse dos ó tres veces y desapareció con aquel por entre los árboles. Mirabeau siguió las diferentes evoluciones de su brillante traje, cuya blancura luchaba con los primeras tinieblas de la noche.

Al grito lanzado por la desconocida, Mirabeau contestó con otro de sorpresa.

Esta muger, tenia, no solamente, el aire y estatura de la reina, sino su propia fisonomia. El niño, á su vez, se parecia al segundo hijo de Maria Antonieta y era, á corta diferencia, de la misma edad que aquel. Desde la entrevista que habia tenido Mirabeau con esta en el palacio de Saint-Cloud, los rasgos de su fisonomia, habian quedado tan impresos en su mente, que la hubiera reconocido en cualquier parte que la hubiese encontrado.

Que estraña casualidad llevaba, pues, al parque de la casa que iba á alquilar, á una muger misteriosa, que si no era la reina, en persona, era al menos su vivo retrato?

Mirabeau sintió una mano que se apoyaba en su espalda.



## CAPITULO VIII.

### En donde la influencia de la dama desconocida empieza á hacerse sentir.



orador se volvió estremecido. El que así ponía la mano en su espalda, era el doctor Gilberto.

—Ah! exclamó Mirabeau, sois vos, querido doctor? Y bien?

—Y bien! dijo Gilberto, he visto al niño.

—Y esperais salvarlo?

—Jamás un médico debe perder la esperanza, aún que se encuentre frente á frente de la muerte.

—Diablo? exclamó Mirabeau, y esto quiere decir que la enfermedad es grave.

—Mas que grave mi querido conde; es mortal.

—Cual es pues esta enfermedad?

—No deseo otra cosa que entrar en detalles, sobre este punto; estos detalles, no carecerán de interés para un hombre que ignora lo espuesta que está su salud habitando este castillo.

—Hombre! exclamó Mirabeau, se respira algun aire epidémico?



—No: pero voy á deciros de que modo ese niño ha cogido la calentura, y porque, segun toda probabilidad, morirá dentro ocho dias. Su madre recogia el heno del castillo con el jardinero: para hacer mas libremente su faena dejó el niño á algunos pasos de estos fosos de agua que rodean el parque; la buena, muger que no tiene ninguna idea del movimiento de la tierra, acostó á la pobre criatura en la sombra, sin figurarse que al cabo de una hora, daría el sol en igual punto. Cuando llegó para tomar á su hijo que lloraba sin cesar, lo encontró doblemente atacado por un tabardillo, y por la absorcion de los vapores del estanque que habian producido ese género de envenenamiento llamado *Paludiano*.

—Dispensad, querido doctor, dijo Mirabeau, pero no comprendo bien:

—Veamos. No habeis oido hablar nunca de las calenturas del lago Pontins? No conoceis, de reputacion al menos, los miasmas deletereos que se exalan en algunas partes de la Toscana? No habeis leido en el poema florentino la muerte de *Pia di Tolomei*?

—Si doctor, sé todo esto; pero como hombre de mundo y como poeta, no como químico y médico. Cabanis, la última vez que le ví, me dijo algo que se parece á esto, á propósito del salon de la Asamblea donde estamos muy mal; pretendia que si durante la session no salia dos ó tres veces á respirar el aire de las Tullerias, moriria envenenado.

—Y Cabanis tenia razon.

—Queris esplicarlo doctor? me hareis un obsequio.

—De veras?

—Si; sé bastante el latin y el griego; durante los cuatro ó cinco años que estuve en la carcel, gracias á la suceptibilidad de mi padre, estudié bastante bien la antigüedad. En mis momentos de ocio, hasta compuse un libro sobre las costumbres antiguas, muy libre, es verdad, pero que no carecia de ciencia. Sin embargo, ignoro completamente de que modo puede uno ser envenenado, á menos que lea el periódico de Marat, ó le muerda el abate Manry.

—Entonces voy á esplicarme; puede que parezca un poco os-



curo, para un hombre que se reconoce muy poco instruido en física y química; pero procuraré ser lo mas claro posible.

—Hablad doctor, nunca habeis encontrado un oyente mas amigo de aprender.

—Al arquitecto que construyó el salon de la Asamblea,—y, por desgracia, los arquitectos son, como vos, muy malos químicos—no se le ocurrió hacer chimeneas para la salida del aire corrompido, ni tubos para renovarlo. Resulta, pues, que las mil bocas que, encerradas en esta sala, aspiran oxígeno, lanzan al mismo tiempo, vapores carbónicos; esto hace, que al cabo de una hora de sesion, sobre todo en invierno, que las ventanas estan cerradas y los caloriferos encendidos, el aire no sea respirable.

—He ahí cabalmente, lo que queria saber, aunque solamente sea para advertirlo á Bailly.

—Nada tan sencillo: el aire puro; tal como le respiramos en una habitacion situada hácia levante, con una corriente de agua cerca, es decir, con las mejores condiciones con que el aire puede respirarse, se compone de 77 partes de oxígeno, 21 de azoe y 2 de vapor.

—Hasta aqui todo lo comprendo, y hasta noto los números. Perfectamente.

—Pues bien, escuchad: la sangre venosa, se dirige negra y cargada de carbono, á los pulmones, donde se vivifica, por el contacto del aire exterior; es decir, por el oxígeno que la accion respiratoria toma del aire libre. Entonces se realiza un nuevo fenómeno que llamaremos hemátosis. El oxígeno puesto en contacto con la sangre se combina con ella, y de negra que era, se vuelve colorada, y de esta manera recibe el elemento de vida que se esparce en toda la economia; al mismo tiempo, el carbono que se combina con una parte de oxígeno, pasa al estado de ácido carbónico, ó de óxido de carbono, y es lanzado hácia afuera con una parte de vapor, en el acto de la respiracion. Pues bien: absorbido este aire por la aspiracion, y viciado por la respiracion, forman en una sala cerrada, una atmósfera que no solamente deja de tener condiciones respirables, si no que puede obrar los mismos efectos del envenenamiento.



—De modo, querido doctor, que según vuestro parecer, ya estoy medio envenenado?

—Decis bien. Vuestros dolores en las entrañas provienen de esto: del salon del Arzobispado, del castillo de Viscennes, y del de If. No os acordais que la señora de Bellegarde decia que en aquel castillo habia un calabozo que estaba cargado de arsénico?

—Así, mi querido doctor, el pobre niño, está del todo envenenado?

—Sí, conde; este envenenamiento, es causa de la perniciosa fiebre que sufre, que reside en el cerebro, y que ha producido la enfermedad llamada fiebre cerebral y que yó llamaré una hydrocéfala aguda. De ahí sus convulsiones, la descomposicion de su rostro, lo morado de sus labios, y todos los demás síntomas que en él se observan.

—Diablo dijo Mirabeau, sabeis que cuando oigo hablar á un médico con su nomenclatura técnica, me parece que lo más dulce que se puede esperar de su boca es la palabra muerte? Y que habeis ordenado al pobre niño?

—El tratamiento más enérgico posible que gracias á uno ó dos luisés que he añadido á la receta podran satisfacer su coste. —

—De veras? Y á pesar de esto morirá?

—Todo esto, sin la ayuda de la naturaleza, es inútil. Obedeciendo mi conciencia, he ordenado este tratamiento. Su buen ángel, si es que el niño lo tenga, hará lo demás.

—Hum! esclamó Mirabeau.

—Comprendeis, no es verdad? dijo Gilberto.

—Vuestra teoria de envenenamiento por el óxido de carbono? Poco me falta.

—No, no es esto: quiero decir si comprendeis, que el aire de este castillo no os conviene.

—Lo creéis así, doctor?

—Estoy seguro de ello.

—Es lástima, porque el castillo me conviene mucho.

—Siempre enemigo de vos mismo! os aconsejo que vivais en una eminencia, y escogéis una llanura; os aconsejo que vivais donde corra agua, y haceis todo lo contrario!



—Porqué?... mirad estos árboles, doctor.

—Dormid una sola noche con la ventana abierta y paseaos á las once de la noche á la sombra de estos árboles, y al otro día me direis vuestro estado.

—Es decir que en vez de estar medio envenenado, al otro día o estaré del todo?..

—Sí, lo adivinasteis. Os conozco, querido conde. Venis aquí para huir del mundo, y el mundo vendrá á buscaros. Cada uno arrastra tras si una cadena de hierro, de oro ó de flores; la cadena que vos arrastrais, es la del placer de noche, y la del estudio de día. Mientras habeis sido jóven, los placeres han sido el descanso de vuestro trabajo, pero este ha cansado vuestros días, y aquellos vuestras noches. Vos mismo me habeis dicho, que os sentis envejecer. Pues bien, querido conde, si á consecuencia de un trabajo escesivo, me veo abligado á sangraros, respirareis, por fuerza, este aire impuro, y entonces tendré que luchar contra dos enemigos: contra vos y la naturaleza y no me quedará mas remedio que declararme vencido.

—Asi, querido doctor, creéis que moriré á consecuencia de mi dolor en las entrañas? Diabolo! me poneis de mal humor: creo que estas enfermedades son largas, y quisiera morir de una muerte pronta, como uno aplopegia, ú otra enfermedad equivalente. No podrias prepararme una de estas muertes?

—Oh! querido conde! dijo Gilberto, no me pidais esto; lo que deseais se cumplirá. Segun mi parecer, vuestras entrañas harán un papel muy secundario en vuestra muerte. El corazon es el que hace el primer papel en vuestra vida y de consiguiente el que lo hará tambien en vuestra muerte. Desgraciadamente en las personas de vuestra edad, estas enfermedades pueden ser largas. Por lo regular, querido conde, las enfermedades agudas del hombre siguen un orden absoluto; cuando niño, atacan el cérebro; cuando jóven, el pecho; cuando adulto, las visceras inferiores y cuando viejo, el cerebro ó el corazon; es decir, lo que mas á trabajado y mas pronto se ha cansado ó sufrido. Y cuando la ciencia se haya agotado, cuando se encuentre un remedio, para toda clase de enferme-



dades, cuando, excepto en algunos casos, se morirá solo de vejez, los órganos atacables, serán el cerebro y el corazón y aún la muerte á causa del cerebro provendrá de este último.

—En verdad, querido doctor, que no sabeis cuanto me interesa oiros; mirad: cualquiera diría que mi corazón sabe que habláis de él; ved cómo late.

Mirabeau tomó la mano de Gilberto, y la llevó á su corazón.

—Y bien, dijo el doctor, he aquí una cosa que viene en apoyo de lo que os decia. Como quereis que un órgano que participa de todos nuestros pensamientos no esté afectado? Habeis vivido por el corazón, y morireis por él. Comprendedlo bien. No hay ninguna afección moral viva, ninguna afección física aguda que no dé al hombre una especie de fiebre y no hay fiebre que no aumente los latidos del corazón. Pues bien: durante este trabajo que es una pena ó una fatiga, puesto que se sale del orden normal, el corazón se gasta, el corazón se altera, y de ahí, en los viejos la hipertrophia del corazón, es decir, su desenvolvimiento excesivo, de ahí el aneurisma, es decir, la disminucion del mismo: el aneurisma conduce á una muerte instantánea, la hipertrophia, á las apoplejias cerebrales, muerte, alguna vez, mucho mas lenta pero á la que precede la pérdida del juicio y en la que, por consiguiente, el verdadero dolor no existe, puesto que tampoco existe el sentimiento que lo juzga y mide. Figuraos que habeis amado, que habeis sido feliz, que habeis sufrido, que habeis tenido momentos de alegría ó momentos de desespero, que habeis alcanzado triunfos hasta ahora desconocidos y experimentado terribles decepciones, que vuestra sangre, en ardientes cataratas y por espacio de cuarenta años, se ha precipitado desde el centro á las estremidades; que habeis pensado, hablado y trabajado días enteros, que habeis reido, bebido y gozado durante las horas de la noche; pues bien: con estos excesos os figurais que no llegará el día en que usado, gastado, vuestro corazón no os faltará de repente? El corazón, mi querido amigo, es como una bolsa: por bien provista que esté, á fuerza de sacar dinero, llega un día en que se agota. Pero al mostraros el lado malo, quiero desenvolver el



bueno: el corazón necesita mucho tiempo para gastarse: no abuscéis de él como lo haceis; no le pidais mas trabajo del que pueda prestaros; procurad siempre que permanezca en las condiciones tan necesarias para las tres principales funciones de la vida; es decir para la respiracion que hace jugar los pulmones, la circulacion, que parte del corazón y la digestion que tiene su asiento en los intestinos, y aún podreis vivir veinte y hasta treinta años; aún podreis morir de vejez, mientras que, al contrario, si quereis suicidaros, nada mas fácil que apresurar vuestro muerte segun vuestra voluntad. Figuraos que guiais dos fogosos corceles: obligadles á marchar al paso y emplearán mucho tiempo en un largo viage; quitadles todo freno, dejadlos marchar al galope y como los del sol, en un dia y una noche recorreran el largo trecho.

—Si, dijo Mirabeau, pero durante el tiempo que emplean en su carrera, alumbran y calientan, lo cual siempre es algo. Venid, doctor; se hace tarde, reflexionaré todo esto.

—Pensadlo, dijo el doctor, siguiendo á Mirabeau; pero para obedecer las prescripciones de la ciencia, prometedme que no alquilareis este castillo. En las cercanias de Paris, hay otros mucho mejores, y mas saludables.

Tal vez Mirabeau iba á ceder, cuando por entre los árboles, notó á la desconocida que le sonreia. Conociendo algo Gilberto, escudriñó el punto hácia donde se dirigia su vista; no vió nada: solo oyó el ruido de las hojas agitadas por el roce de un vestido.

—Y bien, dijo Gilberto, no respondeis?

—Mi querido doctor, dijo Mirabeau, os acordais de lo que he dicho á la reina al separarme de ella y al darme á besar su mano. «Señora, por este beso la monarquia se ha salvado?»

—Si.

—Pues bien! me he encargado de una empresa bastante difícil, sobre todo, si no me sostienen. Sin embargo, no quiero faltar á esta promesa. No despreciemos el suicidio, pues podria ser que fuese el único medio para salir con honra de este negocio.

Al dia siguiente, Mirabeau habia comprado con todos los documentos necesarios, el castillo del Marais.



## CAPITULO IX.

**En donde se sabe lo que fué de Catalina, pero donde seignora lo que es de ella.**



URANTE estos acontecimientos había llegado la época en que se trató de celebrar una confederacion general, despues de las confederaciones parciales que, como un prólogo á aquella, se habian celebrado en todos los departamentos de Francia.

Esta idea debida al genio de Mirabeau, no tenia mas objeto que acercar al rey y sus súbditos y estrechar, por decirlo así, los lazos que entre estos y aquel empezaban á relajar las subversivas ideas que tanto vuelo habian tomado.

Asi es que las provincias nombraron un determinado número de diputados, para que fueran representados en la confederacion general y estos se dirigieron á Paris acompañados de una inmensa multitud avida de un espectáculo que tanta impresion debia causar á Europa.

Para esto se necesitaba un gigantesco circo: asíes que se eligió el campo de Marte y las alturas de Passy y de Chaillot: el campo para los actores de aquel grande acontecimiento; las



alturas de Passy y de Chaillot para los que deseaban presentarlo.

El campo de Marte presentaba una superficie llana; era necesario ahondarla y amontonar la tierra á su alrededor para que tuviese la forma de circo.

Quince mil obreros, quince mil hombres de estos que se lamentan en voz alta de la falta de trabajo, pero que en sus adentros rinden gracias al cielo porque no lo encuentran, fueron lanzados por la municipalidad de Paris, con azadas, picotas y rastrillos al campo de Marte, para trasformar su llanura en un valle circundado por un anfiteatro. Con estos quince mil obreros, solo se necesitaban tres semanas para que esta obra se hallase concluida: pero á los dos dias se vió que, por su escasa actividad, se necesitarian tres meses.

Tal vez se les pagaba mas para que no trabajasen que no para que activasen su obra.

Entonces ocurrió un hecho, cuasi un milagro que dá una idea del entusiasmo que para ciertas cosas, tienen los parisienses. El inmenso trabajo que no podian ó no querian llevar á cabo quince mil obreros, lo emprendió Paris entero. El mismo dia en que se esparció la noticia de que el campo de Marte no estaria dispuesto para el 14 de Julio, cien mil hombres se levantaron y digieron con esta seguridad, que solo acompaña á la voluntad de un Dios ó la de un pueblo:

—Lo estará!

Algunos diputados fueron á encontrar al alcalde de Paris, á nombre de aquellos cien mil trabajadores, y se convino con este, que para no perjudicar sus trabajos de dia, trabajarían de noche.

En aquella misma, á las siete, se disparó un cañonazo que anunciaba que el trabajo del dia habia acabado y empezaba el de la noche. Al oír aquel cañonazo, Paris, Le-Grenelle, la Rivera, y Gros-Caillou, acudió al campo de Marte. Cada uno llevaba su instrumento fuese azada, rastrillo ó picota: otros hacian rodar inmensos toneles de vino, acompañándoles con guitarras, violines atabales y pifanos. Las edades, los sexos, los estados se hallaban



confundidos; ciudadanos, soldados clérigos, monges, señoras de alto rango, tías del mercado, hermanas de la caridad, actrices, todos manejaban la azada ó impulsaban la carreta. Los niños iban delante llevando antorchas encendidas; las músicas tocaban y dominaban todo este ruido, toda esta algazara, todos estos instrumentos, y se oía el *Ca ira* como un inmenso coro cantado por cien mil voces al cual contestaban otras trescientasmil, viniendo de todos los estremos de la Francia.

Entre los trabajadores mas animosos, se notaban dos hombres que, vestidos de uniforme, habian sido los primeros en llegar al campo; uno de ellos frisaba en los cuarenta y se distinguia por la robustez de sus miembros y por lo sombrío de su rostro. Este hombre no cantaba; apenas decia una palabra. El otro era un jóven de veinte años, de fisonomia franca y alegre, de ojos azules, dientes blancos, cabello rubio, de grandes pies y que arrastraba con las manos inmensas espuelas, impulsando la carreta sin descansar nunca, cantando siempre, observando al soslayo á su compañero, dirigiéndole alguna que otra palabra, á la cual nunca el otro contestaba, llevándole un vaso de vino que rechazaba, volviendo á su lugar, encogiéndose tristemente de hombros, y poniéndose á trabajar como uno y cantando como veinte.

Estos dos hombres eran dos diputados del nuevo departamento de l'Aisne, que viviendo á diez leguas de Paris, y habiendo oido decir que faltaban brazos, se apresuraron á ofrecer el uno su silencioso trabajo y el otro su camorrista y alegre cooperacion. Estos dos hombres eran Billot y Pitou.

Digamos lo que ocurría en Villiers-Cotterets en la tercera noche de su llegada á Paris, es decir, en la noche del cinco al seis de julio, en el momento mismo en que les vemos desafiar, en actividad, á los demas trabajadores.

Durante la noche del 5 al 6 de julio, como á cosa de las once, el doctor Raynal, que hacia poco se habia dormido, fué despertado por tres alabazos que con bastante violencia dieron á su puerta.

Ya sabemos, que la costumbre del doctor, era abrirla por si



mismo, á fin de saber mas pronto el motivo por el cual se le llamaba.

Esta vez, como las demás, saltó de su cama, se vistió con prontitud, y bajó con bastante agilidad por una estrecha escalera.

Por aprisa que el doctor bajara, para el visitador nocturno debia bajar muy despacio, pues volvió á llamar con mas fuerza, y sin contar los golpes. En aquel momento, el doctor abría la puerta.

Al punto reconoció al mismo lacayo que habia venido á buscarle cierta noche para que fuese á curar las heridas que causó Billot al vizconde Isidoro de Charny.

—Oh! oh! exclamó el doctor al verle, ¿otra vez vos, amigo mio? No es un reproche, ¿comprendéis? pero si vuestro amo estuviese aún herido, seria necesario que fuese con tiento; no son muy saludables los parages en que llueven halas.

—No señor, contestó el lacayo, no es para mi amo, ni para ninguna herida; pero es para una cosa que no es menos grave. Acabad de arreglarlos; he aqui un caballo; se os está esperando.

El doctor no pidió mas que cinco minutos; pero conociendo que su preseccia era urgente, no empleó mas que cuatro.

—Ya estoy listo, dijo, saliendo cuasi en el mismo momento que habia desaparecido.

El lacayo, sin apearse, cogió el freno del caballo y el doctor subió, en el; luego tomaron por el camino opuesto á Boursomme, dejando Haramont á la izquierda, y bien pronto estuvieron en un bosque tan espeso que era difícil ir por mas tiempo á caballo.

De repente un hombre escondido tras de un árbol, se atravesó á su paso.

—Sois vos, doctor, preguntó.

El doctor que habia detenido el caballo, ignorando las intenciones del desconocido, reconoció en esta voz al vizconde Isidoro.

—Si, dijo, soy yo. A donde me haceis conducir, señor vizconde?



—Ya lo vereis, dijo este. Bajad del caballo y seguidme: os lo ruego.

—El doctor bajó: empezaba á comprender.

—Ah! ah! dijo apostaría á que se trata de un parto...

Isidoro le cojió la mano.

—Si doctor, dijo, y de consiguiente me prometeis, un silencio completo ¿no es verdad?

El doctor se encojió de hombros, como queriendo decir: «estad tranquilo: otras cosas mas grandes he visto.»

—Entonces, venid por acá, dijo Isidoro, respondiendo á su idea.

Y en medio del bosque, pisando las secas hojas de los árboles, y á traves de las gigantescas hayas, por entre las cuales se veia de cuando en cuando el brillo de una estrella, bajaron los fosos, impracticables para los caballos, y llegaron al cabo de un instante, á la altura de la roca Clouise.

—Oh! oh! exclamó el doctor, es por ventura en la cabaña del padre Clouise donde nos dirigimos?

—No, dijo Isidoro; pero cerca de ella.

Y dando la vuelta al inmenso peñasco, condujo al doctor frente una puerta de modesta apariencia junto á la casa del guarda, lo cual hacia creer á los campesinos, como era natural, que para mas comodidad, el padre Clouis habia construido aquella nueva casa. La misma Catalina, postrada en el lecho de dolor, hubiera pensado lo mismo, al entrar por primera vez en ella. Verdad es que al penetrar en su cuarto, cualquiera hubiese rectificado su error.

Este cuarto estaba muy bien empapelado, con buenas cortinas, una buena cama en que se veia á Catalina, un espejo elegante, un sofá, dos poltronas, dos sillas, una biblioteca y un tocador con todo lo necesario; tales eran los muebles de la habitacion; tal el aspecto que ofrecia, respirándose, al mismo tiempo, en ella un aire bastante puro.

Peró la mirada del doctor no se detuvo en examinar el cuarto: al ver la paciente, se dirigió hácia ella.

Quando Catalina vió al doctor, ocultó su rostro entre sus ma-



nos, no pudiendo contener sus sollozos, ni reprimir sus lágrimas.

Isidoro se acercó á ella pronunciando su nombre, y la jóven se echó en sus brazos.

—Doctor, dijo el vizeconde, os confio la vida y la honra de la muger que hoy no es mas que mi querida pero que segun espero, será un dia mi esposa.

—Oh! cuan bueno eres mi querido Isidoró! Cuanto te quiero! Harto sabes que la hija de un labriego no puede ser nunca la vizcondesa de Charny; pero no por esto te lo agradezco menos! necesito fuerzas y quieres darmelas; pero tranquilízate, tendré valor: el mas grande que puedo tener, es mostrarme al doctor con la cara descubierta y ofrecerle la mano.

Y la alargó al doctor Raynal.

Un dolor mas violento que los anteriores, crispó la mano de la jóven en el momento en que la ofrecia al doctor. Este lanzó una mirada al vizeconde, el cual comprendió, que habia llegado el momento, y se arrodilló cerca el lecho de la paciente.

—Catalina, hija mia, le dijo, deberia quedarme para sostenerte y animarte, pero temo que me falte el valor..... pero si lo exigés.....

Catalina echó sus brazos al cuello de Isidoro.

—Vete, dijo, vete, te doy las gracias por tu cariño (no me veas sufrir).

Isidoro unió sus lábios á los de la jóven, apretó la mano al doctor y salió fuera del cuarto.

Durante dos horas, andubo errante, como las almas de que habla el Dante, las cuales no se pueden detener un momento, para gozar del reposo, y que, si se detienen, son alanceadas por el tridente de las furias infernales.

A cada instante, despues de haber andado mas ó menos, volvía á la puerta por donde habia salido, y detras de la cual se realizaba uno de los mas grandes misterios de la naturaleza.

De pronto, un grito lanzado por Catalina, le llegó hasta el alma y á semejanza de un condenado al cual le persiguen con el férreo tridente le obligó á huir de aquellos lugares.



Al oír que le llamaban por su propio nombre, se dirigió á la puerta, en el dintel de la cual vió al doctor que le aguardaba teniendo en los brazos á un niño.

—Ah! Isidoro! dijo Catalina, ahora soy dos veces tuya... tuya como querida, tuya como madre!

Ocho dias despues, á la misma hora, la puerta se abria; dos hombres se llevaban en una litera á una muger y á un niño; un jóven les escoltaba á caballo, recomendando á los primeros las mas grandes precauciones. Al llegar al camino de Haramont á Villiers-Cotterets, encontraron un coche tirado por tres caballos que les esperaba y en el cual colocaron á la madre y al niño.

El jóven dió algunas órdenes á su criado, se apeó del caballo, dió la brida á aquel y subió al coche que, sin pararse en Villiers-Cotterets, costeo el parque desde la Faisanderie, hasta el estremo de la calle de Laugny. Una vez alli, tomó á escape el camino de Paris.

Antes de salir, el jóven dejó una bolsa llena de oro para el padre Clouis, y Catalina una carta para Pitou.

El doctor Raynal habia indicado que en vista de la pronta convalecencia de la enferma, y la buena constitucion del niño, el viage hasta Paris podia hacerse en coche.

Gracias á esta, el vizconde decidió hacer este viage, cuasi necesario por la proxima vuelta de Billot y Pitou. Dios, que vela por los que mas tarde parece abandonar, habia hecho que el parto tuviese lugar en ausencia de Billot que ignoraba el paradero de su hija, y de Pitou, que en su inocencia, habia respetado el estado interesante de Catalina.

Hacia las cinco de la mañana, el coche entraba por la puerta de San-Dionisio, pero no podia atravesar los boulevares á causa de los obstáculos ocasionados por la fiesta del dia.

Catalina quiso por un instante sacar la cabeza por la ventanilla, pero no bien lo hubo hecho cuando la retiró al momento lanzando un grito y escondiendo su rostro en el pecho de Isidoro. Las dos primeras personas que habia visto entre la multitud, eran Billot y Pitou.



## CAPITULO X.

**El 14 Julio de 1790.**



Antes de salir el joven de una bolsa de  
que trabajo, que, de un llano inmenso debía  
hacer un inmenso valle entre dos colinas, ha-  
bia sido, acabado en la noche del 13 de Julio  
gracias á la cooperacion de Paris entero.

Muchos trabajadores, á fin de asegurarse  
un lugar para el dia siguiente, habian dormido  
en él, como los vencedores en un campo de batalla.

Pitou y Billot se unieron á los federados y tomaron en medio  
de ellos, su puesto en el boulevard. La casualidad, como lo he-  
mos visto, hizo que el punto destinado á los diputados del Aisne,  
fuese, justamente, aquel por donde debía pasar el coche que con-  
ducia á Catalina y á su hijo á Paris.

Y en efecto, esta linea, compuesta solo de federados, se es-  
tendia desde la Bastilla al boulevard Bonne-Nouvelle.

Todos habian hecho lo que habian podido para recibir digna-  
mente á sus queridos huéspedes. Cuando se supo la llegada de los  
bretones, fueron á esperarles hasta San-Cyr, y les alojaron en  
sus casas. Entonces se dieron grandes muestras de desinterés.



Los posaderos, se unieron, y en vez de subir los precios, los bajaron.

Los periodistas, estos hombres que á todo siguen la pista, que combaten incesantemente, de un modo que, en vez de extinguir el ódio lo aumentan, que desvian los corazones en vez de unirles; los periodistas, decimos, dos de ellos al menos, Lóustalot y Camillo Desmoulins, firmaron un pacto federativo entre los escritores, por el que renunciaban á toda disputa, á toda envidia, y prometían no sentir desde aquel día mas emulacion que la que les inspiraria el bien público.

Desgraciadamente este pacto, no tuvo eco en la prensa, y quedó para entonces, como para el porvenir, como una sublime utopía.

La influencia de Mirabeau, se hacía sentir todos los días; gracias á este poderoso campeón, la corte conquistaba muchos partidarios. La Asamblea, había votado con entusiasmo veinte y cuatro millones para el rey, y cuatro millones para la reina, en caso de que enviudara. Esto era devolver con usura, los doscientos ocho mil francos de deudas del elocuente tribuno, y las seis mil libras de renta que le señalaron.

Además, Mirabeau parecía no haberse equivocado sobre las ideas de las provincias. Los federados llevaban á París, el entusiasmo por el rey hasta su último extremo: se arrodillaban ante Luis XVI y ponían la espada á sus pies gritando «Viva el rey!»

Por desgracia, este interpretaba mal esos impulsos del corazón. Desgraciadamente, la reina, bastante orgullosa, no apreciaba esas verdaderas demostraciones. Luego la pobre muger, tenía un secreto pesar.

Este pesar era ocasionado por la ausencia de Charny, de Charny que podía venir, y que continuaba al lado del señor de Bouillé.

Al ver á Mirabeau, por un instante se le ocurrió hacerse la coqueta, pero de que sirve el genio al corazón? que importan á las pasiones, estos triunfos del amor propio, estas victorias del orgullo? Ante todo, en Mirabeau, había visto al hombre material,



siempre enfermo, y cuasi viejo; al momento lo comparó con Charny, con el elegante gentil hombre en la flor de su edad, y de una notable belleza; con Charny cuyo brillante uniforme, le daba un aire de príncipe de las batallas, mientras que Mirabeau, con su traje, cuando su genio no le inspiraba, y no arreglaba sus facciones, parecía un canónigo disfrazado.

Al hacer esta observacion, se encogia de hombros, lanzaba un profundo suspiro mezclado con algunos sollozos, y murmuraba: «Charny! Charny!»

Que le importaba á esta muger en aquellos momentos ver la Francia postrada á sus pies? que le importaba esta multitud que gritaba: «Viva el rey! viva la reina!»

Una voz que le hubiese dicho: «Maria nada ha cambiado en mi, Antonieta os amo!» esta voz le hubiera hecho creer que verdaderamente nada al rededor de ella habia cambiado, y hubiera hecho mas efecto que todas estas manifestaciones, que todas estas promesas que todos estos juramentos.

En fin el 14 de Julio habia llegado, trayendo consigo estos grandes y pequeños sucesos de que toma acta la historia.

Como si el desdeñoso 14 de Julio no supiese los acontecimientos que consigo traia amaneció nublado con viento y lluvia. Pero una de las cualidades de los franceses es reirse de todo, hasta de la lluvia en los dias festivos.

Los parisienses y los federados provinciales, reunidos en los boulevares desde las cinco de la mañana, no obstante de estar hechos una sopa y de tener hambre, reian y cantaban.

El pueblo parisiense que no podia preservarlos de la lluvia, tuvo la idea de darles de comer.

De todas las ventanas empezaron á bajarles, con cuerdas, pan, jamon y vino.

Lo mismo sucedió en todas las calles que atravesaron. Durante su marcha, ciento cincuenta mil personas, cogian puesto en el campo de Marte, y otras ciento cincuenta mil se colocaban en pié detrás de estas.

Los anfiteatros de Chaillot y de Pasy, estaban tan lle-



nos de espectadores, que será imposible apreciar su número.

Cuanta alegría, cuanta confianza en esta multitud, tanto en los que estaban sentados, como los que estaban de pié, como los que pesaban el río por el puente de Vaillot, inundando el campo de Marte por el arco de triunfo!

A medida que iban entrando los batallones de los federados, los gritos de entusiasmo aumentaban: aquel cuadro era imponente.

Y en efecto, jamás se había visto, espectáculo tan grande.

El campo de Marte se había transformado como por encanto, en menos de un mes, en un valle de una legua de perímetro. Sobre los cuatro pendientes de este valle, se veían trescientos mil hombres. Este era el cuadro que se presentaba á la vista de todos.

En el centro se levantaba el altar de la patria, al cual se subía por cuatro escaleras, correspondientes á las cuatro casas del castillo que se alzaba á grande altura.

Frente la escuela militar, se levantaron algunas galerías.

Estas galerías, cubiertas de colgaduras y llenas de banderas, estaban destinadas á la reina, á la corte y á la Asamblea nacional.

A tres pies de distancia uno de otro, se veían dos tronos: uno para el rey otro para el presidente de la Asamblea. El rey como jefe supremo y absoluto de las guardias nacionales, había transmitido su mando al general Lafayette.

Lafayette era generaisimo de seis millones de hombres armados; su fortuna llegaba ya á la cima; mas grande que él debía empezar á extinguirse. En aquel día llegó á apogeo; pero semejante á esas apariciones nocturnas y fantásticas que toman proporciones desmesuradas, no hacia otra cosa que crecer extraordinariamente, para luego convertirse en vapor, y desvanecerse y apagarse.

Pero durante aquel acto, todo era real, todo verdadero.

Comenzando por él, que debía hacer su dimision, siguiendo por el rey que fué victima del furor revolucionario, y acabando



por el generalísimo, cuyo caballo debía ayudar su espatriación, nadie podía prever que aquellos días de alegría, se convirtieran en días de luto y terror. Entre tanto, en medio de aquella lluvia de invierno, á la escasa luz de aquel día penetrando por entre la bóveda de los sombríos nubarrones, los federados entraban en el inmenso circo por las tres entradas del arco de triunfo; luego tras de ellos, veinte y cinco mil hombres destinados á rodear el anfiteatro; en seguida los electores de Paris, despues los representantes de la municipalidad y en fin la Asamblea nacional.

Aquellos cuerpos que tenían sus puestos marcados en las galerías, seguían una línea recta, abriéndose solamente como la ola, delante de una roca, para bordear el altar y volverse luego á juntar como antes estaban.

Tras los electores, los representantes de la municipalidad y la Asamblea nacional, venían los restos del acompañamiento: federados, diputaciones militares y guardias nacionales; cada departamento llevaba su estandarte distinto.

Al mismo tiempo que el presidente de la Asamblea se sentaba en su trono, el rey ocupaba el suyo y la reina subía en la tribuna.

Pobre reina! Su córte era mezquina! Sus mejores amigas tenían miedo y la habían abandonado: si hubiesen sabido que gracias á Mirabeau el rey había obtenido veinte y cinco millones y la reina cuatro, tal vez algunas hubieran vuelto; pero lo ignoraban.

En cuánto al que buscaba inútilmente con la vista, bien sabía Maria Antonieta, que no era el oro ni el poder lo que á ella le atraía. Asi es que á falta de él sus ojos querían fijarse en una persona fiel y amiga.

Preguntó donde se hallaba Isidoro de Charny, y porque los reyes tenían tan pocos súbditos en medio de tan inmenso gentío, siendo obligación de estos el respetarles y defenderles.

Pero nadie sabía donde se hallaba el vizconde, y el que la hubiese contestado que en aquel momento acompañaba á una campesina, querida suya, á una modesta casa situada en la pendiente de Bellevue, se hubiera encogido de hombros, si los celos no hubiesen destrozado su pecho.



¿Quien sabe, en efecto, si la heredera de los Césares no hubiera dado su trono y su corona, no hubiera consentido en ser una aldeana oscura, hija de un oscuro labriego, en cambio de ser amada de Oliverio, como Catalina lo era de Isidoro? Estos pensamientos sin duda se revolvan en su espíritu, cuando Mirabeau examinando una de estas dudosas miradas, medio divinas, medio terrestres, exclamó en voz alta sin poderse contener:

—En que estará pensando?

Si Cagliostro hubiese oído esta exclamación, probablemente hubiera respondido: «Piensa en la fatal máquina que la enseñé dentro una botella en el castillo de Taverney y que una noche reconocí en las Tullerías, bajo la pluma del doctor Gilberto.» Y el gran profeta, que cuasi siempre adivinaba, se hubiera equivocado. La reina pensaba en Charny, en su ausencia, en su amor ya apagado. Y esto en medio de quinientos tambores y dos mil instrumentos de música, que apenas se oían por los gritos de la muchedumbre.

De pronto se notó un gran silencio. Había llegado la hora de prestar el juramento.

Lafayette juró el primero, en nombre de las guardias nacionales del reino.

El presidente de la Asamblea juró el segundo, en nombre de la Francia.

El rey juró el tercero, en su propio nombre.

Durante este juramento, hubo un gran silencio. Apenas concluyó, cuando una descarga de cien cañones dió el aviso á los departamentos. Entonces, un inmenso rayo, seguido de este trueno amenazador, inventado por los hombres, y que si se midiera por los desastres hubiera vencido hace mucho tiempo al que lanza la misma nube, brotó de todos los fuertes de la coronada villa.

Semejantes á los círculos producidos por una piedra echada en medio de un lago, y que van ensanchándose hasta que alcanzan la orilla, cada círculo de llama, cada detonación, se ensanchó del mismo modo, marchando desde el centro á la circunferencia, desde Paris á la frontera, desde el corazón de la Francia al extranjero.



## CAPITULO XI.

### Aquí se baila.

La alegría de aquella multitud, duró por espacio de una hora. Mirabeau olvidó en ella, por un instante, á la reina; á Billot le sucedió lo mismo respecto á Catalina. El rey se retiró en medio de las aclamaciones generales. La Asamblea se dirigió al salon de las sesiones, con el mismo acompañamiento que á su llegada. El pabellon tricolor, dado por el pueblo de Paris al ejército, se colocó, por un decreto de aquella, en las bóvedas de la Asamblea. Chapelier, que lo propuso y que fué el origen de este decreto, presentia tal vez el 27 Julio, el 24 Febrero y el 2 de Diciembre? Llegó la noche. La fiesta de la mañana, habia tenido lugar en el Campo de Marte; la fiesta de la noche se celebró en la Bastilla.

Ochenta y tres arboles, tantos como departamentos, representaban, cubiertos de verdes hojas, las ocho torres de la fortaleza, en los cimientos de la que se habian plantado. Una infinidad de luces brillaba en los mismos; en el centro, se elevaba un palo



gigantesco donde se izó una bandera. Cerca los fosos, en una tumba abierta apropósito, se habian enterrado los hierros, cadenas, rejas y todos los demás utensilios de la Bastilla. Además de esto, se dejaron abiertas y alumbradas de una manera lúgubre, aquellas cárceles que vieron derramar tantas lágrimas, que ahogaron tantos gemidos. Cuando atraídos por la música se penetraba hasta donde en otro tiempo se veia el patio interior, se encontraba un salon de baile profusamente alumbrado en cuya entrada se leian estas palabras, que eran mas que la realizacion de lo que habia dicho Cagliostro:

AQUI SE BAILA.

En una de las mil mesas colocadas al rededor de la Bastilla, y bajo aquella improvisada carcel que representaba al viejo castillo, tambien como las piedras del arquitecto Palloy, dos hombres reparaban sus fuerzas agotadas por todo un dia de trabajo. Tenian delante de ellos un enorme salchichon, un pan de cuatro libras, y dos botellas de vino.

—A fè mia! dijo vaciando de un sorbo su vaso el mas jóven de los dos, que llevaba el uniforme de capitán de la guardia nacional, mientras que el otro de mucha mas edad, llevaba el traje de federado; á fè mia, digo que es cosa bastante agradable, esto de comer cuando se tiene hambre, y beber cuando se tiene sed.

—Luego despues de una pausa:

—Pero vos no teneis ni sed, ni hambre, señor Billot? preguntó.

—He comido y bebido, contestó este; no tengo mas gana que de una cosa...

—Cual?

—Ya te lo diré, mi querido Pitou, cuando llegue la hora de ponerme á la mesa.

Pitou no vió ninguna intencion en la respuesta de Billot. Este habia comido y bebido poco, á pesar de la fatiga del dia, y de lo que, como decia Pitou, era tan bueno comer y beber; pero desde su salida de Villiers-Cottets, y durante las cinco noches de trabajo en el campo de Marte, Billot habia igualmente comi-



do y bebido poco. Pitou sabia que ciertas enfermedades, sin ser peligrosas, quitaban el apetito á las organizaciones mas robustas; y cada vez que notaba lo poco que comia el labriego, le hacia la misma pregunta, á la cual Billot contestaba, que no sentia hambre; respuesta insuficiente para Pitou. Una cosa le contrariaba; pero no era la sobriedad del señor Billot; cada uno es libre de comer poco ó mucho; además, cuanto menos comia Billot mas quedaba para Pitou; lo que le contrariaba, era la sobriedad del labriego en sus palabras.

Cuando Pitou comia acompañado, le gustaba hablar; habia notado, que sin que se perjudicase la deglucion, ayudaba la digestion, y este examen le habia parecido tan bueno, que cuando comia solo, cantaba. Esto no estando triste. Pero el jóven no tenia ningún motivo para éstarlo; al contrario, su vida de Haramont, desde algun tiempo habia mejorado. Pitou ya lo hemos visto, amaba ó adoraba á Catalina. Ahora bien: que desea un italiano ó un español, si no adorar á su querida, verla, arrodillarse ante ella, y decirle: te amo? Que hacia Pitou? cuando llegaba la noche, se dirigia á la roca Clouise; veia á Catalina, se arrodillaba ante ella y esclamaba: te amo Catalina!

Y la jóven agradecida á los inmensos servicios que la prestaba su amigo, le dejaba hacer y decir cuanto queria. Pero Catalina llevaba á mas alto punto sus pensamientos. De cuando en cuando, los celos se apoderaban de ella; esto sucedia cuando llevaba alguna carta de Isidoro á la jóven, ó de esta al vizeconde. Pero examinándolo bien, esta situacion, era incomparablemente mejor que la que tenia en la quinta á su vuelta de Paris cuando Catalina, reconociendo en Pitou, un demagogo, un enemigo de los nobles, lo habia echado de ella diciéndole que para él no habia trabajo. Pitou creia, que la separacion entre el padre y la hija duraria poco. Asi es que habia dejado Haramont con bastante pesar; pero obligado como superior á dar el ejemplo, se habia despedido de Catalina, recomendándola al padre Clouis y prometiendo volver lo mas pronto posible.

Pitou, pues, no dejaba tras si, nada que le entristeciera.



En Paris, tampoco habla ocurrido ningun suceso que pudiera entristecerle. Habia encontrado al doctor Gilberto, al qual dió cuenta del empleo de los 25 luises, manifestándole al mismo tiempo, la expresion de su agradecimiento y el de los 55 guardias nacionales que gracias á estos luises, habia vestido. Entonces el doctor Gilberto, le dió 25 mas para sus gastos.

Pitou aceptó. Puesto que el señor Gilberto, que para él era un Dios, daba, no habia inconveniente en recibir.

Cuando llovía ó hacia sol, jamás se le habia ocurrido al jóven tomar un paraguas para rechazar los dones de la providencia; al contrario, aceptaba una cosa y otra, y semejante á las flores, á las plantas á los árboles, se encontraba perfectamente.

He ahí porque aceptó lo del doctor.

Despues de haber reflexionado un instante, Gilberto levantó la cabeza y dijo:

—Creo mi querido Pitou, que Billot tiene muchas cosas que decirme; quisieras, mientras habló con él, hacer una visita á Sebastian?

—Ya lo creo, señor doctor, con muchísimo gusto, esclamó Pitou dando una palmada; justamente queria decirlo, pero no me atrevia.

—Gilberto reflexionó un instante mas.

Luego, tomando una pluma, escribió una carta á Sebastian.

—Toma, le dijo, coje un coche, y vé á buscarlo; probablemente tendrá que hacer alguna visita; le acompañarás; no es verdad mi querido Pitou? lo esperarás en la puerta; puede que te haga esperar una hora ó mas; pero conozco tu amabilidad; hazte cargo que me haces un favor y no te fastidiarás.

—Oh! de ningun modo, contestó Pitou, no me fastidiaré señor Gilberto, además, entraré de paso en una tahona, compraré un pan, y si me fastidio, comeré.

—Magnifico! respondió el doctor; pero si me es permitido advertirte algo, te diré que el pan solo, hace daño.

—Entonces, contestó Pitou, compraré media libra de queso, y una botella de mosto.



—Bravo! bravísimo! exclamó Gilberto!

Y animado de este modo, Pitou bajó, tomó un coche, se hizo conducir al colegio de san Luis, preguntó por Sebastian que se paseaba por el jardín reservado; le levantó en sus brazos como hércules con Téléfo, le abrazó á su gusto, y enseguida le entregó la carta de su padre. Sebastian la besó con gran respeto, y luego, despues de un instante de reflexion:

—Pitou, le preguntó, mi padre no te ha encargado qué me acompañes á alguna parte?

—Si, pero en el caso de que quierais ir.

—Al momento, dijo el jóven, al momento, y dirás á mi padre, que he aceptado con mucho gusto.

—Bueno! dijo Pitou, entonces te diviertes mucho?

—Es un lugar, al que no he ido más que una vez y al que estoy ansioso por volver!

—Entonces, dijo Pitou, comunica al abate Berardier tu salida; un coche nos espera en la puerta, y en marcha.

—Pues bien! para no perder tiempo mi querido Pitou, dijo el jóven, preven tu mismo al abate; voy á arreglarme un poco: aguardame en el patio.

Pitou llevó el mensaje, y esperó á Sebastian.

La entrevista con el abate, acarició mucho el amor propio de Pitou; se dió á conocer por aquel pobre paisano, que cubierto con un casco, un sable en la mano, y unos pantalones rasgados, ei mismo dia de la toma de la Bastilla habia alborotado el colegio con sus armas y su traje. Entonces se presentaba con tricornio, levita azul, pantalon corto y charreteras de capitan; entonces se presentaba con esta confianza de si mismo, que dá la consideracion que nuestros conciudadanos tienen de nosotros; entonces, en fin, se presentaba como diputado de la federacion: tenia, pues, derecho á toda clase de miramientos.

Asi es que el abate Berardier tuvo, con Pitou, todos los miramientos debidos.

Y Cuasi al mismo tiempo que Pitou salia del cuarto del abate, Sebastian bajaba del suyo.



El hijo de Gilberto, ya no era un niño; era un joven de 16 años, amable, de buena presencia, simpático y de penetrante mirada.

—Ya estoy, dijo á Pitou, marchemos.

Este le miró con una alegría mezclada de tanta sorpresa, que Sebastian se vió obligado á repetir por segunda vez su invitacion.

Entonces Pitou siguió al joven.

Al llegar á la reja, dijo el capitán:

—Sabes, querido mio, que ignoro donde vamos? á tí toca dirigir.

—No te inquietes, contó Sebastian.

Y dirigiéndose al cocheró:

—Calle de Coq-Heron número 9, dijo, entrando por la calle de la Coquilliere, la primera puerta cochera.

Esto no enteraba á Pitou; así es que subió en el coche detrás del joven, sin hacer ninguna observacion.

—Pero, querido Pitou, dijo Sebastian, si la persona á quien voy á visitar está en su casa, probablemente me quedará una hora ó mas.

—No le hace, querido Sebastian, hemos previsto el caso. Cocheró para!

En aquel momento pasaban frente una tahona, Pitou bajó, compró un pan de dos libras y subió al coche.

Un poco mas lejos, Pitou hizo parar al cocheró por segunda vez. Pasaban frente una tahona.

Pitou bajó, compró una botella de vino, y se sentó de nuevo al lado de Sebastian.

El coche en fin, se detuvo por tercera vez frente una tienda de comestibles; Pitou, volvió á bajar y compró un queso.

—Ya estoy listo, dijo al cocheró; ahora, sin parar, á la calle de Coq-Heron.

—Bueno! dijo Sebastian, ya comprendo porque lo haces; no quieres aburrirte.

El coche caminó hasta la calle indicada, y paró en el número 9.



Durante el camino, Sebastian habia sacado la cabeza por la ventanilla y ordenado al cochero que andase mas aprisa, pero este no hizo caso de sus observaciones. Sin embargo, como todo tiene su fin, el coche llegó á dicha calle, y se paró como hemos dicho, en el número 9.

De pronto, sin esperar la ayuda del cochero, Sebastian abrió la portezuela, abrazó por última vez á Pitou, entró por la puerta cochera, preguntó al portero por la señora de Charny, y antes que este le hubiese respondido, penetró en el pabellon.

El portero que vió un jóven amable, hermoso y bien vestido, le dejó libre el paso, y como la condesa estaba en su habitacion se contentó con cerrar la puerta, despues de asegurarse de que nadie seguia al muchacho.

Cinco minutos despues, mientras Pitou cortaba su pan, y queso y destapaba la botella, la portezuela del coche se abrió, y el portero sombrero en mano dirijió á Pitou estas palabras, que este se hizo repetir dos veces.

—La señora condesa de Charny, ruega al capitán Pitou que le haga el honor de entrar en su casa, en vez de esperar al señorito Sebastian en el coche.

Ya lo hemos dicho, Pitou se hizo repetir estas palabras dos veces; pero como á la segunda, no le cabia duda alguna, metió en una bolsa del coche, con mucho cuidado, los comestibles que iba á engullir y siguió al portero. Su atolondramiento subió de punto, al notar que una hermosa señora, que abrazaba á Sebastian, le decia tendiéndole la mano:

—Señor Pitou, acabais de causarme un placer tan inesperado trayéndome á Sebastian, que yo misma he querido daros las gracias por este obsequio.

Pitou quedó admirado, tartamudeó algunas palabras, pero no quiso tomar la mano que le presentaba.

—Toma esta mano Pitou; y bésala, dijo Sebastian; mi madre lo permite.

—Tu madre! exclamó Pitou?

—Si, su madre, dijo Andrea con una mirada llena de alegría;



su madre á la cual se lo habeis traído, despues de nueve meses de ausencia, y que espera que se lo traereis amenudo; no quiere tener secretos para vos, aún que estos secretos puedan perderla.

Siempre que cualquiera se dirigia al corazon y á la lealtad de Pitou podia estar seguro de que el buen muchacho perderia su timidez y sorpresa.

—Oh! señora, exclamó, tomando y besando la mano que la condesa de Charny le alargaba, estad segura de que vuestro secreto no saldrá de aqui!

Y con mas dignidad de lo que se pudiera creer, llevó la mano á su pecho.

—Ya que, caballero Pitou, dijo la condesa, Sebastian me ha dicho que aún no habias almorzado, entrad en el comedor; mientras hablaré con mi hijo; me concedereis este gusto no es verdad? se os servirá y reparareis vuestras fuerzas.

Y saludando á Pitou con una de estas miradas que nunca habia tenido para los mas esplendidos cortesanos de Luis XV ó de Luis XVI, se llevó á Sebastian hácia su cámara de dormir, dejando á Pitou, aturdido aún, que aguardara en el comedor el cumplimiento de la promesa que se le acababa de hacer.

A los pocos momentos esta promesa se habia cumplido: dos chuletas, un pollo asado y algunas conservas fué lo que se presentó en la mesa junto con una botella de Burdeos.

Apesar de lo espléndido del servicio, no osamos decir que Pitou no encontrase á menos su pan de dos libras, su queso y su botella de lo tinto.

Quando iba á dar su ataque al pollo, despues de haber dado buena cuenta de las dos chuletas, la puerta del comedor se abrió y apareció un jóven que se disponia á atravesarlo para dirigirse al salón. Pitou levantó la cabeza; el jóven le miró; sus ojos se encontraron y los dos á un mismo tiempo lanzaron un grito:

—El vizconde de Charny! exclamó Pitou.

—Angel Pitou! dijo Charny.

Pitou se levantó; su corazon palpitaba violentamente: aquel



jóven le recordaba las más dolorosas emociones que jamás había sentido.

Por lo que toca á Isidoro, no recordaba otra cosa que las obligaciones que, según le había dicho Catalina, tenía hácia el bravo muchacho.

Charny ignoraba, y ni aún se le había pasado en mientes, el profundo amor que Pitou tenía á Catalina, amor por el que nuestro jóven había sacrificado tanto. Así es que se dirigió hácia Pitou, en el que, á pesar de su uniforme y sus charréteras de capitán, no veía mas que al labriego de Haramont, al cazador de la Bruyereaux-Loups y al rapaz de la granja de Billot.

—Ah! sois vos, caballero Pitou, dijo Charny; creed que me alegro; me alegro para manifestaros la expresión de mi agradecimiento por los servicios que me habeis prestado.

—Señor vizconde! replicó Pitou, con voz bastante firme, por mas que su cuerpo se estremeciera, estos servicios los he prestado á la señorita Catalina, no mas que á ella.

—Si, hasta que supisteis que yo la amaba; desde aquel momento me toca una parte de estos servicios; y como para recibir mis cartas, como para hacer levantar la casita en la roca Cluisse habeis tenido vuestros gastos...

He Isidoro llevó su mano al bolsillo, como para interrogar, con esta demostracion, la conciencia de Pitou.

Pero este le detuvo:—Caballero, dijo el jóven con esta dignidad que alguna vez parecia encontrarse en él; presto servicios cuando puedo, pero nunca por dinero; aparte de esto, os lo repito: los he hecho á Catalina, esto es, á mi amiga; si cree deberme algo, ya me pagará esta deuda, pero vos, caballero, no me debeis nada, porque nada he hecho por vos; así, no puedo aceptar vuestra oferta.

—No, Pitou, insistió Isidoro, haciendo un movimiento de cabeza, os debo algo, y debe ofreceros algo. Os doy las gracias y os alargo mi mano; espero que aceptareis aquellas y me hareis la honra de estrechar esta.

Habia tal grandeza en el modo de hablar de Isidoro y en el



gesto con que acompañó estas palabras, que vencido Pitou, le alargó su mano y estrechó la de Isidoro.

En este momento la condesa de Charny apareció en el dintel del comedor.

—Señor vizconde, dijo este, me habeis mandado llamar y ya astoy aquí.

Isidoro saludó á Pitou y siguió á la condesa que se dirigió al salon.

Charny iba á cerrar la puerta de este, sin duda para hablar con mas libertad, cuando Audrea le detuvo dejando la puerta entreabierta.

Pitou, pues, pudo oír lo que en el salon se decia.

Notó que otra puerta que estaba frente á la suya y que era la del cuarto de dormir se hallaba tambien abierta, de modo que aún que no se viese, Sebastian podria oír del mismo modo que él, la conversacion del vizconde y la condesa.

—Me habeis hecho llamar, caballero? dijo esta á su cuñado; puedo saber á que debo la fortuna de esta visita?

—Señora, contestó Isidoro, ayer recibí noticias de Oliverio, como en las demás cartas que he recibido, me encarga que ponga á vuestros piés la espresion de sus recuerdos; ignora aún la fecha de su regreso y tendria un placer, añade, en tener noticias de vos, sea que quisieseis entregarme una carta para él, ó que me las dieseis verbalmente.

—Caballero, dijo la condesa, hasta hoy no he podido contestar á la carta que el señor de Charny me dirigió, porque ignoraba donde se encuentra; pero aprovecharé con gusto vuestra oferta para manifestarle la respetuosa espresion de mi obediencia. Mañana, pues, si le quereis enviar esta carta, la tendré dispuesta.

—Escribid, señora, contestó Isidoro: solo, en lugar de venirla á buscar mañana, lo haré dentro cinco ó seis días; tengo que hacer un viaje de absoluta necesidad; ignoro el tiempo que en él emplearé; pero apenas regrese, os presentaré mis respetos, y recibiré vuestras órdenes.

He Isidoro se inclinó ante la condesa que le devolvió el saludo.



Sin duda le indicó otra salida, pues no atravesó el comedor, donde Pitou, despues de haber dado buena cuenta de su pollo, y las chuletas, empezaba á atacar la conserva.

El bote en que estaban estas y el vaso en el que Pitou acababa de beber el burdeos, se hallaban aún completamente vacios cuando la condesa volvió á aparecer, llevando de la mano á Sebastian.

Difícil hubiera sido reconocer á la severa Andrea de Taberney ó á la grave condesa de Charny en la jóven madre que, retratándose la alegría en sus ojos, y dibujándose su sonrisa en los labios, aparecia en el comedor con su hijo. Sus pálidas megillas bajo las dulces lágrimas que acababa de derramar, habian tomado un tinte color de rosa; sus labios estaban animados por una celestial sonrisa y todo indicaba en ella, que el amor maternal, es decir, la mitad de la existencia de la muger, estaban obrando en la suya, sus grandes y poderosos efectos.

Besó por última vez á Sebastian y dejó á Pitou estrechando de paso la ruda mano del valiente muchacho entre la suya que parecia de torneado alabastro.

Sebastian por su parte abrazó á Andrea con aquella pasion que tanto distinguia su caracter. Unicamente la esclamacion que no pudo contener Andrea cuando le habló de Gilberto pudo resfriar el cariño que la profesaba.

Pero durante su estancia en el colegio de San Luis, durante sus solitarios paseos por el jardin, la dulce vision maternal habia vuelto á aparecer resucitando paulatinamente el amor que por ella sintió el niño. Asi es que cuando recibió la carta en que Gilberto bajo la vigilancia de Pitou le permitia pasar una ó dos horas al lado de su madre, vió llenados por completo sus mas tiernos y secretos deseos. La delicadeza de Gilberto retardó esta entrevista: comprendia que acompañando el mismo á Sebastian, robaba á Andrea, con su presencia, la mitad de la dicha que experimentarìa al abrazar á su hijo; y haciéndole acompañar por otro que no hubiese sido Pitou, por este noble corazon, por esta alma sencilla, descubria un secreto, que bajo ningun concepto era suyo.



Pitou pidió permiso á la condesa para retirarse sin dirigirla ni una pregunta, sin lanzar una mirada á cuanto le rodeaba; se llevó á Sebastian que, volviéndose de cuando en cuando, enviaba besos á su madre, y subió en el fiacre donde volvió á encontrar su pan, su queso y su botella de vino.

Tanto en esto, como en su viaje á Villers-Cotterets, no habia nada que pudiera entristecerle.

La noche antes, Pitou habia trabajado en el campo de Marte, continuando así los días sucesivos; Maillard que le habia reconocido, le dirigió algunos cumplidos y lo mismo hizo Bailly del cual se hizo conocer. Allí habia visto á Elie y Hullin que, como él, eran vencedores de la Bastilla; nuestro jóven vió sin envidia la medalla que brillaba en su pecho, y á la que él y Billot tenían tanto derecho. Cuando llegó el famoso día, tomó por la mañana su puesto con Billot en la puerta de Saint Denis. Allí habia despachado un buen trozo de jamon, un pan y una botella de lo tinto. Llegado que hubo al altar de la patria, se unió á la multitud que bailaba, teniendo á un lado una actriz de la ópera y al otro una religiosa de San Bernardo. Cuando el rey llegó, volvió á tomar su antiguo puesto, y, como todo el mundo, tuvo el gusto de verse representado por Lafayette, lo cual no dejaba de ser una grande honra.

Luego, cuando el juramento se hubo prestado, cuando se dispararon los cañones, cuando se echaron á vuelo las campanas y Lafayette desfiló, ginete en su caballo blanco, Pitou tuvo la gran satisfaccion de ser reconocido por este y ser uno de los treinta ó cuarenta á los cuales estrechó la mano. Despues que con Billot, hubo dejado el campo de Marte, se dirigió hácia los Campos-Eliseos para ver las danzas, iluminaciones y fuegos artificiales que en memoria de la fiesta se quemaban.

En seguida, continuó por los boulevards; para no perder ninguna de las diversiones que se celebraban en aquel gran día, en vez de acostarse, (como hubiera hecho cualquier otro que no hubiera tenido sus piernas) él, que no conocia la fatiga, se habia dirigido á la Bastilla, donde encontró una mesa desocupada, en la



que se hizo servir, como hemos dicho, dos libras de pan, dos botellas de vino y un salchichon.

Para un hombre que ignoraba que al ir á anunciar á la condesa de Charny una ausencia de siete ú ocho dias, se encontraría á Isidoro en Villiers-Cotterets; para un hombre que ignoraba que, seis dias antes, un jóven habia dormido bajo el mismo lecho que Catalina; que esta, durante la noche habia abandonado su casita, que por la mañana llegó á Paris con Isidoro, y que al ver á Billot y á Pitou en la puerta de Saint Denis se ocultó dentro del coche, no podia entristecerse en los trabajos del campo de Marte, en el encuentro con Maillart, con Bailly, con Elie, con Hullin, en aquella danza entre una artista de la ópera y una religiosa de San Bernardo, en el reconocimiento de Lafayette, en el honor que este le dispensó al estrechar su mano, en aquellas iluminaciones y fuegos artificiales, en aquella falsa Bastilla y en aquella mesa, en fin, cargada de pan, de salchichon y mosto.





## CAPITULO XII.

### La cita.



omo se ha visto en el comenzamiento del capítulo anterior, Pitou, tanto para distraerse, como para alegrar á Billot, resolvió dirigirle la palabra.

—Decid, señor Billot, interrumpió el joven, después de un momento de silencio, durante el cual hizo provision de palabras, bien como un soldado antes de empezar el fuego, la hace de cartuchos; quién diablo, hace un año y dos dias, cuando Catalina me daba un luis y cortaba con este cuchillo las cuerdas que me ataban las manos; quién diablo, digo, hubiera adivinado que pasaran tantos acontecimientos?

—Nadie, contestó Billot, sin que Pitou notase la terrible mirada que lanzó el labriego cuando el joven pronunció el nombre de Catalina.

Pitou aguardó para ver si Billot añadiría algunas palabras á la única conque habia contestado, en cambio de unas cuantas que á el le parecian muy bien traídas.

Peró viéndo que Billot guardaba silencio, Pitou, á semejanza



del soldado al cual nos referimos, volvió á cargar su fusil, y disparándolo por segunda vez, añadió:

—Y decid, señor Billot, quien hubiese dicho cuando corriaís tras de mi en las llanuras de Ermenouville, cuando faltó tan poco para que hicieseis reventar á Cadet y hacerme reventar á mi, cuando me alcanzasteis, cuando os nombrasteis, cuando me hicisteis subir á la grupa, cuando cambiamos de caballo para llegar mas pronto á Paris, cuando llegamos aqui para ver quemar las puertas, cuando encontramos los revolucionarios en el barrio de la Villedelle, cuando vimos la procesion que gritaba: «viva Necker! viva el duque de Orleans!» cuando llevasteis una de las angarillas en las cuales figuraban los bustos de estos hombres, mientras que yo procuraba salvar la vida á Margarita, cuando el batallon real de Alemania disparó contra nosotros en la plaza de Vendome, echando por tierra el busto de Mr. Necker, cuando huimos por la calle de Saint Honoré gritando: «á las armas!» quien hubiera dicho que tomaríamos la Bastilla?

—Nadie, contestó el labriego, con el laconismo anterior.

—Diablol! dijo para si, Pitou, despues de aguardar un instante; ha tomado su partido!.. Vamos! carguemos por tercera vez.

Y añadió en voz alta:

—Decid, señor Billot, ¿quien hubiera creido, despues de haber tomado la Bastilla, que al cabo de un año, dia por dia, yo seria capitán, vos federado y que los dos, yo, sobre todo, cenariamos en la Bastilla de hojarasca elevada en el mismo punto donde la otra se edificó? Vamos á ver, ¿quién hubiera creido esto?

—Nadie, replicó Billot con un aire aún mas sombrío que las dos primeras veces.

Pitou conoció que no habia forma de hacerle hablar; pero se consoló con la idea de que nadie le quitaba el derecho de hablar consigo mismo.

Continuó, pues, dejando á Billot, el de contestar ó no.

—Cuando pienso, continuó, que ya hace un año que entramos en la casa de la villa, que cogisteis al señor de Fleselles.... pobre señor de Fleselles! donde estará? donde está la Bastilla? que co-



gisteis al señor de Flesselles que le hicisteis entregar la pólvora, mientras que yo ponía centinelas en la puerta, y además de la pólvora una cartera para el señor Delaunay; que despues de distribuir la pólvora dejamos á Marat que se encontró á Gouchon..... sabeis que fué de Gouchon, señor Billot? Hombre! sabeis que fué de Gouchon?

Billot se contentó con mover negativamente la cabeza.

—No lo sabeis? continuó el jóven; pues yo tampoco. Tal vez lo que fué de la Bastilla, lo que ha sido de Fleselles, lo que será de nosotros, añadió filosóficamente Pitou: *pulvis est et in pulverem reberteris*. Cuando pienso que fué por aquella puerta que estaba allí, pero que ahora ya no está, por donde entrasteis despues de haber hecho escribir á Maillart la famosa nota sobre la caja, cuando pienso que fué allí, donde habia tantas cadenas, en aquella gran hondonada que parecia un foso, donde encontrasteis al señor de Launay! pobre hombre! me parece que le veo con su vestido gris, su tricornio, su cinta roja y su estoque; he ahí otro que se ha ido á reunir con el señor de Flesselles. Cuando pienso que este Delaunay os ha hecho ver la Bastilla de arriba á bajo, que os ha hecho estudiar, que os ha hecho medir sus muros de treinta piés de espesor, que os ha hecho subir con él en las torres, que os ha amenazado con arrojaros desde lo alto de las mismas, cuando pienso que al bajar os hizo ver este cañon; que dos minutos mas tarde poco faltó para que me enviase donde se encuentra el pobre Fleselles y donde se encontraría el mismo Delaunay, á no hallar una esquina donde ocultarse, cuando pienso, en fin, que nosotros tomamos la Bastilla, tanto que hoy nos vemos sentados en el mismo sitio donde se levantaba comiendo salchichon y bebiendo Borgoña en el mismo puesto en que se elevaba la torre llamada la *Tercera Bertaudiere*, donde se hallaba encerrado el doctor Gilberto; cuando pienso en toda aquella jarana; aquellos gritos, aquel ruido... Olal á propósito de ruido: ¿que ocurre? decid señor Billot ¿sucede alguna cosa? todos corren, todos se levantan; vamos vamos, señor Billot, vamos á ver lo que pasa!

Pitou pasó su mano por la espalda de Billot, y los dos, el jóven



con curiosidad y el viejo con indiferencia, se dirigieron hácia el punto de donde venia el ruido.

Este ruido era ocasionado por un hombre que tenia el raro privilegio de meterlo por cuantas partes pasaba.

En medio de este, se oia el grito de «viva Mirabeau!» dado por aquellos vigorosos pechos que son los últimos en cambiar de opinion respecto á los hombres que una vez idolatraron.

Era en efecto Mirabeau, que dando el brazo á una muger, visitaba la nueva Bastilla.

Aquella muger iba cubierta con un velo.

Otro que no hubiese sido Mirabeau, se hubiera espantado por aquel tumulto que él mismo levantaba y principalmente al oir entre las aclamaciones algunos gritos de sorda amenaza, semejantes á los que seguian al carro del triunfador romano cuando el pueblo le gritaba: «César, no olvides que eres mortal!»

Pero Mirabeau, hombre amigo de borrascas, que, parecido al ave de las tempestades, nunca se encontraba mejor que en medio del trueno y de los rayos, atravesó aquel tumulto con la sonrisa en los lábios, tranquila su mirada y el gesto dominador, llevando del brazo á aquella desconocida que temblaba al soplo de aquella popularidad terrible.

—Ah! el señor de Mirabeau! exclamó Pitou; dicen que es muy feo; vamos, á verlo, señor Billot.

Y Pitou subió en una silla y de esta silla á una mesa, poniendo su tricornio en la punta y dando, como la muchedumbre, vivas al orador.

Billot no dejó escapar ninguna manifestacion de la simpatia ó antipatia que se profesaba á aquel hombre; cruzó los brazos en su robusto pecho, y murmuró con voz sombría:

—Se dice que es traidor.

—Va... dijo Pitou, de todos los grandes hombres de la antigüedad, desde Aristtides hasta Ciceron, se ha dicho lo mismo.

El ilustre orador desapareció arrastrando consigo aquel turbion de hombres, de gritos y aclamaciones.

—Perfectamente, dijo Pitou, saltando de la mesa, no me ha



disgustado haber visto á Mirabeau. Vamos, padre Billot, vamos á apurar la botella y rematar el salchichon; y arrastraba al labriego hácia la mesa donde en efecto les aguardaban los restos de la cena, comida cuasi toda por Pitou, cuando vieron que una tercera silla habia sido colocada en su mesa, y que un hombre que parecia aguardarles se habia sentado en ella.

Pitou miró á Billot, mientras que á su vez el desconocido miraba á este.

Verdad es que en aquel dia se usaba de gran fraternidad, y que por consiguiente existia cierta familiaridad entre todos los ciudadanos; pero á los ojos de Pitou, que aún no habia apurado su segunda botella y acabado el salchichon, aquella familiaridad era cuasi tan grande como la del jugador desconocido que conoció Grammont.

Esto dejando aparte que, segun cuenta Hamilton, aquel jugador pedía mil perdones á Grammont, mientras que el desconocido no pedía perdon á nadie, ni á Billot ni á Pitou y les miraba, al contrario, con cierto aire burlon, que, en él parecia natural.

Indudablemente Billot no tenia bastante humor para sostener aquella mirada sin alguna explicacion; así es que se adelantó con viveza hácia el desconocido; pero antes que el labriego hubiese abierto los labios, antes que hiciese el menor gesto, el desconocido le hizo un signo masónico; Billot contestó con otro signo.

Estos dos hombres no se conocian; pero eran hermanos de una misma sociedad.

El desconocido, á semejanza de Billot, vestia el traje de federado.

Después de cambiado aquel signo, Pitou y Billot se sentaron. Este inclinó la cabeza como para saludar, mientras que Pitou sonreía graciosamente.

Sin embargo, como ambos con su mirada parecian interrogar al desconocido, éste fué el primero que tomó la palabra.

—Vosotros no me conoceis, hermanos, dijo; y sin embargo yo os conozco á uno y otro.

Billot le miró fijamente, y Pitou, mas expansivo, exclamó:



—Bah! de veras nos conoceis?

—Te conozco, capitán Pitou, replicó el desconocido; te conozco, Billot el labriego.

—Hombre, y es verdad! exclamó Pitou.

—Porqué este aire tan sombrío, Billot? preguntó aquel. Es porque despues del 5 y 6 de octubre volviste á tu quinta y encontraste vacios tus graneros, y hechas un yermo tus tierras?

—Soy rico, dijo Billot, poco me importa que una cosecha se pierda.

—Entonces, continuó el desconocido mirando á Billot frente á frente, es porque tu hija Catalina...

—Silencio! gritó el labriego, cogiendo el brazo del desconocido: no me hables de esto.

—Porque no? replicó el desconocido. Y si yo ayudara tu venganza?

—Entonces, dijo Billot, palideciendo y sonriendo á la vez, ya fuera otra cosa: hablemos.

Pitou no pensaba ni en beber ni en comer; miraba al desconocido como si viese un magico.

—Y, añadió este sonriendo, cómo se debe entender tu venganza? Es por ejemplo una venganza mezquina, proponiéndote matar á un hombre, como trataste de hacerlo?

Billot palideció hasta convertirse en livido; Pitou sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

Billot replicó.

—¿Conoces aquel sobre el que debiera recaer mi venganza?

El desconocido sonrió.

—Conozco á todo el mundo, dijo, como te conozco á ti, Billot, labriego de Pisseleu; como conozco á Pitou, capitán de la guardia nacional de Haramont, como conozco al vizconde Isidoro Charney; señor de Boursorme; como conozco á Catalina...

—Ya te he dicho que no pronuncies este nombre, hermano.

—¿Porqué?

—Porque Catalina no existe.

—¿Qué ha sido de ella?



—Ha muerto.

—No ha muerto, señor Billot, interrumpió Pitou, porque.

Y sin duda iba á añadir; porque yo se donde está y la veo cada dia, cuando Billot repitió con voz que no admitía réplica:

—Ha muerto!

Pitou se inclinó. Había comprendido.

Catalina, viva para los demás, había muerto para su padre.

—Ah! ah! exclamó el desconocido, si fuera Diógenes apagaría mi linterna. Creo que he encontrado á un hombre.

Luego levantándose y ofreciendo el brazo á Billot:

—Hermano, le dijo, mientras este bravo mozo dará fin y remate á su salchichon y vino, daremos un paseo juntos.

—Con mucho gusto, replicó Billot; comienzo á ver lo que quieres ofrecerme. Y cogiendo el brazo del desconocido añadió:

—Aguárdame aqui, Pitou; ya volveré.

—Pero, señor Billot, exclamó este, si tardais mucho tiempo acabaré por fastidiarme! No me queda mas que un vaso de vino, una rodaja de salchichon y un pedacito de pan.

—Está bien, valiente Pitou, exclamó el desconocido; no se ignora donde llega tu apetito, y te se mandará con que entretener el tiempo.

Y en efecto, apenas el desconocido y Billot desaparecieron en un ángulo de aquellas paredes de verdura, cuando un nuevo salchichon, un segundo pan y una tercera botella ornaban la mesa del jóven.

Pitou no comprendia nada de lo que acababa de pasar; se hallaba tan estrañado como inquieto.

Pero la estrañeza y la inquietud, como todas sus emociones, llamaban su apetito.

El jóven, pues,—tanta era su inquietud y estrañeza—sintió una irresistible necesidad de honrar las provisiones que se acababan de mandarle y se abandonaba á la misma con un ardor que nosotros ya conocemos, cuando Billot volvió á aparecer pensativo y silencioso, por mas que su frente estuviese iluminada por un rayo que parecia de alegría, y se sentó frente á frente del buen Pitou.



—Y bien! preguntó este al labriego, ¿que hay de nuevo, señor Billot?

—Hay de nuevo que tú partirás solo mañana.

—Y vos? preguntó el capitán de la guardia nacional.

—Yo? dijo Billot, yo me quedo.





### CAPITULO XIII.

#### **La Logia de la calle de la Platriere.**



Si nuestros lectores quieren—ocho dias despues de los acontecimientos que acabamos de contar,—si nuestros lectores, decimos, quieren encontrar algunos de los principales personajes de nuestra historia, personajes que no tan sólo jugaron un papel en lo pasado, si no que están destinados á jugarlo en el porvenir, es preciso que se sitúen con nosotros cerca la puerta de la calle de la Platriere, donde vimos en otro tiempo á Gilberto, niño aún y huesped de Rousseau, mojar en ella su negro y duro pan. Una vez en este punto, aguardaremos y seguiremos á un hombre que no tardará mucho en pasar, que le reconoceremos no por su trage de federado, trage que, despues de la partida de los cien mil enviados por la Francia, no se hubiera llevado sin atraer hácia si mas atencion de lo que deseaba nuestro personage, si no con un trage sencillo, aún que conocido, de rico labriego de las cercanias de Paris.

No tenemos necesidad de decir á nuestros lectores que este



personage era Billot que siguiendo la calle de Saint-Honoré, continuando á lo largo de las rejas del real palacio (al que la vuelta del duque de Orleans, desterrado durante ocho meses en Lóndres, acababa de dar todo su esplendor antiguo), tomó hácia la izquierda de la calle de Grenelle, y se metió, sin vacilar un instante, en la de Platriere.

Llegado que hubo cerca la fuente, en que nosotros le aguardamos, se detiene, duda algun rato, no porque su corazon desaliente, pues los que le conocen saben perfectamente que si el bravo labriego decidiese ir al mismo infierno, iria allí sin palidecer; si no porque indudablemente no recuerda las señas.

Y en efecto, na era difícil ver, para nosotros sobre todo, que tenemos interés en espiar sus pasos, no era difícil ver que examinaba y observaba cada puerta como un hombre que no quiere equivocarse.

A pesar de este exámen, llegó á las dos terceras partes de la calle, sin ver lo que buscaba; pero allí embarazaba el paso un grupo de ciudadanos que rodeaban algunos músicos en medio de los cuales, un hombre entonaba canciones cuya letra se referia á los pasados acontecimientos. Esto no hubiese bastado, hasta tal manera, á llamar la general atencion, si uno ó dos estribillos del mismo canto no fueran destinados á disparar un epigrama contra algunos personajes.

Billot se detuvo un instante para escuchar aquellos ataques que se hacian notables mas por las circunstancias en que se dirigian que por su chispa; luego continuó hácia la derecha siguiendo la pared y desapareció entre los grupos.

Probablemente en medio de la multitud encontró lo que buscaba; pues luego de haber desaparecido por un lado del grupo, no volvió á aparecer por el otro.

Veamos, pues, siguiendo á Billot, lo que el mismo ocultaba.

El grupo ocultaba una puerta baja, sobre la cual se veian tres iniciales pintadas con tinta roja, y que sin duda, simbolo de reunion para aquella noche, debian ser borradas al día siguiente. Estas tres letras eran una L. una P. y una D.



Aquella puerta parecia la entrada de una cueva; se bajaban algunos escalones y se seguia despues un corredor sombrío.

Probablemente esta seña confirmaba la primera, porque despues de haber mirado con atencion las tres letras, cosa insuficiente para Billot, que, como se recordará no sabia leer, el labriego bajó la escalera contando sus peldaños.

Cuando llegó al octavo cogió con decision el corredor.

Al final de este una pálida y temblorosa luz alumbraba un hombre que, sentado, leia ó fingia leer un periódico.

Al ruido que hizo Billot, este hombre se levantó y llevó un dedo á su pecho.

Billot apoyo el mismo dedo en el suyo mientras que llevaba la otra mano á sus lábios.

Aquella seña era probablemente la que aguardaba el misterioso conserje; este empujó una puerta que antes de abrirse, estaba perfectamente invisible, y enseñó á Billot una estrecha escalera que se dirigia hácia una especie de subterráneo; Billot descendió por ella; la puerta se cerró tras él de un modo rápido, pero silencioso.

Aquella vez el labriego, contó diez y siete peldaños, y luego, no obstante el mutismo al cual parecia estar condenado, murmuró:

—Bien, ya he llegado.

A algunos pasos de allí un lienzo cubria una puerta.

Billot se dirigió hácia el, lo levantó y se encontró en un salon circular y subterráneo donde ya se hallaban reunidas unas cincuenta personas.

Nuestros lectores lo conocen; hace quince ó diez y seis años bajaron á él, siguiendo á Juan Jacobo Rousseau.

Como en los tiempos de este, las paredes estaban cubiertas por una tapiceria blanca y roja, sobre la cual se entrelazaban escuadras, compases y cartabones.

Una sola lámpara suspendida en la bóveda arrojaba una luz pálida y descolorida, alumbrando aquel círculo, pero insuficiente para alumbrar aquellos que deseando no ser conocidos, permanecian lejos del centro.



Una tribuna á la cual se subia por cuatro escalones, estaba destinada á los que tomaban la palabra.

Frente la tribuna, y arrimada á la pared se veia una especie de catafalco donde habia una solitaria mesa y un sillón vacío que aguardaba al presidente.

Al cabo de algunos minutos el salón se llenó por completo.

Allí se veian hombres de todas condiciones y edades, desde el aldeano hasta el príncipe, que llegaban allí uno á uno, y que, como Billot, sin conocer ni siendo conocidos, tomaban su puesto al azar ó según sus simpatías.

Estos hombres llevaban bajo su traje las insignias de la sociedad á que pertenecian.

Solo tres hombres llevaban muy pocas insignias, el uno era Billot; el otro un jóven que apenas tenia veinte años y el tercero, en fin, un hombre de cuarenta y dos años, poco mas ó menos, que por sus modales daba á entender que pertenecia á la mas alta aristocracia.

Algunos segundos despues que este último hubo entrado, sin que hubiese hecho con su llegada mas impresion que la que podia hacer el mas insignificante de los asociados, se abrió una puerta secreta y apareció el presidente, llevando las insignias del Grande Oriente y del Gran Oporto.

Billot lanzó un grito que ahogó al momento; aquel presidente ante el cual todo el mundo se inclinaba, no era otro que el federado de la Bastilla.

Ocupó lentamente la presidencia y volviéndose hácia la asamblea, dijo:

—Hermanos, dos son las cosas en que hoy debemos ocuparnos: yó, en recibir á tres nuevos adeptos y daros cuenta de mi obra desde el dia en que la emprendí siendo esta, á cada instante mas difícil, es preciso que sepais si continno digno de vuestra confianza. Unicamente, recibiendo la luz de vosotros y devolviéndoosla á mi vez, puedo seguir en la sombría y terrible senda que he emprendido. Así, pues, los gefes de la órden se quedarán en esta sala



para que procedamos á la recepcion de los nuevos miembros que ante nosotros se presentan. Luego, admitidos ó no admitidos, todos, desde el primero hasta el último, presenciareis la sesion; delante de todos y no solamente ante el círculo supremo es donde quiero dar cuenta de mi conducta y recibir la censura ó reclamar el agradecimiento.

A estas palabras se abrió una puerta que estaba frente á la que se habia abierto. Entonces se vieron vastas profundidades parecidas á las criptas de una basilica, y la multitud se dirigió, muda y silenciosa como una procesion de espectros, hácia aquellas bóvedas alumbradas de trecho en trecho por lámparas de cobre, cuya luz apenas bastaba, como dijo el poeta, á hacer visibles las tinieblas.

Tres hombres quedaron solos. Eran los nuevos adeptos. La casualidad hizo que los tres se encontrasen apoyados en la misma pared y á distancia á corta diferencia igual. Aquellos hombres se miraron con estrañeza pues hasta entonces, no supieron que ellos eran los actores de aquel drama.

En aquel momento la puerta por la cual entró el presidente volvió á abrirse. Seis enmascarados entraron á su vez y se situaron tres á la derecha y tres á la izquierda del sillón.

—Que los números dos y tres salgan por un momento. Nadie sino los gefes supremos deben saber si se admiten nuevos hermanos en la sociedad.

El jóven y el caballero de aristocráticos modales dejaron la sala, dirigiéndose al corredor, por el cual habian entrado: Billot quedó solo.

—Acércate, le dijo el presidente, despues de un instante de silencio que tenia por objeto dar á los dos candidatos tiempo para que se alejáran.

Billot se acercó.

—Cual es tu nombre entre los profanos? le preguntó el presidente.

—Francisco Billot.

—Cual es tu nombre entre los elegidos?



—Fuerza.

—Donde te bautizaron?

—En la logia de Soisons.

—Que edad tienes?

—Siete años.

Y Billot hizo un signo que indicaba su categoria de maestre en el orden masónico.

—Porqué quieres ascender un grado más y ser recibido entre nosotros?

—Porque se me ha dicho que con este grado adelantaba un paso hácia la luz universal.

—Tienes padrinos?

—No tengo otro que el que se presentó ante mi y me prometió que se me recibiría.

Y Billot miró con fijeza al presidente.

—Con qué idea seguirás la marcha en la vía que quieres hacerte abrir.

—Con la de obedecer [cuanto me manden.

—Quien nos responderá de esta obediencia?

—La palabra de un hombre que siempre cumplió sus promesas.

—Te obligas segun tu poder y fuerza á hacer marchar á cuanto te rodea en provecho de la sociedad?

—Si.

—Y destruirás segun tu poder y fuerza cuantos obstáculos te se opongan?

—Si.

—Estás libre de todo compromiso ó estás pronto á romperlo si es contrario á las promesas que acabas de hacer?

—Si.

El presidente se volvió hácia los seis gefes enmascarados.

—Hermanos, les dijo, este hombre dice la verdad; yo he sido quien le ha introducido para que fuera de los nuestros. Un gran pesar le liga á nuestra causa. Yo me declaro su padrino y respondo de él para lo pasado, lo presente y el porvenir.



—Que sea recibido, esclamaron á una las seis voces.

—Lo oyes? dijo el presidente. Quieres prestar juramento?

—Decid la fórmula y la repetiré.

El presidente levantó la mano y con voz lenta y solemne pronunció la fórmula del juramento.

Billot repitió con voz mas firme tal vez que la del mismo presidente, las palabras que este habia pronunciado.

—Bien, continuó el presidente; jura, revelar al nuevo gefe que reconoces, lo que has visto ó hecho, leido ú oido, visto ó adivinado, y buscar y espiar lo que no se ofrezca á tu vista.

—Lo juro, exclamó Billot.

—Jura que evitarás la tentacion de revelar lo que podrás ver y oir en nuestras asambleas, pues el rayo no te herirá mas pronto en cualquier lugar que te ocultes que el secreto é inevitable puñal.

—Lo juro.

Un hermano oculto en la sombra, abrió la puerta de la cripta donde se paseaban, aguardando que la triple recepcion concluyese, los hermanos de la órden. El presidente hizo una señal á Billot, que se inclinó y fué á juntarse con los hombres á los cuales un juramento terrible acababa de asociarle.

—El número dos, gritó el presidente, cuando la puerta se hubo cerrado tras el nuevo adepto.

El tapiz de la puerta se alzó lentamente y entró el jóven vestido de negro.

Dejó caer el tapiz y se mantuvo en pié, en el dintel, aguardando á que el presidente le dirigiese la palabra.

—Acércate, dijo el presidente.

El jóven se acercó.

Ya lo hemos dicho, era un jóven de veinte á veinte y dos años que gracias á su blanco y fino cutis hubiese podido pasar por una muger. Pero el brillo y transparencia de aquel cutis no era natural; muy lejos de esto revelaba los padecimientos de una secreta enfermedad; no obstante su elevado talle, su cuello era corto, su frente baja, y deprimida la parte superior de la cabeza. De



ahí que sus cabellos sin ser mas largos que lo que comunmente se llevaban, le sombreasen los ojos y llegasen por detrás de la cabeza hasta tocar sus espaldas. Se veia además de esto una especie de frialdad de autómeta en toda su persona, que parecia hacer de este jóven, apenas llegado al dintel de la vida, un enviado del otro mundo, un diputado del sepulcro.

El presidente antes de comenzar el interrogatorio le miró un instante con cierta atencion. Pero aquella mirada de curiosidad y extrañeza no hizo bajar la del jóven.

El presidente continuó:

—Cuál es tu nombre entre los profanos?

—Antonio Saint-Just.

—Cuál es tu nombre entre los elegidos?

—Humildad.

—Donde te bautizaron?

—En la lógia de Lyon.

—Que edad tienes?

—Cinco años.

Y el jóven hizo una señal que daba á entender su pertenencia á las sociedades masónicas.

—Porque quieres ascender un grado, y ser recibido entre nosotros?

—Porqué está en la naturaleza del hombre el aspirar á la mas alta gerarquia; y porque en las mas altas gerarquias, el aire se respira mas puro y la luz vé mas brillante.

—Tienes padrinos?

—Si.

—Cuantos?

—Dos.

—Como se llaman?

—Robispiere el mayor, y Robispiere el jóven.

—Destruirás segun tu fuerza y poder todos los obstáculos que se presentarán en tu camino?

—Los destruiré.

—Estas libre de todo compromiso, ó si tuvieses alguno que



fuese contrario á esta promesa, estarás dispuesto á romperlo?

—Sí.

El presidente se volvió hácia los enmascarados.

—Hermanos, dijo, habeis oido?

—Sí, respondieron á la vez los miembros del supremo jurado.

—Ha dicho la verdad?

—Sí, contestaron aquellos.

—Sois de parecer que se le admita?

—Sí, respondieron por último.

—Estás dispuesto á prestar el juramento? dijo el presidente dirigiéndose al asociado.

—Estoy dispuesto, contestó Saint-Just.

—Entonces palabra por palabra, el presidente repitió, en su triple division, la misma fórmula que habia repetido Billot y á la cual en cada periodo Saint-Just con su estridente y firme voz contestó «lo juro.»

Prestado el juramento, se abrió la misma puerta á impulso del invisible hermano, y con el mismo paso lento y de autómeta con que Saint-Just habia entrado, el jóven se retiró, sin dar muestras de pesar ó duda por el acto que acababa de celebrar-se. El presidente aguardó á que se cerrara la puerta y exclamó en voz alta:

—El número tres.

El tapiz se levantó por segunda vez y apareció el tercer adepto.

Este, como lo hemos dicho, era un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, de color subido, cuasi ordinario, pero respirando en toda su persona, no obstante este vulgar signo, un aire aristocrático al cual se mezclaba cierta anglo-mania que se reparaba en él á la primera ojeada.

Su traje, aunque elegante, tenia algo de esta severidad que se comenzaba á adoptar en Francia, y cuyo verdadero origen se encontraba en las relaciones que acabábamos de tener con América; su paso no era tan firme como el de Billot ni tan vacilante ni lento como el de Saint-Just.



Así es que en su modo de andar se reconocia cierta vacilacion que le era natural.

—Acércate, exclamó el presidente.

El candidato obedeció.

—Cual es tu nombre entre los profanos?

—Luis-Felipe-José, Duque de Orleans.

—Cual es tu nombre entre los elegidos?

—Igualdad.

—Donde te bautizaron?

—En la lógia de Paris.

—Que edad tienes?

—No tengo ninguna.

Y el duque hizo una seña masónica, indicando que estaba revestido con la dignidad de una secta que pretendia saber todas las ciencias.

—Porqué quieres ser recibido entre nosotros?

—Porque habiendo vivido entre grandes, deseo vivir entre hombres; porque viviendo entre enemigos, deseo vivir entre hermanos.

—Tienes padrino?

—Tengo dos.

—Como se llaman?

—El uno el Disgusto, otro Odio.

—Con que deseo emprenderás la senda que quieres te se abra?

—Con el de vengarme.

—De quién?

—De aquel que me ha despreciado, de aquel que me ha humillado.

—Que darías para que se realizara tu obgeto?

—Mi fortuna; mas que mi fortuna, mi vida; mas que mi vida, mi horra.

—Te hallas libre de todo compromiso, ó si tienes alguno contrario á las promesas que acabas de hacer, estás dispuesto á romperle?

—Desde ayer, todos mis compromisos se hallan rotos.



—Habeis oido, hermanos? dijo el presidente volviéndose á los enmascarados.

—Sí.

—Y sois de parecer que debemos admitir á este hombre?

—Sí; pero que jure.

—Conoces el juramento que debes pronunciar, dijo el presidente, dirigiéndose al príncipe,

—No, poro indicadlo, y lo repetiré palabra por palabra.

El presidente pronunció la fórmula y el nuevo adepto la repitió.

El presidente se volvió hácia los enmascarados, que se miraron unos á otros, despidiendo por su careta, el fuego de sus miradas.

Luego dirigiéndose al príncipe, añadió:

—Luis-Félice-José Duque de Orleans, desde este momento eres libre de mantener los juramentos que has hecho; únicamente no olvides que si nos haces traicion, el rayo no te herirá mas pronto, en cualquier lugar en que te ocultes, que el terrible é inevitable puñal. Ahora vuelve á repetir tu juramento.

Y despues que hubo jurado, el presidente le enseñó la puerta de la cripta que ante sus ojos se abria.

El príncipe, á semejanza de un hombre que acaba de levantar un peso que escede á sus fuerzas, se pasó la mano por la frente, respiró como si quisiera ensanchar su pecho y haciendo un esfuerzo sobre si mismo, se lanzó hácia la cripta, gritando:

—Ah! me vengaré, me vengaré!....





## CAPITULO XIV.

### La cuenta de Cagliostro.



UANDO estuvieron solos los seis enmascarados y el presidente, cambiaron algunas palabras en voz baja. Luego en voz alta:

—Que entren todos! dijo Cagliostro. Estoy pronto á rendir la cuenta que me prometido.

De repente la puerta se abrió; los miembros de aquella asociación que se paseaban de dos en dos, ó hablaban por grupos en la cripta, penetraron en el salon, donde comunmente se celebraban las sesiones. Apenas se hubo cerrado la puerta tras del último afiliado, cuando Cagliostro, estendiendo la mano como un hombre que sabe el valor del tiempo, y que no quiere perder un segundo, exclamó en voz alta.

—Hermanos, algunos de vosotros asististeis quizás á una reunion que tuvo lugar hace veinte años á una legua de las orillas del Rhin, á media del pueblo de Danenfels, en una de las grutas del monte Trueno; si alguien de vosotros asistió á aquella memorable sesion, levante la mano y diga: «Yo estuve en ella.»



Cinco ó seis manos se levantaron y se agitaron sobre la multitud. Al mismo tiempo cinco ó seis voces, como habia dicho el presidente, repitieron:

—Yo estuve en ella!

—Es todo lo que quiero saber, continuó el orador: los otros han muerto ó dispersos en la superficie del globo, trabajan en la obra comun. Hace veinte años esta obra, apenas se habia comenzado; entonces, el dia que nos alumbraba solo se hallaba en su oriente, y las mas penetrantes miradas no veian el porvenir sinó á través de la nube que el ojo de los elegidos solo puede penetrar. En esta reunion espliqué porque milagro la muerte, que para el hombre no es otra cosa que el olvido de los tiempos que fueron y de los acontecimientos que pasaron, no existia para mi, ó mejor, que por espacio de veinte siglos me habia sepultado treinta y dos veces en la tumba, sin que los diferentes cuerpos, herederos efimeros de mi inmortal alma hubiese experimentado este olvido que, como os he dicho, es la verdadera y única muerte. Yo he, pues, seguido, á través de los siglos el desenvolvimiento de la palabra divina y he visto pasar á los pueblos de un modo lento, pero seguro, de la esclavitud á la servidumbre, y de la servidumbre al estado de que gozan. A semejanza de las estrellas que antes de que se oculte el sol brillan ya en el firmamento, hemos visto tambien que algunos pueblos de Europa han procurado imitarnos. Pisa, Venecia, Suiza, Génova, Luca, Arezzo y otras ciudades del medio dia en que las flores se abren mas pronto y en que los frutos maduran mas temprano, son de lo que digo un ejemplo. Pero era necesario un país, que en vez de recibir impulso, lo diera; una inmensa rueda con la cual engranara Europa, un planeta, en fin, que inflamándose, pudiera alumbrar el mundo.

Un murmullo de aprobacion brotó de la Asamblea. Cagliostro prósiguió en tono inspirado:

—Yo interrogué á Dios, creador de todas las cosas, motor de todo movimiento, origen de todo lo humano, y vi que su poderoso dedo me señalaba la Francia. En efecto, la Francia, católica desde el segundo siglo, nacional en el undécimo, unitaria en el



décimo sexto; la Francia, á la que el mismo Señor ha llamado su hija primogénita, la Francia nos pareció la mas á propósito para sufrir y corresponder á nuestra influencia, y decidimos, guiados por la luz celeste, como lo fueron los irraelitas por la columna de fuego, decidimos que la Francia fuese la primera en dar el primer paso. Fijad vuestra mirada en la Francia de hace veinte años, y os hareis cargo de la inmensa audacia ó por mejor decir, de la sublime fé que se necesita para emprender una obra tan grande y colosal. Al frente de este estado se hallaba un hombre que tenía tres hijos, tres jóvenes principes que estaban llamados á sucederle. La casualidad hizo que aquel que designó la naturaleza para ser su sucesor lo fuese tambien por la opinion pública, si es que esta existiera en aquel tiempo. Se le llamaba bueno, justo, integro, desinteresado, instruido, cuasi filósofo. A fin de ahogar para siempre las desastrosas guerras que en Europa habia encendido la fatal sucesion de Carlos II se le escogió por esposa la hija de Maria Teresa. Las dos grandes naciones que son el verdadero contrapeso de Europa, la Francia en las orillas del Atlántico y Austria en las del mar Negro se iban á unir para siempre.

Entonces llegó el momento en que la Francia, apoyada por el Austria la Italia y la España iba á entrar en un nuevo y deseado régimen; nosotros escogimos la Francia para hacer de ella la primera de las naciones. Pero se preguntó quien era el hombre que iba á entrar en aquel antro, que Teseo, guiado por la luz de la fé, penetraria en las calles del inmenso laberinto y desafiaria al terrible minotauro.

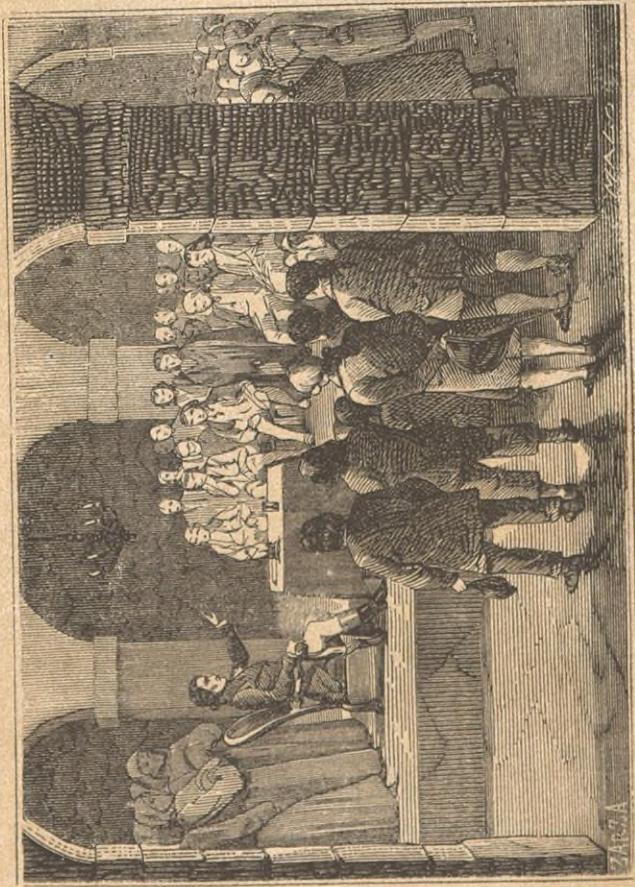
Entonces contesté: «¡yo!» Luego, como imaginaciones ardientes, como algunos espíritus inquietos me preguntaran cuanto tiempo emplearia para llevar á cabo la primera parte de mi obra, que dividí en tres periodos, exigí veinte años.

Cagliostro paseó un instante su mirada por la asamblea en la que sus últimas palabras acababan de provocar algunas sonrisas irónicas.

Luego continuó:

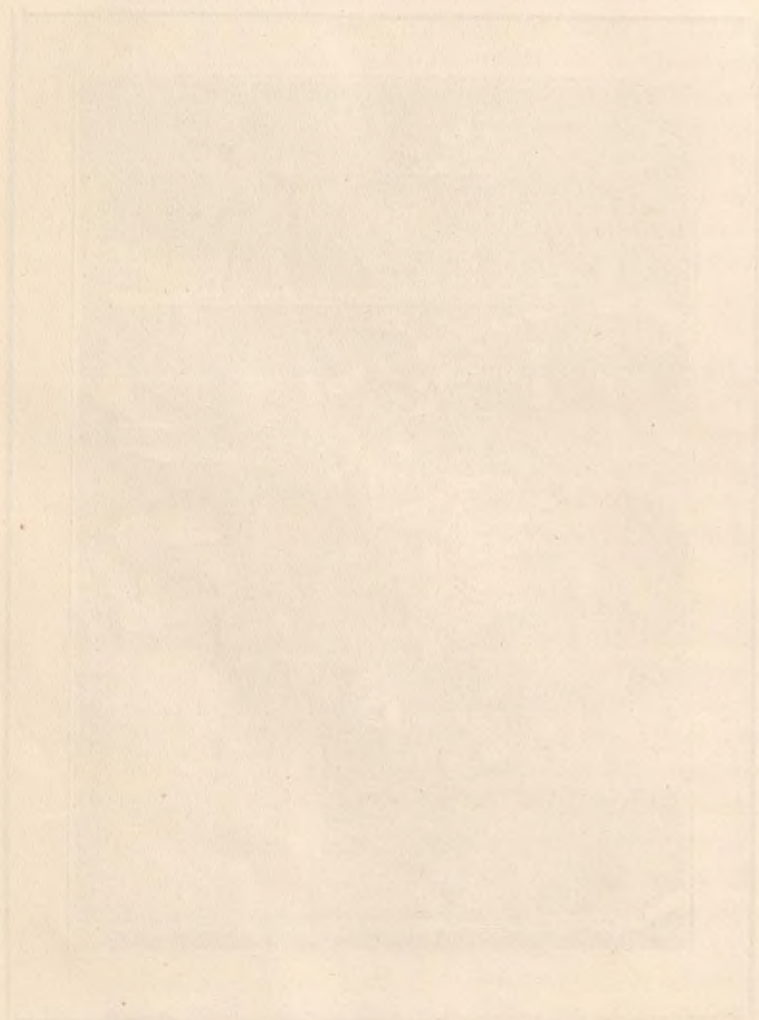
—Obtuve, en fin, estos veinte años; di á nuestros hermanos la





CAGLIOSTRO EN LAS CATACUMBAS DE LOS MASONES.







célebre divisa de *Lilia pedibus destrue* y comenzó la obra invitando á los demás á que me ayudaran. Yo entré en Francia, á la sombra que proyectaban los arcos de triunfo; cuando el laurel y la rosa convirtieron en senda de flores el camino de Strasburgo á París. Todo el mundo gritaba: «viva la Delfina ¡viva la reina!» la esperanza de todo el reino se fijaba en la fecundidad de aquel salvador himeneo. No penseis que trate de adjudicarme la gloria de la iniciativa, ni el mérito de los acontecimientos. Dios estaba conmigo y ha permitido que cogiese las divinas riendas de su igneo carro, Dios sea loado! Yo aparté las piedras del camino, coloqué puentes en los rios, arrasé precipicios, y el carro rodó: helo ahí todo. Así, hermanos, he ahí lo que ha sucedido durante estos veinte años:

Los parlamentos se han cerrado.

Luis XV, ha muerto.

La reina ha sido estéril por espacio de siete años.

Al rey consagrado bajo el título de Luis el deseado le vemos arrastrado de utopia en utopia hasta la banca rota y de ministro en ministro hasta Calonne.

La asamblea de los notables se ha reunido y ha decretado los estados generales.

Y los estados generales se han constituido en asamblea.

He ahí nuestro estado de cosas.

No dudó que para los corazones tímidos existirán horas de inquietud, momentos de desaliento; mas de una vez el rayo que nos alumbra parecerá extinguirse; la mano que nos guía parecerá abandonarnos; mas de una vez, durante el largo periodo que nos falta recorrer, la empresa nos parecerá perdida, perdida por algun accidente imprevisto, por algun caso fortuito; todo se presentará en contra nuestra: las circunstancias desfavorables, el triunfo de nuestros enemigos, la ingratitud de nuestros conciudadanos, harán tal vez que mas de cuatro de nosotros, despues de tantas fatigas reales, y tanta impotencia aparente, se pregunten si han emprendido un falso camino y si se han metido en un complicado y terrible laberinto, pero yo contestaré: Hermanos!



el punto al cual nos dirigimos es el gran faro que brilla en lo alto de la montaña: mas de cien veces durante el camino las sinuosidades del terreno le harán perder de vista, y se le creará estinguido; entonces murmurarán los débiles, quejándose y deteniéndose: «yanada nos guía; marchamos en las tinieblas; quedémonos donde estamos; á que estraviarnos?» los fuertes continuarán, valientes y confiados, y bien pronto reaparecerá la luz para estinguirse y reaparecer de nuevo, pero haciéndose siempre mas visible y esplendente por lo mismo que á el nos iremos acercando. He ahí la manera con que luchando, insistiendo y creyendo sobre todo, llegarán los escogidos al pié del faro salvador.

Cagliostro continuó su largo discurso no sin que los masones e colmaran de aplausos.

Tres veces cesaron, y tres veces volvieron á levantarse, rëtrorandando en las bóvedas de la cripta como una tempestad subterránea.

Los seis enmascarados se inclinaron ante él uno tras de otro, le besaron la mano y se retiraron,

En seguida cada uno de los hermanos, inclinándose á su vez delante de aquella tribuna, donde cual otro Pedro el hermitaño, Cagliostro acababa de predicar la cruzada pasó delante el mismo, repitiendo la fatal divisa de *Lilia pedibus destrue*.

Cuando hubo pasado el último la lámpara se apagó

Cagliostro quedó solo, sepultado en las entrañas de la tierra, meditando en la oscuridad y el silencio, parecido á aquellos dioses de la India en cuyos misterios pretendia estar iniciado desde hacia dos mil años.



## CAPITULO XV.

### La mugeres y las fieras.



ALGUNOS meses despues de los acontecimientos que acabamos de contar, hácia fines de marzo de 1791, siguiendo rápidamente el camino de Argenteuil á Bossont, avanzaba un coche hácia el castillo de Marais, cuya reja se abrió delante el mismo, y se detuvo en medio del segundo patio, cerca el primer escalon del vestibulo. El reloj que habia en el frontis del castillo señalaba las ocho de la mañana.

Un viejo criado, que parecia aguardar con impaciencia se lanzó á la portezuela, la abrió, y un hombre vestido rigurosamente de negro bajó y comenzó á subir las gradas del vestibulo.

—Ah! Sr. Gilberto, dijo el ayuda de cámara; por fin habeis llegado.

—Qué ocurre mi pobre Teisch? preguntó aquel.

—Ay, señor, harto lo vereis, respondió el criado.

Y guiando al doctor, atravesó una sala de villar, cuyas lámparas encendidas sin duda á una hora avanzada de la noche ardian aun,



y luego el comedor, cuya mesa cubierta de flores, de fruta de botellas y restos de pasteles, manifestaba que la cena se había prolongado mas allá de lo que acostumbraba.

Gilberto echó una dolorosa mirada sobre aquella escena de desorden, que le probaba cuán poco eran observadas sus prescripciones; despues encogiéndose de hombros, lanzó un suspiro, y subió la escalera.

—Señor conde, dijo el criado, entrando el primero en el cuarto: he ahí al doctor Gilberto.

\*—Como! el doctor? exclamó Mirabeau; y ¿se le ha ido á buscar por semejante tontería?

—Tontería! murmuró el pobre Teisch: juzgad por vos mismo, señor.

—Oh! doctor, replicó Mirabeau; incorporándose en la cama: creed que siento mucho que, sin antes haberme consultado, se os incomode de esta manera.

—Por de pronto os dire, querido conde, que nunca se me incomoda cuando se me presenta una ocasion de veros; bien sabeis que no ejerzo mi profesion sino en obsequio de algunos amigos á los que pertenezco por completo. Veamos, veamos que ha sucedido. Nada de secretos. La medicina no los admite. Teisch, corred las cortinas y abrid la ventanas.

Ejecutada esta orden, la luz del dia invadió el cuarto de Mirabeau, y el doctor pudo ver entonces el cambio que se había operado en el célebre orador desde un mes á esta parte, tiempo durante el cual no le habia visto.

—¡Ah ah! exclamó á pesar suyo.

—Si, estoy cambiado, dijo Mirabeau; ¿no es verdad? Os dire de que procede.

Gilberto sonrió tristemente, pero como un medico de talento siempre saca partido de lo que dice el enfermo, aunque no manifieste la verdad, dejó que hablara.

—Sabeis, continuó Mirabeau, que cuestion se debatió en la asamblea?

—Si, la de minas.



—He ahí una cuestion poco conocida, poco estudiada: los intereses de los propietarios y del gobierno no están bastante deslin-dados. El conde de la Mark, mi íntimo amigo, estaba interesado en la misma. La mitad de su fortuna dependia de su éxito: su bolsa, mi querido doctor, ha sido siempre la mia, y es preciso ser reco-nocido. Hablé, ó por mejor decir, cargué cinco veces; á la última carga derroté á mis enemigos; pero yo quedé en pié. Así es que al llegar á mi casa quise celebrar la victoria. Tenia algunos ami-gos á cenar, reimos é hicimos el calavera hasta las tres de la mañana, hora en que nos hemos acostado: á las cinco he sentido un dolor en las entrañas y he gritado como un imbecil; Teisch ha tenido miedo como un tonto y os he enviado á buscar. Ahora ya lo sabeis todo: he ahí el pulso, he ahí la lengua, curadme si po-deis; por lo que á mi hace os dejaré aplicar los remedios que mas os agraden.

Gilberto era un médico demasiado inteligente para no cono-cer sin consultar el pulso y la lengua lo grave de la situacion en que Mirabeau se hallaba. Padecia una gran sofocacion; apenas podia respirar; tenia la cara inchada; sentia frio en las estremi-dades, y la violencia del dolor le arrancaba de cuando en cuando un grito ó un suspiro.

El doctor, no obstante, quiso confirmar su opinion, ya cuasi formulada, examinando el pulso; este era convulsivo é intermitente.

—Vamos, exclamó Gilberto, por ahora, mi querido conde, esto no será nada; pero ya era tiempo de que me llamaseis.

Y sacó su estuche del bolsillo con aquella serena rapidez que es el distintivo del verdadero genio.

—Ahl ahl dijo Mirabeau, vais á sangrarme?

—Sin pérdida de momento.

—En el brazo derecho ó en el izquierdo?

—Ni en uno ni en otro; vuestros pulmones se hallan obstruidos. Os sangraré en el pié; y entre tanto Teisch irá á buscar cantáridas y mostaza á Argenteuil para aplicaros sinapismos; tomad mi coche.

—Diablo! replicó Mirabeau; parece que, como decis, ya era tiempo?



Gilberto sin contestarle, comenzó al instante su operacion, y una sangre negra y espesa, despues de vacilar un instante, brotó del pié del enfermo. El alivio fué instantáneo.

—Pardiez! dijo Mirabeau, respirando mas facilmente; por cierto, doctor, que sois un grande hombre.

—Y vos, un grande loco, arriesgando de este modo y por algunas horas de falso placer, una vida tan preciosa á la Francia y á vuestros amigos.

Mirabeau sonrió con melancolia, cuasi irónicamente.

—Bah! mi querido doctor, exagerais la importancia que me conceden la Francia y mis amigos.

—Oh! oh! exclamó riendo Gilberto; los grandes hombres se quejan siempre de la ingratitud de los demás, en tanto que ellos son verdaderamente los ingratos. Caed gravemente enfermo y mañana todo Paris acudirá bajo vuestras ventanas. Morid y mañana y pasado mañana, la Francia entera seguirá el fúnebre carro que llevará vuestros restos.

—Sabeis que es muy consolador lo que me estais diciendo? repuso riendo Mirabeau.

—Es porque cabalmente podeis presenciar uno de estos dias sin arriesgar el otro; en verdad que teneis gran necesidad de una demostracion que purifique vuestras pasiones. Dejad que os conduzcan á Paris, conde, permitid que diga al primer advenedizo que encuentre en la calle que estais enfermo, y vereis si es cierto lo que he dicho.

—Y creeis que me se pueda transportar á Paris.

—Hoy si... Como os hallais?

—Respiro mas libremente; mi cabeza está serena; la niebla que ante mis ojos tenia, va desapareciendo; pero me duelen las entrañas.

—Oh! esto reclama sinapismos, mi querido conde; la sangre ya ha producido su efecto, y los sinapismos deben hacer el suyo. A propósito: he ahí á Teisch.

En efecto, Teisch entró en aquel mismo instante con la mostaza y las cantáridas.



—Un cuarto de hora despues, la mejora que el doctor vaticinó se habia realizado.

—Ahora, exclamó Gilberto, os dejaré descansar una hora, y os llevaré conmigo.

—Doctor, repuso Mirabeau riendo, ¿quereis hacerme el obsequio de no dejarme partir hasta la noche y darme cita á las once en el palacio de la Calzada de Antin.

Gilberto miró al orador.

El enfermo comprendió que su médico habia adivinado la causa de este aplazamiento.

—Que quereis! dijo Mirabeau, he de recibir una visita.

—Mi querido conde, respondió Gilberto, he visto muchas flores en el comedor: ha sido solamente una cena de amigos la de ayer?

—Bien sabeis que no sé pasarme sin flores; es mi locura.

—Si, pero las flores nunca están solas, conde.

—Pardiez, si las flores me son necesarias, no es extraño que sufra las consecuencias de esta necesidad.

—Conde! conde! os matareis! exclamó Gilberto.

—Confesad, doctor, que mi suicidio será hermosísimo.

—Conde, no quiero dejaros en todo el dia.

—Doctor, he dado mi palabra, y no querreis que falte á ella.

—Estareis esta noche en Paris?

—Ya os he dicho que os aguardaba á las once en mi palacio de la calle de Antin. Habeis estado en el?

—No.

—Es una adquisicion que me ha procurado Julia, la muger de Talma. Ahora si que me siento bien, doctor.

—Es decir que me hechais?

—Oh! no por cierto...

—Haceis bien: estoy de semana en las Tullerias.

—Ah! ah! vereis á la reina? preguntó Mirabeau, nublándose su rostro.

—Probablemente: quereis que le diga algo de vuestra parte?

Mirabeau sonrió amargamente.



—No me tomaré tal libertad; ni siquiera la digais que me habeis visto.

—Porqué?

—Porque os preguntará si he salvado la monarquía tal como lo prometí y os vereis obligado á contestarla que no.

—No quereis que la diga que vuestros escesos en el trabajo y que vuestras luchas en la tribuna os van robando la vida?

Mirabeau reflexionó un instante.

—Sí, replicó: si quereis, suponedme mas enfermo de lo que realmente estoy.

—Porqué?

—Por nada..... por curiosidad... por darme cuenta de alguna cosa...

—Corriente.

—Me lo prometéis, doctor?

—Os lo prometo.

—Y me diréis lo que os contestará?

—Con sus propias palabras.

—Perfectamente...

—A Dios, doctor, os doy mil gracias.

Y alargó la mano á Gilberto. El doctor miró fijamente á Mirabeau; indudablemente su mirada embarazaba á este.

—A propósito, exclamó el enfermo, ¿ que es lo que me prescribis antes de marcharos?

—Oh! respondió Gilberto, bebidas tibias y diluyentes; achicoria ó flor de borraja, dieta absoluta y sobre todo...

—Sobre todo?

—Ninguna enfermera que tenga menos de cincuenta años...T. entendeis, conde?

—Doctor, repuso Mirabeau riendo, no faltará á vuestras prescripciones: tomaré dos de veinte y cinco.

Gilberto encontró á Teisch en la puerta: el pobre hombre estaba llorando.

—Oh! caballero... porqué os marchais?

—Me voy, por que se me despide, contestó riendo Gilberto.



—Y todo por esta muger! murmuró el viejo. Y todo por esa muger que se parece á la reina! Un hombre que segun dicen tiene tanto talento! Dios mio, Dios mio! Es necesario haber perdido el juicio!

Y al acabar estas palabras, abrió la puerta á Gilberto que subió en su coche cabizbajo y preguntándose:

—Qué quiere decir esto de una muger que se parece á la reina!

Estuvo un instante vacilando sobre si continuaria preguntando á Teisch; pero añadió para sí:

—Pero que iba á hacer? este es secreto de Mirabeau y no mio.

Muchacho, á Paris!

Y el coche partió al galope.





## CAPITULO XVI.

### Lo que el rey y la reina dijeron.



GILBERTO, desempeñó escrupulosamente, la promesa que habia hecho á Mirabeau.

Al entrar en Paris, encontró á Camilo Desmoulins, la gaceta viviente, el diario de aquel tiempo. Le participó la enfermedad de Mirabeau, suponiéndola mas grave de lo que podia ser, si Mirabeau cometia alguna imprudencia. Luego fué á las Tullerías y anunció esta misma enfermedad al rey.

El rey exclamó:

—Ah! ah! pobre conde, ¿ha perdido el apetito?

—Si señor, contestó Gilberto.

—Entonces esto es grave, dijo el rey.

Y habló de otra cosa.

Gilberto, al salir de la habitacion del rey, entró en la de la reina y le repitió lo mismo que acababa de decir Luis XVI. La frente altiva de la hija de Maria Teresa se arrugó.

—Porque, dijo ella, no le atacó esta enfermedad la mañana del dia en que hizo su hermoso discurso sobre la bandera tricolor?



Luego, cual si se arrepintiese de haber dejado escapar delante de Gilberto la espresion de su odio para con este emblema:

—No importa, dijo, seria una desgracia para la Francia y para nosotros que su indisposicion empeorase.

—Creia haber tenido el honor de decir á la reina, repuso Gilberto, que eso mas que una indisposicion es una enfermedad.

—La cual vencereis, doctor, dijo la reina.

—Haré lo que pueda, señora, pero no respondo de ello.

—Doctor, dijo la reina, cuento con vos para darme noticias del señor de Mirabeau.

Y habló de otra cosa.

Por la noche á la hora citada, Gilberto subia la escalera del pequeño palacio de Mirabeau.

Mirabeau le esperaba recostado en un gran sillón; pero como le habian hecho aguardar algunos instantes en la sala, bajo pretexto de dar aviso al conde de su presencia, lanzó, al entrar, una mirada á su alrededor y sus ojos se posaron en un chal de cachemira olvidado en una silla.

Pero sea para desviar la atencion de Gilberto, sea que diese una grande importancia á la pregunta que debia seguir á las primeras palabras, lo cierto es que exclamó:

—Ah! sois vos? He sabido que habeis ya cumplido una parte de vuestra promesa. Paris sabe que estoy enfermo y Teisch hace dos horas que está continuamente dando informes sobre mi estado á mis amigos que vienen á saber si voy empeorando. He ahí la primera parte. Habeis cumplido la segunda?

—Que quereis decir? preguntó sonriendo Gilberto.

—Bien lo sabeis.

Gilberto se encogió de hombros.

—Habeis estado en las Tullerias?

—Si.

—Habeis visto al rey?

—Si.

—Habeis visto á la reina.



—Si.

—Y le habeis dicho que pronto dejaria de estorbarles?

—Les he dicho que estabais enfermo.

—Y que han contestado?

—El rey ha preguntado si habeis perdido el apetito.

—Y al oir vuestra respuesta afirmativa....

—Os ha sinceramente compadecido.

—Buen rey! el dia de su muerte dirá á sus amigos como Leonidas: Esta noche voy á cenar con Pluton. Pero y la reina?

—La reina os ha compadecido y se ha informado de vuestra salud con interés.

—En que términos doctor? dijo Mirabeau que, evidentemente, daba una grande importancia á lo que iba á decir Gilberto.

—En muy buenos términos, respondió Gilberto.

—Me habeis prometido repetir testualmente lo que ella os diria.

—Oh! no puedo recordar sus propias palabras.

—Doctor no habeis olvidado una silaba.

—Os juro que...

—Doctor, me disteis vuestra palabra; quereis que os trate de mal caballero?

—Sois exigente conde.

—Es mi carácter.

—Quereis, absolutamenee, que os repita las propias palabras de la reina?

—Palabra por palabra.

—Pues bien, ha dicho que esta enfermedad debia acometeros el dia en que habeis defendido en la tribuna la bandera tricolor.

Gilberto queria juzgar la influencia que la reina egercia en Mirabeau.

Este se agitó en su ancho sillón cual si se hubiese puesto en comunicacion con una pila de Volta.

—Cuanta ingratitud! murmuró. Este discurso ha bastado para hacerle olvidar los veintecuatro millones del rey y sus cuatro de viudedad.



Y Mirabeau se dejó caer en su ancho sillón cuya almohada mordió con fuerza. Gilberto sabía lo que quería saber, es decir, donde estaban la vida y muerte de Mirabeau.

—Conde, le dijo, que dirias si mañana el rey mandara á alguien para que se informara de vuestra salud?

El enfermo se encogió de hombros como queriendo decir: «me es igual!»

—El rey... ó la reina añadió Gilberto.

—Como? dijo enderezándose Mirabeau.

—Digo el rey ó la reina, repitió Gilberto.

Mirabeau, aquel leon postrado, se levantó sostenido en sus dos puños apoyados en el brazo del sillón y fijó su mirada hasta el fondo del corazón de Gilberto.

—Ella no lo hará, dijo.

—Pero en fin, si lo hacia?

—Creeis, dijo Mirabeau, que puede llegar hasta este punto?

—Nada creo, supongo, presumo.

—Sea, dijo Mirabeau, esperaré hasta mañana por la tarde.

—Que quereis decir?

—Tomad las palabras en su verdadero sentido, doctor, y no veais en ellas mas de lo que quieren decir. Esperaré hasta mañana por la tarde.

—Y mañana por la tarde?...

—Pues bien: si mañana por la tarde ha mandado, si por ejemplo ha venido Weber, vos tendreis razon y yo no.

Pero si por el contrario no manda, oh entonces no vos, sino yo seré el que la tendrá.

—Corriente: hasta mañana por la tarde. Hasta entonces, mi querido Demóstenes, calma, reposo y tranquilidad.

—No abandonaré mi sillón.

—Y este chal?

Gilberto señaló, con el dedo el primer objeto que se habia presentado á su vista al entrar en el cuarto. Mirabeau sonrió.

—Cuidado conde: esto es mas terrible que las flores.

Y despues de saludar á su amigo, el grave doctor salió.



Teisch le esperaba en la puerta.

—Ola mi querido Teisch tu amo va mejor, le dijo.

El criado, movió tristemente la cabeza.

—Como! repuso Gilberto, lo dudas?

—Dudo de todo, doctor, mientras cierto genio continúe á su lado.

Y suspiró dejando á Gilberto en la estrecha escalera. En uno de los ángulos de la baranda Gilberto vió una sombra que le esperaba.

Esta sombra al apereibirle lanzó un ligero grito y desapareció por una puerta entreabierta para encontrar en ella una retirada que se parecía á una huida.

—Que muger es esta? preguntó Gilberto.

—Es *ella* contestó Teisch.

—Quien?....

—La muger que se parece á la reyna.

Gilberto, por segunda vez fué asaltado de la misma idea que en otro tiempo al oír la misma respuesta; dió dos pasos hácia adelante cual si hubiese querido perseguir la fantasma, pero se detuvo murmurando:

—Imposible!

Y prosiguió su camino dejando desesperado al buen Teisch, porque un hombre tan sabio como el doctor no trataba de ahuyentar aquel demonio.

Mirabeau pasó una noche bastante buena. Al día siguiente, temprano, llamó á Teisch é hizo abrir las ventanas para respirar el aire de la mañana. La única cosa que inquietaba al viejo criado era aquella febril impaciencia á la cual parecía entregado el enfermo.

Quando interrogado por su amo contestó que eran las ocho de la mañana, Mirabeau no lo quiso creer y se hizo llevar el reloj para asegurarse de ello. Este reloj lo colocó sobre una mesa al lado de su cama.

—Teisch dijo, al viejo servidor, tomareis, abajo, el puesto de Juan que estará hoy á mi servicio.



—Oh, Dios mío! dijo Teisch, he tenido la desgracia de ofender al señor conde?

—Al contrario, mi querido Teisch, dijo Mirabeau enternecido, es porque no fio mas que de ti.

A cada persona que vendrá á informarse de mi estado le dirás que voy mejor, pero que no recibo todavía; pero si vienen de parte de la.... Mirabeau se detuvo y rectificó: pero, si viene alguien de palacio, si envían de las Tullerías, subirás con el mensajero; estas? bajo cualquier pretexto, no le dejarás marchar sin que yo le hable. Ya ves, mi querido Teisch, que alejándote de mí te elevo á confidente.

Teisch cojió la mano de Mirabeau y la besó.

—Oh! señor conde, dijo: si quisierais vivir!....

Y salió.

—Pardiez, dijo Mirabeau mirándolo alejarse, he aquí justamente lo difícil.

A las diez, Mirabeau se levantó y se vistió con cierta coquetería. Juan le peinó, le afeitó y luego acercó su sillón á la ventana. Desde esta podia ver lo que pasaba en la calle. A cada aldabonazo á cada vibracion de la campanilla, desde la casa de enfrente se podia ver su animoso rostro aparecer tras la cortina, su mirada penetrante fijarse en la calle, y luego abandonar la cortina para levantarse otra vez al próximo aldabonazo.

A las dos subió Teisch seguido de un lacayo. El corazon de Mirabeau latió con violencia. El lacayo no llevaba librea. Lo primero que se le ocurrió fué que este enviado venia de parte de la reina pero que iba vestido de aquel modo para no comprometer á la que le enviaba. Mirabeau se equivocó.

—De parte del doctor Gilberto, dijo Teisch.

—Ah! exclamó Mirabeau, palideciendo, cual si hubiera tenido veinte y cinco años y que esperando un mensajero de la señora de Mounier hubiese visto llegar un lacayo de su tío el abogado.

—Señor dijo Teisch como este muchacho viene de parte del doctor Gilberto y trae una carta para vos, he creído que podia infringir vuestras órdenes.



—Y has hecho bien, dijo el conde. Luego al lacayo; y la carta? añadió:

Este la llevaba en la mano y la presentó al conde.

Mirabeau la abrió y no contenía mas que estas palabras:

«Dadme noticias de vuestra salud. Estaré en vuestra casa esta noche á las once. Espero que me direis tengo razon.»

—Dirás á tu amo que me has visto levantado y que le espero esta noche, dijo Mirabeau al lacayo.

Las horas se sucedieron. La campanilla no cesaba de vibrar, ni de retumbar el aldabon. Paris entero se inscribió en la lista de los que preguntaban por la salud de Mirabeau. En la calle se veian grupos de hombres del pueblo que habiendo sabido la noticia no tal cual era, si no como la habian contado los diarios, no querian dar fé á las palabras tranquilizadoras de Teisch y obligaban á los coches á que se desviarán á derecha é izquierda de la calle para que el ruido de las ruedas no molestara al ilustre enfermo.

A eso de las cinco Teisch, juzgó conveniente entrar por segunda vez en el cuarto de Mirabeau para anunciarle esta noticia.

—Ah! exclamó Mirabeau, al verte mi pobre Teisch, creí que tenías algo mejor que decirme.

—Algo mejor? dijo Teisch sorprendido. No creía que pudiese anunciar al señor nada tan bueno como esta prueba de cariño.

—Tienes razon Teisch, dijo Mirabeau, soy ingrato.

Asi es que cuando Teisch hubo cerrado la puerta, Mirabeau abrió la ventana. Se adelantó hácia la baranda é hizo con la mano una señal de agradecimiento á las buenas gentes que se habian constituido en guardianes de su reposo. Estos le reconocieron y los gritos de «viva Mirabeau» resonaron de una á otra estremidad de la calle.

En qué pensaba Mirabeau mientras le rendian este inesperado homenaje que en cualquier otra circunstancia hubiera hecho palpar su corazón de gozo? Pensaba en esta muger altiva que no se ocupaba de él y su mirada hacia inútiles esfuerzos para ver si, mas allá de los grupos aglomerados en derredor de su



casa, percibia algun lacayo con librea azul que viniese del lado de los boulevards.

Entró en su cuarto con el pecho oprimido. El dia empezaba á oscurecer y nada habia visto.

La noche se pasó como el dia. La impaciencia de Mirabeau se habia cambiado en una sombría amargura. Su corazon, sin esperanza, no se adelantaba ya á la campanilla ó al aldabon, no: esperaba, el rostro impregnado de sombría amargura, esta prueba de interés que le habian casi prometido pero que no llegaba. A las once abrieron la puerta y Teisch anunció al doctor Gilberto. Este entraba sonriendo; asustóle la espresion del rostro de Mirabeau. Este rostro era el espejo fiel de las vicisitudes de su alma. Gilberto lo adivinó todo.

—No han venido? preguntó.

—De donde? dijo Mirabeau.

—Bien sabeis lo que quiero decir.

—Yo? no por cierto.

—De palacio... de parte suya... de parte de la reyna.

—No, doctor, nadie ha venido.

—Imposible! murmuró Gilberto.

Mirabeau se encogió de hombros. Luego añadió:

—Sois muy sencillo, Gilberto.

Luego, cogiendo la mano del doctor con un movimiento convulsivo:

—Queréis que os diga lo que habeis hecho, hoy doctor? exclamó.

—Yo? dijo este, he hecho poco mas ó menos lo mismo que los demas dias.

—No, por que no vais todos los dias á palacio y hoy habeis estado en él; no, por que no veis todos los dias á la reyna y la habeis visto hoy; no, por que no todos los dias os tomais la libertad de darla consejos y hoy le habeis dado uno.

—Bahl dijo Gilberto.

—Mirad, querido doctor, veo lo que ha pasado y oigo lo que se ha dicho, como si hubiera estado allí.



—Si? pues veamos, caballero de doble vista.

—Os habeis presentado á las Tullerías á la una, habeis solicitado hablar con la reina, la habeis hablado; la habeis dicho que yo empeoraba, que seria bueno que ella como reina y como muger mandara alguien para que se informara de mi estado, sino por atencion, al menos por cálculo. Ella ha discutido con vos; ha parecido convencida de que teniais razon; os ha despedido diciendo que mandaria; vos os habeis marchado contento y satisfecho contando con la palabra real y ella, se ha quedado altiva y satírica, riendose de vuestra credulidad..... Vamos, á fé de hombre honrado, ¿es esto doctor?

—En verdad que si hubieseis estado alli, mi querido conde, no hubierais visto ni oido mejor.

—Oh! exclamó el orador, nunca hacen nada, á propósito... La librea del rey entrando en mi casa, hoy, en medio de esta multitud que gritaba «Viva Mirabeau» delante de mi puerta y debajo de mis balcones, les devolvía un año de popularidad.

Y moviendo la cabeza, Mirabeau llevó la mano á sus ojos.

Gilberto vió, sorprendido, que enjugaba una lágrima.

—Que teneis, conde? le preguntó.

—Yó? nada, dijo Mirabeau. Teneis noticias de la Asamblea nacional, de los Franciscanos, de los Jacobinos? Robespierre ha destilado algun nuevo discurso ó vomitado Marat algun nuevo folleto?

—Hace mucho tiempo que habeis comido? preguntó Gilberto.

—Desde las dos de la tarde.

—En este caso vais á entrar en el baño, mi querido conde.

—Toma! en efecto: es una excelente idea. Juan: un baño.

—Aqui, señor conde?

—No, no, aqui al lado, en el gabinete de tocador.

Diez minutos despues, Mirabeau entraba en el baño y como de costumbre, Teisch acompañó á Gilberto.

Mirabeau se levantó para ver como el doctor se alejaba; en seguida, cuando le hubo perdido de vista, aplicó el oido para es-



cuchar el rumor de sus pasos; luego se quedó inmóvil hasta que oyó abrir y cerrar la puerta de palacio. Entonces agitando la campanilla con violencia:

—Juan, dijo, preparad una mesa en mi cuarto é id á preguntar de mi parte á Oliva si quiere hacer el favor de cenar conmigo. Luego como el lacayo iba á salir para obedecer:

—Flores, sobre todo, flores, gritó Mirabeau, adoro las flores.

A las cuatro de la mañana despertó al doctor Gilberto, un fuerte campanillazo.

—Ah! dijo saltando de la cama, estoy seguro de que Mirabeau ha empeorado.

—No se equivocaba. Mirabeau despues de haberse hecho servir la cena, despues de haber hecho cubrir la mesa de flores, habia despachado á Juan y mandado á Teisch que fuese á acostarse. Luego habia cerrado todas las puertas, escepto la que comunicaba con el cuarto de la muger desconocida á la cual su criado llamaba el genio maligno. Pero los dos criados no se habian acostado. Juan, solamente, aún que mas jóven, se habia dormido en un sillón de la antesala.

Teisch velaba.

A las cuatro menos cuarto, oyeron un violento campanillazo.

Los dos se precipitaron en el cuarto. Sus puertas estaban cerradas.

Entonces tuvieron la idea de dar la vuelta por la habitación de la muger desconocida y pudieron, de este modo, penetrar hasta donde se hallaba su amo.

Mirabeau tendido, quasi desmayado, retenia á esta muger, sin duda para que no pudiese llamar, mientras que esta, asustada, no habiendo podido llegar hasta el cordon de la chimenea, agitaba, espantada, la campanilla de la mesa.

Obrando de este modo, habia llamado tanto á su socorro como al socorro de Mirabeau; en sus convulsiones, este la ahogaba. Aquel hombre parecia lo muerte disfrazada, haciendo esfuerzos para arrastrarla hasta la tumba.



Juan entonces corrió á buscar al doctor Gilberto, mientras que Teisch, empleaba todos los cuidados con su amo. Gilberto no se tomó ni el tiempo de pedir su coche. De la calle de Saint-Honoré á la de Chaussée-d'Antin, no era muy largo el trecho; siguió á Juan y diez minutos despues, habia llegado al palacio de Mirabeau.

Teisch esperaba en el vestibulo.

—Y bien! amigo mio, que ocurre? preguntó Gilberto.

—Ah! señor! dijo el criado, esta muger, siempre esta muger y estas malditas flores! ya vereis, ya vereis!

En este momento oyeron algo que parecia un gemido. Gilberto subió precipitadamente la escalera: al llegar á los últimos peldaños, una puerta cercana á la de Mirabeau se abrió y una muger envuelta en un blanco peinador apareció de repente y vino á arrojarse á los pies del doctor:

—Oh! Gilberto, Gilberto, dijo llevando sus dos manos al pecho, en nombre del cielo, salvadle!

—Nicolasa! exclamó Gilberto, Nicolasa! oh! desdichada erais vos?

—Salvadle, salvadle! repitió Oliva.

Gilberto quedó un momento como abismado bajo el peso de una terrible idea.

—Oh! dijo: Beausire vendiendo folletos contra él, mientras Nicolase es su querida. Está perdido; aqui anda el terrible Cagliostro!

Y lanzose hácia la habitacion de Mirabeau, comprendiendo que no habia que perder un instante.



## CAPITULO XVII.

**Viva Mirabeau.**



MIRABEAU estaba en la cama. Había vuelto en sí. Los restos de la cena, los platos, las flores, testigos tan acusadores como lo puede ser el vaso de veneno cerca el lecho del suicida, continuaban en la mesa en el mayor desorden.

Gilberto se adelantó vivamente hácia él y al verle respiró.

—Ahl dijo, no está todavía tan malo como temia.

Mirabeau sonrió.

—Lo creéis así, doctor? dijo.

Y movió la cabeza como un hombre que piensa conocer su estado, al menos, tan bien como el mismo médico, el cual á veces quiere engañarse á si mismo para engañar mejor á los demás.

Esta vez Gilberto no se fijó en los síntomas exteriores. Tomó el pulso; el pulso era rápido, acelerado; miróle la lengua, la lengua estaba pastosa: se informó del estado de su cabeza: sentia en ella pesadez y dolor.

Sentia un principio de frio en las estremidades superiores. De



repente los dolores que el enfermo habia padecido dos dias antes, aparecieron de nuevo, simultaneamente, en los omóplatos, las clavículas y el diafragma. El pulso que, como hemos dicho, era rápido y acelerado, se hizo intermitente y convulsivo. Gilberto recetó los mismos medicamentos que habian producido la primera mejora.

Por desgracia, sea que el enfermo no tuviese la fuerza para soportar tan doloroso remedio, sea que no quisiese curar, al cabo de un cuarto de hora se quejó de dolores tan vivos en todas las regiones donde aquel se habia aplicado que fué preciso quitarle los sinapismos. Desde entonces, la mejora que se habia manifestado durante esta operacion, desapareció.

Nuestra intencion no es seguir en todas sus fases la terrible enfermedad: solo diremos que desde la mañana de aquel dia, la noticia de la misma, se estendió por Paris y esta vez mas seriamente que el dia anterior.

Habia recaído, se decia, y esta recaída amenazaba ser mortal. Entonces fué permitido apreciar el gigantesco panto que puede ocupar un hombre en una nacion. Todo el dia, como se habia ya verificado en el anterior, la calle fué ocupada y obstruida por hombres del pueblo, á fin de que el ruido de los coches no llegase hasta el enfermo.

A cada hora, las grupos reunidos debajo los balcones pedian noticias; á penas estas se habian dado cuando circulaban de la calle de la Chaussée-d'Autin á las estremidades de Paris. La puerta estaba sitiada por una porcion de ciudadanos de todos officios, de todas opiniones, como si cada partido, por opuesto que fuera á los demás, hubiese tenido algo que perder al perder á Mirabeau. Durante este tiempo, los amigos, los parientes, y cuantos conocian al grande orador, llenaban los patios, los vestibulos y la misma habitacion de abajo sin que ni él mismo supiese aquella invasion.

Entretanto, Mirabeau y el doctor Gilberto, cambiaban muy pocas palabras.

—Decididamente quereis morir? preguntó el doctor.



—Para qué la vida? contestó Mirabeau.

Y Gilberto había recordado los compromisos aceptados por Mirabeau, respecto á la reina y la ingratitud de esta; Gilberto no había insistido mas prometiéndose cumplir hasta el fin con su deber de médico, pero sabiendo al mismo tiempo, que no era un Dios para luchar con lo imposible.

En la tarde de este primer día, el club de los Jacobinos envió, para informarse de la salud de su ex-presidente, una diputacion á cuya cabeza estaba Barnave. Habian querido agregar á Barnave los dos Lameth, pero estos habian rehusado.

Cuando contaron á Mirabeau esta circunstancia:

—Ah! dijo, sabia que eran cobardes, pero no sabia que fueran imbéciles!

Durante veinte y cuatro horas, Gilberto no dejó un instante á Mirabeau.

El miércoles, á eso de las once de la noche, se encontraba bastante bien para que Gilberto no consintiese en pasar á otra habitacion.

Antes de acostarse, mandó que á la menor reaparicion de los accidentes le avisaran al instante.

Despertó al apuntar el alba. Nadie habia interrumpido su sueño y sin embargo se levantó inquieto: le parecia imposible que la mejora se hubiese sostenido sin ningun accidente.

En efecto, al bajar, Teisch anunció al doctor con voz lastimosa y los ojos arrasados en lágrimas, que Mirabeau seguia peor, pero que habia prohibido que despertaran al doctor Gilberto.

Y sin embargo, el enfermo habia debido padecer atrocmente; el pulso habiatomado un carácter mas espantoso y los dolores eran mas intensos.

Varias veces, (Teisch lo habia atribuido á un principio de delirio) el enfermo habia pronunciado el nombre de la reina.

—Ingratos! habia dicho, ni tan solo se informan de mí estado.

Luego, cual si hablara consigo mismo:

—Bien sé, habia añadido, lo que dirá ella cuando sepa mañana lo pasado mañana que he muerto.



Gilberto pensó que todo iba á depender de la crisis que se preparaba; así, disponiéndose á luchar vigorosamente con la enfermedad, ordenó una aplicacion de sanguijuelas en el pecho; pero como si estas hubieran sido cómplices del moribundo, las sanguijuelas no cogieron. Las reemplazaron con una segunda sangria en el pié y algunas pildoras.

El acceso duró ocho horas. Durante estas ocho horas, cual hábil espadachin, Gilberto, estuvo, por decirlo así, en jaque con la muerte, parando todos los golpes que le enviaba, previniendo algunos, pero herido también por ella algunas veces. En fin, al cabo de ocho horas, pasó la fiebre: la muerte emprendió la retirada pero cual tigre que huye para volver á embestir, imprimió sus garras en el pecho del enfermo.

Gilberto se quedó en pié, los brazos cruzados delante aquella cama donde acababa de verificarse la terrible lucha.

Desde este momento, cosa estraña! el enfermo y Gilberto, del acuerdo y como saltados de una misma idea, hablaron de Mirabeau como de un hombre que había existido, pero que había cesado de vivir.

Así, desde aquel instante, la fisonomía de Mirabeau se revestió de aquel carácter de solemnidad que pertenece únicamente á la agonía de los grandes hombres: su voz era lenta, grave, cuasi profética, desde entonces se notó en su palabra algo de mas severo, de mas profundo, de mas vasto, que lo que comunmente espresaba, y en sus sentimientos algo de mas afectuoso, mas tierno y mas sublime.

Se le anunció que un jóven, al cual solo una vez había visto, y que no queria dar su nombre, insistia para entrar en su cuarto.

Mirabeau se volvió hácia Gilberto como pidiéndole permiso para recibirle.

Gilberto le comprendió.

—Hacedle entrar, dijo á Teisch.

Teisch abrió la puerta; un jóven de diez y nueve á veinte años apareció en su dintel, avanzó lentamente, se arrodilló cerca



el lecho del orador, cogió su mano, la besó y rompió en copioso llanto.

Mirabeau pareció buscar un vago recuerdo en su memoria.

—Ahl dijo de pronto: os reconozcor, sois el jóven de Argenteuil.

—Dios mio! sed bendecido! exclamó el jóven. He ahí lo que pedia.

Y levantándose, y llevando sus manos á los ojos, salió fuera del cuarto.

Algunos segundos despues, Teisch entró, llevando un billete que el jóven habia escrito en la ante-cámara: contenia estas sencillas palabras:

«Al besar la mano del señor de Mirabeau en Argenteuil, le dije que estaba pronto á morir por él.

«Trato de cumplir mi palabra.

Ayer lei en un periódico inglés que la transfusion de la sangre en un caso parecido al que se encuentra el ilustre enfermo, se habia ensayado en Lóndres con buen éxito.

«Si, para salvar al señor de Mirabeau, se juzga útil la transfusion, yo ofrezco mi sangre: es jóven y pura.»

MARNAIS.

Al leer estas líneas, Mirabeau no pudo contener sus lágrimas.

Mandó que se hiciese entrar al jóven; pero este sin duda por escapar á esta muestra de reconocimiento, se habia marchado, dejando las señas de donde se le podia encontrar, tanto en Paris como en Argenteuil.

Pasados algunos instantes, Mirabeau consintió en recibir á todo el mundo.

Asi es, que entraron los señores de la Marck y Frochot, sus amigos, la señora de Saillat, su hermana y la de Aragon, su sobrina. Pero no quiso recibir á otro médico que á Gilberto. Como este insistiese:



—No, doctor, replicó, me habéis asistido durante lo peor de mi enfermedad: si me curais, quiero que el mérito de la cura sea exclusivamente vuestro.

—De cuando en cuando, quería saber: quien había acudido á informarse del estado en que se encontraba, y aún que nunca preguntó: «¿ha enviado la reina?» Gilberto adivinó en los suspiros que el moribundo lanzaba al mirar la lista, que el único nombre que hubiera deseado ver en ella, era cabalmente aquel que no contenía.

Así es que sin hablar del rey ni de la reina, trataba con elocuencia admirable las cuestiones políticas, y particularmente las que se referían á la conducta que hubiera seguido con Inglaterra si hubiese sido ministro.

Era con Pitt, sobre todo, con quien deseaba luchar cuerpo á cuerpo.

—Oh! este Pitt! exclamó una vez; es el ministro de los preparativos. Gobierna mas bien con amenazas que con hechos; *si hubiese vivido*, le hubiese dado que hacer.

De tiempo en tiempo, un clamoreo llegaba hasta las ventanas. Era el triste grito de «viva Mirabeau!» grito que se semejaba á una plegaria, y mas bien á una queja que á una esperanza.

Entonces Mirabeau escuchaba y hacia abrir la ventana para que este ruido, que premiaba tantos sufrimientos, llegara hasta su cama.

Llegó la noche.

Gilberto no quiso abandonar al enfermo: mandó acercar un sillón al lecho y durmió allí. Mirabeau no dijo nada.

Desde que tenía la seguridad de morir, parecía no temer á su médico.

Cuando fué de día, mandó abrir las ventanas.

—Mi querido doctor, dijo á Gilberto; hoy moriré: cuando se ha llegado al estado en que me encuentro, no queda otra cosa que hacerse perfumar y coronar de flores para entrar lo mas agradablemente posible en el sueño del cual no se despierta nunca... Puedo hacer lo que quiero?



Gilberto hizo una seña afirmativa.

Entonces llamó á sus dos criados.

—Juan, dijo á uno, traedme las mas hermosas flores que podáis hallar, mientras que Teisch se encargará de ponerme lo mas hermoso posible.

Juan pareció pedir permiso á Gilbete, que hizo un signo afirmativo.

Luego salió.

Por lo que hace á Teisch, que se encontraba mal desde el día anterior, comenzó á afeitar y rizar á su amo.

—A propósito, le dijo Mirabeau; ayer mi pobre Teisch, te hablabas indispuerto: como te encuentras?

—Oh! perfectamente, mi querido señor; contestó el honrado criado: ojalá os encontraseis cual yó.

—Pues bien, respondió Mirabeau sonriendo, por poco que quieras la vida, no te deseo mi estado.

En este momento se oyó un cañonazo: de donde venía?

Nunca se ha sabido.

Mirabeau se estremeció.

—Oh! dijo incorporándose: son estos los funerales de Aquiles? Apenas Juan—hacia el cual para tener noticias del ilustre enfermo todo el mundo se precipitó á su salida—dijo que iba á buscar flores, cuando todos se lanzaron por las calles gritando:

—Flores para Mirabeau!

Todas las puertas se abrieron, ofreciendo cada uno las que en su casa tenia, de suerte que en menos de un cuarto de hora la casa de Mirabeau se vió atestada de las flores mas raras.

A las 9 de la mañana, el cuarto del conde se habia convertido en un verdadero jardin.

En este momento Teisch acababa la toilette de su amo,

—Mi querido doctor, dijo Mirabeau, os pediré algunos momentos para dar mi adios á alguien que debe dejar esta casa antes que yó. Si se tratara de insultar á esta persona, os la recomiendo.

Gilberto comprendió.



—Bien, entonces voy á dejaros, dijo este.

—Si, pero aguardareis en el cuarto del lado. Uná vez haya salido esta persona, ¡prometeis no abandonarme hasta que muera?

Gilberto hizo un signo afirmativo.

—Dadme vuestra palabra, exclamó Mirabeau.

Gilberto se la dió balbuceando.

Este hombre estóico se estrañaba de encontrar lágrimas en sus ojos; él, que creía, á fuerza de filosofía, haber llegado á la insensibilidad.

Luego avanzó hácia la puerta; Mirabeau le detuvo.

—Antes de marcharos, abrid aquel secreter y dadme una cagita que encontrareis en él.

Gilberto hizo lo que Mirabeau deseaba.

Aquella cagita pesaba estraordinariamente.

Gilberto pensó que estaria llena de oro.

El orador le enseñó un velador donde Gilberto la puso: luego le tendió la mano.

—Tendreis la bondad de enviarme á Juan, exclamó? No ha Teisch; me fatiga mucho tocar la campanilla.

Gilberto salió.

Juan aguardaba en la cámara vecina y entró por donde salió Gilberto. Detras de aquel, el doctor oyó que se corria el cerrojo de la puerta. La media hora que siguió á esto fué empleada por Gilberto, dando noticias del enfermo á la multitud que llenaba la casa.

Estas eran desesperadoras y no se ocultó á nadie que la vida de Mirabeau no iba á pasar de aquel dia.

Delante la puerta se detuvo un coche.

Por un instante Mirabeau tuvo la esperanza de que aquel coche podia pertenecer á palacio y que se le dejaba acercar hasta allí por una especie de privilegio, asi es que corrió á la ventana. Hubiese sido para él un consuelo tan dulce saber que la reina se ocupaba de su estado! pero era un coche que Juan acababa de buscar.

Gilberto se esplicó todo aquello.



En efecto, algunos minutos despues, Juan salió acompañando á una señora cuyo rostro estaba velado por un manto. Esta muger subió en el coche.

La muchedumbre sin tratar de saber quien era la muger del velo abrió paso al coche. Juan volvió á entrar.

Un instante despues, la puerta del cuarto se volvió á abrir y se oyó la débil voz del enfermo que preguntaba por el doctor.

Gilberto corrió hácia él.

—Tomad, doctor, exclamó Mirabeau, poned esta caja en su puesto.

En seguida, como aquel, al ver que tenía el mismo peso de antes, diese muestras de estrañeza:

—Sí exclamó el orador, es estraño: ¿quién diria que el desinterés se oculta allí?

Y volviéndose hácia el lecho, Gilberto, encontró un pañuelo ricamente guarnecido.

Estaba empapado en lágrimas.

—Ah! dijo Mirabeau: nada ha querido llevarse: pero al menos ha dejado algo.

Mirabeau tomó el pañuelo y al sentir que estaba húmedo, lo aplicó sobre su frente.

—Oh! murmuró; únicamente ella es la que tiene un gran corazon!

Y cayó en el lecho, cerrando los ojos de modo que se le hubiese podido creer desvanecido ó muerto, si la respiracion no indicase que solo estaba cerca de la muerte.



## CAPITULO XVIII.



esde aquellos momentos, los que le quedaron de vida, no fueron sino una agonía.

Gilberto cumplió su palabra y continuó á su lado hasta el último suspiro.

Además de esto, por doloroso que sea, es siempre una gran enseñanza para el médico y filósofo el espectáculo de esta última lucha entre el alma y del cuerpo.

Cuanto mas grande es el hombre, mas curioso es estudiar la manera como el genio sostiene el combate con la muerte, que al fin y al cabo debe concluir por domarle.

Independientemente de esto, Gilberto encontraba aún á la vistá de aquel grande hombre moribundo, otro origen de sombrías reflexiones.

Porqué espiraba Mirabeau, él, hombre de temperamento atlético y constitucion hércúlea?

—Era á consecuencia del poco freno que oponia sus á pasiones? Era porque se veia desairado por Maria Antonieta?



Cagliostro no le había predicho algo respecto á la muerte de Mirabeau?

Y estos dos extraños seres que había encontrado, el uno matando la reputacion, el otro la salud del grande orador, convertido en sosten de la monarquia, no probaba á Gilberto que todo obstáculo, debía ceder ante aquel hombre?

Mientras Gilberto se hallaba abstraído en estas profundas ideas, Mirabeau hizo un movimiento y abrió los ojos. Entró á la vida por la puerta del dolor; quiso hablar y no pudo. Pero tejos de parecer inmutado por este nuevo accidente, tan pronto como se hubo convencido de que su lengua se hallaba atada, sonrió y trató de manifestar con sus ojos el reconocimiento que sentia por Gilberto, y por aquellos cuyos cuidados le acompañaban en la suprema y última etapa cuyo fin era la muerte.

Sin embargo una idea le preocupaba: solo Gilberto podía adivinarla y la adivinó.

El enfermo no podia apreciar, cuanto duró el desmayo de que acababa de salir.

Habia durado una hora, habia durado un dia? Durante esta hora, ó durante este dia, la reina se informó de su estado?

Se hizo subir la lista que estaba en el piso bajo, y donde cada uno, sea como enviado, sea, en su propio nombre, ponía su firma en la misma.

Ningun nombre que revelase una intimidad con las personas reales aparecia en ella; ni aún para que indicara, por parte de aquellas una solicitud disfrazada. Se hizo venir á Teisch y á Juan, y se les interrogó: nadie ni ayuda de cámara ni ugier habia venido. Entonces se vió á Mirabeau que tentaba un supremo esfuerzo para pronunciar algunas palabras, uno de estos esfuerzos semejante al que debió hacer el hijo de Creso cuando viendo á su padre amenazado de muerte rompió los lazos que encadenaban su lengua y gritó: «soldado, no mates á Creso!» Y le salvó.

—Oh! exclamó el orador; el dolor físico me mata y sin embargo una palabra de esta muger me diera la vida! y moriré sin oír! —



Gilberto se precipitó hácia el enfermo.

Para un hábil médico existe esperanza mientras hay vida. Además de esto, aunque no fuese sino para permitir que de aquellos elocuentes labios salieran algunas palabras, no debía emplear todos los recursos del arte? Cogió una cuchara y vertió en ella algunas gotas de aquel licor del cual una vez ya le dió un poquito, y, sin mezclarlo con aguardiente, lo acercó á los labios del enfermo:

—Oh! mi querido doctor, dijo este sonriendo, si quereis que este licor haga su efecto dadme el pomo entero.

—Porqué? preguntó Gilberto mirando fijamente al enfermo.

—Creeis, respondió esta, que yo, al abusar de todo por excelencia, al tener este tesoro de vida entre mis manos, no he abusado de él como de todos? No, he hecho analizar vuestro licor, mi querido Hopócratas; he sabido que se sacaba de la raiz de la caña de Indias y entonces he adquirido del mismo, no solamente por gotas, sino por cucharadas; no solamente para vivir, sino para soñar.

—Desgraciadol, Desgraciadol murmuró Gilberto; bien temia, que os entregaba veneno.

—Dulce veneno, doctor, dulce veneno; gracias á él he doblado, cuadruplicado, centuplicado, las últimas horas de mi existencia; gracias á él, muriendo á cuarenta y dos años, habré vivido lo que otro en cien; gracias á él en fin, he poseído cuanto me faltaba en realidad; fuerza, riqueza, amor. ¡Oh! Gilberto, Gilberto! no os arrepintais de habérmelo dado; al contrario, felicitaos por ello. Dios me habia concedido una vida, pero esta vida era triste, pobre, descolorida, desgraciada, poco agradable; una vida en fin, que estaba dispuesto á devolversele como un préstamo que se debe. Se doctor, que debo dar gracias á Dios por haberme dado esta vida; pero sé que os las debo dar á vos por haberme dado este veneno.... Traed cuchara, doctor y dadmelo.

El doctor hizo lo que Mirabeau pedia; le presentó el licor que saboreó con delicia.

—¿Porqué precipitais vuestra muerte? preguntó Gilberto?



—Es verdad, repuso Mirabeau: hay momentos en que me hago esta misma pregunta: yo no podía nada sin *ella* y ella no lo ha querido: me comprometí como un tonto. Juré como un imbécil arrastrado por las invisibles alas del pensamiento que impulsaba mi corazón, mientras que *ella* nada había jurado; á nada se había comprometido. Así, pues, doctor, cúmplase la voluntad del cielo: si quereis prometerme una cosa, ningún pesar turbará las pocas horas que me quedan de vida.

—Que puedo prometeros, amigo mío?

—Prometedme que si mi viaje de este mundo al otro es demasiado difícil, demasiado doloroso, prometedme, doctor, y esto no solamente debe hacerlo el médico, si que también el filósofo, prometedme que me ayudareis á hacerlo.

—Porqué me pedis esto?

—Ah! voy á decirlo: es que por más que sienta la muerte muy cercana, siento aún que me reste alguna vida: yo no muero muriendo, doctor, muero viviendo; y a última etapa será muy dura de franquear.

El doctor se inclinó hácia Mirabeau.

—Os he prometido no dejaros, amigo mío, dijo; si Dios, lo cual no espero, ha condenado vuestra vida, dejad á mi ternura el cumplimiento de lo que con respecto á vos debo hacer. Si la muerte llega, yo estaré aquí.

El infierno no aguardaba más que esta promesa.

—Gracias, murmuró.

Y su cabeza cayó en la almohada.

Entonces, no obstante la esperanza que el médico debe verter hasta la última gota en el espíritu del enfermo, Gilberto no dudó más: la copiosa dosis de licor que acababa de tomar Mirabeau había, por un instante y como una sacudida eléctrica, devuelto al enfermo con la palabra y el juego de los músculos, la vida del pensamiento; pero cuando cesó de hablar, los músculos se debilitaron, se desvaneció el pensamiento y la muerte impresa en su rostro desde la última crisis, reapareció con más profunda gravedad que nunca.



Por espacio de tres horas su helada mano estuvo entre las del doctor Gilberto: durante estas tres horas, es decir, desde las cuatro á las siete, la agonía fué tranquila, tan tranquila que se permitió la entrada en el cuarto: se hubiera creído que dormía. Pero á las ocho Gilberto sintió estremecer entre la suya la mano de enfermo: el temblor era tan violento que él mismo no se equivocó.

—Vamos, dijo, he ahí la hora de la lucha: ya comienza la verdadera agonía.

Y en efecto: la frente del moribundo se cubrió de sudor; sus ojos se abrieron y lanzaron una débil mirada: hizo un movimiento que indicaba su deseo de beber. Se le ofreció agua, vino, narrajada, pero hizo un signo negativo; no era esto lo que él quería; hizo un signo para que se le trajese pluma, papel y tintero: se le obedeció tanto para acceder á sus deseos, como para no perder un pensamiento de aquel gran genio, hasta los que tuviera en su mismo delirio.

Cogió la pluma, y con mano firme escribió estas dos palabras: DORMIR, MORIR.

Eran las dos frases de Hamlet.

Gilberto fingió no comprenderlas.

Mirabeau dejó la pluma; llevó sus manos al pecho, como para romperle, lanzó algunos gritos inarticulados, volvió á coger la pluma y haciendo un esfuerzo sobrehumano, como para sobrepasar á sus padecimientos, escribió:

«El dolor es agudo, insoportable, ¿se debe abandonar á un amigo durante dos horas, durante tal vez dos días, cuando se le puede perdonar tanta tortura con algunas gotas de opio?»

El doctor vaciló. Si: como dijo al orador, se hallaría en el momento supremo frente á frente de la muerte; pero no para secundarla, sino para luchar con ella.

El dolor se hacia cada vez mas violento: el moribundo se retorcia las manos, mordía su almohada, hasta que aquel mismo dolor rompió los lazos de la parálisis.

—Oh! los médicos, los médicos! gritó de repente. No sois mi médico y mi amigo, Gilberto! ¿No me habeis prometido que si



los dolores eran extraordinarios abreviarias mi vida? Quereis que me lleve el pesar de que hayais abusado de mi confianza? Gilberto, apelo á vuestra amistad! apelo á vuestra palabra!

Y con un suspiro, un gemido, un grito de dolor, dejó caer la cabeza en la almohada.

Gilberto á su vez lanzó un suspiro, y tendió su mano á Mirabeau.

—Está bien, amigo; se vá á daros lo que pedis.

Y cogió la pluma para escribir una receta cuya base la constituia el jarabe de meconio y el agua destilada; pero apenas escribió la última palabra, cuando Mirabeau se incorporó en la cama, y alargando la mano, pidió la pluma.

Gilberto se la dió.

Entonces su mano, crispada por la muerte, cogió un papel, y con letra apenas inteligible escribió:

«Huid!!! huid!!! huid!!!»

Quiso firmararlo; pero no pudo trazar mas que las tres ó cuatro primeras letras de su nombre; luego alargando su convulsivo brazo á Gilberto:

«Para *ella*» murmuró.

Y cayó sobre la almohada, sin movimiento, sin respiracion, sin mirada.

Habia muerto.

Gilberto se acercó á el; le miró, le tomó el pulso, puso la mano en su corazon, y luego volviéndose hácia los espectadores de aquella suprema escena, exclamó:

—Señores, Mirabeau ya no padece.

Y besando por última vez la frente de aquel grande hombre, cogió el papel cuyo destino él tan solo conocia, lo dobló religiosamente, lo metió en su pecho, y salió para dirigirse al instante desde la calzada de Antin á las Tullerías, á fin de cumplir la última recomendacion de su difunto amigo.

Algunos segundos despues que el doctor dejó la cámara mortuoria, un inmenso clamoreo se elevó desde la calle: era que la muerte de Mirabeau comenzaba á esparcirse.



Un escultor entró en el cuarto fúnebre: aquel artista era enviado por Gilberto para conservar á la posteridad el busto del grande orador, en el momento en que en su lucha con la muerte acababa de sucumbir.

Algunos minutos habian bastado para que aquel rostro recobrase la serenidad que su alma reflejaba antes de dejar el cuerpo que animó.

Mirabeau no habia muerto; Mirabeau parecia dormir un sueño lleno de vida.





## CAPITULO XIX.

### Los funerales.

**E**l dolor fué inmenso, iniversal: en un instante se esparció del centro á la circunferencia, de la calzada de Antin á las puertas de Paris. A las ocho y media de la mañana el pueblo manifestó su pesar con un terrible clamoreo, despues decretó el duelo: corrió á los teatros, cerró sus puertas, y destruyó los carteles que anunciaban las funciones. En aquel mismo dia se daba un baile en la calzada de Antin: se asaltó la casa, dispersáronse los bailarines y rompiéronse los instrumentos.

La pérdida que se acababa de sufrir fué anunciada á la asamblea por el órgano de su presidente. Barrére subió á la tribuna, y pidió que la asamblea hiciese constar en el acta de aquel dia fúnebre el testimonio del pesar que experimentaba por la pérdida de aquel grande hombre, y propuso que se invitara á todos los miembros de la asamblea para asistir á los funerales.

Al dia siguiente, tres de Abril, los diputados por Paris se presentaron á la asamblea para pedirle que la iglesia de san-



ta Genoveva fuese erigida en panteon de hombres célebres, y que Mirabeau fuese el primero que en la misma se enterrara.

Consignemos en este lugar el magnífico decreto que con este fin dió la asamblea. Bueno es que se encuentre en estos libros, que los políticos tienen por frívolos, porque tienen la desgracia de aprender la historia bajo una forma algo menos pesada que la que emplean los historiadores; bueno es, decimos, que insertemos estos decretos tanto mas grandes cuanto fueron espontaneamente arrancados á la admiracion ó al reconocimiento profesados al grande orador.

La Asamblea decretó:

«Art. 1.º El nuevo edificio de santa Genoveva á datar desde la fecha, estará destinada á guardar los restos de los grandes hombres.

«Art. 2.º El cuerpo legislativo será el único que decidirá cuales serán los hombres que recibirán este honor.»

«Art. 3.º Se considera á Honorato Riquetti Mirabeau digno de esta honra.»

«Art. 4.º El cuerpo legislativo no podrá en adelante discernir esta honra á ninguno de los miembros que forman esta legislatura; no podrá recibirla sino de la siguiente.»

«Art. 5.º Las escepciones que podrán tener lugar en obsequio de algunos grandes hombres muertos antes de la revolucion, serán decretadas por el cuerpo legislativo.»

«Art. 6.º El directorio del departamento de Paris queda encargado de poner la iglesia de santa Genoveva en estado de llenar su nuevo destino, y de hacer gravar en su frontispicio las siguientes palabras;

A LOS GRANDES HOMBRES LA PATRIA RECONOCIDA.

«Art. 7.º Entretanto la nueva iglesia de santa Genoveva no sea acabada, el cuerpo de Riquetti Mirabeau será depositado al lado de las cenizas de Descartes, en el subterráneo de dicha iglesia.» (1)

(1) El panteon fué desde entonces objeto de diferentes decretos; noso-



Al día siguiente á las cuatro de la tarde, la Asamblea nacional dejó el salon de sesiones para ir á casa de Mirabeau. Allí era aguardada por el director del departamento, por todos los ministros y por mas de cien mil personas.

Entre estas cien mil personas no habia una que no participase del general sentimiento.

El cortejo se puso en marcha.

Lafayette se puso á su cabeza como comandante general de las guardias nacionales.

Luego seguia el presidente de la Asamblea Trouchet, rodeado de doce ugieres; en seguida los ministros.

Luego la Asamblea sin distincion de partidos: Sieyes dando el brazo á Carlos Lameth.

Despues de la Asamblea, el club de los Jacobinos, cual otra Asamblea nacional; se distinguia mas por su dolor aparente, que por su dolor verdadero: habia decretado ocho dias de luto y Robespierre, demasiado pobre para hacerse un vestido nuevo, alquiló uno como ya hizo en el duelo por Franklin.

tros los citamos sin comentarios unos al lado de otros, ó por mejor decir, los unos despues de otros.

Decreto del 20 de Febrero de 1806. (El titulo primero consagra la iglesia de Saint Denis para tumba de los emperadores).

## TITULO II.

«Art. 7.º En la iglesia de santa Genoveva, cuando esté terminada, continuarán los cultos conforme al intento de su fundador, bajo la invocacion de santa Genoveva patrona de Paris.»

«Art. 8.º Esta iglesia conservará el destino que la dió la Asamblea constituyente y se congrará á la sepultura de los grandes dignatarios, de los generales del imperio, de los oficiales de la legion de honor, y en virtud de nuestros decretos, de los ciudadanos que en la carrera de las armas, de la administración, ó de las letras, hayan prestado servicios eminentes.»

«Art. 9.º Sus tumbas, erijidas en el museo francés de monumentos, serán trasportadas á esta iglesia, ó instaladas por órden cronológico.»

«Art. 10.º El capitulo metropolitano de Nuestra Señora, estará encargado de cumplir sus prácticas sagradas en la iglesia de santa Genoveva. La custodia de esta iglesia será especialmente confiada á un arcipreste elegido de entre los canónigos.»



Luego el pueblo de Paris, encerrado por dos líneas de guardias nacionales en número de treinta mil.

Una música fúnebre, en la cual se veía por primera vez instrumentos hasta entonces desconocidos, marcaba el paso á aquella inmensa muchedumbre.

A las ocho, el cortejo llegó á San Eustaquio.

La oracion fúnebre fué pronunciada por Cerutti; cuando este pronunció la última palabra, diez mil nacionales que estaban dentro de la iglesia, descargaron á un tiempo sus fusiles.

La Asamblea que no aguardaba esta descarga, lanzó un grito de espanto; la conmocion fué tan violenta, que no quedó un cristal: por un instante se creyó que iba á caer la bóveda del templo, que la iglesia serviria de tumba al cortejo.

Cuando este salió del templo, se encendieron hachas.

Las sombras no tan solo habian invadido las calles por donde aquel debia pasar, sino tambien la mayor parte de los corazones de los habitantes de Paris.

La muerte de Mirabéau dejaba en efecto la situacion en una

«Art. 11.º En dicha iglesia se oficiará solemnemente en 3 de Enero, fiesta de santa Genoveva; en 15 de Agosto, fiesta de san Napoleon y aniversario de la conclusion del concordato; en el dia de difuntos y en el primer domingo de Diciembre, aniversario de la coronacion del emperador y de la batalla de Austerlitz se oficiará tambien solemnemente. Lo mismo se hará en todas las inhumaciones que se hagan para la ejecucion de este decreto. Ninguna otra solemnidad religiosa podrá ser egercida en dicha iglesia sino en virtud de nuestra aprobacion.»

Firmado,

NAPOLION

Refrendado,

CHAMPAGNY.

Ordenanza del 12 de diciembre de 1821.

«Luis por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra;

«A todos los que la presente, leyeren ó entendieren, salud:

«La iglesia que nuestro abuelo Luis XV habia empezado bajo la invocacion de Santa Genoveva, se halla felizmente terminada; aun que no ha recibido todos los ornamentos que deben coronar su magnificencia, se



oscuridad política: muerto el grande orador ¿se sabia el camino que se iba ha abrir á la Francia? El hábil domador no existia ya para dirigir estos fogosos corceles que se llaman la ambicion y el odio: se sentia que se llevaba consigo algo que en adelante faltaria á la Asamblea; el espíritu de paz velando en medio de la guerra, la bondad del corazon oculta bajo la violencia del carácter. Todos perdian en esta muerte: los realistas perdian su aguijon, los revolucionarios su freno.

En lo sucesivo el carro iba á rodar mas rápido: quien podia decir hácia donde rodaba? Era hácia el triunfo? era hácia el abismo?

Las luces del panteon no se apagaron hasta las doce de la noche.

Un hombre no habia asistido al cortejo.

Este hombre era Pethion.

Porqué Pethion no acompañó á sus amigos? Al dia siguiente le decia á los mismos que reprocharon su ausencia.

Habia leído, segun dijo, el plan de un golpe contrarrevolucionario, escrito por el mismo puño de Mirabeau.

encuentra en tal estado que puede celebrarse en ella el servicio divino. Asi, pues, á fin de no retardar por mas tiempo el cumplimiento de los deseos de su fundador y restablecer conforme á sus intenciones y á las nuestras, el culto de la patrona cuya asistencia nuestra buena ciudad de Paris acostumbra á implorar en todas su necesidades:

«En vista de lo que nos ha espuesto nuestro ministro del interior y oído nuestro consejo, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

Art. 1.º La nueva iglesia fundada por el rey Luis XV en honor de Santa Genoveva patrona de Paris, será esclusivamente consagrada al egercicio del culto divino, bajo la invocacion de esta Santa. A este efecto se pone á la disposicion del arzobispo de Paris, quien interinamente indicará los eclesiásticos que deban cumplir en ella los sagrados ritos.

Art. 2.º Posteriormente se formarán los reglamentos para el servicio regular y perpétuo que en ella deberá observarse.»

Firmado.

Luis.

Refrendado.

{SIMEON.}

10



Tres años despues, en un sombrío dia de otoño, en el salon de la misma Asamblea, la Convencion, despues de haber matado á la reina, despues de haber matado á los Girondinos, despues de haber matado á los Franciscanos, despues de haber matado á los Jacobinos, despues de haber matado á los Montañeses, despues de haberse matado ella misma, no teniendo vivos á quienes matar, determinó matar á los muertos. Entonces con una alegria salvaje, declaró que se habia engañado en el juicio que formó de Mirabeau, y que á sus ojos el genio no perdonaba la corrupcion. Se dió un nuevo decreto que escluía á Mirabeau del panteon.

Un ugiar se dirigió al templo y leyó en él, el decreto que declaraba á Riquetti de Mirabeau indigno de partir la tumba de Descartes y que obligaba al guardian á entregar su cadáver.

Así una voz mas terrible que la que debe hacerse oír en el valle de Josafat gritaba antes de tiempo:

«Panteon, devuelve tus muertos!»

Ordenanza del 26 de agosto de 1830.

«Considerando que toca á la justicia nacional y al honor de la Francia que los grandes hombres, que han merecido bien de la patria contribuyendo á su honra y á su gloria reciban despues de su muerte un solemne testimonio del aprecio y reconocimiento públicos:

«Considerando que para llenar este objeto las leyes que decretaron el levantamiento del panteon, deben ser puestas en vigor, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

«Art. 1.º El panteon se utilizará segun su destino legal y primitivo. La inscripcion:

**A LOS GRANDES HOMBRES LA PATRIA RECONOCIDA.**

se restablecerá en su frontispicio. Las cenizas de los grandes hombres que hayan merecido bien de la patria se depositarán en el mismo panteon.

«Art. 2.º Se dictarán medidas que determinarán las condiciones y forma conque este testimonio de reconocimiento nacional, se hará en nombre de la patria. Una comision se encargará inmediatamente de redactar al efecto un proyecto de ley-



El panteon obedeció; el cadáver de Mirabeau fué entregado al ugier que, segun el mismo dice, lo mandó «conducir y depositar en un cementerio.»

Este cementerio era el de Clamart, el cementerio de los ajusticiados.

Y sin duda, para hacer mas terrible el castigo, que se aplicaba hasta á la muerte, el atabud fué llevado allí de noche, sin cortejo, sin que se indicara el lugar de la inhumacion con una cruz, con una letra, con una piedra.

Pasado algun tiempo, instado un viejo sepulturero por uno de estos curiosos que procuran saber lo que los demás ignoran, condujo cierta noche á un hombre á traves del desierto cementerio y deteniéndose en medio de un circulo y golpeando con el pié le dijo:

«Art. 3.º El decreto de 20 de febrero de 1806 y la ordenanza de 12 de diciembre de 1821, quedan derogados.»

Firmado.

LUIS FELIPE.

Refrendado.

GUIZOT.

Decreto del 6 de diciembre de 1831.

«El presidente de la república, vistas las leyes del 4 y 10 de abril de 1791, visto el decreto de 20 de febrero de 1806, vista la ordenanza de 12 de diciembre de 1821, vista la ordenanza del 26 de agosto de 1830, viene en decretar:

«Art. 1.º La antigua iglesia de Santa Genoveva, se facilitará para que se ejerza en ella nuestro culto conforme á la idea de su fundador, bajo la invocacion de Santa Genoveva, patrona de Paris. Se tomarán medidas para el ejercicio permanente del culto católico en esta iglesia.

«Art. 1.º La ordenanza del 26 de agosto de 1830, queda derogada.

«Art. 3.º El ministro de cultos é instruccion pública y el ministro de obras públicas, quedan encargados en lo que en este decreto les concierne, de la egecucion de la presente disposicion que se insertará en la gaceta.

Firmado.

LUIS NAPOLEON.

Refrendado.

FORTOUS.



—Está aquí.

Luego, como el curioso insistiese para tener cierta seguridad:

—Está aquí, repitió, yo respondo de ello. Ayudé á bajarle en la fosa y no faltó mucho para que yo rodára tras de él: tan pesado era su maldito atahud de plomo.

Este hombre era Nodier. Un día me condujo á Clamart é hiriendo con el pié el mismo punto me dijo á su vez:

—Está aquí.

Cincuenta años han trascurrido, y, durante este tiempo, las generaciones que se han sucedido han pasado sobre la ignorada tumba de Mirabeau.





## CAPITULO XX.

### El message.



En la mañana misma del dos de abril, tal vez una hora antes á la en que Mirabeau lanzó el último suspiro, un oficial de marina, vistiendo un brillante uniforme de capitán de navio y desembocando por la calle de Saint Honoré se dirigia hácia las Tullerías, por la calle de San Luis y la de la Echelle.

Al llegar al patio de las caballerizas cogió á la izquierda, saltó las cadenas que le separaban del patio interior, devolvió el saludo al soldado que le presentó el arma, y se encontró en el patio de los suizos.

Llegado allí, como un hombre al cual aquel camino le era familiar, subió una pequeña escalera que, por un largo corredor, comunicaba con el gabinete del rey.

Al verle el ayuda de cámara lanzó un grito de alegre sorpresa, pero este, llevando un dedo á los labios, exclamó:

—El rey, me puede recibir ahora, Sr. Hue?

—El rey está confereciando con el general Lafayette al cual



dará sus órdenes para este día, respondió el ayuda de cámara; pero cuando el general haya salido.....

—Me anunciareis? interrumpió el oficial.

—Oh! es inútil; S. M. os aguarda, y desde ayer por la noche ha dado orden para que se os introdujese á vuestra llegada.

En aquel momento sonó la campanilla del gabinete del rey.

—Ah! aguardad; el rey llama, probablemente para saber noticias de vos.

—Entonces, entrad, Sr. de Hue; y si en efecto el rey puede recibirme no perdamos un momento.

El ayuda de cámara abrió la puerta y cuasi enseguida, como una prueba de que el rey estaba solo, anunció:

—El Sr. conde de Charny.

—Oh! que entre! que entre! exclamó el rey; desde ayer que le aguardo.

Charny se adelantó con presteza y haciendo un respetuoso saludo exclamó:

—Señor, he retardado algunas horas, pero espero que cuando manifieste á V. M. las causas de este retardo, tal vez me lo perdoneis.

—Acercaros, acercaos, Sr. de Charny; os aguardaba con impaciencia, es verdad; pero desde luego soy de vuestra opinion: solo algun asunto importante ha podido hacer este viaje menos rápido de lo que debía ser. De todos modos ya estais aquí y sed bien venido.

Y le tendió una mano que aquel besó con respeto.

—Señor, continuó Charny, que veía la impaciencia del rey, anteayer por la noche recibí vuestra orden y ayer á las tres de la madrugada dejé á Montmedy.

—Como habeis venido?

—En posta.

—Esto ya me esplica algo vuestro retardo, dijo el rey, sonriendo.

—Señor, dijo Charny, hubiese podido venir sin la posta, es decir, con un caballo, y de esta manera hubiera llegado aquí á las



diez ó á las once de la noche ó mas pronto cogiendo por el camino mas recto; pero he querido examinar por mi mismo el camino que V. M. ha escogido; he procurado enterarme de las postas bien montadas ó mal servidas, y he querido, sobre todo, saber minuto por minuto, segundo por segundo, cuanto tiempo se necesitaba para ir de Montmedy á Paris y por consiguiente de Paris á Montmedy: todo lo he notado y en su consecuencia estoy dispuesto á responder á todo.

—Bravo! señor de Charny, exclamó el rey; sois un gran servidor; pero, antes de todo, dejad que empiece á contaros la situación que atravesamos y vos, en seguida, me dareis cuenta de lo que ocurre por allá abajo.

—Oh! señor, replicó Charny; á juzgar por lo que se me ha contado las cosas van de mal en peor, cada dia ocurren nuevos sucesos.

—Hasta el punto de que cuasi soy prisionero en las Tullerías, querido conde. Ahora mismo lo decia á mi buen carcelero el señor de Lafayette. Mas quisiera ser rey de Metz que de Francia; pero por fortuna ya habeis llegado.

—V. M. me ha hecho el honor de decirme que iba á ponerme al corriente de nuestra actual situacion.

—Si, es verdad; y en pocas palabras..... Sabéis la fuga de mis tias?

—Como todo el mundo, señor; pero sin ningun detalle.

—Oh! es muy sencillo. Bien sabéis las disposiciones que ha tomado la Asamblea contra los pobres sacerdotes: asustadas las buenas mugeres decidieron abandonar la Francia. Asi es que siguiendo mi consejo (es preciso decirlo) determinaron marchar á Roma. Nada ponía obstáculo á este viaje, y no se podia creer que dos pobres mugeres, viejas por añadidura reforzase en mucho el partido de los emigrados. Se disponian ya para marchar á Narbona y desde allí dirigirse á la capital del orbe cristiano, cuando en Bella Vista les llegó una visita del mismo género que la que en 5 y 6 de octubre tuvimos que recibir en Versalles. Afortunadamente mientras la ca-



nalla entraba por una puerta las pobres mugeres salian por otra. Comprendéis? ni un coche dispuesto. Las fué preciso, pues, llegar hasta Meudon á pié: allí por fin se encontraron coches y partieron: tres horas despues un inmenso rumor corria por todo Paris. Los que vinieron para impedir esta huida encontraron el nido caliente, pero vacio. Al siguiente dia la prensa puso el grito en el cielo. Marat gritó que se llevaban millones, Desmoulins que robaban al delfin: nada de esto era verdad; las pobres mugeres llevaban trescientos ó cuatrocientos mil francos en su bolsa, é iban demasiado embarazadas para encargarse de un niño que no podia hacer otra cosa que denunciarlas. Como una prueba de esto, aún sin él fueron reconocidas primero en Moret, que se las dejó pasar, y luego en Arnay-le Duc donde se las detuvo. Fue preciso que yo escribiera á la Asamblea para que continuáran su camino. Accediendo esta á mi justa peticion, se las ha autorizado para que continuaran su viaje, y se ha resuelto que el comité presentaria una ley sobre emigrados.

—Sil interrumpió Charny; pero me parece que á consecuencia de un magnifico discurso del señor de Mirabeau, la Asamblea habia rechazado el proyecto de ley del comité y esto es siempre una inmensa ventaja.

—No hay duda, se ha rechazado; pero despues de este triunfo ha sucedido otra cosa. Cuando se ha visto el zipizape que armó la marcha de aquellas pobres mugeres, algunos verdaderos amigos (me quedaban mas de lo que creia, mi querido conde) algunos amigos, un centenar de nobles, se lanzaron á las Tullerias y vinieron á ofrecerme su vida. De pronto se esparció el rumor de que se tramaba una conspiracion y que trataban de robarme. Lafayette, se alarma y en su aturdimiento, sin enterarse de los hechos, penetra en las Tullerias, y encuentra á nuestros amigos. Sabida la verdad, todo el mundo se apacigüa; pero uno de ellos llevaba pistolas; los demás puñales; habian cogido lo que primero les vino á mano. Y he ahí como este dia quedará inscrito en la historia bajo un nuevo nombre: se le llamará el de los caballeros del puñal.



—Oh! Señor! Señor! cuan horribles son los tiempos que atravesamos! exclamó Charny moviendo la cabeza.

Luis XVI sonrió como un hombre que confía en la divina providencia.

—Que le hareis, mi querido conde, es preciso aceptarlos tal como Dios nos los envía.

Hubo un instante de silencio.

Luis XVI lo interrumpió preguntando;

—Supongo que habreis visto á Andrea? dijo.

—Acabo de llegar en este instante y todo mi afan ha sido presentar los mas pronto posible mi homenaje á V. M.

—Gracias Charny: mucho se ha hablado de los caballeros que rodearon á Luis XIV; pero dudo que entre ellos hubiese uno que en fidelidad y nobleza se pudiera comparar á vos.

Charny se inclino profundamente y replicó:

—V. M. me colma de favores: el asunto exigia una estrema diligencia y al obrar de aquel modo no hecho mas que obrar como un buen súbdito. Mas aún: si yo debiera aconsejar á V. M. apresuraria el plan.

—Esto es lo que vamos á hacer; veamos, que habeis decidido con Bouillé? Está dispuesto, no es verdad? Lo ocurrido en Nancy me ha prestado ocasion para aumentar su autoridad y poner nuevas tropas á sus órdenes.

—Si señor; pero por desgracia las disposiciones del ministro de la guerra contrarestan las nuestras, acaba de retirar el escuadron de húsares y le reusa los regimientos suizos. Así es que apenas ha podido conservar en la fortaleza de Monmeduy el regimiento de Bouillon.

—Entonces está vacilando?

—No señor; esto son algunos recursos menos; pero que importa? en semejantes empresas es preciso dejar algo al azar no obstante de que no nos faltarán grandes medios.

—Pues bien, ya que es así, volvamos á lo primero, teneis razon, Charny?

—Señor, V. M. continua decidido á seguir el camino de Cha-



lons á Santa Menahulda y de Clarmart á Stenay aún que tenga veinte leguas mas que los otros, y no haya posta en Varennes?

—Ya he indicado al señor de Bouillé los motivos que me hacian preferir este camino.

—Si, señor; y bajo este concepto, me ha comunicado las órdenes de V. M.: despues de estas órdenes ha sido cuando he examinado el camino piedra por piedra y árbol por árbol; el trabajo debe estar ya en manos de V. M.

—Y que es todo un modelo mi querido conde; ahora conozco el camino; como si ya lo hubiese hecho.

—Pues bien, señor, he ahí la reseña que mi último viaje añade á la primera.

—Hablad, señor de Charny; ya os atiendo; para mas claridad aqui teneis el mapa.

Y diciendo estas palabras el rey desplegó un mapa sobre la mesa. Este mapa estaba dibujado en vez de estar litografiado; segun habia manifestado Charny no faltaba en él ni un árbol ni una piedra; era una obra de mas de ocho meses de trabajo; Charny y el rey se inclinaron sobre el mismo.

—Señor, exclamó Charny, el verdadero peligro para V. M. comenzará en santa Menahulda y acabará en Stenay; es preciso, pues, que en estas diez y ocho leguas se repartan nuestros soldados.

—No podriamos hacer de modo que vinieran mas hácia Paris? por ejemplo: hacerlas llegar hasta Chalons?

—Señor, replicó Charny, es difícil; Chalons es una ciudad demasiado fuerte para que cuarenta, cincuenta, cien hombres pudieran salvar á V. M. si estuviere amenazado. El señor de Bouillé no responde de nada sino hasta el momento en que se llegue á Santa Menahulda; todo lo que puede hacer (y esto aún me ha dicho que lo hablara con V. M.) es colocar al primer destacamento en Pont-de-Sommevesle. Es decir, en la primera posta que viene despues de Chalons.

Y Charny mostró en el mapa el punto á que aludia.

—Corriente, dijo el rey. En cuantas horas habeis hecho vuestras ochenta y dos leguas?



—En treinta y seis, señor.

—Pero con un coche ligero, ¿ó vinisteis solo con vuestro criado?

—Señor, he perdido tres horas examinando en qué lugar de Varennes se debía situar la posta: si era más acá de este pueblo hacía el lado de santa Meneohulda ó más allá hacía el lado de Dum. Estas tres horas perdidas equivalen á si hubiese venido en un pesado carruaje. Mi opinion es, pues, que el rey puede ir de París á Monmedy en treinta y cinco ó treinta y seis horas.

—Y qué habeis decidido en cuanto á la posta de Varennes? Esto es importante; es preciso que tengamos la seguridad de que al llegar allí encontraremos caballos.

—Sí, señor; y creo que la posta debe estar situada más allá del pueblo, por la parte de Dum.

—En qué apoyais esta opinion?

—En la situacion topográfica de dicho pueblo, señor.

—Esplicádmela, conde.

—Es muy sencillo; he pasado desde mi marcha cinco ó seis veces por Varennes, y ayer estuve allí desde los doce hasta las tres. Varennes es un pequeño pueblo de mil seiscientos habitantes poco más ó menos, dividido en dos cuarteles, lo que hace que se le llame Varennes-alto y Varennes-bajo, separado por la ribera de Aire, y comunicándose por un puente construido sobre esta última. Si V. M. tiene á bien mirar el mapa... aquí, señor, cerca el bosque de Argonne, en este mismo linde verá...

—A ya... exclamó el rey; os referis al gran recodo que se vé en el bosque, en el camino de Clermont.

—Esto es, señor.

—Pero todo esto no me dice porqué situais la posta más allá del pueblo en vez de situarla hacía acá.

—Aguardad, señor; el puente que conduce de un cuartel á otro está dominado por una alta torre. Esta tiene una bóveda sombría, oscura y estrecha. Al pasar por debajo de ella, lo cual debemos hacer necesariamente, el menor obstáculo puede impedir el paso. Vale más, pues, que habiendo un peligro que correr, correrlo con



caballos y postillones frescos, que hacer el relevo á quinientos pasos del puente. Esto dejando aparte que si el rey por casualidad era conocido sería siempre guardado y defendido por tres ó cuatro hombres á una de sus mas insignificantes señas.

—Es verdad, replicó el rey; y si llegara este caso vos estarías allí.

—Esto sería una honra y un deber para vuestro humilde servidor, si es que el rey me juzgue digno.

El rey tendió la mano á Charny.

—Así, dijo el rey, el señor de Bouillé ha marcado ya las etapas y escogido á los hombres que situará en el camino?

—Si, señor; salvo la aprobación de V. M.

—Os ha entregado alguna nota acerca de esto?

Charny sacó de su bolsillo un papel doblado y lo presentó al rey, inclinándose.

El rey lo desdobló y leyó:

«La opinion del marqués de Bouillé es que los destacamentos no deben ir mas allá de santa Menohulda; si, no obstante esto, el rey exigiese que llegasen hasta el puente de Sommevesle, he aquí como propone á S. M. distribuir las fuerzas destinadas á escoltarle:

«1°» «En el puente de Sommevesle cuarenta húsares de Lanzun mandados por el señor de Choiseul, el cual tendrá bájo sus órdenes al subteniente Bordel.»

«2°» «En santa Menohulda treinta dragones mandados por el capitán Dandoin;»

«3°» «En Clermont cien dragones del regimiento del infante y cuarenta del rey mandados por el conde Carlos de Damas;»

«4°» «En Varennes sesenta húsares de Lanzun mandados por los señores Rohrig, Bouillé, hijo, y Raigecourt;»

«5°» «En Dum cien húsares de este mismo regimiento mandado por el capitán Deslont;»

«6°» «En Monzon cincuenta hombres de caballería mandados por el señor Guntzer;»

«7°» «En Stenay, en fin, el regimiento real aleman mandado por su teniente coronel el baron de Mandell.»



— Me parece bien, dijo el rey después de haber leído; pero si estos destacamentos se ven obligados á estacionarse uno, dos ó tres dias en estas aldeas ó pueblos ¿qué pretexto podriais dar?

— Señor ese pretexto se ha hallado; aguardarán una cantidad de dinero enviada por el ministerio al ejército del norte.

— Vamos, dijo el rey con una satisfacion visible; todo se halla previsto. Charny se inclinó.

— Y á propósito de dinero, continuó el rey; sabeis si el señor de Bouillé, ha recibido el millon que le remiti?

— Si señor; pero observaré á V. M. que este millon estaba, en asignados, que pierden el veinte por ciento.

— Este ha sido el descuento?

— Señor, un fiel subdito de V. M. se ha considerado bastante feliz pudiendo tomar el solo, por valor de cien mil escudos sin descuento.

El rey miró á Charny.

— Y el resto, conde? preguntó aquel.

— El resto, contestó Charny ha sido descontado por el señor de Bouillé, hijo, en casa el banquero de su padre, esto es, el señor de Perregano, el cual se ha pagado en letras de cambio contra los señores Bethmann de Francfort que las han aceptado al momento. El dinero, pues, no faltará.

— Gracias, conde, dijo Luis XVI: ahora me dispensareis el obsequio de darme el nombre de este fiel servidor que ha comprometido tal vez su fortuna para dar estos cien mil escudos al señor de Bouillé.

— Señor, este fiel súbdito de V. M. es muy rico y por consiguiente lo que ha hecho no tiene ningun mérito.

— No importa, caballero, exclamó el rey; deseo saber su nombre.

— Señor, replicó Charny inclinándose, la única condicion que puso al hacer este pretendido servicio ha sido la de que quería guardar el anónimo.

— Sin embargo, dijo el rey, vos le conoceis.

— Le conozco, señor.



—Señor de Charny, dijo entonces el rey con aquella dignidad llena de energía que solía tener en ciertos momentos; he ahí una joya que me es muy querida.....

Y sacó un anillo de oro de su dedo.

—La he aceptado, continuó, de la misma mano de mi padre, cuando al espirar imprimía en ella su último beso. El valor es, pues, de afeccion; no tiene ningun otro; pero para una alma que sabe comprenderme, esta joya será mas preciosa que el mas precioso diamante; decid á este fiel súbdito lo que acabo de manifestaros y hacedle, señor de Charny, este regalo de mi parte.

Dos lágrimas se escaparon de los ojos del conde, su pecho se oprimió y como si sus pies vacilaran puso una rodilla en tierra para recibir la joya de aquellas reales manos.

En aquel momento la puerta se abrió; el rey se volvió de repente; aquella puerta abierta de aquel modo era una infracción á las reglas de la etiqueta, con lo cual se cometía un insulto si no lo escusaba una gran necesidad.

Era la reina, pálida, y trayendo un papel en la mano; pero á la vista del conde puesto de rodillas, besando la joya del rey y pasándola á su mano, dejó caer el papel, y lanzó un grito de sorpresa.

Charny se levantó, saludó respetuosamente á la reina mientras esta balbuceaba:

—El señor de Charny!..... el señor de Charny!..... ¡comol..... en las Tullerías! añadió por lo bajo. Y yo que lo estaba ignorando!

Habia tal dolor en los ojos de aquella pobre muger, que Charny que no habia oido las últimas palabras, pero que las adivinó, dió dos pasos hácia ella.

—Acabo de llegar en este instante, le dijo, é iba á pedir al rey permiso para presentaros mis homenajes.

La sangre volvió á colorear las mejillas de la reina. Hacia mucho tiempo que no habia oido la voz de Charny y con esta voz la dulce entonacion que daba á sus palabras.

Entonces la reina tendió las dos manos como para dirigirse



hacia el, pero cuasi al mismo tiempo llevó una á su corazon, que indudablemente palpitaba con demasiada violencia.

Charny lo vió todo, lo adivinó todo, aunque estas sensaciones se hubiesen sucedido durante el tiempo que habia empleado el rey en recoger el papel que se escapó de manos de la reina, y que una corriente de aire penetrando por la puerta y las ventanas habia hecho volar hasta el fondo del gabinete.

El rey leyó lo que aquel papel decia, pero sin que comprendiera nada.

—Que quieren decir estas tres palabras «huid!..., huid!..., huid!... y este firma medio trazada?» preguntó el rey.

—Señor, contestó la reina, quieren decir que el señor de Mira-beau ha muerto hace diez minutos, y que nos ha dado este consejo antes de morir.

—Señora, contestó el rey; se seguirá este consejo; es bueno y ha llegado la ocasion de egecutarlo.

Despues volviéndose á Charny,

—Conde, prosiguió, acompañad á la reina á sus habitaciones y contádselo todo.

La reina se levantó, miró al rey, luego á Charny, y dirigiéndose á este último;

—Venid, señor conde, dijo.

Y salió precipitadamente; era imposible contener un minuto mas todos los opuestos sentimientos que en su corazon se agitaban.

Charny se inclinó ante el rey por última vez y siguió á Maria Antonieta.



## CAPITULO XXI.

### La promesa.



La reina entró en sus habitaciones y dejándose caer sobre un sofá, hizo á Charny señal de que cerrase la puerta tras si. Por fortuna, el gabinete en que entraba estaba solitario; Gilberto había solicitado hablarla sin testigos, á fin de contarla lo que acababa de suceder y manifestarla la recomendacion de Mirabeau. Apenas se hubo sentado cuando ensanchando su corazon oprimido en demasia, rompió en lágrimas y sollozos.

Estos sollozos eran tan sentidos y verdaderos, que despertaron en lo mas hondo del corazon de Charny los restos de su amor. Decimos los restos de su amor, porque cuando una pasion semejante á la que hemos visto nacer y crecer, ha ardido en el corazon del hombre, no se apaga nunca completamente, si no sobreviene uno de estos choques que cambian repentinamente el amor en odio.

Charny estaba en aquella estraña posicion que solo pueden apreciar aquellos que se han encontrado en otra semejante; encerraba en su corazon un naciente y un antiguo amor.



Amaba ya á Andrea con todo el fuego de su corazón.

Amaba todavía á la reina con toda la compasión de su alma.

A medida que desaparecía este amor, desaparición causada por el egoísmo, es decir, por el exceso de este mismo amor, Charny había, si nos es permitido decirlo así, había visto brotar sangre del corazón de la muger, y, comprendiendo este egoísmo, como todos aquellos para los cuales el amor pasado es una carga, no había tenido la fuerza de disculparlo.

Y sin embargo, cada vez que este amor tan verdadero, estaba ante él sin recriminaciones y sin quejas, Charny media lo profundo de este amor, y recordaba cuantas preocupaciones, cuantos deberes sociales esta muger había despreciado por él, é inclinado sobre este abismo no podía detener una lágrima de sentimiento ó una palabra de consuelo.

Pero si al través de los sollozos asomaba la queja; si al través de las lágrimas se entreveían las recriminaciones, en el mismo instante recordaba las exigencias de este amor, de esta voluntad absoluta, de aquel despotismo que se mezclaba sin cesar á las mas tiernas manifestaciones, en las mas amorosas pruebas, y sosteniéndose fuerte ante las exigencias, se armaba contra el despotismo, entraba en lucha con esta fuerza de voluntad y comparaba á estos inconvenientes, el dulce é inalterable rostro de Andrea y prefería esta estatua que él creía de hielo, á esta imagen de pasión siempre dispuesta á lanzar en sus miradas los rayos de su amor, de sus celos ó de su orgullo.

Esta vez la reina lloraba sin quejarse.

Había estado mas de ocho meses sin ver á Charny. Fiel á su promesa que había hecho al rey, el conde no había confiado nada á nadie. La reina, pues, lo ignoraba todo, ignoraba lo que durante aquel tiempo había sido de aquel hombre cuya existencia se hallaba tan intimamente ligada á la suya, que durante dos ó tres años había creído, que no podría separarse una de otra sin que se rompiesen las dos.

Y sin embargo, como se ha visto, Charny se había separado



sin decirla donde iba. Unicamente, y esto era su único consuelo, sabia que estaba ocupado en el servicio del rey; de modo que se decia á si misma: «Trabajando para el rey, trabaja tambien para mi: luego aún que no quiera me tendrá en su memoria.»

Pero era un débil consuelo este recuerdo, este pensamiento en que ella solo figuraba por circunstancias accesorias, cuando habia reinado en él, sola y durante largo tiempo. Asi, volviendo á ver á Charny donde menos pensaba, y encontrándole en el cuarto del rey á su vuelta, en el mismo sitio en que lo encontró á su partida, todos los dolores que se habian acumulado en su alma, todos los pensamientos que habian atormentado su corazon, todas las lágrimas que habian abrasado sus ojos durante la larga ausencia del conde, acudian á la vez, juntos, tumultuosamente, á inundar sus mejillas y á llenar su pecho de todas aquellas angustias que creyó desvanecidas.

Lloraba para llorar: sus lágrimas la hubieran ahogado si no hubiese dado libre rienda á su llanto. Lloraba sin pronunciar una palabra. ¿Era de dicha? ¿era de dolor?...

De una y otro tal vez: toda fuerte emocion se traduce en lágrimas.

Asi es que silencioso, pero sin embargo, con mas amor que respeto, Charny se acercó á la reina, separó una de sus manos con la que se cubria el rostro y apoyando sus labios en esta mano:

—Señora, dijo, estoy contento y orgulloso de poder afirmar que desde que me separé de V. M. no he pasado un momento sin ocuparme de vos.

—Oh! Charny, Charny! contestó la reina, existió un tiempo, en el que tal vez os hubierais ocupado menos de mi; pero os hubierais acordado mas.

—Señora, dijo Charny, pasaba sobre mis hombros una grave responsabilidad; esta responsabilidad me imponia el silencio mas absoluto hasta haber cumplido mi mision. Ya está cumplida. Hoy puedo ver á V. M. hoy puedo hablarla, mientras que hasta hoy ni escribirla podia.



—Este es un bello ejemplo de lealtad que habeis dado. Oliverio, dijo melancólicamente la reina, y no siento mas que una cosa y es que no lo hayais podido dar sin perjudicar otro sentimiento.

—Señora, dijo Charny, permita V. M. que la instruya de lo que he hecho para su salvación, puesto que tengo para ello el permiso del rey.

—Oh! Charny, Charny! exclamó la reina, ¿no teneis nada mas interesante que decirme?

Y estrechó tiernamente la mano del conde, mirándole con aquella espresion por la cual Charny en otro tiempo hubiera dado su vida, que estaba siempre dispuesto no á ofrecer sino á sacrificar. Al mirarle asi; la reina vió en él no al viagero empolvado que acaba de bajar del coche, sino al cortesano elegante que ha sobrepuerto á su celo, las reglas de la etiqueta. Aquel traje tan completo del cual hubiera podido contentarse la reina mas exigente, inquietó visiblemente á la muger:

—Cuando habeis llegado?

—Ahora mismo, señora, contestó Charny.

—Y venis?

—De Montmedy.

—Asi, habeis recorrido media Francia?

—He hecho noventa leguas desde ayer mañana.

—A caballo? ó en coche?

—En posta.

—Como, despues de este largo y cansado viaje,—escusad mis preguntas Charny—estais tan bien peinado, cepillado, como un ayudante del general Lafayette en dia de gala? Las noticias que traeis, carecen pues de importancia?

—Son muy importantes, señora; pero he pensado que si me apeaba del coche en el patio de las Tullerías, cubierto de lodo y polvo, despertaria la curiosidad. Ahora mismo me decía el rey cuan rigurosamente están guardadas VV. MM. y escuchándole me felicitaba de la precaucion que he tomado viniendo á pié y con uniforme como un oficial que vuelve á hacer su servicio despues de una semana de ausencia.



La reina estrechó convulsivamente la mano de Charny; se veía que deseaba hacerle alguna otra pregunta y que tenía tanta más dificultad para hacerla, cuanto más importante parecía. Así es que interrogó de otra manera.

—Ah! si, dijo con voz ahogada, olvidaba que teneis un apeadero en Paris.

Charny se estremeció: entonces solamente entrevió el objeto de estas preguntas.

—Yó, un apeadero en Paris? dijo, ¿En donde señora?

La reina hizo un esfuerzo.

—Creo, que en la calle de Coq-Heron. No es allí donde vive la condesa?

Charny se sintió, herido bien como un corcel cuando siente la espuela en una llaga brotando sangre; pero había en la voz de la reina tal sentimiento de duda, tal expresión de dolor, que tuvo compasión de lo que debía padecer, ella, tan altiva ella, que tan bien sabía dominarse, para dejar conocer hasta tal punto su emoción.

—Señora, dijo, con acento de profundo dolor, cuya única causa no eran los padecimientos de la reina, creía haber tenido el honor de decir á V. M., antes de mi marcha, que la casa de la señora Andrea no es la mía. He parado en la de mi hermano el vizconde Isidoro de Charny y allí he cambiado de traje.

La reina lanzó un grito de alegría y cayó suavemente de rodillas besando la mano de Charny.

Pero Charny más rápido que ella, la cogió por los brazos y levantándola:

—Oh! señora, exclamó: que hace V. M.

—Os doy gracias, Olivierio, dijo la reina con una voz tan dulce que las lágrimas saltaron á los ojos de Charny.

—Me dais gracias... dijo este; Dios mio! porqué?

—Porqué?... me preguntais porqué? exclamó la reina; por haberme proporcionado el solo rato de felicidad completa que he gozado desde vuestra marcha. Dios mio! lo sé; los celos son una



pasion loca é insensata; pero digna de compasion; tambien habeis estado celoso en otro tiempo, Charny; no lo recordais Oh! cuan felices son los hombres cuando están celosos: pueden batirse con sus rivales, matar ó morir; pero las mugeres, solo pueden llorar, por mas que vean que sus lágrimas son inútiles, peligrosas; por que nosotras, bien lo sabeis, nuestras lágrimas en lugar de atraer al que es causa de ellas, le separan mas: pero este es el vértigo del amor; se vé el abismo y en lugar de evitarlo se precipita en él. Gracias Oliverio: ya lo veis, ya estoy alegre, ya no lloro.

Y en efecto, la reina hizo un esfuerzo para reir, pero como si tantos dolores le hubieran hecho olvidar la alegría, su risa fué tan triste y desconsoladora, que el conde se estremeció.

—Oh! Dios mio! murmuró; es posible que V. M. haya padecido tanto?

María Antonieta juntó las manos.

—Bendito seais Dios mio, esclamó; por que el dia que él comprenda mi pena, no tendrá el valor de dejarme de amar.

Charny se sentia arrastrar por una pendiente, en donde no podria detenerse á su antojo.

Hizo un esfuerzo, semejante á estos patinadores que para detenerse, hechan el cuerpo hácia atras, con peligro de romper el hielo sobre el cual se deslizan.

—Señora, dijo, ¿ no me permitirá V. M. recoger el fruto de tan larga ausencia, explicándola lo que he tenido la dicha de hacer para ella?

—Ah! Charny, contestó la reina, prefiriera lo que ha poco os decia, pero tenéis razon, es preciso que la muger no olvide por mucho tiempo que tambien es reina. Hablad señor embajador: la muger ha obtenido lo que podia esperar, la reina os atiende.

Entonces Charny se lo contó todo: que habia sido enviado cerca de Mr. Bouillé; que el conde Luis habia estado en Paris, que él, Charny, sin olvidar un árbol habia levantado el plano de la carretera por la cual debía huir la reina y que en fin ha-



bia venido á anunciar al rey que no quedaba mas que la parte material del proyecto para ejecutar.

La reina escuchó á Charny con grande atencion y al mismo tiempo con profunda gratitud. Parecíala imposible que el simple celo pudiese ir tan lejos. El amor pero un amor ardiente é inquieto podia solo preveer estos obstáculos é inventar los medios que debian combatirlos y sobrepajarlos.

Dejole, pues, hablar.

Despues, cuando hubo concluido, mirándole con cierta expresion de cariño:

—Deseais salvarnos, no es cierto, Charny? preguntó.

—Oh! exclamó el conde, ¿me pregunta V. M. esto, señora? Cuando es mi sueño, mi ambicion, y si lo logro, la gloria de toda mi vida.

—Preferiria que fuese simplemente el premio de mi amor, dijo la reina. Pero no importa... deseais llevar á cabo el proyecto de salvar al rey, la reina y al delfin, no es verdad?

—No espero mas que el consentimiento de V. M. para consagrarla mi vida.

—Si, lo comprendo, dijo la reina, este celo debe estar purificado de todo sentimiento estraño, de todo afecto material. Es imposible que salve á mi marido y á mis hijos una mano que ni sostenerlos podria si tropezaran en este camino que hemos de recorrer juntos. Os entrego mi vida y la suya, hermano mio, pero tendreis compasion de mi, no es verdad?

—Compasion de V. M?.. señora, dijo Charny.

—Si; no querreis que en estos momentos en que necesitaré de toda mi fuerza, de todo mi valor, de todo mi ánimo, será una idea, loca tal vez pero ¿que quereis? hay gentes que temen por la noche fantasmas que saben que no existen, —no querreis que todo se pierda por falta de una promesa de una palabra, no querreis...

Charny interrumpió á la reina.

—Señora, dijo, quiero la salvacion de V. M., quiero la dicha de la Francia; quiero la gloria de acabar la empresa que he comenzado; y lo confieso á V. M. no podria hacer un mayor



sacrificio; pero juro que no veré á la señora de Charny sin el permiso de V. M.

Y saludando respetuoso y frio á la reina, se retiró sin que esta, helada por el acento conque fueron pronunciadas aquellas últimas palabras, pensase tan solo en detener al conde.

Pero apenas Charny cerró la puerta tras si, cuando torciéndose los brazos exclamó:

Oh! cuanto prefiriera ser yó á la que jurase no ver, y que me amese cual la ama!





## CAPITULO XXII.

### La doble vista.



t. diez y nueve de junio siguiente, á eso de las ocho de la mañana, se paseaba Gilberto con agitado paso en su habitacion de la calle de Saint-Honoré, yendo de cuando en cuando á la ventana, é inclinándose hácia fuera como un hombre que espera con impaciencia á alguien que nunca acaba de llegar.

Tenia en la mano un papel doblado; algunas letras y sellos se distinguían por el otro lado de la página donde estaban impresos. Era sin duda un papel de grande importancia, puesto que dos ó tres veces durante aquellos ansiosos momentos, lo desplegó, lo leyó, lo desplegó otra vez, lo volvió á leer, lo plegó de nuevo, para abrirlo y plegarlo otra vez.

En fin, al oír el ruido de un coche que se paró repentinamente en la puerta, corrió hácia la ventana; pero era tarde: el que iba en el coche ya se habia apeado y subía la escalera.

Sin embargo, Gilberto no dudaba de la identidad de aquella persona, puesto que abriendo la puerta de la antecámara:



—Bastien, dijo, abre al conde de Charny; le estoy esperando.

Y por última vez desplegó el papel que estaba leyendo, cuando Bastien en lugar de anunciar al conde de Charny, exclamó:

—El señor conde de Cagliostro.

Este nombre estaba, á estas horas, tan lejos del pensamiento de Gilberto, que no pudo menos de estremecerse como si un relámpago, precursor del rayo, hubiese pasado ante sus ojos. Cerró el papel y lo escondió en el bolsillo.

—El señor conde de Cagliostro! repitió sorprendido por el anuncio.

—Vaya; yo mismo si señor, dijo el conde; no era á quien esperabais, bien lo sé; esperabais al señor conde de Charny, pero el señor conde está ocupado; vendrá mas tarde, de modo que aún tardará una hora; así, he dicho para mi: ya que me encuentro por estos barrios, subamos un instante á ver al doctor Gilberto. Espero que aunque no me aguardaseis, no me recibiréis mal.

—Mi querido maestro, dijo Gilberto, bien sabeis que á cualquier hora tenéis aqui dos puertas abiertas, la de la casa y la del corazón.

—Gracias, Gilberto. Un dia podré tal vez probaros, cuanto os aprecio; llegado ese dia, no se hará esperar la prueba; ahora hablemos.

—Y de que? preguntó Gilberto sonriendo, porque la presencia de Cagliostro le anunciaba siempre algun nuevo acontecimiento.

—De que? repitió Cagliostro; de que ha de ser? de que ha de ser, sinó de la conversacion que está á la moda, de la proxima marcha del rey?

Gilberto se estremeció de pies á cabeza; pero sus lábios conservaron su sonrisa graciosa, y sino pudo detener el sudor frio que helaba su cuerpo, disimuló, al menos, la palidez de su rostro.

—Y como será cosa muy larga, puesto que el asunto se presta á ello, dijo Cagliostro, empezaré por tomar asiento.

Y sentóse en efecto.

Pasado el primer movimiento de terror, Gilberto pensó que si



una casualidad habia conducido á Cagliostro á su casa al menos era una casualidad providencial.

Cagliostro no teniendo la costumbre de callarle sus secretos le contaria sin duda todo lo que supiera sobre el viage del rey y de la reyna.

—Con que, añadió Cagliostro viendo que Gilberto callaba, se ha decidido pues que seria mañana?

—Mi querido maestro, dijo Gilberto, bien sabeis que tengo la costumbre de dejaros hablar hasta el fin; hasta cuando os equivocais: encuentro siempre que aprender no solo en los discursos sino hasta en una palabra vuestra.

—Y en que me he equivocado hasta ahora, Gilberto? dijo Cagliostro. Ha sido cuando he anunciado la muerte de Favras que sin embargo he tratado con grande empeño de salvarle? Cuando profetizé que el grande orador, Riquetti de Mirabeau no seria ministro? Cuando he dicho que Robespierre volveria á levantar el cadalso de Carlos I y Bonaparte, el trono de Carlo-Magno? En cuanto á esto no podeis decir que me he equivocado, por que estos acontecimientos se dibujan solamente en el porvenir y los unos serán de fines de este siglo, y de principios del próximo los otros. Y, hoy, mi querido Gilberto, sabeis mejor que nadie que digo la verdad, afirmando que el rey y la reyna deben salir en la noche de mañana, puesto que sois uno de los que mediais en esta huida.

—Si es asi dijo Gilberto, me hareis, al menos, el favor de suponer que no os lo voy á confesar.

—Necesitó yo, á caso, tal confesion? Bien sabeis que á mi nada se me oculta.

—Pues si sabeis tanto, dijo Gilberto, sabreis lo que la reyna contestó á Mr. de Montmorin á propósito de la negativa dada por madame Isabel á los que la rogaron asistiese á la procesion del corpus. «No quiere venir con nosotros á Saint-Germais L'Auxerrois, y esto me entristece. Podria, sin embargo, hacer al rey el sacrificio de sus opiniones.» Luego, si el domingo la reyna va á la procesion del corpus, ya no parte mañana, ó no ha de ser muy largo su viage,



—Si, pero sé tambien añadió Cagliostro, que un gran filósofo ha dicho: «La palabra ha sido dada al hombre para disimular el pensamiento.» Y es probable que Dios no haya concedido este privilegio á los hombres solamente.

—Querido maestro, dijo Gilberto esforzándose para sostenerse en el terreno de la broma, conoceis la historia del apóstol incrédulo?

—Que comenzó á creer cuando vió los pies, las manos y el costado de Cristo? Pues bien querido, la reina, que como reina está acostumbrada á vivir á sus anchas, y que no quiere dejar sus costumbres durante el viage aunque no dure (si es cierto el cálculo de Charny) mas que treinta y cinco ó treinta y seis horas, la reina, pues, ha encargado en la tienda de Desbrosses, calle de Notre-dame-des-Victoires, una lindisima cagita de plata dorada con varios objetos de señora, que piensa regalar á la archiduquesa Cristina, gobernadora de los Paises-Bajos.

Hoy han llevado á las Tullerías el regalo que no concluyeron hasta ayer. Parten en una berlina de viage muy grande, y cómoda, donde caben fácilmente seis personas. La encargó á Luis, primer constructor de coches de los campos Eliseos; el señor de Charny está en su casa en este momento, y le entrega veinte y cinco luises, mitad de la cantidad convenida; ayer la ensayaron tirada por cuatro caballos, y resistió perfectamente; por eso ha dado excelente cuenta de ella el señor Isidoro de Charny. En fin, el señor de Montmorin, sin conocer la importancia de lo que hacia, ha firmado un pasaporte destinado á la señora baronesa de Korf, sus dos hijos, sus dos doncellas, su intendente y sus dos criados. La señora de Korf es la de Tourzel, aya de los hijos de Luis XVI; sus dos hijos son la infanta y el delfin; sus dos doncellas, la reina y madama Isabel; su intendente el rey, y en fin sus criados que deben, vestidos de postillones, preceeder y acompañar el coche, son el señor Isidoro de Charny, el de Malden y el Valory; el pasaporte es el papel que teniais cuando he llegado, y que al verme habeis plegado y escondido en el bolsillo. Dice así:

«Por orden del rey:

«Mandamos que se deje pasar á la señora baronesa de Korf,



«con sus dos hijos, *una muger*, un ayuda de cámara y tres «criados.»

«El ministro de Estado

MONTMORIN.»

—Que tal, estoy bien informado, Gilberto?

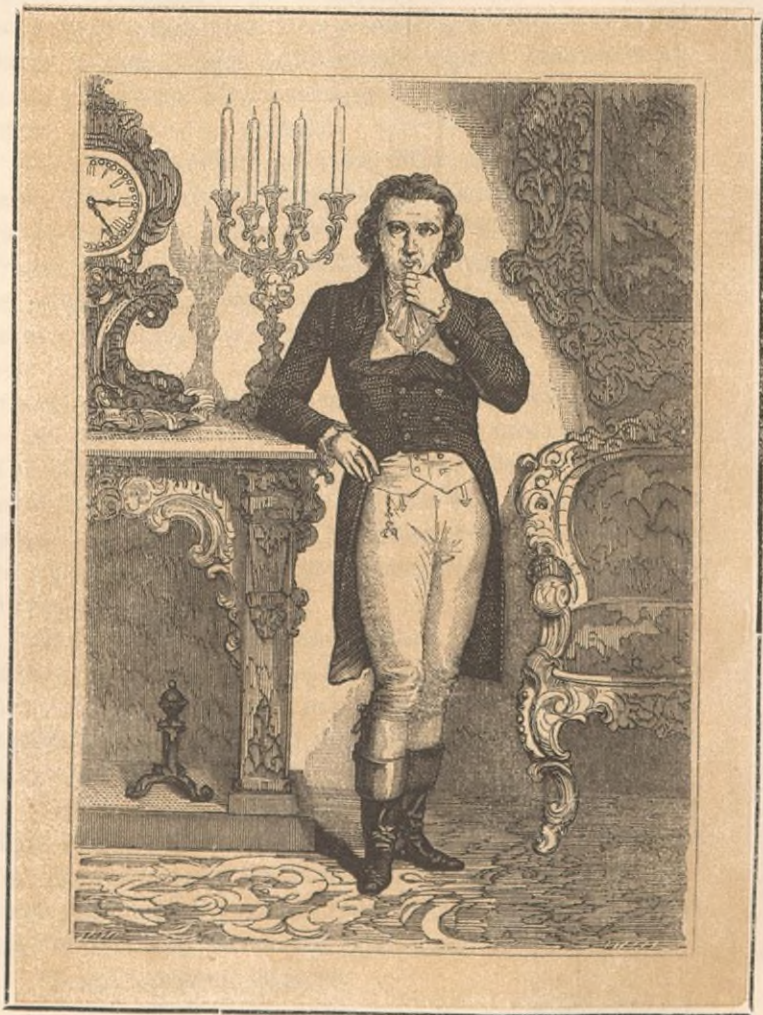
—Esceptuando una ligera contradiccion entre el pasaporte y vuestras palabras.

—Cual?

—Decis que la reyna y madama Isabel representan las dos doncellas de la señora Tourzeel y el pasaporte no habla mas que de una muger.

—Ah! es que en llegando á Bondy se rogará á la señora de Tourzel, que piensa ir hasta Montmedy, que tenga la bondad de bajar. El señor de Charny, que es un hombre fiel y con el cual puede contarse, se colocará en su puesto para sacar la cabeza por la portezuela, si lo exigen las circunstancias, y sacar un par de pistolas si es preciso. Entonces, la reyna será la señora de Korf y como—esceptuando madama Real que por otra parte esta contada con los niños—no habrá mas que una muger en el coche, madama Isabel, era inutil poner dos doncellas en el pasaporte. Quereis otros detalles? bueno: los detalles no faltan, y voy á satisfaceros. La partida debia efectuarse antes del 4.º de Junio; asi lo deseaba el señor de Bouillé, quien ha escrito sobre esto una carta singular al rey, rogándole no perdiese tiempo, porque dice las tropas se están perdiendo cada dia mas, hasta el punto de no responder él de nada, si se deja pasar mucho tiempo. En vista de esto se ha fijado la marcha para el 8; pero el señor de Bouillé ha recibido demasiado tarde la indicacion de esta fecha, y á su vez se ha visto reducido á contestar que no estaria dispuesto; entonces han decidido de comun acuerdo, que tendrá lugar el 12; hubieran preferido el 11, pero una querida del señor Gouvion, ayudante del general Lafayette—la señora de Rouvereul si se desea conocer su nombre.—estaba de servicio cerca del delfin, y temieron que no descubriese algo. Además de esto, Leopoldo, el gran





CAGLIOSTRO.







contemporizador, el Fabio de los reyes, acaba de prometer que quince mil austriacos, ocuparian el 15 los desfiladeros de Arlon. En fin, la marcha fué aplazada para el domingo 19, á media noche, despues para el 18 por la mañana; se recibió un despacho que la fijaba para el lunes 20 á la misma hora, es decir en la noche de mañana, lo que podrá ofrecer algunos inconvenientes, puesto que el señor Bouillé habia enviado órdenes á sus destacamentos y será preciso revocarlas.

—Conde, dijo Gilberto, no quiero fingir ante vos; todo lo que habeis dicho es verdad; y dejaré de fingir con doble razon, porque mi parecer era de que el rey no marchase, no abandonase la Francia. Ahora confesadlo con franqueza, bajo el punto de vista del peligro personal, bajo el punto de vista de la esposicion de la reyna y de sus hijos, si el rey debe quedarse como rey, no puede huir como padre?

—Quereis que os hable con igual franqueza querido Gilberto?

No como padre, no como esoso, no como hombre, deja Luis XVI la Francia: el rey es hijo de un Borbon y los Bcrbones saben mirar frente á frente el peligro. El rey deja la Francia como hombre politico; Luis XVI, vé la inmensa tempestad que aparece en lontananza: creedme Gilberto, renunciad vuestro cargo de médico de cámara....

Mientras hablaba Cagliostro, Gilberto le contemplaba cual si tratara de comprender lo que habia en el fondo del pensamiento de aquel hombre. Pero era inútil; nadie podia ver mas allá de aquella máscara burlona con que siempre se cubria el semblante el discípulo de Althotas.

Gilberto reflexionó un instante, dió la mano á Cagliostro y dijo:—Conde si no se tratase mas que de mí, si solo se tratase de mi vida, si solo se tratase de mi honor, de mi fama, de mi memoria, aceptaria ahora mismo; pero se trata de un reyno, de un rey, de una reina, de una raza y no puedo decidir nada.

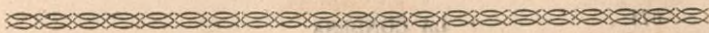
En aquel momento llamaron.

—Es el conde de Charny, interrumpió indiferentemente Cagliostro, como si su vista tuviera el don de penetrar por la puerta.









## CAPITULO XXIII.

### La noche del 20 de Junio.



HORA vamos á presenciar lo que pasaba en varios puntos de la capital entre 9 y 12 de la noche.

Las sospechas que se habian concebido acerca de la señora Rochereul eran fundadas. Por mas que su servicio hubiese concluido el 11, habiendo, dicha señora, concebido algunas sospechas al observar que, aunque los adornos de la reina estuviesen en su puesto faltaban los diamantes, encontró medio de volver á palacio. Estos diamantes, en efecto, los confió Maria Antonieta á su peluquero Leonard quien debia partir en la noche del 20, algunas horas antes que su augusta señora, con el señor de Choiseul, comandante del primer destacamento enviado á Pont-de-Sommevesle y encargado, además, del relevo de Varennes, que debia componerse de 6 buenos caballos, y que esperaba en su casa, calle de Artois, las últimas órdenes del rey y de la reina. Era tal vez una indiscrecion embarazar al señor de Choiseul con Leonard, pero aquello fué un capricho.



Hácia la misma hora en la calle de Coq-Heron núm. 9, en un salon que conocemos, y sentada en un sofá donde ya la hemos visto, una muger jóven, hermosa, tranquila al parecer, pero profundamente conmovida en el fondo del corazon, hablaba con un jóven de 23 á 24 años, de pié ante ella, vestido con una levita de postillon color de gamuza, con un pantalon estrecho de piel, calzando botas de montar y armado de un cuchillo de monte.

En su mano se veia un sombrero redondo y galoneado. Al parecer la jóven insistia, y el jóven replicaba.

—Os lo repito vizconde, decia ella, porque no ha venido 'el mismo cuando hace dos meses y medio que está de vuelta en Paris?

—Mi hermano, señora, despues de su vuelta me ha confiado varias veces el honor de daros noticias de su salud.

—Lo sé y se lo agradezco, lo mismo que á vos vizconde; pero me parece que antes de marchar bien podia despedirse.

—Sin duda, señora, no habrá podido, cuando me ha encargado esta comision.

—Y será muy largo vuestro viage?

—Lo ignoro, señora.

—Digo vuestro viage, vizconde, porque segun vuestro vestido debo juzgar que tambien marchais.

—Probablemente, señora, estaré fuera de Paris antes de las doce.

—Acompañais á vuestro hermano, ó seguis una direccion opuesta?

—Creo señora, que vamos por el mismo camino.

—Le direis que me habeis visto?

—Si, señora, porque por su empeño en que os hiciese esta visita, por las recomendaciones que me ha hecho de no ir á su encuentro sin que os hubiese visto, juzgo que no me perdonaria el olvido de esta mision.

La jóven suspiró, pasóse la mano por los ojos y despues de haber meditado un instante:

—Vizconde, dijo, sois caballero y comprendereis, por lo tanto,



la importancia de lo que os voy á pedir; contestádmé cual me contestarías si fuese realmente vuestra hermana, contestádmé cual contestarías á Dios. En este viage que emprende el señor de Charny, corre algun peligro?

—Quien puede decirlo señora, contestó Isidoro, huyendo la pregunta; donde no hay peligro en la época que atravesamos? Si en la mañana del cinco de Octubre hubiesen preguntado á nuestro desgraciado hermano Jorge, si corria algun peligro, seguramente hubiese contestado que no; y al dia siguiente estaba tendido, pálido, asesinado, en el dintel de la puerta de la habitación de la reina. El peligro, señora, en esta época, sale del fondo de la tierra, y uno á veces se encuentra frente á frente de la muerte sin saber de donde viene ni quien la llama.

—Andrea palideció.

—Asi dijo, su peligro es de muerte? no es verdad vizconde?

—No he dicho esto, señora.

—No, pero lo pensais.

—Pienso, señora, que si habeis de comunicar á mi hermano alguna cosa importante, la empresa á la cual nos esponemos juntos, merece, por su gravedad, que por escrito ó de viva voz, me encargueis que le trasmita vuestro pensamiento, vuestro deseo ó vuestra recomendacion.

—Muy bien, vizconde, dijo Andrea levantándose, os pido cinco minutos.

Y con este paso lento y frio que le era habitual, la condesa entró en su cuarto cerrando la puerta tras si.

—Cuando aquella se hubo marchado, el jóven miró su reloj con aire bastante inquieto.

—Las nueve y cuarto! murmuró, el rey nos espera á las nueve y media. Por fortuna no hay mas que un paso de aquí á las Tullerías.

Pero la condesa ni tan solo empleó el tiempo que habia pedido.

Al cabo de algunos segundos volvió con un papel en la mano.

—Vizconde, dijo, con voz magestuosa, confio esto á vuestro honor.



Isidoro alargó la mano para coger la carta. — Esperad, dijo Andrea, y enteraos bien de lo que voy á decir: si vuestro hermano, si el conde de Charny lleva á cabo sin ningun accidente la empresa que ha comenzado, no debéis decirle mas que lo que os tengo dicho ya acerca mis simpatias por su lealtad, mi respeto por su celo y mi admiracion por su carácter. . . Si cae herido. . . — la voz de Andrea se alteró ligeramente — si cae herido de gravedad, le pedireis me conceda la gracia de ir donde se encuentre, y si me concede esta gracia, me mandareis un mensajero que me diga con seguridad donde le podré encontrar porque partiré al instante. Si está herido de muerte. . . — la emocion estuvo á punto de cortar la voz de Andrea, — le entregareis esta carta; si él no puede leerla se la leereis vos, porque quiero que antes de morir sepa lo que esta carta contiene. Dadme vuestra palabra de que obrareis cual deseo, vizconde.

Isidoro tan conmovido como la condesa, la tendió la mano. — Os la doy, señora, dijo.

— Entonces tomad esta carta, y adios vizconde.

Isidoro tomó la carta, besó la mano de la condesa, y salió.

— Oh! esclamó Andrea, dejándose caer de nuevo sobre el sofá, si muere, quiero al menos que muriendo sepa que le amo.

En el mismo momento en que Isidoro dejaba á la condesa y colocaba la carta en su pecho, al lado de otra que sobre acababa de leer á la luz del farol de la esquina de la calle Coquilliere, dos hombres que vestian un traje completamente igual al suyo se adelantaban hácia el punto de reunion general, es decir, hácia el gabinete de la reina donde ya hemos introducido al lector por dos puertas distintas. El uno seguia la galeria del Louvre, que es, hoy, museo de pinturas y á cuya estremidad esperaba Weber; el otro subia por aquella estrecha escalera que tomó Charny á su llegada de Montmedy. En lo alto de la misma, esperaba á este, Francisco Hue, camarero del rey, del mismo modo que esperaba al primero, en el extremo de la galeria, Weber criado de la reina.

Les introdugeron á los dos y cuasi al mismo tiempo aunque



por una puerta diferente; el primer introducido fué el señor de Valory.

Segun hemos dicho, algunos segundos despues se abrió otra puérta, y con cierta sorpresa, el señor de Valory vió entrar otro caballero con traje idéntico al suyo.

Los dos oficiales no se conocian; sin embargo presumiendo que una misma causa les habia reunido, acercáronse mutuamente y se saludaron.

En este momento se abrió una tercera puerta y apareció el vizconde de Charny.

Era el tercer postillon, tan poco conocido de los otros como estos de aquel.

Isidoro era el único que sabia con que fin se les habia reunido y que obra comun debian llevar á cabo.

Sin duda iba á contestar á las preguntas que le dirigieron sus futuros compañeros, cuando se abrió de nuevo una puerta y el rey apareció.

—Señores, dijo Luis XVI dirigiéndose á los señores de Malden y de Valory, perdonad si he dispuesto de vosotros, sin vuestro permiso; pero os tenia por fieles servidores y acabais de salir de mis guardias; os he rogado que pasaseis á casa de un sastre cuya direccion os dí, á fin de que os hiciesen un traje de postillon y os encontraseis en las Tullerias á las nueve y media de la noche: vuestra presencia me prueba que sea la que fuere, puedo confiaros la mision que debéis desempeñar.

Los dos antiguos guardias se inclinaron.

—Señor, dijo el de Valory, V. M. sabe que no tiene necesidad de consultar á sus gentiles hombres para disponer de su celo, de su valor y de su vida.

—Señor, dijo á su vez el de Malden, mi compañero contestando en su nombre, ha contestado tambien en el mio, y segun presuno en el de nuestro tercer compañero.

—Vuestro tercer compañero, señores, con el cual os invito á que trabéis relaciones, es el señor vizconde de Charny, cuyo hermano ha muerto defendiendo en Versailles la puerta de la habi-



tacion de la reina; estamos acostumbrados á las manifestaciones de celo de su familia, y estas manifestaciones son ahora para nosotros tan frecuentes que ni les damos gracias por ellas.

—Segun lo que V. M. ha dicho, repuso el de Valory, el vizconde de Charny sabe, sin duda, los motivos que nos reunen, mientras que nosotros, señor, los ignoramos y tenemos vivos deseos de conocerlos.

—Señores, repuso el rey, el obgeto de esta reunion, es para que protejais la huida que vuestro monarca intenta. Mi suerte, la de la reina, la de mis hijos está en vuestras manos: todo se halla arreglado para que podamos huir esta noche; encargaos solamente, de sacarnos de aqui.

—Señor, dijeron los tres jóvenes, estamos á vuestras órdenes.

—Como comprendéis muy bien señores, no podemos salir todos juntos. Nuestro punto de reunion es la esquina de la calle Nicaise, donde el conde de Charny nos esperará con un coche de alquiler; vos vizconde os encargareis de la reina y os llamareis Melchor; vos señor de Malden, os encargareis de madame Isabel y de madame Real, y os llamareis Juan; vos, señor de Valory, os encargareis de la señora de Tourzel y del delfin, y os llamareis Francisco. No olvideis vuestros nombres, señores, y esperad aqui mis instrucciones.

El rey alargó sucesivamente la mano á los tres jóvenes y salió dejando en aquel punto tres hombres dispuestos á morir por él.

Sin embargo, el señor de Choiseul, que el dia anterior habia dicho al rey de parte del señor de Bouillé que era imposible esperar mas allá del 20, á media noche, y que habia anunciado que el 21 á las cuatro de la mañana partiria si no recibia noticias, y llevaria consigo todos los destacamentos á Dun, á Stenay y á Montmedy, el señor de Choiseul, segun hemos ya contado estaba en su casa, calle de Artois, donde debia esperar las últimas órdenes de la corte. Eran las nueve de la noche y empezaba á desesperar, cuando el solo criado que habia conservado le previno que un hombre solicitaba hablarle de parte de la reina. Mandó que subiese. Un momento despues entró un hombre con un sombrero



redondo, hundido hasta las cejas y envuelto en un ancho paletó.

—Sois vos Leonard? dijo Choiseul, os esperaba con impaciencia.

—Si os he hecho esperar, señor duque, no ha sido por mi culpa; no hace aun diez minutos que la reina me ha prevenido, que viniese á esta casa.

—No os ha dicho mas que esto?

—Otra cosa, señor duque; me ha encargado recogiese todos sus diamantes y os entregase esta carta.

—Dádmela, exclamó el duque con una impaciencia en la cual se entreveía cierto pesar por la inmensa influencia que gozaba la persona que le entregaba el despacho real.

La carta era larga; estaba llena de recomendaciones; anunciaba que la marcha era á media noche; decia al duque de Choiseul que partiese en el mismo instante, y le rogaba de nuevo que se llevase á Leonard, el cual, añadía la reina, habia recibido órden de obedecerle como á ella misma, y subrayaba las palabras siguientes:

*«Le renuevo esta órden.»*

El duque fijó su mirada en Leonard que esperaba con visible inquietud; el peluquero estaba ridiculo debajo de su enorme sombrero y dentro su inmensa levita.

—Veamos dijo el duque, recoged vuestros recuerdos: que os ha dicho la reina?

—Voy á repetir, al señor duque, palabra por palabra, sus mismas espresiones.

—Ya escucho.

—Me ha hecho llamar, habrá unos tres cuartos de hora poco mas ó menos.

—Bueno.

—Me ha dicho en voz baja.....

—S. M. no estaba sola?

—No, señor duque, el rey estaba conversando con madama Isabel en el alfeizar de una ventana; el delfin y madame Real jugaban; la reina estaba apoyada en la chimenea.

—Seguid Leonard, seguid.



—La reina, pues, me ha dicho en voz baja: «Leonard, puedo contar con vos?—Ah! señora, he contestado, disponed de mi. V. M. sabe que la soy adicto en cuerpo y alma.—Tomad estos diamantes y metedlos en vuestros bolsillos; tomad esta carta y llevadla, calle de Artois, al duque de Choiseul; sobre todo no la entreguéis á nadie mas que á el mismo; si no está en casa le encontrareis en la de la duquesa de Grammont.» Luego, cuando me iba para cumplir las órdenes de S. M. la reina me llamó: «Poneos un sombrero de anchas alas y un grande paletó, á fin de que no os conozcan, querido Leonard, y sobre todo obedeced al señor de Choiseul como á mi misma.» «Entonces he entrado en mi casa, me he puesto el sombrero y el paletó de mi hermano y heme aquí.

—Así, dijo el señor de Choiseul; la reina os ha encargado que me obedecieseis como á ella misma?

—Estas han sido las augustas palabras de S. M., señor duque.

—Celebro recordéis tan bien la recomendacion; por otra parte aquí tambien está escrita y como es preciso que queme esta carta, leedla.

El señor de Choiseul presentó á Leonard el final de la carta que acababa de recibir y este leyó en voz alta:

«He dado á mi peluquero Leonard la orden de que os obedeciera como á mi misma.»

«*Le renuevo esta orden.*»

—Comprendeis, no es verdad, dijo el señor de Choiseul?

—Oh señor duque, dijo Leonard: bastaba la orden verbal de S. M.

—No importa, dijo aquel. Y quemó la carta.

En este momento, entró un criado y anunció que el coche estaba dispuesto.

—Venid querido Leonard, dijo el duque.

—Comó! que venga? y los diamantes?

—Los trais tambien.

—Y donde?

—Donde os conduzeo.



—Y donde me conducis?

—A algunas leguas de aquí, donde debeis cumplir una misión particular.

—Imposible, señor duque!

—Como imposible? no ha mandado la reina que me obedecierais como á ella misma?

—Es verdad, pero que he de hacer? he dejado la llave en la puerta de vuestro cuarto; cuando vuelva mi hermano no encontrará su paletó ni su sombrero; y viendo que no voy á casa ignorará donde me hallo. Luego he prometido peinar á la señora de Aage que me está esperando; en prueba de esto, señor duque mi coche y mis caballos están en el patio de las Tullerías.

—Que le haremos mi querido Leonard? dijo el señor de Choiseul, vuestro hermano comprará otro sombrero y otro paletó; peinareis otro dia á la señora de Aage, y vuestro cochero, viendo que no volveis, llevará el caballo al establo; pero ya que el nuestro está enganchado, marchemos.

Y sin hacer mas caso de las quejas y lamentaciones de Leonard el duque de Choiseul empujó dentro el coche al triste peluquero, y el caballo se lanzó al trote hácia la barrera de Villette.

Apenas habian pasado las ultimas casas de la pequeña Villette cuando desembocó en la calle de Saint Honoré un grupo de cinco personas que volvian del club de los Jacobinos, dirigiéndose, al parecer, hácia el palacio real y observando la profunda tranquilidad de la noche.

Estas cinco personas eran: Camilo Desmoulins—cuenta él mismo este hecho—Danton, Fréron, Chénien y Legendre.

Cuando llegaron á la altura de la calle de la Echelle, dirigiendo una mirada á las Tullerías:

—A fé mia, dijo Camilo Desmoulins, no os parece que París está mas tranquilo esta noche, que está como abandonado? Durante todo el trecho que acabamos de recorrer, no hemos encontrado mas que una patrulla.

—Es cierto y esto es tanto mas extraño cuando dicen que el rey quiere huir.



—¿Como huir? exclamó Danton.

—Sin duda alguna, contestó Fréron: esta noche debía ser su partida.

—Vaya dijo Legendre, ¿estás de broma!

—Tal vez sea una broma, continuó Fréron; pero así me lo han avisado en una carta.

—¿Has recibido una carta que te denuncia la huida del rey? dijo Camilo Desmoulins, una carta firmada?

—No, un anónimo; toma, lo llevo encima.

—Los cinco jóvenes, se acercaron á un coche de alquiler que se hallaba estacionado en la calle Saint-Nicaise, y á la luz del farol leyeron lo siguiente:

«Se previene al ciudadano Fréron, que esta noche Luis XVI, su esposa y sus dos hijos, huyen de París y van á reunirse al señor de Bouillé, que les aguarda en la frontera.»

—Pero observó Danton, si la carta digese la verdad, y era efectivamente esta noche la en que debiera escaparse toda la familia real, se notaría algún movimiento.

Y dieron la vuelta á las Tullerías; al volver hacía la calle Saint-Nicaise, vieron que Lafayette y todo su estado mayor entraban en las Tullerías.

—Mirad, dijo Danton, aquí tenemos á Lafayette que viene de visitar á la real familia; nuestro servicio ha concluido y ahora empieza el suyo. Buenas noches señores; ¿quien viene conmigo por la calle de Paon?

—Yo dijo Legendre.

Y el grupo se dividió en dos partes.

Danton y Legendre atravesaron el Carrousel, mientras que Chénier Fréron y Camilo Desmoulins desaparecieron tras del ángulo que formaba la calle de Rohan y la de Saint-Honoré.



## CAPITULO XXIV.

### La partida.



las once de la noche, en efecto, en el momento en que las señoras de Tourzel y Brennier, después de haber desnudado á Madame Real y al delfin, les despertaban y les ponian sus trages de viaje, espantando al delfin que queria su traje de niño y rehusaba con obstinacion los vestidos de niña, el rey, la reina y mad. Isabel recibian al señor de Lafayette y á los señores de Gouvion y Romeuf, sus ayudantes.

Esta visita era de las mas importunas sobre todo después de las sospechas que se tenian por la señora de Rochereul.

La reina y mad. Isabel habian salido á dar un paseo por el bosque de Boulogne y habian vuelto á las ocho.

El señor de Lafayette las preguntó que tal las habia probado el paseo; añadió que hacia muy mal en retirarse tan tarde, y que era de temer que la hiciese daño la niebla de la noche.

A las once y media el señor de Lafayette y sus dos ayudantes se despidieron del rey y la reina.

Fuera ya el señor de Lafayette, el rey, la reina y madame Isa-



bela llamaron á los criados y se hicieron prestar los servicios que exigia la etiqueta, despues de lo cual, á la hora acostumbrada, les despidieron á todos.

La reina y madama Isabel se vistieron: sus vestidos eran de una estremada sencillez, sus sombreros eran de anchas alas y tapaban completamente su rostro.

Cuando estuvieron vestidos entró el rey. Vestia un paletó gris y llevaba una de estas peluquitas que llamaban á la Rousseau; vestia además pantalon corto, medias de color gris y zapatos con cintas.

Hacia ocho dias que el lacayo Hue, vistiendo un traje absolutamente idéntico, salia por la puerta de la habitacion del señor de Villeguier que hacia seis meses habia emigrado, é iba por la plaza del Carrousel y la calle de Saint-Nicaise: habiase tomado esta precaucion para que la gente se acostumbrase á ver pasar todas las noches un hombre en este traje y para que no se estrañase cuando, á su vez, pasara el rey.

Fueron á avisar los postillones que en el cuarto de la reina esperaban á que llegase la hora y les hicieron pasar por el salon á las habitaciones de madame Real, donde se encontraba esta con el delfn.

Este cuarto, previendo ya la huida, habia sido ocupado el once de junio.

El rey habia hecho, el trece, las llaves de esta habitacion. Habiendo llegado al cuarto del señor Villequier, nó habia ya gran dificultad para salir. Se sabia que la habitacion estaba abandonada, se ignoraba que el rey se hubiese hecho entregar su llave y en circunstancias ordinarias no la ponian guardia.

Además de esto, asi que daban las once los centinelas de los patios tenian la costumbre de ver salir mucha gente. Eran las personas de servicio, que no dormian en palacio y que volvian á sus casas.

Allí, fijaron todas las disposiciones para el viaje. Isidoro de Charny que habia recorrido el camino con su hermano, que conocia todos los pasos dificiles ó peligrosos, marcharia



delante para dirigir los postillones y á fin de que los relevos de caballos se hiciesen sin perder mucho tiempo.

El señor de Malden y el de Valory, irían en la delantera.

El señor de Charny debía estar siempre cerca del carruaje dispuesto á prevenir cualquier accidente. Debía estar perfectamente armado como también los postillones. Cada uno de ellos encontraría un par de pistolas dentro el coche.

Andando un poco aprisa, no emplearían mas que trece horas hasta Chalons.

Todas estas medidas las habian acordado el señor de Charny y el duque de Choiseul. Las repitieron tres veces á los tres jóvenes á fin de que se hiciesen cargo de su importancia.

El vizconde de Charny iría delante y guiaría los caballos.

Los señores de Malden y de Vatoroy irían en el pescante. El conde de Charny, colocado en el interior, sacaría la cabeza por la portezuela, y en caso de necesidad, hablaría. Cada cual, prometió seguir fielmente el programa. Apagaron las luces, y se dirigieron á tientas hácia la habitacion del señor de Villequier.

Daban las doce, en el momento en que pasaban de la habitacion de madame Real á aquel cuarto. Hacía ya una hora que Charny aguardaba en su puesto. El rey llegó á tientas hácia la puerta, é iba á poner la llave en la cerradura, cuando la reina le detuvo.

—Silencio, dijo.

Esecharon. Se oían pasos y murmullos en el corredor. Sucedía algo extraordinario.

La señora de Tourzel que vivía en palacio y cuya presencia en el corredor á cualquiera hora, no podia extrañar á nadie, se encargó de dar la vuelta á la habitacion y ver de donde provenian el ruido y los murmullos. Esperaron sin hacer el menor movimiento, conteniendo cada cual su respiracion. Cuanto mayor era el silencio tanto mas fácil era conocer que el corredor se hallaba ocupado por varias personas.

La señora de Tourzel volvió; habia reconocido al señor de Gouyon y visto algunos uniformes.



Era imposible salir por la habitacion del señor de Villequier á menos que esta habitacion tuviese otra salida que la que habían primeramente escogido. Pero por desgracia no tenían luz.

Solo ardia una lámpara en el cuarto de Mad. Real. Con ella Mad. Isabel encendió la vela que se acababa de apagar. Luego con esta vela se ocupó en buscar una salida para los fugitivos.

Largo tiempo buscaron inútilmente y perdieron cerca un cuarto de hora. Por fin encontraron una escalera que comunicaba con un cuarto del entresuelo. Este cuarto era del lacayo del señor de Villequier y daba á un corredor y á otra escalera de servicio. La puerta estaba cerrada con llave.

El rey probó muchas llaves; ninguna servía. El vizconde de Charny quiso bajar el pestillo con la punta de un cuchillo de caza pero resistió. Se habia encontrado una salida y sin embargo continuaban encerrados como antes.

El rey cogió la vela de manos de Mad. Isabel y dejando todos á oscuras, se fué á su cuarto y de allí á la fragua por la escalera secreta.

Alli cogió unos cuantos garfios de distintas formas y volvió.

Antes de llegar al grupo, que ansioso le esperaba, habia escogido uno de aquellos instrumentos.

Introdujo este en la cerradura que silvó al dar la vuelta, cogió el pestillo y lo dejó escapar por dos veces, pero á la tercera volvió á coger perfectamente. El pestillo cedió y se abrió la puerta. Todos recobraron el perdido aliento. Luis XVI se volvió hácia la reina radiante de orgullo.

—Que tal, señora? la dijo.

—Perfectamente, dijo sonriendo la reina, nunca he dicho que sea un defecto ser cerragero; pero sostengo que esta profesion no os debiera ocupar tanto.

Pero el caso era salir. Mad. Isabel salió la primera acompañando á Mad. Real. A veinte pasos de distancia debia seguirla la señora de Turzel con el delfin. Entre ellos iba el señor de Malden dispuesto á socorrer al grupo que corriese peligro. Luego que sus hijos se hubieron separado de los reyes, estos, á su vez, bajaron de



puntillas y aparecieron en el círculo de luz que despedía el reverbero que iluminaba la puerta del palacio, por la cual se iba al patio, y pasaron delante del centinela sin que este diese la menor señal de sorpresa.

—Bueno, dijo Mad. Isabel, ya salimos de un mal paso.

Cuando llegaron al postigo que daba al Carrausel, encontraron al centinela que cruzó sus pasos con los fugitivos.

Viéndolos llegar se detuvo.

—Tia, dijo Mad. Real, estrechando la mano á Mad. Isabel estamos perdidas: este hombre nos conoce.

—No importa, hija mia, contestó Mad. Isabel, mas perdidas estamos si volvemos atrás.

Y continuaron su marcha. Cuando no estuvieron mas que á cuatro pasos del centinela, este volvió la espalda y pasaron. La habia reconocido en efecto? sabia la clase de fugitivosque dejaba pasar?

Asi lo creyeron las princesas y al mismo tiempo que huian enviaban mil bendiciones, al desconocido salvador.

Al otro lado del postigo, vieron al inquieto rostro de Charny.

El conde envuelto en un ancho paletó azul, tenia la cabeza cubierta con un sombrero charolado.

—Gracias á Dios! murmuró; ya han llegado, y el rey y la reina?

—Vienen detras, dijo Mad. Isabel.

—Venid, replicó Charny.

Y condujo los fugitivos á un coche, que esperaba en la calle de Saint-Nicaise. Otro coche de alquiler se habia colocado al lado de aquel como para espiarlo.

—Ola! camarada! dijo el cóchero, viendo el número de personas que llevaba el conde de Charny, parece que vas cargado?

—Ya lo ves compañero contestó Charny. Luego muy bajo al guardia de corps: caballero, le dijo, tomad este coche é id á la puerta de San-Martin; conocereis faci'mente el carnage que nos espera.

El señor de Malden comprendió y entró en el coche de alquiler.



—Y tu tambien harás un buen viage. Vamos á la ópera: pronto!

La ópera estaba entonces en la puerta de San-Martin, el co- chero creyó que trataba con un lacayo que iba á encontrar á su amo en la ópera y azotó el caballo sin mas observacion que la que hizo con estas palabras, indicando una escepcion en el pre- cio del viage:

—Ya sabeis que es media noche mi amo?

—Si, anda y tranquilizate.

Como los lacayos son alguna vez tan generosos como los se- ñores, el cochero partió al trote sin hacer ninguna otra obser- vacion.

A penas habia dejado la esquina de la calle de Rohan, quan- do por el mismo postigo que habia facilitado la salida á Mad. Real, á Mad. Isabel, Mad. de Touzel y al delfn, se vió venir á un hom- bre, parecido á un escribiente que sale de su despacho despues de muchas horas de trabajo: llevaba un traje gris, el sombrero metido hasta las cejas y las manos en el bolsillo: era el rey. Le acompañaba el señor de Valory.

En el camino se le cayó una cinta del zapato y continuó an- dando sin hacer caso de ella; el señor de Valory la recogió.

Charny dió algunos pasos hácia su encuentro; habia recono- cido al rey por el señor de Valory que le segia.

—Venid, señor, venid, murmuró. Luego en voz baja al señor de Valory:

—Y la reina?

—La reina nos sigue acompañada de vuestro hermano.

—Bien, tomad por el camino mas corto, é id á esperarnos en la puerta de San-Martin, yo tomaré por el camino mas largo; la cita es al rededor del carruage.

El señor de Valory y el rey se lanzaron hácia la calle de Saint- Nicaise, pasaron por la de Saint-Honoré, despues por la de Richieieu, por la plaza de las Victorias y despues por la calle Bourbon-Villeneuve. Esperaron á la reina. Pasó media hora.

No intentaremos pintar la ansiedad de los fugitivos. Charny,



sobre quien pesaba toda la responsabilidad, estaba hecho un loco. Quería volver á palacio é informarse de lo ocurrido; pero el rey le detuvo. El delfín lloraba y escamaba:

—Mamá! mamá! Mad. Real, Mad. Isabel y la de Tourzel no podían consolarle.

Aumentose su terror cuando vieron llegar el coche del señor de Lafayette acompañado de hachas de viento. Entraba en el Carrausel. He aquí lo que había sucedido. En la puerta del patio el vizconde de Charny que llevaba del brazo á la reina, quería ir por la izquierda. Pero ella le detuvo.

—Donde vais, le dijo.

—A la izquierda de la calle Saint-Nicaise, donde nos espera mi hermano, contestó Isidoro.

—Está la calle de Saint-Nicaise á la orilla del rio? preguntó la reina.

—No, señora.

—Pues bien, en el postigo cerca el rio es donde nos espera vuestro hermano.

Isidoro quería insistir; la reina parecía estar tan segura de lo que decía, que el jóven vaciló.

—Dios mio, señora, dijo, vayamos con cuidado, cualquier error sería mortal.

—A la orilla del rio, insistió la reina, he oido bien: á la orilla del rio.

—Vamos hácia allí; pero si no encontramos al coche volveremos á la calle de Saint-Nicaise, no es verdad, señora?

—Sí, pero vamos.

Y la reina llevó á Isidoro á través de los patios, separados en aquella época, por un ancho muro y que se comunicaban por medio de una estrecha abertura adherida al palacio, abertura cerrada con una cadena y guardada por un centinela.

La reina é Isidoro pasaron unas tras otra estas tres comunicaciones y salvaron estas tres cadenas.

Ni un centinela les detuvo.

Como creer en efecto, que aquella jóven vestida de doncella,



dando el brazo á un hermoso jóven con librea del príncipe de Condé, saltando con tal ligereza por encima de la cadena, fuese la reina de Francia?

Llegaron á la orilla del río.

Estaba desierta.

—Entonces es del otro lado, dijo la reina.

Isidoro quería volver hácia atrás.

Mas, cual si un vértigo se apoderase de ella:

No, no, dijo, por aquí.

Y arrastró á Isidoro hácia el puente Real.

Pasado el puente encontraron la otra orilla tan desierta como la primera.

—Veamos por esta calle, dijo la reina.

Y obligó á Isidoro á entrar en la calle del Bach.

Cuando hubo dado unos cien pasos, conoció que se habia equivocado y se de-

tuvo estenuada de cansancio. Las fuerzas eataban á punto de

abandonarla.

—Pues bien, señora, dijo Isidoro, insistis todavia?

—No, dijo la reina, ahora, conducidme donde querais.

—Señora, en nombre del cielo, valor! dijo, Isidoro.

—Oh! continuó la reina, no es el valor, sino la fuerza lo que

me falta.

Luego echándose hácia atrás:

—Me parece que nunca volveré á recobrar mi aliento, dijo:

Dios mio! Dios mio!

Isidoro, sabia que aquel aliento le era tan necesario; como á

la cierva cuando se halla perseguida por los sabuesos. Asi es que

se detuvo.

—Respirad señora, dijo, tenemos tiempo, yo respondo de mi

hermano; esperará si es preciso hasta el dia.

—Creeis, pues, que me ama? exclamó Maria Antonietta, con

tanta imprudencia como precipitacion, estrechando contra su pecho

la mano del jóven.

—Creo que su vida como la mia os pertenece, señora, y que el

sentimiento, que en los otros es amor y respeto, es en él adoracion.



—Gracias, me siento aliviada, ya respiro! Continuemos...

Y con la misma fiebre prosiguió su marcha, volviendo á pasar por el camino que habia ya seguido. Pero en vez de entrar en las Tullerías, Isidoro la hizo pasar por el portillo del Carrousel.

Atravesaron la plaza, animada ordinariamente hasta media noche por tiendas ambulantes y coches de alquiler. Estaba cuasi desierta, cuasi sombría.

Sin embargo, se oía algo parecido al ruido de ruedas y pasos de caballos.

Habian llegado á la puerta secreta de la calle de la Echelle. Era evidente que estos caballos cuyos pasos oían, que el carruage cuyo ruido llegaba hasta ellos iba á pasar por aquel portillo. Vieron una luz; era la de las hachas que acompañaban al coche. Isidoro quiso retroceder, pero la reina le empujó hácia adelante.

Isidoro se precipitó hácia el portillo en el momento en que las cabezas de los que llevaban las hachas aparecian en la entrada de la puerta. Llevó á la reina al rincón mas sombrío y se colocó delante de ella.

Recostado en su coche, vestido con su elegante uniforme de guardia nacional, se veía al general Lafayette.

La reina vió alejarse al coche y á su comitiva con profunda ansiedad.

Un momento despues no temia nada.

Se habia salvado.







## CAPITULO XXV

### Una cuestion de etiqueta.



PENAS hubo dado la reina diez pasos mas allá del portillo cuando un hombre envuelto en un paletó azul, y oculto su rostro por un sombrero de charol, la cogió el brazo, y la arrastró, por decirlo así, hacia un carruaje que se hallaba parado en la esquina de la calle de Sain Nicaise.

Este hombre era él conde de Charny. Este carruaje era aquel en que hacia ya mas de una hora, estaba esperando la familia real.

A unos diez pasos del coche, un criado tenia un caballo por la rienda: Charny no hizo mas que indicarselo á Isidoro, este subió en el y partió al galope. Adelantábase para alquilar caballos en Bondy.

La reina viéndole alejarse, le dirigió algunas palabras de agradecimiento que no oyó.

—Vamos señora, vamos, dijo Charny con aquel acento que acompañado del respeto, los hombres, verdaderamente enérgicos,



adoptan en las grandes ocasiones, no hay que perder un instante.

La reina entró en el coche donde ya se hallaba el rey, madama Isabel, Mad. Real, el delfin y Mad. Tourzel, es decir cinco personas; se sentó en el fondo y tomó al delfin en sus rodillas; el rey se sentó cerca de ella; Mad. Isabel, Mad. de Tourzel y Mad. Real se sentaron en el lado opuesto.

Charny cerró la portezuela, subió en el pescante, y para engañar á los espías, si es que los hubiese, hizo volver los caballos, subió por la calle Saint-Honoré, tomó por los boulevards de la Magdalena y siguió hasta la puerta de San-Martin. El coche estaba allí esperando en un camino que conducia á la inspeccion de carreteras. Este camino se hallaba desierto.

El conde de Charny se apeó del carruage y abrió la portezuela.

La del gran coche que debia servir para el viage estaba abierta ya.

Los señores Malden y Valory se hallaban cerca el estribo.

En un instante, las seis personas que ocupaban el carruaje de alquiler, se encontraron á punto de salir en el coche de camino.

Entonces el conde de Charny condujo aquel carruage á un lado del camino y lo volcó en un foso. Luego volvió al espacioso coche.

El rey subió el primero, después la reina, luego madama Isabel, los dos niños y después de los dos niños, madama de Tourzel.

El señor de Malden, ocupó el puesto del lacayo y el de Valory se colocó cerca de Charny en la delantera.

El coche llevaba cuatro caballos y partió al galope.

La una y cuarto daba en la iglesia Saint-Laurent. Emplearon una hora para llegar á Bondy. Los caballos preparados y arreglados ya, esperaban fuera el establo. Isidoro aguardaba cerca aquellos. Al otro lado del camino se veía tambien un cabriolé con caballos de posta.

En este cabriolé habia dos camaristas del delfin y de madama Real.

Creyeron encontrar un coche de alquiler en Bondy, y no ha-



biéndolo encontrado se habian entendido con el amo del cabriolé, el cual se lo habia vendido por mil francos.

Este, satisfecho de la venta, y queriendo ver sin duda lo que harian las personas que habian cometido la tontería de pagar mil francos por aquel mal cajon, esperaba bebiendo en la posada.

Vió llegar el coche del rey, guiado por Charny; este saltó del pescante y se acercó á la portezuela; debajo del traje de lacayo, llevaba su uniforme.

El rey, la reina y Charny, habian dispuesto, que en Bondy, este último ocuparia el puesto de madama de Tourzel, la cual, volveria á Paris.

Pero se habian olvidado consultar este cambio con madama de Tourzel. El rey se lo indicó. Madama de Tourzel, aparte su amor profundo á la familia real, en punto á etiqueta, era la segunda parte de la vieja madama de Nouailles.

—Señor, contestó, mi deber es vigilar á los hijos del rey, y no dejarlos un instante; así pues, á menos de una orden especial de V. M. no abandonaré mi puesto.

La reina hizo un movimiento de impaciencia; deseaba ver á Charny en el interior del coche.

—Mi querida señora de Tourzel, dijo la reina, os estamos sumamente agradecidos; pero estais enferma y venis por un exceso de celo; quedaos en Bondy, y en cualquier parte que estemos os podreis reunir á nosotros.

La señora de Tourzel murmuró algunas palabras en voz imperceptible.

—Señor de Charny, no podeis quedaros en la delantera? preguntó Luis XVI.

—Puedo todo lo que quiera el rey, dijo Charny; pero debo quedarme, ó con mi traje de oficial. y con este traje hace cuatro meses que me ven por este camino y todo el mundo me conocerá, ó con mi paletó y mi sombrero de auriga, y este traje es un poco humilde para un coche tan lujoso.

—Subid al coche señor de Charny, subid, dijo la reina: tomaré al delfin en mis rodillas, madama Isabel, tomará á Maria



Teresa en las suyas y todo irá á maravilla.... estaremos un poco apretadas, nada mas.

—Imposible! querida, dijo el rey, pensad que tenemos que hacer noventa leguas.

Mada de Tourzel estaba de pié, dispuesta á obedecer al rey, si este la mandase bajar, pero el rey no se atrevia; tan grandes son en los cortesanos las preocupaciones sobre etiqueta.

—Señor de Charny, dijo el rey, al conde, no podeis ocupar el puesto de vuestro hermano, y correr hácia adelante para preparar los caballos?

—Estoy dispuesto á todo, señor; pero observaré á V. M. que ordinariamente alquila los caballos un postillon y yo visto el uniforme de capitán de navio; este cambio que estrañará á los mayores podria traer graves inconvenientes.

—No hay duda dijo el rey.

—Oh Dios mio, Dios mio! murmuró la reyna impaciente.

Luego volviéndose á Charny:

—Arregladlo como querais, señor conde, pero no quiero que nos dejeis.

—Este es tambien mi deseo señora, dijo Charny, y no veo mas que un medio.

—Cual? hablad, dijo la reyna.

—Que en lugar de entrar en el coche, en lugar de subir á la delantera, en lugar de correr hácia adelante, siga vuestro coche como un particular que viaja. VV. MM. continuen su camino: antes de haber andado diez leguas, me tendrán á quinientos pasos.

—¿Entonces volveis á Paris?

—Si señora, pero hasta Chalons V. M. no debe temer nada y antes de que llegueis á este punto ya os habré alcanzado.

—¿Pero como volvereis á Paris?

—Con el caballo en que ha venido mi hermano, es un excelente corcel; no está cansado, y en menos de media hora llegará á Paris.

—Y luego?....

—Luego, señora, me pondré el traje que convenga, tomaré



un caballo de alquiler y correré á rienda suelta hasta que os haya alcanzado.

—¿No hay otro medio? dijo desesperada Maria Antonieta.

—Por cierto, contestó el rey, que no encuentro otro mejor.

—Entonces, continuó Charny, no perdamos tiempo; vamos: Juan, Francisco, á vuestro puesto; adelante Melchor; postillones al coche!

Madama de Tourzel volvió á sentarse y el coche partió al galope seguido del cabriolé.

La importancia de la discusion, hizo que el vizconde de Charny, se olvidara de distribuir al señor de Malden y al de Valory, las pistolas cargadas que estaban en la caja del coche.

Que pasaba en Paris, hácia donde volvía á todo escape el señor de Charny?

Un peluquero llamado Buseby, que vivía en la calle de Bourbon, habia ido á visitar por la tarde en las Tullerias, á uno de sus amigos que estaba allí de guardia; este amigo habia oido hablar muchísimo de la real fuga á algunos oficiales que aseguraban debia tener lugar en la noche de aquel dia; lo dijo al peluquero y este, ya no pudo quitarse de la cabeza lo del proyecto de fuga, del cual se hablaba hacia tanto tiempo.

Vuelto á su casa, indicó á su muger lo que en las Tullerias le contaron; pero esta le replicó que aquello era un sueño; esta duda de la muger, influyó en el marido, el cual desnudándose y echándose en la cama, no dió mas importancia á sus sospechas.

Pero una vez en la cama, le habia vuelto, asaltar la misma preocupacion; y desde entonces esta se le arraigó tanto, que saltó del lecho, vistióse y corrió á casa de un amigo suyo llamado Hucher, el cual era á la vez panadero y zapador del batallon de Teatinos.

Alli repitió todo lo que le contaron en las Tullerias y comunicó con tal viveza sus temores al panadero, que este no solo participó de ellos, sino que mas ardiente todavia que el que se los habia infundido, bajó de la cama y sin perder mas tiempo que el nece-



sario para vestirse, salió á la calle, y llamando de puerta en puerta despertó á unos treinta vecinos.

Serian entonces las doce y cuarto, minutos despues que la reina encontró al señor de Lafayette en el portillo de las Tullerías.

Los vecinos despertados por el peluquero Buseby y el panadero Hucher, decidieron ir á casa del general Lafayette y decirle la que ocurría.

Dicho y hecho. El señor de Lafayette vivia en la calle de Saint-Honoré, palacio de Noailles, cerca los fuldenses; emprendieron el camino y llegaron allí á las doce y media.

El general despues de haberse despedido del rey, despues de haber hecho una visita al señor de Emmerly miembro de la Asambleá, el general, habia vuelto á su casa é iba á acostarse.

En aquel momento llamaron al palacio de Noailles. El señor de Lafayette envió á su lacayo para que viese quien llamaba.

Este volvió diciéndo que eran veinticinco ó treinta vecinos que querian hablar al general de un asunto de grave importancia.

En esta época Lafayette tenia la costumbre de recibir visitas á todas horas. Luego como en resumidas cuentas, un asunto por el cual se incomodaban veinticinco ciudadanos, podia ser un asunto importante, mandó introducir á los que deseaban hablarle.

Los ciudadanos, ó mejor los señores Buseby y Hucher en nombre suyo espusieron el objeto de su visita. Lafayette se rió de lo que estos manifestaron y como estaba de humor, al par que les tranquilizó se bromeó algún tanto con ellos.

Despues de haber oido al general, era imposible dudar; contentáronse pues con pedirle el santo y seña, con objeto de que no les incomodasen en el regreso á sus casas.

El señor de Lafayette no encontró inconveniente en dispensarles este favor, y les dió la consigna.

El panadero y sus compañeros salieron.

Seguian por la calle de Saint-Honoré, é iban á entrar en la de Echellé cuando un ginete, lanzado al galope, vino á pasar en medio de aquel grupo.



Cruzaron sus fusiles gritando al ginete que se detuviese.

El ginete se detuvo.

—Que quereis? les preguntó.

—Queremos saber á donde vais, dijeron los guardas nacionales.

—Voy á las Tullerías.

—Con que objeto?

—Para dar cuenta al rey de una mision que me ha confiado.

—A estas horas?

—A estas horas.

—Pero á estas horas el rey está acostado.

—Si, dijo el ginete, pero le despertarán.

—Si teneis que hablar al rey, dijo el otro, debeis saber la consigna.

—Esto no es razon, observó el ginete, puesto que podria venir de la frontera, en lugar de venir de tres léguas y haber partido hace un mes en lugar de haber partido hace dos horas.

—Es verdad, dijeron los guardas nacionales.

—Entonces hace dos horas habeis visto al rey? continuó el pregunton.

—Si.

—Le habeis hablado?

—Si.

—Que iba á hacer hace dos horas?

—No esperaba mas que la salida del general Lafayette para acostarse.

—De modo que sabeis el santo y seña?

—Claro está, el general sabiendo que debía volver á las Tullerías á eso de la una ó las dos de la mañana, me la dió para mayor seguridad.

—Y es?

—Paris y Poitiers.

—Vamos, dijeron los guardas nacionales, esto es; sed bien venido, camarada.



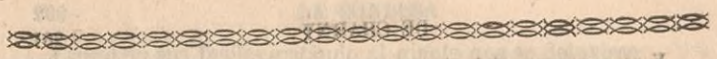
Y se separaron del ginete.

Este apretando las espuelas, lanzose hácia el postigo de las Tullerías donde desapareció.

Los veinte y cinco ó treinta patriotas fueron á acostarse contentos y orgullosos por haber sabido de boca del mismo Lafayette que el rey continuaba en Paris.







Y se separaron del grupo.  
 Estas apratando las espaldas, lanzose hácia el postigo de las  
 Tullerías donde desapareció.  
 Los veinte y cinco ó treinta patricios fueron á acostarse con-  
 tentos y orgullosos por haber sabido de boca del mismo Lafayette  
 que el rey continuaba en París.

## CAPITULO XXVI.

### El camino.



A hemos visto partir arrastrado por cuatro caballos de posta, al rey y á su familia; sigámosles en todos los detalles del viage, como les hemos seguido en todos los detalles de su fuga. Es tan importante este acontecimiento y ha ejercido una influencia tan fatal en sus destinos, que la mas insignificante cosa de este viage nos parece digna de la mayor curiosidad é interés.

El día apareció a eso de las tres de la madrugada; estaban mudando los caballos en Meaure. El rey tuvo hambre y comenzaron á probar las provisiones. Estas provisiones eran un pedazo de ternera fria con pan y cuatro botellas de vino de Champagne que el conde de Charny habia mandado colocar en una bolsa del carriage. Como no tenían ni cuchillos, ni tenedores, el rey llamó á Juan. Ya recordará el lector que Juan era el nombre del señor de Malden. El señor de Malden se acercó.

—Juan, dijo el rey, prestádnos vuestro cuchillo de monte para cortar la ternera.

—Juan sacó el cuchillo y lo presentó al rey.



Entre tanto, la reina se inclinaba fuera del coche y miraba hácia atrás, sin duda para ver si llegaba Charny.

—Queréis tomár algo señor de Malden? preguntó en voz baja el rey.

—No señor, contestó en el mismo tono el señor de Malden; no tengo apetito.

—No hagais cumplidos; lo mismo digo á vuestros compañeros. Luego, volviéndose hácia la reina que continuaba mirando por la portezuela. En que pensais, señora, dijo?

La reina se encojió de hombros esforzándose en sonreír, y luego, dirigiéndose al señor de Valory que se acercaba á su vez á la portezuela: Francisco, dijo, me parece que todo va bien y que ya nos hubieran cogido si realmente debieran cojernos. No habrán notado nuestra fuga.

—Es mas que probable, señora, contestó el de Valory, por que no observo en ninguna parte ni movimiento, ni desconfianza. Vamos, vamos, ánimo, señora: todo marcha bien.

—Señores, al cochel gritó el postillon.

Los señores de Malden y de Valory, volvieron al pescante y el coche siguió su camino.

A las ocho de la mañana, llegaron al pié de una colina. A uno y otro lado de esta, se veía un hermoso bosque donde cantaban los pajarillos, atravesando como flechas de oro, los primeros rayos de sol. El postillon hizo andar los caballos al paso. Juan y Francisco bajaron de su puesto.

—Juan, dijo el rey, mandad abrir la portezuela y parad el coche; quisiera andar un poco y creo que á los niños y á la reina no les vendrá mal un poco de egercicio.

El señor de Malden hizo una seña; paró el coche; y la portezuela se abrió.

El rey, la reina, madama Isabel y los dos niños bajaron; madama de Tourzel quedó sola; la buena señora padecia mucho al andar.

En el mismo instante, se repartió por el camino, toda la colonia real; el delfin se dispuso á perseguir mariposas y madama Real á cojer flores.



Madama Isabel cojió el brazo del rey. La reina caminaba sola.

Al ver á aquella familia deseminada por el camino, aquellos hermosos niños jugando y corriendo, á aquella hermana apoyada en el brazo de su hermano á aquella esposa meditabunda y mirando hácia atras, al ver todo esto, alumbrado por un hermoso sol de Junio, proyectándose la transparente sombra del bosque hasta el centro del camino, quien no hubiera creído ver á una familia dichosa volviendo á su morada para proseguir en ella el curso de su vida tranquila y feliz en vez de un rey y una reina abandonando un trono, al cual debian conducirles de nuevo para llevarlos desde allí al cadalso?

De pronto, la reina se detuvo como si sus pies se hubiesen pegado al suelo.

Percibíase á un cuarto de legua, un caballero envuelto en una nube de polvo, que levantaba el galope de su caballo.

Maria Antonieta no osó esclamar: «Es el conde de Charny» pero en cambio su pecho exhaló un grito.

—¡Ah! noticias de París dijo.

Todo el mundo se volvió, excepto el delfin: el niño acababa de coger una mariposa tras la cual corria; poco le importaban las noticias de París.

El rey, que era un poco miope, sacó unos lentes del bolsillo.

—Ola, dijo, me parece que es el señor de Charny.

—Si señor, dijo la reina, él es.

—Sigamos, sigamos nuestro camino, dijo el rey, ya nos alcanzará; no tenemos que perder tiempo.

La reina no osó decir que las noticias que traia el señor de Charny valian la pena de que se le aguardara.

Además de esto, todo era cuestion de algunos minutos mas; el ginete corria con toda la velocidad de que era capaz su caballo.

Aquel por su parte, y á medida que se acercaba, miraba con grande atencion, no comprendiendo al parecer, por que el enorme carruaje, habia derramado sus viajeros en el camino.

Por fin, les alcanzó en el momento que el coche llegaba á la



cima de la pendiente, y hacia alto en la misma. Era efectivamente el señor de Charny: los ojos del rey, y el corazón de la reina no se habían equivocado. Iba vestido con una corta levita verde con cuello derecho, un sombrero con cintas y hebilla de acero, y un pantalón estrecho; y calzaba grandes botas de montar que le llegaban hasta la rodilla.

Su cutis, color blanco mate, estaba animado por el cansancio, y de sus mejillas brotaban chispas.

Había algo del vencedor en su poderoso aliento, en su nariz dilatada.

Nunca le vió tan hermoso la reina. Dejó escapar un profundo suspiro.

Charny, se apeó y se inclinó ante el rey. Luego volviéndose saludó á la reina. Todos se agruparon á su alrededor excepto los dos guardias que se mantuvieron lejos por respeto.

—Acercaos, señores acercaos, dijo el rey; las noticias que trae el señor de Charny nos interesan á todos.

—He de deciros señor, primeramente, que todo marcha bien, dijo Charny, y á las dos de la mañana nadie sospechaba aún nuestra fuga.

Todos respiraron. Luego se multiplicaron las preguntas; Charny contó de que modo había entrado en París; que había encontrado en la calle de la Echelle un grupo de patriotas, que le habían interrogado y que les dejó convencidos de que el rey dormía; después dijo, que una vez en palacio, tranquilo como en los días ordinarios, había subido á su cuarto, había cambiado de traje, había bajado por los corredores del rey, y se había asegurado, de este modo, de que nadie sospechaba la fuga de la familia real, ni el mismo señor Gouvion el cual viendo que la fila de centinelas que se había colocado al rededor del cuarto del rey no servía para nada, había mandado á sus casas á los oficiales y gefes.

Entonces el señor de Charny cogió su caballo que había hecho guardar por uno de los criados, preveyendo que le sería muy difícil á aquellas horas procurarse otro de alquiler y partió há-



cia Bondy. Este pobre caballo, llegó cuasi muerto, pero al fin habia llegado, que era lo esencial.

Allí cogió otro y continuó su camino.

Ningun otro incidente que pudiera inquietar le habia sucedido.

La reina encontró medio de alargar la mano á Charny. Tan buenas noticias merecian este favor.

Charny besó respetuosamente la mano de la reina. Porque palideció esta? Era de alegría si Charny le habia estrechado la mano? Era de dolor si no se la habia estrechado?

Volvieron á subir al coche. El carruage partió. Charny cabalgó detras de la portezuela. En el primer apostadero encontraron preparados los caballos escepto el de Charny. Isidoro no habia podido alquilarlo, por que ignoraba que su hermano lo necesitase.

Este caballo ocasionó, pues, un atraso. Partió el coche. Cinco minutos despues estaba Charny á caballo. Se habia convenido que no escoltaria el coche, si no que lo seguiria.

Sin embargo, iba detras de este lo suficientemente aproximado para que la reina pudiese verle sacando la cabeza por la ventanilla y para que á cada parada pudiese decir algunas palabras á los ilustres viajeros.

Charny, acababa de relevar su caballo en Moutmirail y creia que el coche le llevaba un cuarto de hora de ventaja, cuando de repente, al volver una esquina, su caballo tropezó con el coche y los dos guardias. Aquel se habia descompuesto, y éstos ensayaban componerlo. El conde saltó de su caballo; recomendó al rey y la reina que no se movieran y sacó los útiles para recomponerlo.

Los dos guardias aprovecharon este momento para pedir sus armas; pero el rey se opuso formalmente á que se les dieran. Le observaron que el carruage podia ser detenido, pero contestó que en ningun caso queria que la sangre corriese por su culpa.

Por fin, el coche quedó arreglado y la caja cerrada; los dos guardias volvieron á ocupar la delantera, Charny montó á caballo y el coche partió. Solo perdieron media hora; pero cada minuto perdido era una pérdida irreparable. A las dos llegaron á Chalons.



—Si llegamos hasta Chalons sin ser detenidos, habia dicho el rey, todo irá bien!

—Habian llegado á Chalons sin ser detenidos y estaban relevando el tiro.

El rey sacó la cabeza. En medio de los grupos formados al rededor del coche dos hombres le habian mirado con grande atencion. De repente uno de estos hombres se alejó y desapareció; el otro se acercó á Luis XVI.

—Señor, le dijo en voz baja, no os dejes ver de este modo ó estais perdido.

Luego dirigiéndose á los postillones:

—Vaya perezosos, les dijo, ¿es asi como se sirve á los que os pagan tan buen jornal?

Y ayudó á los postillones. Era el dueño de las cuadras.

Engancharon los caballos, y montaron los postillones. El primero de estos trató de hacer marchar á aquellos y cayeron. Despues de algunos latigazos, lograron hacerlos levantar; pero cayeron por segunda vez á y cogieron á este debajo.

Charny que contemplaba todo aquello en silencio, sacó al postillon de debajo los caballos, no sin que en esta operacion, dejase su par de botas.

—Oh! caballero, dijo Charny dirigiéndose al dueño de las cuadras, cuyo celo ignoraba, ¿que caballos nos habeis dado?

—Los mejores de las cuadras, contestó este.

Sin embargo, los caballos se enredaron tanto entre los aparejos, que cuantos mas esfuerzos hacian para levantarse mas se enredaban. Charny trató de arreglarlo.

—Vamos, dijo, desenganchemos y volvamos á enganchar. Es lo mas corto.

El dueño de las cuadras se puso á trabajar llorando de desesperacion.

Durante este tiempo, el hombre que se habia alejado y desaparecido corrió á casa el alcalde, y le anunció que en aquel momento el rey y su familia, se hallaban en Chalons mudando el tiro á su coche.



Por fortuna el alcalde no era republicano ó no quiso cargar con tanta responsabilidad. En vez de asegurarse de la verdad del hecho, pidió esplicaciones, dijo que aquello era imposible, y nuestro hombre desesperado, regresó á la fonda en el momento en que desaparecía el coche tras una esquina. Habían perdido mas de veinte minutos.

La familia real estaba alarmada. Los caballos cayendo uno tras otro sin que nada motivase su caída, recordaron á la reina aquellas bujias apagándose por si mismas.

Sin embargo, saliendo de las puertas de la ciudad el rey, la reina y madama Isabel, esclamaron á una voz:

—Estamos salvados!

Pero aun no habian andado cien pasos, cuando de repente un hombre, pasando su cabeza por la ventanilla, dijo á los ilustres viajeros:

—Habeis tomado mal las medidas ¡sereis detenidos!

La reina dejó escapar un grito; el hombre desapareció en un bosque.

Por fortuna no estaban mas que á cuatro leguas de Pont de Sommevesle donde debian encontrar al señor de Choiseul y á sus cuarenta húsares; pero ya eran las cuatro de la tarde y llevaban cuatro horas de retraso.





## CAPITULO XXVII.

### Fatalidad.



A hemos visto al señor de Choiseul, viajando con Leonard que se desesperaba por haber dejado abierta la puerta de su cuarto, por haberse llevado el paletó y el sombrero de su hermano y por no poder cumplir la promesa que hizo de peinar á la señora de Aage.

Lo que consolaba al pobre Leonard, era que el señor de Choiseul le habia asegurado que únicamente le conducia á dos ó tres leguas de distancia; á fin de cumplir con una comision particular de parte de la reina, y que despues quedaria libre.

Asi, en llegando á Bondy, al ver que se paraba el coche, respiró y se dispuso á bajar. Pero el señor de Choiseul se lo impidió diciéndole:

—No es aqui todavia.

Los caballos habian sido alquilados con anticipacion; en algunos segundos el tiro quedó relevado y el coche volvió á partir como una flecha.

—Pero señor, dijo el desgraciado Leonard, á donde vamos?



—Mientras esteis de vuelta, mañana por la mañana, contestó el señor de Choiseul, que os importa lo demás?

—Mientras á las diez pueda estar en las Tullerías para peinar á la reina....

—Es todo lo que deseais, no es verdad?

—Sin duda.... pero si llegase antes, tampoco me quejaria, puesto que podria tranquilizar á mi hermano y explicar á la señora de Aage, que si he faltado á la palabra dada, no ha sido por culpa mia.

—Si no es mas que esto, mi querido Leonard, tranquilizaos, contestó el señor de Choiseul, todo irá á pedir de boca.

Leonard no tenia ninguna razon para creer que se le llevaba lejos; así es que se tranquilizó, al menos momentáneamente.

Pero en Claye, viendo que enganchaban otros caballos al coche y que no se hablaba de detenerse:

—Decid, señor duque, exclamó el desdichado, vamos, pues, al fin del mundo?

—Escuchad, Leonard, le dijo entonces el señor de Choiseul, no os conduzeo á los alrededores de Paris sino á la frontera.

Leonard dejó escapar un grito; se golpeó la frente y las rodillas y miró al duque con asombro.

—A Ja.... á la.... frontera.... murmuró.

—Si, mi querido Leonard. Debo encontrar allí, en mi regimiento, una carta de la mayor importancia para la reina. No pudiendo entregársela yo mismo, era preciso escoger una persona de confianza. La he rogado me señalase esta persona: ella conociendo vuestro celo os ha elegido á vos como el hombre mas apropósito

—Oh! señor, exclamó Leonard, verdad es que soy digno de la confianza de la reina. Pero como volveré? No tengo ni ropa ni dinero.

—El buen hombre olvidaba que en su bolsillo tenia los diamantes que valian dos millones.

—No os inquieteis, mi querido amigo, le dijo el señor de Choiseul, tengo en mi coche cuanto necesitéis y en fin nada os faltará.



—Pero y mi pobre hermano al cual he dejado sin sombrero ni paletó? y esta pobre señora de Aage que nadie la peina bien si no yo?... Dios mío! Dios mío! como acabará todo esto?

—A pedir de boca, señor Leonard, así lo espero al menos, dijo el señor de Choiseul.

Andaban como el viento: el señor de Choiseul había dicho á su cochero que mandase preparar dos cenas y dos camas en Montmirail donde pasarían la noche.

Al llegar á Montmirail los dos viajeros encontraron dispuestas cena y cama. Esceptuando cuando pensaba en el paletó y sombrero de su hermano, y en que había faltado á la palabra dada á la señora de Aage, Leonard, cuasi se había tranquilizado. De tal manera era así, que de cuando en cuando dejaba escapar alguna frase de satisfacción, por lo cual se deducía lo halagado que se encontraba su orgullo por que la reina le había escogido para una mision tan importante como la que debia llevar á cabo. Después de cenar, los dos viajeros se acostaron. Al las tres el señor de Choiseul oyó el ruido de un coche, acompañado de estos latigazos con que los postillones anuncian su llegada.

En el mismo instante saltó de la cama y corrió á la ventana.

Un cabriolé había parado en la puerta. Dos hombres vestidos de guardias nacionales, bajaron del mismo y pidieron caballos con insistencia.

Quienes eran estos guardias nacionales? que querian á las tres de la mañana? porque esta insistencia en pedir caballos?

El señor de Choiseul, llamó á su criado al cual ordenó que preparara los suyos en el coche.

Luego despertó á Leonard.

Cuando bajaron, los coches se hallaban en disposicion de marchar.

El señor de Choiseul, mandó al postillon que dejase pasar delante el carruage de los guardias nacionales y que no le perdié- se de vista un instante.

Después examinó sus pistolas.

Anduvieron así una legua ó legua y media; pero entre Etra-



ge y Chaintry; el cabriolé siguió un camino lateral yendo hacia el lado de Falons de Epernay.

Los dos guardias nacionales que segun el señor de Choiseul, llevaban malas intenciones, eran dos buenos ciudadanos que venian de la Fierté y volvian á sus casas.

A las tres, pasó por Chalons; á las once llegó á Pont-de-Sommevesle. Se informó de los húsares; no habian llegado todavía. Paró en la fonda, pidió un cuarto y se puso el uniforme.

Leonard miraba con viva inquietud aquellos preparativos, acompañándolos de suspiros que enternecian al señor de Choiseul.

—Leonard, dijo este, ya es tiempo de que sepais la verdad. Y

—Como la verdad? dijo Leonard mas sorprendido que nunca, entonces la ignora?

—Sabeis una parte de ella, y os diré la restante.

Leonard juntó las manos.

—Sois adicto á vuestros amos, no es verdad, señor Leonard?

—Oh! señor duque.

—Pues bien, dentro de dos horas los tendreis aqui.

—Dios mío! es posible? exclamó el buen peluquero.

—Si aqui, con los niños, con Mad. Isabel. dijo el duque de Choiseul. Sabeis que peligros les han amenazado! (Leonard hizo que si con la cabeza) que peligros les amenazan todavía? (Leonard alzó la vista al cielo,) pues bien! dentro de dos horas estarán salvados.

Leonard no podia hablar. Lloraba como un niño. Sin embargo murmuró:

—Dentro de dos horas aqui? estais seguro de lo que decis?

—Si, dentro de dos horas. Deben haber salido de las Tulleries á las once ú once y media de la noche; á las doce de el dia habrán llegado á Chalons. Pongamos hora y media para las cuatro leguas que acabamos de hacer; estarán aqui á las dos á más tardar. Vamos á pedir la comida. Espero un destacamento de húsares que debe traerme el señor de Goguelat. Haremos de modo que la comida sea lo mas larga posible.

—Oh! señor, contestó Leonard, no tengo pizca de apetito.



—No importa, hareis un esfuerzo y comereis.

—Bien, señor duque.

—Haremos, pues, durar la comida cuanto sea posible á fin de tener pretexto para quedarnos... Ola, mirad, he aqui los húsares que llegan.

En efecto, se oía ruido de caballos.

En este momento el señor de Goguelat entró en el cuarto y entregó al señor de Choiseul un pliego de parte del señor de Bouillé.

Este pliego encerraba una orden dada por el rey á todos los oficiales del ejército para que obedecieran al señor de Choiseul.

El señor de Choiseul mandó conducir los caballos al establo, repartió pan y vino á los húsares, y se sentó en la mesa.

Las noticias que traía el señor de Goguelat, no eran muy buenas; habia gran bullicio en todos los puntos del camino. Haciamas de un año que corrían voces sobre la fuga del rey, no solamente en Paris sino tambien en provincias y los destacamentos de diferentes cuerpos que se encontraban en Santa-Menéoulda y en Varennes, habian inspirado sospechas.

Hasta habia oido tocar á alarma en una parroquia cercana á la carretera.

Todo esto era á propósito para quitar el apetito al mismo señor de Choiseul. Asi es que despues de haber pasado una hora en la mesa, cuando daban las doce y media, se levantó y dejando el mando del destacamento al señor Boudet, se dirigió hácia la carretera situada á la entrada de Pont-de-Sommevesle á una altura desde donde se podia ver media legua á la redonda.

No se veia ni postillon ni coche, pero esto no era extraño. Como hemos dicho no esperaban—porque el señor de Choiseul no contaba con los accidentes—al postillon que iba delante hasta la una ó una y media, y al rey hasta la una y media ó dos.

Sin embargo pasaba el tiempo y nada se veia en el camino; al menos nada que se pareciese á lo que esperaban.

A cada cinco minutos el señor de Choiseul consultaba su reloj y cada vez que lo consultaba, decia Leonard:



—Oh! no vendrán... no vendrán... les habrá sucedido alguna desgracia.

Y el pobre hombre aumentaba las inquietudes del señor de Choiseul.

Dieron las dos y media y las tres y media; pero no vieron ni postillon ni carruage. Ya recordará el lector que á las tres salía el rey de Chalons.

Pero mientras el señor de Choiseul esperaba de este modo en el camino, la fatalidad preparaba en Pont-de-Sommevesle un acontecimiento que debía tener grandes consecuencias en el drama que contamos.

La fatalidad, repitamos la espresion, habia ocasionado que, esactamente algunos días antes los aldeanos de una propiedad perteneciente á Mad. de Elbeuf, propiedad situada cerca de Pont-de-Sommevesle, se resistieran al pago de los censos. Entonces les habian amenazado con juzgarles militarmente y los aldeanos de los pueblos cercanos habian prometido ayudar á los de la propiedad de Mad. de Elbeuf si se realizaba esta amenaza.

Viendo llegar á los húsares los aldeanos creyeron que estos venian con malas intenciones.

Los de Pont-de-Sommevesle, mandaron, pues, mensageros á los pueblos cercanos y hácia las tres empezaron á tocar á rebato en todo el pais.

Oyendo este ruido el señor de Choiseul, volvió á Pont-de-Sommevesle y encontró muy inquieto á su oficial el señor de Boudet.

Los húsares, eran el cuerpo de ejército mas detestado en aquella época. Los aldeanos les ridiculizaban y cantaban en sus barbas, canciones contra ellos.

Además de esto, otras personas mejor informadas, ó mas suspicaces, empezaban á decir en voz baja, que los húsares, habian llegado, no para castigar á los aldeanos de Mad. de Elbeuf, sino para esperar al rey y á la reina. En medio de esto dieron las cuatro, sin que llegaran ni mensagero, ni noticias.

Sin embargo, el señor de Choiseul, se decidió á esperar toda-



via; hizo enganchar los caballos al coche, se encargó de los diamantes de Leonard, y envió este á Varennes recomendándole diligencia, pasando por Santa-Menehoulda, al señor Dandoins, por Clermont al señor Damas y por Verennes al señor de Bouillé, hijo, la situacion en que se hallaba.

Luego para calmar la exaltacion que se manifestaba á su alrededor declaró que él y los húsares no estaban allí para castigar á los aldeanos de Elbeuf como se creia, sino para escoltar un tesoro que el ministro de la guerra mandaba al ejército.

Pero la palabra tesoro tomándolo en doble sentido, calmó los furoros por un lado y provocó sospechas por otro. El rey y la reina tambien eran un tesoro, y he aqui segun algunos el que esperaba el señor de Choiseul.

Al cabo de un cuarto de hora tan cercados y comprimidos estaban el señor de Choiseul y sus cuarenta húsares, que este comprendió que no podria resistir por mas tiempo y que si por desgracia llegaban el rey y la reina en aquel momento, no bastarian para protegerlos el y sus cuarenta hombres.

Su orden era *hacer de modo que el coche del rey prosiguiera sin obstáculo su camino*. En lugar de proteccion su presencia se convertia en obstáculo.

El marcharse, era, pues, el mejor recurso que le quedaba, hasta en el caso de que viniera el rey. En efecto, su partida despejaria el camino.

Pero era preciso encontrar un pretesto para marcharse.

El dueño de las cuadras, estaba allí, en medio de quinientos ó seiscientos curiosos, á los cuales una sola palabra podia convertir en enemigos.

—Caballero, le dijo el duque, tenéis noticias de alguna remesa de dinero enviada estos dias á Metz?

—Esta misma mañana, contestó el dueño de las cuadras, la diligencia ha llevado cinco mil escudos: dos gendarmes la escoltaban.

—De veras? dijo el señor de Choiseul, viendo que su idea surtia buen efecto.



—Pardiez, dijo un gendarme, tan verdad es, que Robin y yó, formabamos la escolta.

—Entonces, dijo el señor de Choiseul, volviéndose tranquilamente al señor de Goguelat, el ministro habrá preferido esta medida de transporte, y como nuestra presencia en este punto no tiene otro obgeto, creo que podemos retirarnos. Vamos, húsares: á caballo.

Los húsares, inquietos, no deseaban otra cosa. En un instante estuvieron montados. El señor de Choiseul recorrió la línea; dirigió una mirada hácia Chalons, y con un suspiro:

—Vamos húsares, exclamó, á cuatro de fondo y al paso.

Y salió de Pont-de-Sommevesle, cuando daba el reloj las cinco y media. A doscientos pasos del pueblo, el señor de Choiseul cogió por una vereda, para no pasar por Santa-Menehoulda donde reinaba grande agitacion.

En aquel momento, Isidoro de Charny, azotando con sus espuelas y látigo al caballo con que habia hecho cuatro leguas en dos horas, llegaba á la fonda, descansaba y se informaba de si habian visto un destacamento de húsares. Dijéronle que este destacamento acababa de partir hacia un cuarto de hora, cogiendo la carretera de Santa-Menehoulda, alquiló un caballo y esperando alcanzar al señor de Choiseul en su retirada, partió al galopé.

Se acaba de ver que el señor de Choiseul habia abandonado el camino de Santa-Menehoulda y tomado otra senda precisamente en el mismo instante en que el vizconde llegaba á la fonda, de modo que el vizconde de Charny no le alcanzó.

Diez minutos despues de la partida de Charny, llegó el coche del rey.

Como lo habia previsto el señor de Choiseul, la multitud se habia despejado.

El conde de Charny sabiendo que debia haber un destacamento de tropa en Pont-de-Sommevesle, pensó que no era necesario el quedarse muy atrás; galopaba, pues, al lado de la portezuela del coche.

Los postillones habian recibido aviso de andar al trote.



Al llegar á Pont-de-Sommevesle, no viendo ni á los húsares ni al señor de Choiseul, el rey sacó inquieto la cabeza por la ventanilla.

—Por Dios, señor, dijo Charny; no os dejéis ver, ya me informaré de todo.

Y entró en la fonda.

Cinco minutos despues volvió; se lo acababan de contar todo y lo refirió al rey. Este comprendió que el señor de Choiseul se habia retirado para dejarle libre el paso.

Lo importante era adelantar y llegar á Santa-Menehoulda. Sin duda el señor de Choiseul se habia detenido en Santa-Menehoulda y encontrarían allí húsares y dragones reunidos. En el momento de partir, Charny se acercó á la portezuela y dijo:

—Debo ir delante ó detras?

—No nos dejéis, contestó la reina.

Charny se inclinó sobre su caballo y siguió cerca la portezuela.

Isidoro iba delante; no comprendía por que el camino se hallaba tan solitario.

Inquieto, animaba al caballo, adelantándose mas de lo que habia hecho hasta entonees, temiendo que los habitantes de Santa-Menehoulda hubiesen sospechado de los dragones del señor de Dandoins como los de Pont-de-Sommevesle sospecharon de los húsares del señor de Choiseul.

No se equivocaba.

Lo primero que vió en Santa-Menehoulda fué un gran número de guardias nacionales esparcidos por las calles; eran los primeros que habian encontrado desde su salida de Paris.

La villa entera parecia estar en movimiento y en el barrio opuesto al que recorría Isidoro, el tambor tocaba llamada.

Lanzosé por las calles sin que le inquietara aquel movimiento, atravesó la plaza y se detuvo en el meson.

Atravesando la plaza vió una docena de dragones con gorra de cuartei sentados en unos bancos.

A algunos pasos de ellos y asomado en una ventana del entre-



suelo, estaba el señor Dandoins, también con gorra de cuartel y teniendo un látigo en la mano.

Isidoro pasó sin detenerse y cual si nada observase, presumió que el señor de Dandoins sabiendo cual debía ser el trage de los postillones y guardias del rey le conocería y no necesitaria otro indicio.

Un jóven de veinte y ocho años, de negras patillas, estaba en la puerta de la fonda.

Isidoro buscaba á alguien para informarse.

—Que deseais, caballero; dijo el jóven de las patillas negras?

—Hablar al dueño de las cuadras, dijo Isidoro.

—El dueño de las cuadras está ausente por algunas horas; pero yo soy su hijo Juan Bautista Drouet.... Si puedo serviros hablad.

El jóven habia acentuado las palabras Juan Bautista Drouet, como si hubiese adivinado, que estas palabras ó estos nombres, obtendrian en la historia una celebridad fatal.

—Deseaba seis caballos de alquiler, para un coche que viene detras y otro para un postillon.

Drouet, hizo con la cabeza una señal, que indicaba que el postillon obtendria lo que pedia y pasando al patio de la casa:

—Ea muchachos, exclamó: seis caballos para dos coches y otro para un postillon.

En aquel momento, entró con presteza el marqués de Dandoins:

—Caballero, dijo dirigiéndose á Isidoro, precedeis al coche del rey? no es verdad?

—Si señor, y extraño encontraros á vos y á vuestros soldados, en gorra de cuartel.

—No nos han avisado, caballero; además se levantan á nuestro alrededor grupos amenazadores que intentan seducir mi gente. Que debo hacer?

—Como va á pasar el rey, vigilar el coche, obrar segun las circunstancias y partir media hora despues de la familia real para servir de retaguardia.



—Silencio! continuó Isidoro, nos espian; tal vez nos hayan oído; reunios á vuestro escuadron y haced lo que podais para mantenerle en su deber.

En efecto, Drouet estaba en la puerta de la cocina, en la cual tuvo lugar esta conversacion. El señor de Dandoins se alejó. En aquel mismo instante resuenan los chasquidos del látigo, el coche del rey llega, atraviesa la plaza y se detiene delante el meson. El ruido que hace es causa de que se agrupe la gente á su alrededor.

El señor de Dandoins, que quiere descargar su conciencia diciendo al rey porque él y su gente se encuentran descansando en vez de estar sobre las armas, se lanza hácia la portezuela gorra de cuartel en mano y con señales de respeto pide perdon al rey.

Al contestarle, el rey saca varias veces la cabeza por la portezuela.

Isidoro, pronto á montar á caballo, se hallaba cerca de Drouet quien miraba al coche con profunda atencion; en el año anterior estuvo en Paris cuando la federacion; vió al rey y cree conocerle. Por la mañana habia recibido una suma considerable en asignados; examina estos uno por uno, timbrados con el retrato del rey y estos sellos parecen gritarle:

«Este hombre que teneis delante, es el rey!»

Saca otro asignado, compara el original con el retrato grabado y murmura:

—No hay duda: es él.

Isidoro, pasa al otro lado del coche, su hermano cubre con su cuerpo la ventanilla en que la reina apoya los codos.

—Han conocido al rey, le dice; mira bien este jóven moreno. Es el hijo del amo de los cuadras, es el que ha conocido al rey, y se llama Juan Bautista Drouet.

—Bien, dijo Oliverio, le vigilaré; parte!

Isidoro se lanza al galope para alquilar caballos en Clermont. Apenas ha llegado á la estremidad de la villa, cuando animados por las instancias de los señores de Malden y de Valory, los postillones lanzan el carruage al escape.



El conde no ha perdido de vista á Drouet. Drouet no se ha movido; solo ha hablado en voz baja á un criado. Charny se le acercó.

—Caballero, le dijo, no habian encargado un caballo para mi?

—Si señor, dijo Drouet, pero no le hay.

—¡Como no le hay! dijo el conde, y este que estan ensillando en el patio?

—Es mio.

—No podeis cedermelo? pagaré lo que exijais.

—Imposible! se hace tarde y tengo que hacer una diligencia que no puedo retardar.

Insistir era infundir sospechas; tomar por fuerza el caballo era comprometerlo todo.

Por otra parte Charny encontró un medio que lo concilió todo.

Habia observado que el señor Dandoins siguió con la vista al coche hasta que volvió la esquina. Dandoins sintió una mano apoyarse en su espalda.

Se volvió.

—Silencio! dijo Oliviero, soy yo, el conde de Charny... No hay caballo para mi en las cuadras de la fonda; dadme uno de los de vuestros dragones. Es preciso que siga al rey y á la reina. Yo soy el único que sabe donde está el señor de Choiseul y si no estoy allí el rey se quedará en Varennes.

—Conde, contestó el señor de Dandoins, no es el caballo de uno de mis soldados el que os quiero dar sino el mio propio.

—Acepto; la salvacion del rey y de la reina depende del menor accidente. Cuanto mejor sea el caballo, mas probable será el éxito.

Y se dirigieron hácia las habitaciones del señor de Dandoins.

Antes de alejarse, Charny encargó á un saigento que observára todos los movimientos de Drouet.

Por desgracia la casa del marqués estaba á quinientos pasos de la plaza. Antes de estar ensillados los caballos se habia perdido mas de un cuarto de hora. Decimos los caballos porque por su parte el señor Dandoins montó en el suyo y segun la orden que le



dió el rey, siguió de lejos al coche formando la retaguardia.

De repente Charny oyó algunos gritos mezclados con estas palabras: «el rey, la reina.»

Entonces se lanzó fuera de la casa recomendando al señor de Dandoins que le hiciera conducir su caballo á la plaza. En efecto toda la poblacion estaba alarmada. Apenas el señor de Dandoins y el de Charny habian dejado la plaza cuando Drouet cual si esperase este momento para estallar, exclamó:

—El coche que acaba de pasar, es el coche del rey, la reina y sus hijos!

Y se lanzó á caballo.

Algunos de sus amigos quisieron detenerle:

—A donde vas? que quieres hacer? cual es tu designio?

El les contestó en voz baja:

—El coronel y el destacamento de dragones estaban aqui; no habia medio de detener al rey, sin una refriega que podia tener mal resultado para nosotros. Lo que no he hecho aqui lo haré en Clermont. Detened los dragones: he aqui todo lo que os pido.

Y partió al galope.

Entonces corrió la voz de que el rey y la reina estaban en el coche que acababa de pasar: aquellos gritos llegaron á oídos de Charny.

El rey estaba descubierto.

Drouet habia marchado.

Se estremeció de impaciencia. En aquel momento le alcanzó el señor de Dandoins:

—Los caballos, los caballos! le gritó Charny á penas le vió.

—Los traen al momento, contestó el señor de Dandoins.

—Habeis hecho poner pistolas en las bolsas del mio?

—Si.

—Están en buen estado?

—Yo mismo las cargué.

—Bueno; ahora todo depende de la velocidad de vuestro caballo. Es preciso que yó alcance á un hombre que tiene un cuarto de hora de ventaja y que al alcanzarle le mate.



—Como? matarle?

—Si, sino le mato todo está perdido.

—Pardiez, vamos por los caballos, entonces.

—No os ocupeis de mi; ocupaos de vuestros dragones, á los cuales se les incita á la insubordinacion... Mirad, veis como los arengan? Tampoco podeis perder tiempo; id, id.

En este momento llegó el criado con los dos caballos. Charny saltó sobre el que encontró primero, cogió la brida, apretó ambas espuelas y partió como el viento por la misma direccion que tomó Drouet, sin escuchar las últimas palabras del señor de Dandoins.

Aquellas últimas palabras que se llevó el viento, tenían mucha importancia.

—Habeis tomado mi caballo en lugar del vuestro, le gritó el señor de Dandoins, y las pistolas no están cargadas.

A todo esto el coche del rey precedido de Isidoro volaba por el camino de Santa-Menehulda á Clermont.

Acababan de dar las ocho y el coche entraba en el bosque de Argonne.

Charny no habia podido indicar á la reina el inconveniente que le detenia, puesto que el coche real habia partido antes que Drouet dijese que no habia caballos.

Al salir de la villa, la reina notó que el conde no seguia cerca la portezuela; pero no habia medio para detener la marcha ni para preguntar á los postillones.

Mas de diez veces se inclinó fuera del coche para mirar hácia atrás pero no vió á nadie.

Una vez creyó ver á un caballero corriendo á alguna distancia, pero este caballero se perdió entre las sombras de la noche.

Durante este tiempo—porque para la inteligencia de los acontecimientos y á fin de explicar los detalles de este viage, debemos pasar continuamente de uno á otro actor—durante este tiempo, es decir mientras Isidoro precedia al coche á un cuarto de hora de distancia, mientras el carruage seguia el camino de Santa-



Meneaulda á Clermont y entraba en el bosque de Argonne, mientras que Drouet corria tras el coche y Charny tras de Drouet, el marqués de Dondoins se unió á su tropa é hizo dar la señal de marcha.

Pero cuando los soldados quisieron partir las calles estaban tan llenas de gente que los caballos no podian adelantar un paso.

En medio de esta multitud habia trescientos guardias nacionales vestidos de uniforme y con el fusil al hombro. Probar la lucha era perder al rey.

Valia mas quedarse, y quedándose, detener todo aquel pueblo. El señor de Dandoins preguntó á sus gefes, que querian, que deseaban y á qué venian aquellas demostraciones. Durante este tiempo, pensaba Dandoins, llegará el rey á Clermond y encontrará alli al señor Damas y á sus ciento cuarenta dragones.

Si hubiese tenido ciento cuarenta dragones como el señor de Damas, el marqués de Dandoins hubiera intentado algo, pero no tenia mas que treinta. ¿Qué podian treinta dragones contra tres ó cuatro mil hombres?

A las nueve y media, el coche del rey, llegó á Clermond; no empleó mas que hora y cuarto para hacer las cuatro leguas que separaban de un pueblo á otro.

El señor de Damas, reconociendo la librea del postillon, esperaba al rey en las afueras del pueblo y detuvo á Isidoro.

—Perdonad, caballero, le dijo, precedeis al coche del rey?

—Y vos, contestó Isidoro, sois el conde Carlos de Damas?

—Sí.

—Pues bien, precedo en efecto al rey. Reunid vuestros dragones y escoltad el coche.

—Caballero, dijo el de Damas, sopla un aire de insurreccion que me espanta y he de confesaros que no respondo de mis hombres. Todo lo que puedo prometeros es escoltar el coche, cuando haya pasado, y cerrar el camino.

—Haced como mejor os parezca, dijo Isidoro, aqui está el rey; y señaló en medio de la oscuridad al coche que llegaba y cuya



marcha se podía seguir por las chispas que brotaban de los pies de los caballos.

Isidoro se adelantó para relevar el tiro.

Cinco minutos despues se detuvo en la casa de postas.

Casi al mismo tiempo llegó Damas con seis ó siete dragones y luego el coche del rey.

El coche seguía tan de cerca á Isidoro, que no tuvo tiempo de montar á caballo. Este coche, sin ser magnífico, era tan notable que empezó á agruparse un gran número de personas frente á la casa de postas.

El señor de Damas estaba al lado de la portezuela sin dar de ningún modo á entender que conociese á los ilustres viajeros.

Pero ni el rey ni la reina pudieron contener su curiosidad!

El rey por un lado hizo una seña al señor de Damas.

Por otro, la reina, hizo otra seña á Isidoro.

—Sois vos, señor de Damas? le preguntó el rey.

—Si, señor.

—Por qué no estais sobre las armas con vuestros dragones?

—Señor, Vuestra Magestad lleva cinco horas de retraso. Mi escuadrón estaba montado desde las cuatro de la tarde. He esperado el mayor tiempo posible; pero la ciudad principiaba á alarmarse, y mis mismos dragones comenzaban á inspirarme sospechas. Si la fermentación hubiese estallado antes de la llegada de V. M. hubiese dado la voz de á las armas, é interceptado el camino. No he guardado, pues, mas que una docena de hombres á caballo, y he hecho volver los demás á sus casas: solo he encerrado en la mia á los cornetas, á fin de dar la seña de montar á caballo á la primera ocasion. Además, V. M. vé que todo va divinamente puesto que no está interceptado el camino.

—Muy bien, señor de Damas, dijo el rey, habeis obrado como hombre prudente. Cuando yo haya partido dareis la seña de marcha y seguireis el coche á un cuarto de legua de distancia poco mas ó menos.

—S. M., dijo la reina, quiere escuchar lo que dice el señor Isidoro de Charny?



—¿Qué dice? preguntó el rey con cierta impaciencia.

—Dice, señor, que habeis sido reconocido por el hijo del fondista de Santa Menhoulda, que está seguro de ello, que á visto á aquel jóven con un asignado en la mano, asegurarse del parecido de su retrato comparándolo con vuestro rostro; que su hermano se ha quedado atrás y que sin duda á ocurrido algun acontecimiento grave, puesto que el conde de Charny no vuelve.

—Entonces, si hemos sido reconocidos, debemos con mayor razón apresurarnos. Señor Isidoro, animad los postillones y corred delante. El caballo de Isidoro estaba presto. El jóven se lanzó en su silla gritando á los postillones:

—¡Camino de Varennes!

Los guardias de Corps sentados en sus sillas repitieron:

«Camino de Varennes!»

El señor de Damas se separó saludando cortesmente al rey, y el coche partió con gran velocidad.

Los caballos habian sido relevados en un abrir y cerrar de ojos, y andaban con la rapidez del rayo.

Saliendo de la ciudad, el carruage cortó el paso á un sargento de husares que en ella entraba.

Habiale ocurrido al señor de Damas la idea de seguir el coche del rey con los pocos hombres que quedaban á su disposicion, pero el rey acababa de darle órdenes completamente contrarias. Obedeció estas órdenes tanto mas cuanto que empezaba á sentirse cierta emocion en el pueblo. Los menestrales corrían de una á otra casa, se abrían las ventanas, y aparecían en ellas luces y cabezas. Una sola cosa preocupaba al señor de Damas, y era, que no echasen al vuelo las campanas, para lo cual se fué á la iglesia, cuya puerta vigiló.

A parte de esto, la llegada del señor de Dandoins con sus treinta hombres, no podia tardar, y todo esto se ganaria.

Sin embargo, todo parecia apaciguarse. Al cabo de un cuarto de hora, el señor de Damas, volvió á la plaza, encontró allí al gefe de escuadron señor Noezville, le dió instrucciones, y le mandó que pusiera sus soldados sobre las armas.



En aquel momento indicaron al señor de Damas, que un subteniente de dragones, enviado por el señor de Dandoins, le esperaba en su casa.

Este subteniente venia á decirle que no debia esperar al señor de Dandoins ni á sus treinta dragones; el señor de Dandoins se hallaba detenido en la municipalidad por los habitantes de Santa Menehoulda. Que además de lo que ya sabia el señor de Damas, Drouet habia partido, habiendo vuelto en persecucion del coche que no habia probablemente podido alcanzar, puesto que no se le habia visto en Clermont.

El subteniente del regimiento continuaba dando sus informes al señor de Damas, cuando anunciaron á este un despacho de los húsares de Lauzun.

Este despacho habia sido enviado por el señor Rohrig, comandante de los húsares de Varennes con el señor Bouillé, hijo, y el de Raigecourt. Inquietos al ver que pasaban las horas y que nadie llegaba, estos enviaban un hombre al señor de Damas para saber si tenia noticias del rey.

—¿En qué estado habeis dejado el cuerpo de Varennes? preguntó el señor de Damas.

—Perfectamente tranquilo, contestó el mensajero.

—¿Donde estan los húsares?

—En el cuartel con los caballos ensillados.

—¿No habeis encontrado ningun coche en el camino?

—Sí, uno tirado por cuatro caballos y otro por dos.

—Son los coches de que venis á informaros; todo va bien, dijo el señor de Damas.

Despues de lo cual volvió á su casa y mandó tocar llamada.

Se disponia á seguir al rey y á prestarle ayuda, si era necesario, en Varennes.

Cinco minutos despues oianse los clarines.

Todo marchaba á pedir de boca, si se exceptuaban los treinta hombres del señor Dandoins, detenidos en Santa Menehoulda.

Pero con sus ciento cuarenta húsares, podia, el señor de Damas, prescindir de aquella fuerza.



Volvamos al coche del rey, el cual despues de continuar, al partir de Clermont, la línea directa que conducia á Verdun, torció por la izquierda, y rodó hácia Varennes.

Hemos indicado la posición topográfica de Varennes, dividida en parte alta y parte baja. Hemos indicado de qué modo se habia decidido establecer una parada á la estremidad del pueblo, hácia Dun, y como para llegar allá, era preciso dejar el camino que seguia la pendiente, tomar el que conducia al puente, atravesar este, pasando debajo del arco de la torre, y alcanzar la parada del señor de Choiseul, al rededor de la cual debian estar vigilando los señores de Bouillé, y de Raigecourt. En cuanto al señor Rohrig, jóven oficial de veinte años, no habia entrado en la confianza, y creia que estaba allí para escoltar el tesoro del ejército.

Además, ya recordará el lector, que al llegar á este paso difícil, Charny debia guiar el coche por aquel laberinto de calles. Charny estuvo quince dias en Varennes, lo estudió y copió todo, y no habia calle que no hubiese seguido, callejon que no le fuese familiar.

Por desgracia, Charny no estaba allí.

De modo que la reina sentia una doble inquietud. Para que Charny no alcanzase el coche en semejante circunstancia era preciso que le hubiera sucedido algo extraordinario.

Al acercarse á Varennes, el mismo rey, sintió inquietud: confiaba en Charny, el único que le habia llevado el plano de aquel pueblo. Luego la noche estaba completamente sombría, iluminada tan solo por las estrellas; era una de estas noches en que es fácil perderse hasta en localidades conocidas; así, pues, con mayor razón se podian perder en las vueltas y revueltas de un lugar desconocido.

El deber de Isidoro, deber fijado por el mismo Charny, era detenerse antes de entrar en dicho pueblo.

Allí su hermano le guiaria á la parada, y como hemos dicho, se volveria á poner al frente de la caravana.

Pero Isidoro, como la reina, y mas que la reina tal vez, estaba inquieto por su hermano. La única esperanza que le quedaba, era



que impacientándose el señor de Bouillé, ó el de Raigecourt, se habian adelantado al encuentro del rey, y le esperasen fuera de Varennes.

Como habia dos ó tres dias que estaban en el pueblo, lo conocerian, y podrian guiarles fácilmente.

Así es, que al llegar al pie de la colina viendo brillar dos ó tres luces en la ciudad, Isidoro se detuvo indeciso y miró á su alrededor procurando penetrar en la oscuridad. Nada vió.

Entonces llamó en voz baja, luego á media voz, y luego gritando á los señores de Bouillé y de Raigecourt. Nadie contestó.

Se oía el ruido del coche que á estando, un cuarto de hora de distancia, cual lejano trueno, se acercaba poco á poco.

Una idea ocurrió á Isidoro. Tal vez estos señores estaban escondidos en el bosque que se estendia á la izquierda á lo largo del camino.

Entró en el bosque y recorriólo: pero no habia nadie.

No quedaba otro remedio que esperar, y esperó.

Al cabo de cinco minutos el coche llegó. Las dos cabezas del rey y de la reina salieron por las ventanillas, y los dos preguntaron á un mismo tiempo:

—¿No habeis visto al condé de Charny?

—Señor, contestó Isidoro, no le he visto, y puesto que no está aquí, es preciso que le haya sucedido algun accidente, persiguiendo á Drouet.

La reina lanzó un gemido.

—¿Qué haremos? preguntó el rey.

Luego dirigiéndose á los guardias de corps que se habian apeado:

—¿Conoceis el pueblo, señores? preguntó.

Nadie lo conocia; la contestacion fué negativa.

—Señor, dijo Isidoro, todo está en silencio, y por lo tanto está tranquilo; tenga V. M. la bondad de esperar aquí diez minutos. Voy á entrar en el pueblo, y pediré informes de los señores Bouillé y Raigecourt, ó al menos de la parada del señor Choiseul. ¿No re-



cuerda V. M. el nombre del meson en que deben esperar los caballos?

—Desgraciadamente, nó, dijo el rey, lo sabia pero lo he olvidado. No importa, continuad adelante; nosotros tambien por nuestra parte, procuraremos adquirir noticias.

Isidoro se lanzó en direccion á la parte baja del pueblo, y pronto desapareció tras las primeras casas.





## CAPITULO XXVIII.

Juan Bautista Druet.



ESTAS palabras del rey: *procuraremos adquirir noticias*, se justificaban por la vecindad de dos ó tres casas, centinelas avanzados de la parte alta del pueblo, que se estendian á la derecha del camino.

Una de estas casas, la mas cercana, se habia abierto al ruido de los dos coches dejando entrever una luz por entre la puerta.

La reina se apeó, se apoyó en el brazo del señor de Malden y se dirigió hácia la casa. Pero al acercarse les cerraron la puerta.

Sin embargo, no habia sido esta puerta empujada con bastante rapidez para impedir al señor de Malden, que conoció las intenciones poco hospitalarias del dueño de la casa, que detuviera la puerta antes de que se cerrase enteramente.

Al impulso que le dió el señor de Malden, por mas que trataran de empujarla, la puerta se abrió.



Detras de la puerta, y haciendo esfuerzos para cerrarla, se veia á un hombre de unos cincuenta años, las piernas desnudas, vistiendo una bata, y perdidos sus piés en anchas zapatillas.

El hombre de la bata, lanzó una mirada rápida á la reina cuyo rostro estaba iluminado por la luz que aquel tenia en la mano, y se estremeció.

—¿Qué quereis caballero? preguntó al de Malden.

—Caballero, contestó el guardia de corps, no conocemos Varennes y os rogamos tengais la amabilidad de indicarnos el camino de Stenay.

—Y si lo hago, dijo el desconocido, y si se sabe que os he dado esta indicacion?

—Ah! caballero, dijo el guardia de corps, aún que os amenazara un peligro, sois demasiado cortés para no hacer un favor á una muger que se encuentra en una posicion peligrosa.

—Caballero, repuso el de la bata, la persona que teneis detrás no es una muger cualquiera.

Y acercándose al señor de Malden, le dijo al oido:

—¡Es la reina!

—¡Caballero!

—La he conocido.

La reina que habia oido ó habia adivinado lo que acababan de decir, tiró al señor de Malden hácia atrás

—Antes de ir mas lejos, dijo, decid al rey que me han conocido.

El señor de Malden cumplió su comision en un segundo.

—Pues bien, dijo el rey, rogad á este hombre que venga á hablarme.

Volvió el señor de Malden: luego pensando que era inútil disimular:

—El rey desea hablaros, caballero, dijo.

El hombre suspiró, dejó las zapatillas, y descalzo para hacer menos ruido, se acercó á la portezuela.

—¿Vuestro nombre? le preguntó primeramente el rey.

—El caballero de Préfontaine, señor, contestó titubeando.

—¿Vestra profesion?



—Comandante de caballería y caballero de la orden de San Luis.

—En vuestra doble calidad de comandante y caballero de San Luis, me habeis jurado fidelidad dos veces; vuestro deber es pues, caballero, asistirme en el peligro que corro.

—Es cierto; contestó titubeando el comandante, pero ruego á S. M. que se de prisa porque podrian verme.

—Como, caballero, dijo el señor de Malden, ¿y aun que os vieran? Nunca se os presentará mejor ocasion para cumplir vuestro deber.

El comandante que no parecia adherirse á esta opinion, lanzó un extraño gemido. La reina se encogió de hombros con desprecio. El rey le hizo una seña, y dijo luego al comandante:

—¿Habeis oido decir por casualidad que algunos caballos debian esperar á un carruage, y habeis visto los húsares que desde ayer deben esperar en el pueblo?

—Si, señor, caballos y húsares deben estar al otro lado de la poblacion; los caballos en la fonda del Gran Monarca, los húsares probablemente en el cuartel.

—Gracias, caballero... nadie os ha visto, podeis volver á vuestra casa sin temer ningun percance.

—Señor...

El rey sin escuchar nada mas, alargó la mano á la reina para ayudarla á subir al coche, y dirigiéndose á los guardias de corps que esperaban sus órdenes:

—Señores, dijo, á vuestro puesto y á la fonda del Gran Monarca.

Los dos oficiales volvieron á su puesto y gritaron á los postillones:

—¡A la fonda del Gran Monarca!

Pero al mismo instante, una especie de sombra, ginete en un caballo, salió del bosque, y cortando el camino diagonalmente:

—Postillones, gritó, ni un paso mas!

—Y esto, por qué? preguntaron parándose los postillones.

—Porque conducis al rey que se escapa.



Los postillones que habian ya hecho un movimiento para arrear los caballos, se detuvieron murmurando:

—¡El rey!

Luis XVI conoció que aquel momento era decisivo.

—¿Quién sois, pues, caballero, dijo, para dar órdenes?

—Soy Juan Bautista Drouet, hijo del fondista de Santa Menhoulda.

—Ah infame! exclamaron los dos guardias saltando del pescante cuchillo de monte en mano: eres tú?

Pero antes que sus piés hubiesen tocado al suelo, Druet se habia lanzado por las calles de la parte baja de la poblacion.

—¡Ah! Charny, Charny! murmuró la reina, qué te habrás hecho... y se reclinó en el fondo del coche indiferente á lo que iba á suceder.

Que habia sucedido á Charny y cómo habia dejado pasar á Drouet? Siempre la fatalidad!

El caballo del señor de Dandoins era ligero pero Drouet tenia veinte minutos de ventaja. Era preciso ganar estos veinte minutos.

Charny hundió las espuelas en el vientre de su alazan; este dió un salto y partió á escape.

Por su parte Drouet, sin saber que era perseguido, iba como el viento.

Pero Drouet tenia un caballo de alquiler y Charny un corcel de buena raza. Resultó de ahí que á una legua de distancia, Charny ganó el tercio del camino que Drouet le llevaba en ventaja.

Entonces Drouet se vió perseguido, y dobló sus esfuerzos para escapar al que amenazaba alcanzario.

Al fin de la segunda legua, Charny habia continuado ganando en la misma proporeion, y Drouet se volvia mas amehudo y con creciente inquietud. Este habia marchado con tal rapidez, que se fué sin armas.

Tenia que andar todavía dos leguas antes de llegar á Clermont, pero era evidente que seria alcanzado á la tercera legua, y sin embargo, su ardor se reanimaba al pensar que tenia delante el coche del rey.



Decimos pensar y no ver, porque eran, como se sabe, las nueve y media de la noche, poco mas ó menos, y aunque estuviesen en los días mas largos del año, empezaba á dominar la oscuridad.

Drouet dobló su ardor apretando las espuelas y dando mas latigazos. Estaba á tres cuartos de hora de Clermont, pero Charly estaba á doscientos pasos de él.

Sin duda (Drouet sabia que no habia parada en Varennes), el rey continuaria su camino por Verdun.

Drouet empezaba á desesperar: antes de alcanzarse al rey le alcanzarian á él.

A media legua de Clermont oyó ya el galope del caballo de Charly y como sus relinchos contestaban los á relinchos del suyo.

Era preciso renunciar á su proyecto ó esperar de frente á su adversario, pero para esperar de frente á su adversario, ya lo hemos dicho, Drouet no tenia armas.

De repente, cuando Charly no estaba mas que á cuarenta pasos de él, cruzaron por delante de Drouet, algunos postillones. Drouet reconoció en ellos á los que acompañaban al rey.

—Ah! dijo, sois vosotros?... Camino de Verdun no es cierto?

—Como?... camino de Verdun? preguntaron aquellos.

—Digo, repitió Drouet, si los coches que habeis guiado siguen el camino de Verdun.

Y les pasó delante lanzando el caballo con un supremo esfuerzo.

—No, gritaron los postillones, camino de Varennes,

Drouet lanzó un rujido de alegría. Estaba salvado, pero el rey se hallaba perdido.

Si el rey hubiese tomado el camino de Verdun, se hubiese visto obligado—siguiendo una línea recta de Saint-Menehould á Verdun—se veía obligado, decimos, á seguir el camino recto.

Pero el rey habia tomado la carretera de Varennes á Clermont, y la carretera de Varennes se inclinaba á la izquierda, formando un ángulo cuasi agudo.

Drouet, se lanzó en el bosque de Aragonne, del cual conocia todos los senderos y aventajó un cuarto de hora al coche



del rey; además de esto, la oscuridad del bosque le protejía.

Charny, que conocía la topografía del país, cuasi tan bien como Drouet, comprendió que este se escapaba, y lanzando á su vez un grito de furor, crasi, al mismo tiempo que Drouet, dirigió su caballo por el estrecho llano que separaba el camino del bosque gritando:

—Detente! detente!

Pero Drouet se guardó muy bien de contestar; se inclinó sobre el cuello de su caballo escitándole con la espuela, el látigo y la voz.

Llegar al bosque era lo único que necesitaba y estaba salvado:

Pero para llegar hasta allí tenia que pasar á diez pasos de Charny.

Charny, cojió una de sus pistolas y apunó á Drouet.

—Detente, le dijo, ó eres muerto.

Drouet se inclinó mas sobre el cuello de su caballo, aguji-neándole mas y mas.

Charny, soltó el gatillo; pero solo brillaron en la oscuridad, algunas chispas del cebo.

Charny furioso lanzó su pistola á Drouet; cogió la otra, lanzóse al bosque trás del fugitivo, le vió al través de los árboles, y disparándole de nuevo, el tiro tampoco salió.

Entonces recordó que al lanzarse al galope, el señor de Dandoins le gritó algo que no comprendió.

—¡Ah! exclamó, me he equivocado de caballo, y sin duda me dijo que las pistolas no estaban cargadas. No importa, alcanzaré á este miserable y si es preciso le ahogaré entre mis manos.

Y persiguió de nuevo la sombra que entreveía en la oscuridad.

Pero apenas dió cien pasos cuando su caballo cayó en un foso; Charny rodó por encima de su cabeza, se levantó y saltó de nuevo en la silla; pero Drouet ya habia desaparecido.

He aqui de que modo Drouet escapó á Charny; he aqui porque pasó por la carretera, semejante á un fantasma amenazador, mandando detener á los postillones que conducian al rey.



Apenas Drouet se perdió en la ciudad, cuando oyó el galope de un caballo. Isidoro apareció por la misma calle que había tomado Drouet.

Llevaba las mismas noticias que había dado á los reyes el señor de Préfontaine.

Los caballos del señor de Choiseul, y los señores de Bouillé y de Raigecourt estaban al otro del pueblo, en la fonda del Gran Monarca. El tercer oficial, el señor de Rohrig, se hallaba en el cuartel con los húsares. Un mozo de café que cerraba el establecimiento le había dado estos detalles por seguros.

Pero en lugar de la alegría en que creía encontrar á los ilustres viajeros, vió que se hallaban sumidos en un profundo estupor.

El señor de Préfontaine se lamentaba, y los dos guardias de corps entreveían algo terrille y desconocido. Isidoro se detuvo en la mitad de su discurso.

—Que ha sucedido señores? preguntó.

—No habeis visto en esta calle un hombre que pasaba á escape?

—Si, señor, dijo Isidoro.

—Pues bien, este hombre es Drouet, dijo el rey.

—Drouet! exclamó Isidoro con profundo dolor. Entonces mi hermano ha muerto!

—La reina lanzó un grito y escondió la cabeza entre sus manos.





## CAPITULO XXIX.

### La torre del puente de Varennes.



Hubo un instante de indenfible abatimiento; la real familia se hallaba amenazada por un peligro desconocido, terrible, y detenida en la carretera general. Isidoro fué el primero que se animó.

—Señor, dijo, muerto ó vivo, no pensemos mas en mi hermano; pensemos en V. M. No hay que perder un instante; los postillones, conocen la fonda del Gran Monarca! A galope! á la fonda del Gran Monarca!

El señor de Préfontaine volvió temblando á su casa y cerró la puerta.

Isidoro galopó delante del coche. El caso era atravesar la ciudad y pasar el puente; atravesada la ciudad y pasado el puente, en cinco minutos estarian en la fonda del Gran Monarca.

El coche bajó á escape la pendiente que conducia á la parte baja del pueblo. Pero al llegar á la bóveda que estaba al lado del



punto y que estaba debajo la torre, notaron que una de las dos medias puertas se hallaba cerrada.

Abriéronla y vieron que dos ó tres carros privaban el paso del puente.

—Animo señores, dijo Isidoro, saltando del caballo y separando los carros.

En aquel momento se oyó gran ruido de tambores y campanas, dando la señal de alarma. Drouet continuaba su obra.

—Ah miserable, exclamó Isidoro apretando los dientes, si vuelvo á encontrarte....

Y con un esfuerzo admirable, separó uno de los carros, mientras que los señores de Malden y de Valory separaban el otro. Quedaba otro obstruyendo el paso.

—Separemos el último! gritó Isidoro.

Y el coche entró por debajo la bóveda. De repente detrás del tercer carro aparecieron las bocas de cuatro ó cinco fusiles.

—Si dais un paso mas sois muertos! dijo una voz.

—Señores, señores, dijo el rey sacando la cabeza por la portezuela, no forceis el paso: yo os lo mando!

Los dos oficiales é Isidoro retrocedieron un paso.

—¿Que nos quereis, preguntó el rey.

Al mismo tiempo se oyó un grito de horror que salia de dentro el coche. Además de los hombres que interceptaban el paso, dos ó tres mas se colocaron al lado del coche metiendo los cañones de sus fusiles por las ventanillas del mismo.

Uno de ellos apuntó al pecho de la reina.

—Fuego, fuegol gritaron varias voces.

Uno de aquellos hombres obedeció; por fortuna no salió el tiro. Isidoro levantó el brazo é iba a hundir su cuchillo de monte en el pecho de aquel hombre, cuando la reina le detuvo.

—Ah! señora; exclamó Isidoro, en nombre del cielo dejadme castigar á esta canalla.

—No, caballero, dijo la reina; el cuchillo en la vaina, lo ois?

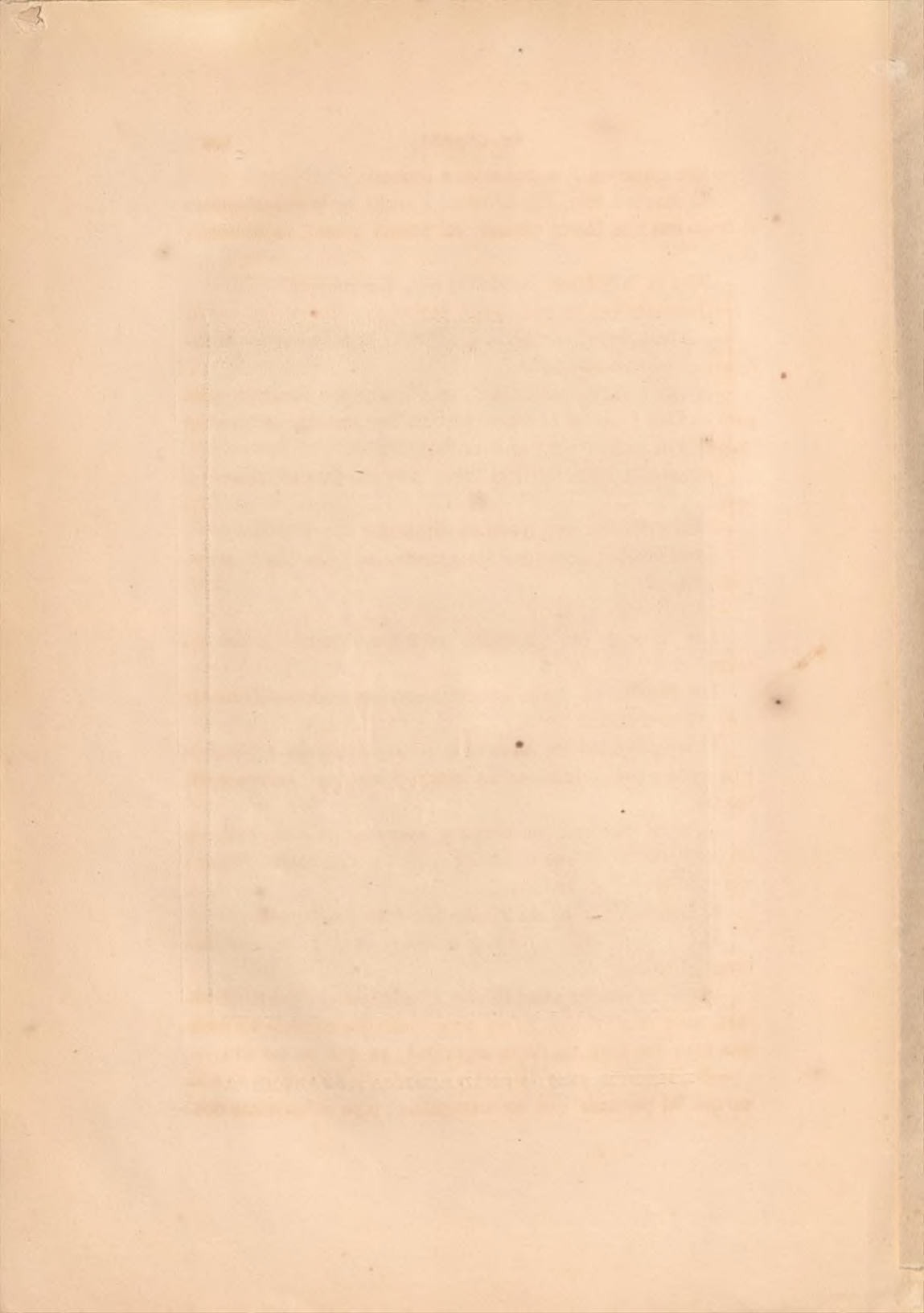
Isidoro obedeció á medias; separó su cuchillo de monte pero no lo metió en la vaina.





DETENCION DE LA REAL FAMILIA EN VARENNES.







—Ah! murmuró... si encuentro á Drouet!

—En cuanto á este, dijo la reina, á media voz y estrechándole el brazo con una fuerza estraña, en cuanto á este, os lo abandono.

—Pero en fin señores, replicó el rey, que quereis?

—Queremos ver los pasaportes, contestaron dos ó tres voces.

—Los pasaportes? corriente, dijo el rey. Id á buscar las autoridades y los enseñaremos.

—Mientras el rey contestaba, uno de aquellos hombres preparó su fusil y apuntó al coche; pero los dos guardias de corps se le echaron encima y trataron de sugetarle.

Durante la lucha salió el tiro, pero la bala no alcanzó á nadie.

—Ola! gritó una voz, quien ha disparado?

Aquel hombre sugeto por los guardias de corps, lanzó un rugido gritando:

—A mil señores, á mil!

Los cinco ó seis hombres armados, volaron á su socorro.

Los guardias de corps desenvainaron sus cuchillos de monte y se prepararon á la lucha.

El rey y la reina hacian inútiles esfuerzos para detener á unos y á otros; iba á empezar un combate terrible, encarnizado, mortal.

En aquel momento dos hombres se precipitaron en medio de los combatientes, el uno ceñido su pecho con una banda tricolor y vistiendo el otro un uniforme.

El hombre de la banda tricolor era el alcalde Sausse.

El que vestia uniforme era el comandante de la guardia nacional, Hannonet.

Detras de ellos se veian brillar, á la luz de dos ó tres antorchas, unos veinte fusiles. El rey comprendió que aquellos dos hombres eran una garantia de su seguridad, ya que no un socorro.

—Señores, dijo, estoy dispuesto á confiarme á vosotros, lo mismo que las personas que me acompañan; pero defendednos con-



tra las brutalidades de esta gente. Y señalaba á los hombres armados de fusiles.

—Abajo las armas! gritó Hannonet.

Aquellos hombres obedecieron murmurando.

—Dispensad, caballero, dijo al rey el alcalde; pero ha corrido la voz de que S. M. Luis XVI viajaba y nuestro deber es cerciorarnos de la verdad.

—Cercioraros de la verdad! esclamó Isidoro. Si es verdad que este coche encierra el rey, debéis arrodillaros á sus piés; si por el contrario no encierra mas que un simple particular, con qué derecho le deteneis?

—Caballero dijo Sausse dirigiéndose al rey, con vos es con quien hablo; quereis hacerme el honor de contestarme?

—Señor, dijo en voz baja Isidoro, alargad la conversacion; el señor de Damas y sus dragones nos siguen sin duda y no pueden tardar.

—Teneis razon, dijo el rey.

—Luego contestando al señor de Sausse.

—Y si están en regla nuestros pasaportes, nos dejareis seguir nuestro camino, caballero?

—Sin duda, dijo Sausse.

—Pues entonces señora baronesa, dijo el rey, dirigiéndose á la señora de Tourzel, tened la bondad de buscar vuestro pasaporte y entregadlo á estos señores.

La señora de Tourzel comprendió lo que el rey queria decir con estas palabras: «Tened la bondad de *buscar* vuestro pasaporte.»

Aquella empezó, efectivamente, á buscarlo en el bolsillo donde sabia que no estaba.

Sausse que al cabo de un rato conoció la estratagema, propuso á la real familia si querian descansar en su casa. Esta aceptó para alejar sospechas.

Entretanto las campanas y tambores continuaban propagando la alarma y la multitud que rodeaba el coche aumentaba á cada instante.



El carruaje emprendió la marcha.

—Oh! el señor de Damas, el señor de Damas murmuró el rey, mientras venga antes de que lleguemos á esta maldita casa!

La reina callaba; estaba pensando en Charny, ahogaba sus suspiros y detenía sus lágrimas.

Llegaron á la puerta de casa Sausse, sin haber oído hablar del señor de Damas. Que habia sucedido y porqué causa aquellos hombres con cuyo celo podian contar no cumplian las órdenes que habian recibido y el juramento que habian prestado? Vamos á decirlo en dos palabras, para que salgan de la oscuridad todos los pormenores de esta historia.

Hemos dejado al señor de Damas, mandando á los cornetas, que dieran la señal de marcha, á los cuales por mas seguridad, habia retenido en su casa.

En el momento en que oyó el primer toque, estaba sacando dinero y algunos diamantes de unos cajones.

Tal era su ocupacion, cuando se abrió la puerta del cuarto y aparecieron en el dintel algunos miembros del ayuntamiento.

Uno de ellos se acercó al conde.

—Que quereis? preguntó este sorprendido por aquella inesperada visita y levantándose para esconder un par de pistolas colocadas encima la chimenea.

—Señor conde, contestó uno de aquellos con cortesanía, deseamos saber porque partís á estas horas.

El señor de Damas miró con sorpresa al que osaba hacer semejante pregunta á un oficial superior del ejército.

—Toma! contestó, es muy sencillo, caballero: parto ahora porque así me lo han ordenado.

—Con qué fin partís señor coronel? repitió el pregunton.

El señor de Damas fijó en él una mirada de creciente sorpresa.

—Con que fin parto? Primeramente yo mismo lo ignoro, y luego, si lo supiese, tampoco os lo diria.

Los de la municipalidad se miraron unos á otros: así es que el que habia empezado á dirigir la palabra al señor de Damas prosiguió:



—Caballero, la municipalidad de Clermont desea que no marcheis esta noche, sino mañana por la mañana.

Sonrióse el señor de Damas con esta sonrisa del soldado á quien exigen sea por ignorancia ó para intimidarle algo incompatible con las leyes de la disciplina.

—Ah! dijo, la municipalidad de Clermont desea que me quede hasta mañana?

—Si.

—Pues bien, señores, decid á la municipalidad de Clermont que tengo el supremo disgusto de negarme á su deseo, puesto que ninguna ley, que yo conozca, da á la municipalidad de Clermont el derecho de interrumpir la marcha de las tropas. Por lo que á mi toca, solo recibo órdenes de mi gefe y he aqui la orden de marcha.—Y diciendo esto el señor de Damas, alargó á los comisionados la orden mencionada.

El mas próximo al conde, la cogió y la entregó á sus compañeros mientras que el señor de Damas, cogia las pistolas que tenia en la chimenea y que ocultaba con su cuerpo.

Despues de haber examinado con sus cólegas el papel que le habían entregado:

—Caballero, dijo el miembro de la municipalidad que ya habia dirigido la palabra al señor de Damas, tanto mas debemos oponernos á esta orden cuanto parece necesario su cumplimiento. Os anuncio, pues, que desde este momento quedais preso.

—Y yo, señores, dijo el conde, enseñando sus pistolas, yo, señores, os anuncio que voy á partir.

Los miembros del ayuntamiento no esperaban aquella amenaza: un sentimiento de espanto ó de sorpresa, hizo que abrieran paso al señor de Damas; este salió; lanzóse hácia la antesala cuya puerta cerró con llave, precipitose por la escalera, encontró su caballo en la puerta, saltó en su silla, dirigióse á escape hácia la plaza, donde se reunia el regimiento y viendo al señor de Floirac, uno de sus oficiales que encontró á caballo:

—Es preciso salir de este paso como podamos, le dijo, pero lo que importa mas es salvar al rey.



Para el señor de Damas, que ignoraba la partida de Drouet de Santa Monehoulda, que no conocía mas que la insurrección de Clermont, el rey estaba salvado, puesto que se hallaba fuera de Clermont y que iba á llegar á Varennes, donde se encontraba la parada del señor de Choiseul y los búsaes de Lanzun, mandados por los señores de Bouillé y de Raigecourt.

Sin embargo, para mayor precaucion, dirigiéndose al capitan del regimiento que habia llegado á la plaza, junto con algunos dragones:

—Señor Rany, le dijo en voz baja, marchad; seguid el camino de Varennes, id á escape, y alcanzad los coches que acaban de pasar: va en ello vuestra cabeza.

El capitan partió con cuatro dragones: pero al salir de Clermont, llegando á un lugar en que el camino se dividia en dos, tomó el malo y se perdió.

Todo salia fatalmente.

La tropa formaba lentamente en la plaza. Los municipales encerrados en la casa del señor Damas, habian salido fácilmente de su prision forzando la puerta, y luego, escitaron al pueblo y á la guardia nacional, que se reunía con una actitud muy distinta de los dragones. El señor de Damas conocia que se necesitaba muy poco para que le apuntaran cuatro ó cinco fusiles al menor movimiento, lo cual no dejaba de inquietarle. Veía á sus soldados preocupados, y repasaba sus filas para animar su celo. Aunque no estuviesen todos reunidos, juzgó que era necesario partir. Dió la orden de marchar, pero nadie se movió.

Los dragones sobornados por el ayuntamiento no obedecieron al señor de Damas.

Al principio, el señor de Damas que habia dado á media voz la orden de partir, creyó que no la habian oido; volviése y vió que los dragones de la segunda fila se habian apeado y fraternizaban con las masas. Desde entonces comprendió que nada mas podia esperar de aquellos hombres. Reunió á su alrededor á sus oficiales, y con una espresiva mirada:

—Señores, les dijo, los soldados nos son traidores... de los sol-



dados acudo á los oficiales. Quien quiera que me siga á Varennes; é hincando las espuelas en los hijares de su caballo, lanzóse el primero á través de la multitud, siguiéndole el señor de Floirac y tres oficiales mas.

Estos tres oficiales, ó mas bien subtenientes, eran el ayudante Fué y los señores de Saint-Charles y la Poterie.

Cinco ó seis dragones fieles, destacáronse de las filas y siguieron tambien al señor de Damas.

Algunas balas que se enviaron á estos heroicos fugitivos, se perdieron inútilmente.

He aquí por qué el señor de Damas y sus dragones, no pudieron socorrer al rey, enando este fué detenido en la torre de Varennes.





## CAPITULO XXX.

### La casa del señor de Sausse.



La casa de Sausse, ó por lo menos, la parte que de ella vieron los ilustres prisioneros y sus colegas de infortunio, se componia de una tienda de comestibles en el fondo de la cual y á través de una puerta vidriera se veia un comedor desde donde se podia ver, estando comiendo, á los compradores que entraban en la misma. Por otra parte avisaba el ruido que hacia una campanilla al abrirse la puerta de la tienda.

En un ángulo de aquella, veíase una tosca escalera que conducia al primer piso.

Este primer piso se componia de dos cuartos; el primero, colocado encima del almacén, estaba llenos de fardos aglomerados en el suelo, de velas suspendidas del techo, de panes de azúcar colocados en la chimenea con sus gruesos papeles azules, y con su casquete gris que quitaban para ver su blancura y buena calidad. El segundo, era el cuarto del propietario del establecimiento des-pertado por Druet, cuyo cuartó dejaba ver todavia las señales de la precipitacion conque aquel se levantó.



La señora de Sauusse, medio vestida, salió del primer cuarto, atravesaba el segundo, y aparecía en lo alto de la escalera en el momento en que la reina, el rey, sus hijos y madama Isabel entraban en la tienda.

Precediendo á algunos pasos á los viajeros, entró primero el alcalde.

Mas de cien personas de las que acompañaban el coche se quedaron delante la casa de Sausse, que estaba situada en una plazuela.

—Veamos, dijo el rey entrando.

—Veamos, caballero, repitió Sausse, hemos hablado de pasaporte; si la señora, que dice ser la dueña del carruaje, tiene á bien enseñarme el suyo lo llevaré á la municipalidad, donde está reunido el consejo, para ver si es aceptable.

Como en rigor el pasaporte dado por madama de Korf al conde de Charny y por el conde de Charny á la reina estaba corriente, el rey hizo seña á madame de Tourzel para que lo entregara.

Esta sacó del bolsillo el precioso papel y lo entregó á Sausse, el cual encargó á su muger que recibiera convenientemente á los misteriosos viajeros, y salió en direccion á las casas consistoriales. En el consejo hallábase Drouet, entusiasmado á los concejales: el señor Sausse entró con el pasaporte en la mano. Todo el mundo sabia que los viajeros habian sido conducidos á su casa: asi es que á su llegada, reinó el mas profundo silencio. Sausse mostró aquel documento.

Hemos indicado ya la forma de este pasaporte; el lector sabe que estaba en regla. A si es, que despues de haberle leído:

—Señores, dijo el alcalde, el pasaporte es perfectamente bueno.

—¿Bueno? repitieron ocho ó diez voces con sorpresa.

Y al mismo tiempo alargaban las manos para cogerle.

—Sin duda alguna, dijo el alcalde; puesto que lleva la firma del rey, y alargó el pasaporte á algunas manos estendidas que se apoderaron de él al instante.

La cuestion no era fácil de resolver por el ayuntamiento de un pueblo como Varennes. Deliberaron. Viendo que la deliberacion



llevaba trazas de prolongarse demasiado, el alcalde determinó volver á su casa.

Encontró á los viajeros de pié en la tienda. La señora de Sausse habia insistido para que subieran á su cuarto; luego insistió para que se sentaran en el despacho, y luego para hacerles tomar algo; pero ellos lo reusaron todo.

Les parecía que sentándose, ó ocupando algo de aquella casa, harian una concesion á los que les habian detenido y que renunciaban á su partida, objeto de sus mas ardientes deseos.

Todas sus facultades estuvieron por decirlo asi, suspensas hasta la llegada del amo de la casa que debia, segun ellos, llevar la decision de la municipalidad acerca el importante punto del pasaporte.

De repente le vieron atravesar por entre la multitud que obstruia la puerta y que hacia esfuerzos para entrar en su casa.

El rey dió tres pasos hácia su encuentro.

—Y bien? le preguntó con una ansiedad que trataba en vano de disimular, y bien? y el pasaporte?

—El pasaporte, contestó el señor de Sausse, ha provocado en este momento una discusion en la municipalidad.

—Como! esclamó Luis XVI dudan de su validéz?

—No, pero dudan que pertenezca á Mad. de Korf, y corre la voz de que son el rey y su familia los que tenemos el honor de hospedar en nuestra casa....

Luis XVI titubeó un instante; luego tomando una resolución decisiva:

—Pues bien, si señor, dijo, yo soy el rey! he aqui la reina y mis hijos! ruegoos que nos trateis con la consideracion que siempre han tenido los franceses para con sus reyes!

Ya lo hemos dicho, la puerta de la calle habia quedado abierta un gran número de curiosos la obstruian; las palabras del rey fueron oidas tanto por la gente de fuera como por la de dentro.

La reina comprendió entonces que no podia continuar por mas tiempo á la vista de todo el mundo y esclamó:



—Aceptamos lo que nos ha ofrecido Mad. Sausse y subamos al primer piso.

El señor de Sausse tomó una luz y se dirigió á la escalera para guiar á sus ilustres huespedes.

Durante este tiempo, la noticia de que efectivamente el rey se hallaba en Varennes y que acababa de confesarlo por su propia boca, circulaba velozmente y se esparcía por el pueblo.

Poco despues un hombre entraba alarmado en la municipalidad.

Señores, dijo, los viageros detenidos en casa del señor Sausse son efectivamente el rey y la familia real! Acabo de oirlo de boca del mismo rey.

Los miembros del ayuntamiento quedaron aturridos.

Al mismo tiempo se oía grande rumor en la calle y el tambor y las campanas tocaban á rebato.

Ahora bien: como todo este ruido no atraía al centro de la poblacion y cerca de los fugitivos al señor Bouillé, al de Roigecourt y á los húsares que se hallaban en la parada de Varennes para esperar al rey?

Vamos á decirlo.

Hácia las nueve de la noehé, los dos jóvenes oficiales acababan de entrar en la fonda del Gran Monarca, cuando oyeron el ruido de un coche.

Los dos estaban en una sala del entresuelo y corrieron á la ventana.

Este carruage era un cabriolé.

Pero el viagero que percibieron no era el rey; era un ridículo personage, con sombrero de anchas alas y enorme paletó.

Daban un paso hácia atras cuando el viagero exclamó:

—Señores: uno de vosotros no es el caballero Julio de Bouillé?

—Si señor, dijo uno de aquellos, soy yó.

—En este caso, dijo el hombre del ancho sombrero y enorme paletó, tengo que decirs muchas cosas.

—Caballero, dijo el de Bouillé, estoy dispnesto á oirlas aunque no tenga el honor de conoceros; pero tomaos la molestia de bajar



de vuestro carruaje y entrar en la fonda y trabaremos relaciones.

—Con mucho gusto caballero, dijo el del paletó, y saltando del coche sin tocar el estribo, entró precipitadamente en la fonda.

El caballero observó que parecía asustado.

—Ah! caballero! dijo el desconocido, vais á darme los caballos que teneis aqui, no es verdad?

—Como! los caballos que tengo aqui? dijo el señor de Bouillé medio asustado á su vez.

—Si, si, vais á darmelos, no teneis necesidad de ocultarme nada: soy de la partida; todo lo sé.

—Caballero, permitidme deciros que la sorpresa me impide contestaros, replicó el señor de Bouillé, y que no entiendo una palabra de cuanto estais diciendo.

—Os repito que lo sé todo, insistió el viajero; el rey ha salido de Paris anoche, pero no hay apariencias de que haya podido continuar su viage; asi lo he dicho al señor de Damas y ha hecho retirar sus guardias; el regimiento de dragones se ha subleado; hay una insurreccion en Clermort..... he tenido mucho trabajo para pasar, y á decir verdad no pensaba poder contarlo.

—Pero en fin, dijo con impaciencia el señor de Bouillé, quien sois?

—Soy Leonard, peluquero de la reina. Como! no me conocéis? Figuraos que el señor de Choiseul á pesar de mis quejas me ha llevado consigo... Yo le llevaba los diamantes de la reina y de Mad. Isabel; y cuando pienso caballero, que mi hermano, del cual llevo el sombrero y el paletó, no sabe lo que me ha sucedido y que esta pobre señora de Aage que me esperaba ayer para peinarla, me espera todavia á estas horas. Oh! Dios mio, Dios mio! que historia tan desgraciada!

Y Leonard levantó sus brazos al techo con gran desesperacion.

El señor de Bouillé empezaba á comprender.

—Ah! sois el señor Leonard! dijo.

—Claro que soy Leonard, replicó el viajero, suprimiendo como los grandes hombres el tratamiento de señor que acababa de darle



el de Bouillé; y ahora que me conocéis vais á darme vuestros caballos, no es verdad?

—Señor Leonard, dijo el de Bouillé obstinándose en encerrar al ilustre peluquero en el círculo de los hombres comunes; los caballos que aquí tengo son del rey y nadie se servirá de ellos sino el rey.

—Pero, puesto que os digo, caballero que no es probable que el rey pase...

—Es verdad, señor Leonard, pero el rey puede pasar, y si pasa y no encontrase sus caballos y le digera que os los he dado, tal vez me diría que alego una pésima razon.

—¡Cómo una pésima razon! dijo Leonard. ¿Creeis que en una circunstancia estrema como en la que nos encontramos, el rey me reprocharia el haber cogido sus caballos?

El gentil-hombre no pudo contener una sonrisa.

—Yo no pretendo, contestó, asegurar que el rey os reprochase el haberle tomado sus caballos, pero vería seguramente que yo obraría muy mal si os los diera.

—Ah, dijo Leonard, ah diablo!.. no había mirado la cuestion bajo este punto. Me rehusais, pues, los caballos, señor gentil-hombre?

—Desde luego!

Leonard suspiró.

—Pero al menos, prosiguió volviendo á la carga, me ayudaréis á encontrar otros?

—Oh, en cuanto á esto, mi querido señor Leonard, dijo el de Bouillé, no tengo inconveniente.

Leonard era un compañero que comprometía fácilmente; no solo hablaba alto sino que añadia á sus palabras cierta pantomima muy espresiva, y esta pantomima, gracias á las alas de su sombrero, y á lo ancho de su paletó, tomaba un carácter extravagante. El ridiculo, pues, no dejaba de reflejarse algo en sus interlocutores.

Bajo este concepto, el señor de Bouillé tenia gran prisa en desembarazarse de Leonard.



Llamó al fondista, y le rogó que buscara caballos que pudiesen conducir al viagero, hasta Dun, y una vez hecha esta recomendación, abandonó a Leonard á su buena fortuna, diciéndole, lo cual era cierto, que iba en busca de noticias.

Los dos oficiales, el señor de Bouille y el de Raigecourt, volvieron á entrar en la ciudad; la atravesaron completamente, hicieron un cuarto de legua de camino en la carretera de Paris; no vieron ni oyeron nada, y empezando á creer que el rey, que llevaba nueve ó diez horas de atraso, aún no pasaria, se volvieron á la fonda.

Leonard acababa de partir. Estaban dando las once.

Esperaron hasta las doce. A las doce se echaron en la cama, pero sin desnudarse. A las doce y media les despertaron el tambor y las campanas tocando á rebato. Se asomaron á la ventana y vieron que el pueblo estaba conmovido, corriendo, ó mas bien, precipitándose hácia la casa de la villa.

Muchos hombres armados corrian en la misma direccion. Estos hombres, unos llevaban fusiles, otros escopetas y algunos iban simplemente armados de sables, espadas ó pistolas.

Los dos gentil-hombres fueron á las cuadras y comenzaron por sacar los caballos del rey, sucediera lo que sucediera, y los llevaron fuera del pueblo con objeto de que si aquel lo atravesaba los encontrara.

Luego volvieron á buscar los suyos propios.

Pero estas idas y venidas habian escitado las sospechas, y para salir de la fonda con sus corceles, habian tenido que sostener una lucha en la que les dispararon dos ó tres tiros.

Al mismo tiempo, en medio de los gritos y amenazas, habian oido que el rey acababa de ser detenido y llevado á casa del alcalde.

Se reunieron en consejo para ver lo que tenian que hacer. Debían reunir los húsares y probar un esfuerzo para libertar al rey? ¿Debían montar á caballo y avisar al marqués de Bouillé, que probablemente encontrarían en Dun, y de fijo en Stenay?

Dun no distaba mas que cinco leguas de Varennes; Stenay no distaba mas que ocho; en hora y media podían ir á Dun, en dos á



Stenoy y marchar inmediatamente hácia Varennes con el pequeño cuerpo de ejército que mandaba el señor de Bouillé.

Tomaron este último partido, y á las doce y media, á la misma hora en que el rey se decidia á subir al cuarto del alcalde, abandonaron su puesto y partieron como un rayo hácia Dun.

Este socorro era uno de los inmediatos que esperaba el rey, y sin embargo tambien se le escapaba.





## CAPITULO XXXI.

### Un consejo desesperado.



El lector recordará, en que situacion se hallaba el señor de Choiseul mandando el primer puesto de Pont-de-Sommevesle. Viéndose con la insurreccion á su alrededor, y queriendo evitar una lucha, habia dicho negligentemente, que no queria esperar mas, por que probablemente habia pasado ya el tesoro, y se retiró hácia Varennes.

Pero para no pasar por Santa-Menehoulda que ya estaba insurreccionada, habia tomado por el atajo, teniendo cuidado hasta de dejar la carretera general, de andar al paso á fin de que el postillon de vanguardia pudiese alcanzarles.

Pero este no le alcanzó, y en Orvebal, tomó por el atajo. Tras de él paso Isidoro.

El señor de Choiseul, estaba convencido de que algun acontecimiento imprevisto habia turbado la marcha del rey. Por otra parte si tenia la dicha de equivocarse, y si el rey continuaba su viaje, no encontraría al señor de Dandoins en Santa Menehoulda y al señor de Damas en Clermont?



Ya hemos visto lo que había sucedido al señor de Dandoins detenido con su gente en la municipalidad y al señor de Damas que tuvo que huir cuasi solo. El señor de Choiseul que tomó el atajo por Orvebal, llegó al anochecer al bosque de Varennes en el mismo momento en que Charny entraba por la otra parte del bosque para perseguir á Drouet.

En el último pueblo, es decir, en Neuville-au-Pont, tuvo que perder media hora esperando un guia. Durante este tiempo tocaban las campanas en todos los pueblos cercanos y los lugareños arrastraban consigo una retaguardia de cuatro húsares. El señor de Choiseul prevenido oportunamente, no pudo llegar hasta ellos sino arremetiendo con furia; los cuatro húsares fueron libertados. Pero desde este momento, redobló el furor de las campanas, y no cesaron de tocar.

El camino, á través del bosque, era sumamente difícil, y hasta amenudo, peligroso. El guia, fuera propósito, fuera sin querer, extravió al pequeño ejército para bajar ó subir algún monte escarpado, y los húsares se veían en la precision de andar á pié; á veces era tan estrecho el camino, que tenían que andar uno tras otro; un húsar se cayó en un precipicio y como por sus gritos conocieran que no estaba muerto, sus camaradas reusaron abandonarle. Para salvarlo perdieron tres cuartos de hora; estos tres cuartos de hora fueron justamente aquellos en que el rey, detenido, se vió obligado á bajar del coche é ir á casa de Sausse.

A las doce, mientras el señor de Bouillé y el de Raigecourt huían por el camino de Dun, el señor de Choiseul con sus cuarenta húsares, se presentaba á la otra estremidad del pueblo. Al llegar al puente se encontró una barricada. «¿Quién vive?» le gritaron. Este quien vive lo daba un guarda nacional que estaba de centinela.

—Francia! Lanzón! Húsares! contestó el señor de Choiseul.

—Alto! contestó el guarda nacional.

Y llamó á su socorro. En el mismo momento se notó gran movimiento en la poblacion; viéronse acercarse entre las tinieblas



grupos de hombres armados y á la luz de las hachas y lucas que salían de las ventanas, brillar fusiles por las calles.

No sabiendo con quien trataba, ni lo que habia sucedido, el señor de Choiseul, quiso ante todo, enterarse. Pidió, desde luego, que se le dejára hablar con el destacamento que estaba de parada en Varennes; esta peticion ocasionó muchas preguntas y respuestas: al fin decidieron conceder este favor al señor de Choiseul.

Pero mientras tomaban esta decision y se ejecutaba, el señor de Choiseul pudo observar que los guardias nacionales aprovechaban el tiempo y preparaban sus medios de defensa haciendo otras barricadas con árboles y dirigiendo hácia él y sus cuarenta hombres las bocas de dos cañones. Cuando acababan este trabajo llegó la partida de húsares; pero llegaba desmontada; los hombres que la componian no sabian nada sino que el rey, segun les dijeron, acababa de ser detenido y conducido á casa el alcalde.

Aquellos húsares á su vez, habian sido sorprendidos y desmontados por el pueblo.

Ignoraban que se habia hecho de sus compañeros.

Cuando acababan de dar estas esplicaciones, el señor de Choiseul vió que en medio de la oscuridad se adelantaba una partida á caballo y al mismo tiempo oyó gritar: «¿Quién vive?»

—Francia! contestó una voz.

—¿Qué regimiento?

—Dragones!

A estas palabras se oyó un tiro disparado por un guardia nacional.

—Bueno, dijo en voz baja el señor de Choiseul al subteniente que cerca de él se hallaba, ahí tenemos al señor de Damas y á sus dragones.

Y sin esperar mas y desembarazándose de dos hombres que habian cogido la brida de su caballo, saltó por sobre los que le detenian, forzó el paso y penetró por las calles que en aquel entonces ya se hallaban inundadas de gente.

Al acercarse á la casa de Sausse, vió al coche del rey sin ca-



ballos y luego una plazuela, donde, frente una casa, se veía una considerable guardia.

Para no dejar la tropa en contacto con el pueblo, se fué directamente al cuartel de húsares, cuya situación conocía.

El cuartel estaba vacío y encerró en él á sus cuarenta húsares.

Mientras el señor de Choiseul salía del cuartel, dos hombres que venían de las casas consistoriales le prendieron y le intimaron que se entregase al ayuntamiento.

Pero el señor de Choiseul que no estaba lejos de sus húsares les despachó diciéndoles que se entregaría á la municipalidad cuando fuera tiempo, y mandó en voz alta á los centinelas que no dejaran entrar á nadie.

Dos ó tres mozos de cuadra se habían quedado en el cuartel: el señor de Choiseul les interrogó y supo por ellos que los húsares no sabiendo lo que se había hecho de sus gefes, habían seguido los paisanos que les habían venido á buscar, y diseminados por la ciudad bebían con ellos.

Al saber esta noticia el señor de Choiseul volvió al cuartel.

No le quedaban más que los cuarenta hombres cuyos caballos habían hecho veinte leguas en aquel mismo día. Hombres y caballos estaban muy fatigados.

Sin embargo, no podía transigir con su situación. El señor de Choiseul empezó por pasar revista á las pistolas para ver si estaban cargadas. Luego dijo en alemán á los húsares —que no comprendían el francés y que de consiguiente no habían entendido nada de lo que pasaba á su alrededor— les dijo que estaban en Varennes, que el rey la reina y la familia real acababan de ser detenidos, y que debían arrancarlos de manos de los que les tenían sujetos.

La arenga fué corta pero enérgica. Al parecer hizo en los húsares una viva impresión. «Der Kæ nig! die Kaenigin!» repetían con sorpresa.

El señor de Choiseul no les dió tiempo para desanimarse; empuñó el sable y á cuatro de frente se dirigió al trote hácia la casa donde había visto una guardia, sospechando que fuera allí donde el rey se encontraba prisionero.



Allí en medio de los gritos de los guardaís nacionales, y sin hacerles caso, colocó dos centinelas en la puerta y se apeó para entrar en la casa.

En el momento que iba á pasar el dintel recibió un golpe en la espalda. Volvióse y vió al conde Cárlos de Damas, cuya voz reconoció al contestar al quien vive de los guardaís nacionales.

Tal vez el señor de Choiseul habia contado con este auxilio.

—Ah! sois vos, dijo, ¿babeis venido con fuerzas?

—Estoy solo, ó cuasi solo, contestó el señor de Damas.

—¡Cómo!

—Mi regimiento ha rehusado seguirme y estoy aquí con cuatro ó cinco hombres.

—Es una desgracia, pero no importa, me quedan mis cuarenta húsares: veamos lo que puedo hacer con ellos.

El rey recibia una diputacion del ayuntamiento á cuyo frente se hallaba Sausse.

Esta diputacion venia á decir á Luis XVI:

Que puesto que era cierto que los habitantes de Varennes tenían el honor de poseer á su rey, venian á recibir sus órdenes.

—Mis órdenes? repuso el rey, entonces haced de modo que preparen mis carruages y que parta lo mas pronto posible.

El ayuntamiento iba á contestar á aquella peticion, cuando se oyó el galope de los caballos del señor de Choiseul.

La reina se estremeció; en sus ojos brilló un rayo de alegría.

—Estamos salvados! murmuró al oido de madama Isabel.

—Dios lo quiera! contestó aquel ángel de resignacion.

El rey se levantó y esperó. Los miembros del ayuntamiento se miraron con inquietud. En aquel instante se oyó un fuerte ruido en la antecámara custodiada por campesinos armados de hoces; se preguntó, se respondió, se trabó una lucha, y el señor de Choiseul apareció por fin en el dintel de la puerta, sin sombrero, y espada en mano.

Detras de él se veia, pálido, pero resuelto, al señor de Damas.

Habia tal espresion de amenaza en la mirada de los dos oficiales que los diputados del ayuntamiento se separaron, dejando li-



bre el espacio que separaba á los recién venidos del rey y su familia.

Cuando entraron en el interior del cuarto, este presentaba el siguiente cuadro.

El rey y la reina, de pié, escuchaban á los diputados; cerca la ventana estaban madama Isabel y madama Real; en una cama dormía el delfin rendido de cansancio; á su lado la señora de Tourzel estaba sentada con la cabeza apoyada en sus manos, y de pié, detras de ella, se veían á las señoras de Brunier y de Neuville; en fin, los guardias de corps é Isidoro de Charny rendidos á la vez de dolor y cansancio, se perdían en el fondo medio echados sobre unas sillas.

Al ver al señor de Choiseul, la reina atravesó el cuarto en toda su longitud, y tomándole la mano:

—Ah, señor de Choiseul, le dijo, sois vos?.. Sed bien venido.

—Desgraciadamente, señora, dijo el duque, llego muy tarde, segun parece.

—No importa si habeis llegado con un buen refuerzo.

—Ah! señora estamos cuasi solos. El señor de Dandoins ha sido detenido con sus dragones por la municipalidad de Santa Menehulda, y el señor de Damas ha sido abandonado por los suyos.

La reina movió la cabeza tristemente.

—Pero, prosiguió el señor de Choiseul, dónde está el señor de Bonillé? dónde el señor de Raigecourt?

Y el señor de Choiseul los buscaba mirando á su alrededor. Durante este tiempo el rey se le habia acercado.

—No los hemos visto, dijo.

—Señor, dijo el de Damas, juro por mi honor que los creia muertos delante las ruedas de vuestro coche.

—¿Qué haremos? preguntó el rey.

—Salvaros, replicó el de Damas. Dad vuestras órdenes.

—Señor, exclamó el de Choiseul, tengo aqui cuarenta husares; han hecho veinte leguas en este mismo dia, pero aún pueden ir hasta Dun.

—¿Pero y nosotros? preguntó el rey.



—Escuchad, señor, contestó el de Choiseul, hé aquí según creo lo único que podemos hacer. Según os he dicho, tengo cuarenta húsares. Hago abandonar su caballo á siete de ellos; vos subireis en uno de éstos caballos teniendo al delfin en los brazos; la reina montará en un segundo caballo, madame Isabel en el tercero, madame Real en el cuarto, y las señoras de Tourzel de Neuville y de Branier, que no quereis abandonar, montaran los otros tres... Nosotros os envolveremos con los treinta y tres húsares montados; nós abriremos paso á sablazos y así tendremos alguna probabilidad de salvarnos. Pero reflexionad bien, señor, que esta es una medida que si quereis adoptarla se ha de tomar ahora mismo; porque dentro una hora, dentro media, tal vez mis húsares, serán, como los dragones, víctimas de la seducción.

El señor de Choiseul calló, esperando la contestacion del rey; la reina parecia adherirse al proyecto, y fijó los ojos en Luis XVI; le interrogaba con su ardiente mirada.

Pero este parecia evitarla, lo mismo que la influencia que en él podia ejercer.

En fin, mirando de frente al señor de Choiseul:

—Sí, dijo, bien se yo que este es un medio; tal vez el único; pero podeis responder de que en esta desigual matanza de treinta y tres hombres contra siete ú ocho cientos, ningun tiro matará á mi hijo ó á mi hija, á la reina ó á mi hermana?

—Señor, contestó el de Choiseul, si sucedia una desgracia semejante y sucedia por haber seguido mi consejo, no quedaria otro recurso que matarme delante V. M.

—Pues bien, entonces, dijo el rey, en lugar de dejarnos arastrar por este arriesgado proyecto racionemos friamente.

La reina suspiró y dió dos ó tres pasos hácia atrás. Por aquel movimiento que revelaba su pesar, encontró á Isidoro que, atraido por el ruido de los caballos y esperando siempre que este ruido era ocasionado por la llegada de su hermano, se habia acercado á la ventana.

La reina le dijo algunas palabras en voz baja é Isidoro se lanzó fuera del cuarto.



El rey prosiguió aparentando no haber notado lo que acababa de pasar entre Isidoro y la reina.

—La municipalidad, dijo, no rehusa dejarme pasar; pide solamente que espere aquí hasta el amanecer. No hablo del conde de Charny que nos muestra una fidelidad tan profunda y del cual no tenemos noticias. Pero los caballeros de Bouillé y de Raigecourt han marchado, segun me han dicho, diez minutos antes de nuestra llegada para avisar al marqués de Bouillé y venir con las tropas de que puedan disponer. Si estuviese solo seguiria vuestro consejo; pero con la reina, mis dos hijos, mi hermana y estas señoras, es imposible aventurarnos y mas con la poca gente que teneis. Luego sacó el relój. Van á dar las tres, continuó, el jóven Bouillé ha partido á las doce y media, su padre, probablemente, habrá colocado sus tropas á distancias progresivas; las primeras serán avisadas por el hijo y llegarán sucesivamente. Llegarán, pues, destacamentos durante toda la noche; á eso de las cinco ó las seis, pues, estará aquí el marqués de Bouillé, y entonces, sin que mi familia corra ningun peligro, sin ninguna violencia, dejaremos Varennes y seguiremos nuestro camino.

El señor de Choiseul reconoció lo lógico de este razonamiento y sin embargo, su corazon le decia que existen ciertos momentos en que no se debe escuchar la lógica.

Volvióse, pues, hácia la reina, y pareció suplicarla con la mirada que le diera otras órdenes ó al menos obtuviese del rey la revocacion de las que acababa de dar.

Pero ella moviendo la cabeza dijo:

—No quiero ninguna responsabilidad; el rey es quien debe mandar: mi obligacion es obedecer, por otra parte soy de la misma opinion del rey, el señor de Bouillé no tardará en llegar.

El señor de Choiseul se inclinó y dió algunos pasos hácia atras arrastrando consigo al señor de Damas, con quien tenia necesidad de hablar, é hizo al mismo tiempo señal á los guardias para que tomaran parte en el consejo que iba á celebrarse.



## CAPITULO XXXII.

**¡Pobre Catalina!**



El aspecto del cuarto habia cambiado un poco. Madama Real no pudo resistir la fatiga, y madama Isabel y la señora de Tourzel la habian acostado cerca su hermano. Aquella se habia dormido. Madama Isabel estaba de pié, cerca la cama, con la cabeza apoyada en uno de sus ángulos.

La reina llena de cólera, estaba cerca la chimenea, mirando alternativamente al rey que se habia sentado en una caja de mercancias, y á los cuatro miembros del ayuntamiento que deliberaban cerca la puerta.

Una muger octogenaria estaba de rodillas, cual frente un altar, cerca el lecho en que dormian los dos niños. Era la abuela del alcalde, que sorprendida por la hermosura de aquellos y el ademan imponente de la reina habia caido de rodillas, se deshacia en lágrimas y oraba en voz baja.

¿Cuál era la oracion que dirigia á Dios? Pedia que Dios perdonase á estos dos ángeles ó que estos perdonasen á los hombres?



Sausse y el ayuntamiento se habian retirado prometiendo al rey que los caballos se engancharian al coche.

Pero la mirada de la reina anunciaba que no daba fé á aquella promesa; asi es que el señor de Choiseul decia al de Damas, al señor de Floirac y al señor de Tout, que le habian seguido lo mismo que á los dos guardias de corps.

—Señores, no paremos mientes en la fingida tranquilidad del rey y de la reina; la cuestion no es del todo desesperada; pero considerémosla tal cual es.

Los oficiales hicieron señal de que escuchaban y de que el señor de Choiseul podia hablar.

—Es probable, continuó este, que á estas horas el señor de Bouillé esté avisado y que llegue aqui á eso de las cinco ó las seis de la madrugada, puesto que debe estar entre Dun y Stenay con un destacamento del Real-Aleman. Hasta es muy posible que su vanguardia llegue aqui media hora antes que él, porque en circunstancias como las que atravesamos todo lo que es posible debe ejecutarse; pero no debemos olvidar que nos rodean cuatro ó cinco mil hombres, y que luego en que vean las tropas del señor de Bouillé, corremos un peligro inminente y habrá una fermentacion espantosa. Querran arrastrar al rey fuera de Varennes, probaran de hacerle subir á caballo y llevarlo á Clemont, amenazarán su vida, harán tal vez alguna tentativa contra él; pero este peligro, señores, prosiguió el de Choiseul, no durará mas que un instante, y luego que haya sido forzada la barrera y estén los húsares en la ciudad, la derrota será completa. Solo, pues, debemos resistir diez minutos; somos diez: con la disposicion del local podemos esperar que no matarán mas que un hombre por minuto. En su consecuencia tenemos tiempo.

Los oyentes se limitaron á hacer una señal afirmativa.

Este celo hasta la muerte propuesto tan sencillamente, era aceptado con la misma sencillez.

—Pues bien, señores, hé aqui lo que nos tocará hacer, prosiguió el señor de Choiseul; al primer tiro que oigamos, á los primeros gritos que resuenen en el exterior, nos precipitaremos hácia



el primer cuarto, mataremos á cuantos esten allí, y nos apoderaremos de las ventanas y de la escalera... Hay tres ventanas; tres de nosotros las defenderán; los siete restantes se colocarán en la escalera, cuya forma de caracol hace mas fácil su defensa, puesto que un solo hombre puede resistir á cinco ó seis enemigos. Los cadáveres mismos de los que caigamos servirán de muralla á los demás; podemos, pues, apostar ciento contra uno que las tropas seran dueñas de la ciudad antes de que nos veamos degollados hasta el último; y aunque lo fuésemos, el puesto que ocuparemos en la historia será un premio á nuestro celo.

Los jóvenes se estrecharon las manos como debian hacerlo los espartanos en el momento del combate; luego cada cual ocupó su puesto de batalla: los dos guardias é Isidoro de Charny, debían guardar las tres ventanas que daban á la calle; el señor de Choiseul la parte baja de la escalera, luego tras de él el conde de Damas, luego el señor de Floirac, el de Tout y los otros dos subtenientes del regimiento de dragones que se habian conservado fieles al señor de Damas.

En el momento en que acababan de ser tomadas estas disposiciones oyóse en la calle un rumor extraño.

Era una segunda diputacion compuesta de Sausse, del comandante Hannonet y de tres ó cuatro miembros del ayuntamiento.

Se hicieron anunciar, y el rey, creyendo que venían á decirle que los caballos ya estaban dispuestos, mandó que les introdujeran.

Entraron; los oficiales que interpretaban cualquier gesto, cualquier signo, cualquier movimiento, creyeron observar en la fisonomia de Sausse cierta indecision, al paso que en la frente de Hannonet se retrataba un voluntad decidida que no les pareció de buen agüero.

Al mismo tiempo subia Isidoro de Charny; dijo algunas palabras á la reina en voz baja y volvió á bajar precipitadamente.

La reina dió un paso hácia atras y se apoyó en la cama donde descansaban los niños.



En cuanto al rey, interrogaba con la vista á los enviados y esperaba que le dirigieran la palabra.

Pero estos sin hablar se inclinaron ante el rey.

Luis XVI aparentó equivocarse sobre sus intenciones.

—Señores, dijo, los franceses no están mas que estraviados; pero su fidelidad al rey es verdadera. Asi es, que cansado de los ultrages continuos que recibo en mi capital, deseo retirarme en el fondo de mis provincias, donde estoy seguro de volver á encontrar el antiguo amor del pueblo para con sus soberanos.

Los comisionados se inclinaron de nuevo.

—Y en prueba de mi confianza en el pueblo, prosiguió el rey, mi escolta se compondrá de una mitad de guardias nacionales y de otra mitad de tropa, la cual me acompañará hasta Montmedy donde he decidido retirarme. En su consecuencia, os ruego, señor comandante que escojais vos mismo los hombres que me han de acompañar y que mandeis preparar mi coche.

Hubo un momento de silencio durante el cual, sin duda, Sausse esperaba que hablase Hannonet, y Hannonet que tomase la palabra Sausse.

Por fin Hannonet la tomó y como opusiera, aunque tímidamente alguna objecion á lo que el rey acababa de manifestar este replicó:

—Señores, no soy dueño de ir hácia donde me convenga? Soy á caso mas esclavo que el último de mis súbditos? No estoy tan aislado como parece. Tengo aquí, delante de la puerta cuarenta hombres fieles y diez mil soldados alrededor de Varennes; os mando, pues, señor comandante, que hagais enganchar al instante lo caballos en mi coche. Lo ois? lo mando! lo quiero!

La reina se aproximó al rey y le dijo en voz baja:

—Bien, bien, señor, juguemos nuestra vida pero no perdamos nuestro honor ni nuestra dignidad.

El rey continuó, dirigiéndose al comandante:

—De lo contrario vos sereis responsable de la sangre que yo rehusaba derramar, y en este caso vos, en realidad, sereis el responsable de esta desgracia.



Sausse y Hannonet se retiraron.

Su intencion era probablemente la de sublevar las masas. La reina lo conoció y dijo á Luis XVI:

—Señor, mostrémonos á este pueblo y veamos si está completamente gangrenado. En este caso acudamos á los soldados y animémosles con la voz y los ademanes. Es lo menos que merecen los que van á morir por nosotros!

El rey la siguió maquinalmente y salió con ella al balcon.

Toda la plaza, á la cual lanzaban sus miradas Luis XVI y Maria Antonieta, presentaba el espectáculo de una viva agitacion.

La mitad de los húsares del señor de Choiseul, estaban á pié: la otra á caballo; los que estaban á pié, arrastrados, perdidos en medio de los grupos de paisanos, dejaban que estos arrastraran sus caballos en todas direcciones. Los que estaban á caballo, parecian todavia sometidos al señor de Choiseul, el cual les hablaba en aleman.

Isidoro de Charny con su cuchillo de monte en la mano, parecia, indiferente á aquel tumulto, esperar á un hombre, bien como un cazador en acecho aguarda la pieza que trata de matar.

El grito de «el rey» el rey» resonó en aquel instante vociferado por quinientas bocas.

Eran en efecto el rey y la reina que aparecieron en la ventana: la reina, como hemos dicho, tenia al delfin en sus brazos,

Si Luis XVI hubiese vestido un uniforme, su mano hubiese sostenido un cetro ó una espada, si hubiese hablado con esta voz que aún en esta época, parecia al pueblo la voz de Dios ó de su enviado, tal vez hubiera ejercido sobre la multitud, la influencia que esperaba.

Pero el rey al apuntar la aurora, á la bastarda luz del crepúsculo, que deslucela misma hermosura, el rey con su paletó gris, con su peluca, con su barba que tenia ya tres dias, sus gruesos lábios, su mirada apagada, tartamudeando alternativamente estas palabras: «Señores, mis hijos... no podia inspirar aquel respeto que indudablemente hubiese inspirado en otras ocasiones! y sin embargo, el señor de Choiseul gritó: «viva el rye!» Isidoro de Char-



ny gritó «viva el rey,» y tal es el prestigio de los reyes, que no obstante el aspecto de Luis XVI que tan mal correspondía á la idea que se habian formado del gefe de una monarquía, algunas voces de entre la multitud repitieron: «viva el rey!»

Pero algunas voces sediciosas contestaron á aquel grito, y el desorden cundió en la plaza.

Desesperado el señor de Choiseul queria hacerse matar.

—Húsares! gritó; en nombre de vuestro honor salvad al rey!

Pero en aquel momento, en medio de unos veinte hombres armados un nuevo actor se lanzó en la escena.

Era Drouet que salía de la municipalidad.

—Ah! exclamó marchando hácia el señor de Choiseul, quereis llevaros al rey? pues bien, yo os digo no os lo llevareis sino muerto.

El señor de Choiseul dió á su vez un paso hácia Drouet con el sable levantado.

Pero estaba allí el comandante de la guardia nacional.

—Si dais un paso mas, dijo al señor de Choisenl, sois muerto!

A estas palabras se adelantó un hombre sin que gruposni amenazas pudieran detenerle: era Isidoro de Charny; el hombre al cual acechaba era el mismo Drouet.

—Atras, atras! gritó hendiendo la multitud con su caballo; este hombre me pertenece; y levantando el cuchillo de monte arremetió á Drouet.

Pero en el momento en que iba á alcanzarle, se oyeron dos tiros.

Se había disparado una pistola y un fusil.

La bala de la pistola se aplastó en el hombro de Isidoro.

La bala de fusil le atravesó el pecho.

Los dos tiros habian partido tan de cerca que el desgraciado se encontró envuelto por una ola de llamas y una nube de humo.

Estendió los brazos y murmuró:

—¡Pobre Catalina!

Luego, soltando el cuchillo de monte, cayó sobre su caballo y de la grupa del caballo cayó al suelo.





MUERTE DE ISIDORO DE CHARNY.







La reina lanzó un grito terrible; cuasi dejó caer al delphin, que tenia en sus brazos, se echó hácia tras y no pudo ver otro ginete que llegaba á escape del lado de Dun y penetraba por decirlo así, por el espacio que entre la multitud acababa de hacerse el pobre Isidoro.

Maria Antonieta se echó sobre un sillón con la cabeza apoyada en las manos pensando en que, por ella, acababa de morir ante sus ojos Isidoro de Charny como en otro tiempo murió su hermano Jorge.

Pero de repente se oyó en la puerta un fuerte ruido que la hizo levantar los ojos.

No queremos describir lo que pasó en aquel instante en aquel corazón de reina y de muger.

Oliverio de Charny, pálido y cubierto de sangre por el último abrazo que acababa de dar á su hermano, apareció en el dintel de la puerta.

El rey estaba anodado.





## CAPITULO XXXIII.

Charny.



El cuarto se habia llenado de guardias nacionales y estraños que la curiosidad habia conducido á aquel punto.

La reina contuvo su primer impulso que fué el de arrojar en brazos de Charny, borrar con su pañuelo la sangre de la que se hallaba cubierto, y decirle algunas de estas consoladoras palabras, que partiendo de ondo de un corazon, hacen vibrar las cuerdas de otro.

Pero Maria Antonieta no pudo hacer otra cosa que levantarse, estender los brazos hácia él y murmurar:

—Oliverio!..

Charny hizo una señal á la gente desconocida, y con voz dulce pero firme esclamó:

—Dispensad, señores, pero tengo que hablar á SS. MM.

Como los guardias nacionales murmuraran, Charny apretó sus lábios, frunció el entrecejo, entreabrió su capote bajo el cual brillaros los cañones de dos pistolas, y repitió con voz tal vez mas dulce que la primera vez, pero por este mismo mas terrible:



—Señores, he tenido el honor de deciros que debia hablar al rey y á la reina particularmente.

Y al mismo tiempo hacia un signo á la multitud para que saliera.

A estas palabras y á este poder que, ejerciéndolo Charny sobre si mismo, lo ejercia sobre los demás, el señor de Damas y los dos guardias de corps recobraron su energia, por un momento perdida, y emprendiendo con los curiosos y con los guardias nacionales hicieron despejar el cuarto.

Entonces comprendió la reina cuán útil hubiese sido en el coche del rey semejante hombre si la etiqueta no hubiese exigido que la señora de Tourzel no ocupara su lugar.

Charny miró en torno suyo como para asegurarse de que no existian, en aquel momento, mas que fieles servidores cerca la reina; luego acercándose á ellos, dijo:

—Señora, hème aquí. Tengo setenta húsares á las puertas de la poblacion; creo que puedo contar con ellos. Qué me ordenais?

—Oh! contestó la reina en aleman, decidme primero que os ha sucedido, mi pobre Charny.

Charny hizo signo á la reina de que el señor de Malden estaba alli y que hablaba el aleman.

—Ah! Ah! repuso la reina en francés; no os veíamos y ya os creíamos muerto.

—Desgraciadamente, señora, respondió Charny con profunda melancolia, aún no me ha tocado el turno; pero en cambio mi pobre hermano Isidoro...

Y no pudo contener una lágrima; luego murmuró:

—Pero ya llegará tambien mi dia...

—Charny, Charny! interrumpió la reina; preguntaba que os ha sucedido, y por qué desaparecisteis así.

Despues añadió á media voz y en aleman:

—Oliverio, nos habeis hecho mucha falta, á mi sobre todo.

Charny se inclinó.

—Creia, replicó, que mi hermano habia manifestado á la reina la causa que momentáneamente me alejó de ella.



—Sí, lo sé, habeis perseguido á ese hombre, á ese infame Drouet, y por un instante temimos que en esa persecucion os hubiera sucedido alguna desgracia.

—Me ha sucedido una gran desgracia en efecto; apesar de todos mis esfuerzos no he podido alcanzarlo á tiempo! Un postillon le dijo que el coche de V. M. en vez de seguir el camino de Verdun, habia tomado el de Varennes: entonces se lanzó hácia el bosque de Argonne, le disparé mis dos pistolas, pero las pistolas no estaban cargadas. Habia equivocado el caballo en Santa Menchoulda: tomé el del señor de Dandoins en lugar del mio. Qué quereis, señora! La fatalidad! No por eso he dejado de perseguirle en el bosque; pero yo ignoraba las sendas, y él conocia las mas insignificantes; además de esto la oscuridad se hacia á cada momento mas intensa; tanto como le he visto, le he perseguido como se persigue á una sombra, tanto como le oí, perseguí el ruido que hacia; pero el ruido y la sombra se extinguieron y me encontré solo, perdido en medio de la selva, extraviado en la oscuridad... Oh! Señora! soy hombre, bien lo sabeis; pero en aquel momento, en medio de aquel bosque, en medio de aquella oscuridad he vertido lágrimas de cólera, he lanzado gritos de rabia...

La reina le tendió la mano; Charny se inclinó, y apenas se atrevió á besarla.

—Pero nadie me ha respondido, continuó el conde, he andado errante toda la noche y al rayar el alba me he encontrado cerca el pueblo de Gebes, en el camino de Varennes á Dun...Habiais tenido la dicha de escaparos de Drouet como el se me escapó á mí? Era posible; entonces habiais atravesado á Varennes, y era inútil que yo me dirigiese á ese punto. Habiais sido detenidos en Varennes? entonces yo estaba solo y mi celo era inútil. Resolvi, pues, continuar mi camino hácia Dun. Antes de llegar á esta poblacion encontré al señor Deslon con cien húsares. Este caballero se hallaba muy inquieto, pero no tenia ninguna noticia; solo habia visto pasar, huyendo á todo escape hácia el lado de Stenay, al señor de Bouillé y al señor de Raigecourt. Por qué no le dijeron nada? Sin duda porque desconfiaban de él; pero yo que conocia al señor



de Deslon como un bueno y leal caballero adiviné que V. M. habia sido arrestada en Varennes, y que los señores de Bouillé y de Raigecourt huian é iban á avisar al general. Dijé todo esto al señor Deslon: le indiqué que me siguiera con sus húsares, dejando treinta de estos para guardar el puente de Meuse, y me complació al momento. Una hora despues llegábamos á Varennes; en una hora hicimos cuatro leguas. Inmediatamente queria empezar el ataque y derribarlo todo para llegar hasta donde se hallaba el rey y V. M.; pero encontramos barricadas sobre barricadas. Tratar de franquearlas hubiera sido una locura; entonces entré en parlamento: se presentó un gefe de la guardia nacional; le pedi permiso para reunir mis húsares, á los que se hallaban ya en el pueblo, y se me negó; pedi para que se me permitiera tomar órdenes del rey, y como se dispusieran sin duda á negarme esta peticion lo mismo que la primera, di un espuelazo á mi caballo, salté la primera barricada, luego la segunda, y corriendo al galope y tomando por guia los gritos que á lo lejos se oian, llegué á la plaza, en el momento en que V. M. lanzándose hácia atrás abandonaba el balcon. Y ahora, continuó Charny, aguardo las órdenes de V. M.

La reina estrechó las manos de Charny entre las suyas. Luego volviéndose hácia el rey que continuaba sumergido en su estupor.

—Caballero, le dijo, habeis oido lo que acaba de decir vuestro fiel servidor el conde de Charny?

Pero el rey no contestó.

Entonces la reina se levantó y se acercó hácia él.

—Señor, continuó, no hay tiempo que perder, y por desgracia hemos perdido mucho. Hé aqui al señor de Charny que dispone de sesenta hombres y que solicita vuestras órdenes.

El rey movió la cabeça.

—Señor, en nombre del cielo, exclamó la reina, vuestras órdenes.

Y Charny imploraba con los ojos mientras que la reina imploraba con la voz.



—Mis órdenes? repitió Luis XVI; no tengo órdenes que dar..  
Haced lo que se pueda.

—Bien, dijo la reina: he ahí lo que pedimos.

Y cogiendo á Charny del brazo, le dijo:

—Teneis libertad para todo: haced, como ha dicho el rey, cuanto se pueda.

Y luego añadió en voz baja:

—Pero obrad pronto y con vigor; de lo contrario estamos perdidos!

—Está bien, señora, contestó Charny; dejadme conferenciar un momento con estos señores y lo que decidamos, se egecutará inmediatamente.

En aquel momento entró el señor de Choiseul. Llevaba en la mano algunos papeles envueltos en un pañuelo ensangrentado. Los entregó sin decir nada á Charny.

El conde comprendió que eran los papeles que se habían encontrado sobre el cadáver de su hermano; alargó la mano para recibir el sangriento legado, acercó el pañuelo á sus lábios y lo besó repetidas veces.

La reina no pudo contener un sollozo; pero Charny no se volvió y metiendo aquellos papeles en su pecho, dijo:

—Señores, podeis ayudarme en el último esfuerzo?

—Estamos dispuestos á sacrificar nuestra vida, contestaron los jóvenes.

—Creéis que podeis responder de una docena de hombres que han quedado fieles?

—Nosotros somos ocho ó nueve.

—Pues bien, vuelvo al lado de mis setenta húsares; mientras atacaré las barricadas de frente, vosotros hareis fuego por detrás: á favor de este fuego, asaltaré las barricadas, y cuando estemos rennidos, llegaremos hasta aquí y salvaremos al rey.

Por única respuesta aquellos jóvenes tendieron su mano á Charny. Entonces este se volvió hácia la reina.

—Señora, la dijo, dentro una hora V. M. estará libre ó yo habré muerto.



—Oh! conde, conde! no hableis de esta manera me haceis un daño horrible!

Oliveriose contentó con inclinarse, como si con esta indicacion quisiera confirmar su promesa, y sin inquietarse por un nuevo ruido que acababa de estallar y que parecia invadir la casa, se dirigió hácia la puerta.

Pero en el momento en que ponía su mano en la llave, la puerta se abrió y dió paso á un nuevo personage que iba á mezclarse en la complicada intriga de aquel drama.

Era un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, de rostro severo y sombrío; su corbata desatada, lo desordenado de su vestido, sus ojos enrojecidos por la fatiga y el polvo que le cubria indicaban que él tambien impulsado por alguna violenta pasion, acababa de hacer un largo y rápido camino.

Llevaba un par de pistolas en el cinto y arrastraba un enorme sable.

Respirando apenas y cuasi sin voz en el momento en que abrió la puerta, pareció tranquilizarse al reconocer al rey y la reina: una sonrisa se dibujó en sus lábios, y sin cuidarse de los personajes secundarios que estaban envueltos en la sombra de la cámara y hasta de los que estaban cerca de la misma puerta que el cerraba cuasi enteramente con su elevada estatura, estendió la mano y esclamó:

—Alto señores: sois mis prisioneros.

Con un movimiento mas rápido que el mismo pensamiento el señor de Choiseul avanzó hácia adelante con una pistola en la mano, y estendió su brazo para hacer saltar el cérebro al recién venido que parecia superar en audacia y resolucion á cuanto se habia visto hasta entonces.

Pero, por un movimiento aún mas rápido, la reina detuvo aque brazo amenazador, diciendo á media voz al señor de Choiseul.

—No adelantéis nuestra pérdida, caballero; prudencia; esto nos hace ganar tiempo; el señor de Bouillé no puede estar lejos.

—Si, teneis razon, señora, respondió el señor de Choiseul.

Y volvió á meter su pistola en el pecho.



La reina lanzó una mirada á Charny estrañando que no se hubiese arrojado entre ella y este nuevo peligro, pero cosa estraña! Charny parecia que no deseaba ser visto del recién llegado, y para escapar sin duda á sus miradas, se habia dirigido en el mas oscuro ángulo de la cámara.

Sin embargo, la reina, que conocia al conde, no dudó ni un momento de que cuando fuera preciso, saldria á la vez de aquella oscuridad y de aquel misterio.





## CAPITULO XXXIV.

### Un enemigo mas.



ODA esta escena en que el señor de Choiseul amenazó al recién llegado, pasó sin que este pareciese notar que acababa de escaparse de un peligro de muerte.

Al primer golpe de vista se conocía que otro sentimiento bien distinto del miedo preocupaba su alma; la expresión de su rostro era la del cazador que vé reunidos y caídos en el lazo del mismo foso al león, la leona y los leoncitos que han devorado su único hijo.

—Señora, murmuró el señor de Choiseul al oído de la reina, no olvidéis que me habeis detenido y que sin la piedad que os ha causado este hombre, no sufriríais una ofensa semejante.

—Todo esto no es nada si llega nuestro día, contestó la reina por lo bajo.

—Si repuso el señor de Choiseul; pero y si no llega?

La reina lanzó un doloroso y sordo gemido.

Pero la mano de Charny se alzó lentamente por detrás la espalda del señor de Choiseul, y tocó el brazo de la reina.



María Antonieta se volvió con presteza.

—Dejad hacer á este hombre, murmuró el conde; yo me encargo de él...

Sin embargo, el rey aturdido por aquel nuevo golpe miraba con estrañeza al sombrío personage que tenia la audacia de arrestarles.

A aquella estrañeza se mezclaba cierta curiosidad: aunque no podia recordar donde habia visto á aquel hombre, le parecia que no era aquella la primera vez que le veía.

Pero, en fin, dijo el rey, qué deseais? hablad.

—Deseo que no deis un paso mas hácia el estrangero.

—Y venis sin duda con millares de hombres armados para oponeros á mi marcha? dijo el rey, que tomaba aliento en la discusion.

—No, señor; soy solo; ó mejor decir, no somos mas que dos: el ayuda de campo del general Lafayette y yo, un simple aldeano; la asamblea ha dado una orden, y ha contado con nosotros para que fuese ejecutada.

—Dadme esa orden, contestó el rey; al menos quiero verla.

—No soy yo quien la tiene, es mi compañero. Mi compañero es enviado por el señor de Lafayette y por la asamblea; pero yo soy enviado por el señor de Bailly para vigilarle.

La reina, el señor de Choiseul, de Damas y los otros asistentes se miraron con estrañeza.

Luis XVI comprendió que no se podia esperar nada de un hombre de aquel temple, y decidido á acabar lo mas pronto posible preguntó:

—Y bien, dónde está vuestro compañero?

—Allí, detrás de mí, contestó el desconocido.

Y al acabar estas palabras, dando un paso adelante dejó ver la puerta, á través de la cual se veía un jóven que, vestido con el uniforme de oficial, se hallaba apoyado en la ventana.

Este jóven tambien dejaba entrever el mas grande desórden; solo que este desórden en vez de ser hijo de la fuerza lo era del abatimiento. Gruesas lágrimas corrían por su rostro, y tenia un papel en la mano.



Era Romeuf ayuda de campo del general Lafayette, con el cual, segun recordará el lector, trabamos relaciones cuando la llegada de Luis de Bouillé á Paris.

Romeuf, como sé pudo conocer por la conversacion que entonces sostuvo con el jóven realista, era patriota, y patriota sincero; pero encargado mientras la dictadura del señor de Lafayette en las Tullerías, de acompañar á la reina en sus paseos, se había portado con ella con tan respetuosa delicadeza, que mas de una vez Maria Antonieta le espresó su gratitud. Asi es que al verle:

—Ah! cáballero, exclamó con penosa sorpresa; sois vos?

Despues con este doloroso gemido de la muger que ve la inutilidad de un poder que creia invencible:

—Oh! añadió, nunca lo hubiera creido.

Romeuf adelantó con los ojos bajos, con paso lento, teniendo el decreto en la mano.

Pero la impaciencia del rey no dió suficiente tiempo al jóven para presentárselo: dió un paso hácia él y se lo arrancó de las manos. Luego, despues de haberlo leído, exclamó:

—Dios mio! Dios mio!

Al oír las palabras del rey, la reina hizo un movimiento como para interrogarle.

—Dádmelo! exclamó alargando la mano para coger el decreto.

La reina cogió el decreto y lo leyó con el ceño fruncido y los lábios contraídos.

Despues el rey lo volvió á coger para leerlo por segunda vez, y en seguida lo arrojó en la cama, donde dormian insensibles á esta discusion que decidia de su suerte, el delfin y madama Real.

Oyóse un inmenso rumor en la estancia vecina. Los guardias nacionales hicieron un movimiento para precipitarse en aquella donde se encontraban los filustres fugitivos.

Iban á penetrar ya en la cámara, y Dios sabe lo que hubiera resultado del choque de aquellos encontrados sentimientos, cuando Charny, que no había pronunciado desde el comenzamiento de la



escena, mas que las pocas palabras de que hemos hecho mérito y que desde entonces se habia apartado de aquella, se lanzó hácia adelante, y cogiendo por el brazo al guardia nacional desconocido en el momento en que llevaba su mano á la empuñadura del sable, exclamó:

—Una palabra, señor Billot; deseo hablaros.

Billot, pues no era otro, dejó escapar un grito de sorpresa; volvióse pálido como un cadáver, vaciló un instante y volviendo su sable cuasi medio sacado á la vaina, replicó:

—Corrientel Yo tambien tengo que hablaros, señor de Charny. Y dirigiéndose hácia la puerta.

—Abrid paso, si os place, ciudadanos: tengo que hablar con este oficial.

Como si este hombre, que les era desconocido, hubiese tenido el derecho de darles órdenes, la multitud salió del cuarto dejándolo completamente libre.

Independientemente de esto cada uno tenia que contar á su compañero de afuera, lo que acababa de suceder, y recomendar á los patriotas que ejercieran entonces mas que nunca una rigurosa vigilancia.

Durante este tiempo Charny decia en voz baja á la reina.

—El caballero Romeuf es vuestro, señora, os dejo con él: sacad todo el partido posible.

Y esto era tanto mas fácil cuanto al pasar á la otra estancia, Charny cerró la puerta y colocándose en ella impedia que nadie, ni aún el mismo Billot oyese lo que podia decir la reina.

Al verse frente á frente, aquellos dos hombres se miraron por un instante sin que los ojos de Charny hiciesen bajar los del labriego.

Aún mas: Billot fué el primero que tomó la palabra.

—El señor conde, dijo, me ha hecho la honra de decirme que tenia que hablarme; aguardo, pues, á que empiece.

—Billot, preguntó Charny, por que os encuentro aqui encargado de una mision de venganza? Yo os creia nuestro amigo; amigo de los nobles y sobre todo, un bueno y fiel súbdito de S. M. el rey Luis XVI.



—He sido un buenc y fiel súbdito del rey, señor conde; he sido no vuestro amigo, por que semejante honor no es para mi, pobre labriego; pero en cambio fui vuestro humilde servidor.

—Y bien?

—Y bien, señor conde, ya lo veis, no soy nada de esto.

—No os comprendo, Billot.

—Por qué quereis comprenderme, señor conde? Os pregunto acaso porque sois fiel al rey y porque empleais tanto celo en favor de la reina? No. Presumo que teneis vuestras razones para obrar de este modo; y que como sois honrado y prudente, vuestras razones son buenas, ú obedecéis, al menos, á los impulsos de vuestra conciencia. Yo no tengo vuestra alta posicion, señor conde, no tengo vuestro saber; pero sin embargo, me habeis conocido como un hombre honrado y prudente. Suponed, pues, que como vos, tengo tambien mis razones que si no son buenas armonizan al menos con mi conciencia.

—Billot, replicó Charny, que ignoraba por completo los motivos que hacian odia la nobleza al labriego; no hace mucho tiempo que os he conocido con un carácter bien distinto de aquel con el cual os presentais ahora.

—Oh! es verdad; no lo niego; repuso Billot con amarga sonrisa; si, me habeis conocido bien diferente de lo que soy ahora. Voy á deciros como me habeis conocido señor conde: yo era un admirador de dos hombres y una cosa; estos dos hombres eran el rey y el doctor Gilberto; esta cosa era mi pais. He ahí á quien pertenecia. Un dia los agentes de policia vinieron á mi casa y mitad por fuerza mitad por sorpresa me arrebataron una cagita que era un precioso depósito que me habia confiado el doctor Gilberto. Tan pronto como estuve libre, marché á Paris, llegué allí el 13 de julio por la noche: era el dia en que Paris se hallaba en conmocion y en que paseaba los bustos del duque de Orleans y de Necker; se llevaban estos bustos por las calles, gritando: «viva el duque de Orleans! viva Necker!» De repente los soldados cargaron contra nosotros. Vi algunos pobres diablos que no habian cometido otro crimen que el de dar algun viva á dos hombres qu



probablemente no conocian, vi, digo, algunos pobres diablos, cuya cabeza se hallaba hundida á sablazos, mientras que otros tenian el pecho atravesado por balas; vi á Lambesch, que perseguia á mugeres y á niños, que no habian dado ningun viva, y que pisoteaba con su caballo á un pobre anciano de setenta años. Al dia siguiente fuí al colegio donde se hallaba Sebastian, y supe por el pobre niño que á consecuencia de una órden del rey solicitada por cierta dama de la córte, su padre se hallaba preso en la Bastilla; y dije para mi, que el rey al cual se le tenia por tan bueno, padecia en medio de esta bondad grandes errores. Llegó el dia en que se trató de asaltar la Bastilla. Los soldados del rey tiraron contra nosotros; nos mataron doscientos hombres poco mas ó menos. La Bastilla fué tomada. En uno de sus calabozos encontré al señor Gilberto, por el cual acababa de arriesgar veinte veces mi existencia y la alegria de volverle á encontrar me hizo olvidar muchas cosas. Entonces el doctor Gilberto fué el primero que me dijo que el rey era bueno, que ignoraba la mayor parte de los abusos que bajo su nombre se hacian, y que no era preciso culpar á él, si no á sus ministros; además de esto, como todo lo que en aquella época me decia el doctor Gilberto lo creía como el Evangelio, sus palabras me convencieron y viendo tomada la Bastilla, libre al doctor Gilberto y que Pitou y yo estábamos sanos y salvos, olvidé los disparos de la calle Saint-Honoré, las cargas de las Tullerías, los ciento cincuenta hombres muertos por el príncipe de Sajonia, y el encarcelamiento del doctor Gilberto por una simple peticion de una dama de la córte..... Pero perdonad, señor conde, dijo Billot interrumpiéndose; nada de esto os interesa y no habreis solicitado hablarme para oír las tonterias de un pobre aldeano sin ninguna educacion, vos que sois á la vez un gran señor y un sabio.

Y Billot hizo un movimiento como para llevar la mano al pestillo de la puerta y entrar en la cámara del rey.

Pero Charny le detuvo.

Para detenerle Charny tenia dos razones:

La primera porque oía las causas de la enemistad de Billot



con el rey lo cual en aquella ocasion no carecia de importancia; y la segunda por que de aquel modo estaba ganando tiempo.

—No, contadmelo todo, mi querido Billot, bien sabeis la amistad que yó y mis hermanos os profesamos, y lo que estais diciendo me interesa en alto grado.

A estas palabras, *mís hermanos*, Billot sonrió amargamente.

—Pues bien, repriso este, voy á contaroslo todo, señor de Charny; solo siento que *vuestros hermanos... uno sobre todo....* el señor Isidoro, no se halle aqui para oirme.

Billot pronunció las palabras *uno sobre todo, el señor Isidoro*, con una espresion tan singular, que Charny retuvo el movimiento de dolor que el nombre de su querido hermano despertaba en su alma; asi es que sin responder nada á Billot, que ignoraba desde luego la desgracia sucedida al hermano de Charny, del cual deseaba la presencia, le hizo signo de que continuara.

Billot contiúó:

—Así cuando el rey se puso en marcha para Paris no ví mas que un padre que volvia en medio de sus hijos: yo marchaba al lado del doctor Gilberto cerca la carroza real, y haciendo de la misma una muralla con mi cuerpo, y gritando con todos mis pulmones: «Viva el rey!» Esto era en su primer viage; en torno suyo, detrás, delante, en el camino, bajo los piés de su caballos, bajo las ruedas de su coche se veian flores y mas flores. Al llegar á la plaza de la casa de la villa vióse que el rey no guardaba la escarapela blanca, ni menos la tricolor. Entonces se gritó:—La escarapela, la escarapela!.En aquel instante cogí la que tenia en mi sombrero y se la entregue: dióme las gracias, y se la colocó en el suyo entre los aplausos de la multitud. Yo estaba loco de alegrir al ver mi escarapela en el sombrero del buen Monarca; asi es que mi voz dominaba las demás á los gritos de «viva el rey!» Era tal mi entusiasmo para con él que me quedé en Paris. Mi cosecha estaba en su punto, y mi presencia se hacia necesaria en la granja; pero, qué me importaba la cosecha? era bastante rico para perder la de aquel año, y si mi presencia podia ser útil al rey, al



restaurador de la libertad francesa, como le llamábamos, mas valia que me quedase en Paris que no me volviese á Pisseleu. Mi cosecha que habia confiado á los cuidados de Catalina se perdió cuasi por completo: no era estraño. Catalina, segun parece; mas que de la cosecha tenia que ocuparse de otra cosa... Cierta mañana llegó Pitou y me dijo que estaba abocado á perder una cosa que un padre nunca es bastante rico para despreciarla; Pitou aludía á mi hija.

Charny se estremeció.

Billot le miró fijamente y continuó:

—Es necesario que os diga, señor conde, que á una legua de la granja, en Boursonne, existía una noble familia, una familia de grandes señores, una familia poderosamente rica: esta familia la componian tres hermanos. Siendo niños, cuando iban de Boursonne á Villers-Cotterets me dispensaban cuasi siempre el honor de detenerse en la granja; decian que nunca habian bebido tan buena leche como la de mis vacas, comido tan buen pan como el que confeccionaba mi esposa, y de vez en cuando añadian que no habian visto una niña mas hermosa que mi hija Catalina... Y yo les daba las gracias porque bebian mi leche, comian mi pan y encontraban bella á mi hija Catalina. Asi, cuando el menor que habia dejado el pais hacia mucho tiempo, y que se llamaba Jorge, fué muerto en Versalles, en las habitaciones de la reina en la noche del 5 al 6 de octubre, cumpliendo valientemente con su deber de caballero; Dios sabe cuanto senti aquella desgracia. Ah! señor conde, su hermano me ha visto, el primogénito, el que no venia á mi casa, no porque fuera orgulloso, le hago esta justicia, sino porque habia dejado el pais mas jóven aún que su hermano Jorge; me ha visto, digo, de rodillas delante el cadáver, vertiendo tantas lágrimas como sangre habia manado de su herida. Aun parece que presencio aquella escena!.. llevéle al fondo de un pequeño y húmedo patio para que el infeliz jóven no fuese mutilado á la manera de sus compañeros los señores Varicourt y Deshuttés; tanto era asi que sus vestidos se hallaban teñidos de sangre bien como ahora están teñidos los vuestros. Oh! aquel jóven era un bravo



muchacho: aún parece que le veo yendo al colegio de Villers-Cotterets con su caballito gris y su cestita en la mano... Si pensara mucho en esto creo que aún derramaría las mismas lágrimas que vos, señor conde, en este instante estais derramando. Pero pienso en el otro hermano, añadió Billot, y ya no lloro.

—En el otro! qué quereis decir? preguntó Charny.

—Aguardad, repuso Billot; ya hablaremos de él. Pitou vino á Paris, y me dijo algunas palabras, las cuales me probaron que no era mi cosecha la que corria algun riesgo, sino mi hija; que no era mi fortuna la que iba á ser destruida, sino mi honra. Dejé á Paris y volví á la granja. Cuando llegué en ella creí que Catalina estaba próxima á morir; padecía delirio, fiebre cerebral y... que se yo cuanto mas. El estado en que la encontré me inquietó bastante; el médico me prohibió que entrara en su cuarto hasta tanto que se hallase curada; pero no pudiendo entrar en su cuarto creí que á lo menos podía estar de escucha en la puerta: entonces supe que habia llegado á la muerte, que tenia calentura, que estaba, en fin, cuasi loca, porque su amante habia marchado. Yo tambien habia partido un año antes: pero en vez de tener calentura sonrió á mi partida; no la dejaba en plena libertad para ver á su amante?... Catalina recobró la salud pero no la alegría; uno, dos, tres, seis meses pasaron sin que un solo rayo de dicha iluminara aquel rostro del cual nunca quitaba el ojo. Un día la vi sonreír; me estremecí; habia llegado su amante, puesto que sonreía. En efecto, al día siguiente un pastor me indicó que le habia visto pasar aquella mañana misma. No dudé un instante de que la noche anterior, el jóven habia estado en mi casa, ó mejor en la de Catalina. A la noche siguiente cargué mi escopeta de dos tiros y me puse al acecho...

—Billot! gritó Charny, hicisteis esto?

—Por qué no? replicó aquel: me pongo al acecho para matar al jabalí que destroza mis mieses, al lobo que degüella mis ovejas, á la zorra que estrangula mis gallinas, y no debía ponerme al acecho para matar al hombre que queria robarme mi honra, al amante que queria deshorrar mi hija?



—Pero al llegar al fatal momento, faltó aliento á vuestro corazón, no es verdad, Billot? preguntó vivamente el conde.

—No me faltó el corazón, ni el ojo, ni la mano; un reguero de sangre me probó, sin embargo, que no le habia muerto; pero vos lo comprendereis perfectamente, continuó Billot con amargura, entre un padre y un amante mi hija no vaciló. Cuando entré en su cuarto, Catalina habia desaparecido.

—Y desde entonces no la habeis visto mas? preguntó Charny.

—No, respondió Billot; y para qué? Harto sabe que si la viese la mataria.

Charny hizo un movimiento contemplando con un sentimiento de admiración mezclado de horror al hombre terrible que tenia frente á frente.

—Volví á emprender los trabajos de mi hacienda, y estuve así algun tiempo, continuó Billot. Anteayer fui al mercado de Meaux y me extrañó mucho (habia dormido en la casa de postas, con uno de mis amigos, con el cual hice un gran negocio en cereales) digo, pues, que me extrañó mucho ver un carruage donde conoci al rey, la reina y al delfin. No habia para qué engañarse; siempre les habia visto en coche, y el 16 de julio les acompañé de Versalles á Paris; entonces oí que uno de estos señores vestido de amarillo gritaba: «camino de Chalons.» Aquella voz me heló la sangre; volvíme y no diriais á quién reconocí? al que me habia robado á Catalina, al noble que hacia las veces de postillon, yendo delante del rey...

Al decir estas palabras, Billot miró fijamente al conde para ver si comprendia que se trataba de su hermano Isidoro: pero Charny se contentó con enjugar el copioso sudor que corria por su frente.

Billot continuó:

—Quise preguntarle, pero ya estaba lejos; tenia un buen caballo é iba armado; yo no tenia arma alguna... mis dientes rechinaron al pensar que no podia coger por mi cuenta al causador de mi deshonra: pero de repente me ocurrió una idea. «No estoy sino á diez leguas de Paris, me dije, son las tres de la ma-



drugada; con un buen caballo es cuestion de hacerlas en dos horas; hablaré con Bailly de la marcha del rey, y tal vez deteniendo al rey detenga al causador de mi deshonra.» Tomada esta determinacion, sin pérdida de momento, rogué á mi amigo, el dueño de la casa de postas, que me prestara su uniforme de guardia nacional, su sable y sus pistolas, y no le dije nada de lo que iba á hacer. Cogí el mejor caballo de su establo, y en lugar de marchar al trote hácia Villers-Cotteret, partí á galope hácia Paris. Llegué en ocasion oportuna: se sabia ya la fuga del rey, pero se ignoraba el lado hácia el cual se habia dirigido: el señor de Romeuf fué enviado por el general La Fayette hácia Valenciennes; pero, qué casualidad! fué detenido en la barrera; obtuvo que se le condujera ante la asamblea nacional y llegó á ella en el momento en que Bailly, informado por mí, daba el exacto itinerario que siguian SS. MM. La cesa se decidió al instante; Romeuf recibió orden de que se lanzara hácia el camino de Chalons, y yo fui encargado de acompañarle, lo cual, como veis, he hecho. Ahora, añadió Billot con aire sombrío, he alcanzado al rey; solo me queda alcanzar al que me ha engañado como padre; y os lo juro, señor conde, no se me escapará.

—Ay! mi querido Billot, interrumpió Charny con un suspiro, cuánto os engañais!

—Qué decis?

—Digo que el desgraciado del cual hablais se os ha escapado.

—Ha huido? gritó Billot con indescribible espresion de rabia.

—No, dijo Charny, ha muerto!

—Muerto! repuso Billot estremeciéndose á pesar suyo y enjugando su frente que de repente se cubrió de sudor.

—Muerto, repitió Charny; y esta sangre que estais viendo y que ahora mismo comparabais, con razon, con aquella de que estabais teñido en el patio de Versailles, esta sangre es suya... y si dudais de esto, bajad, mi querido Billot, y encontrareis su cuerpo tendido en un patio igual poco mas ó menos al de Versailles y herido por la misma causa que la que hizo victima á mi otro hermano.

Billot miraba á Charny que le hablaba con voz dulce mien-



tras que dos gruesas lágrimas corrían por sns megillas, miraba á Charny, decimos con rostro espantado y ojos estraviados.

Luego de repente exclamó:

—Ah! entonces existe una justicia divina.

Y lanzándose fuera de la estancia:

—Señor conde, continuó, creo vuestras palabras; pero no importa, quiero asegurarme con mis propios ojos de que el dia de la justicia ha llegado.

Charny le miró alejarse, ahogando un suspiro y enjugando sus lágrimas. Despues comprendiendo que no habia que perder un minuto, se lanzó hácia el cuarto de la reina, y dijo á esta por lo bajo:

—Y Romeuf?

—Es nuestro, contestó la reina.

—Tanto mejor, replicó Charny, pues nada tenemos que esperar de la otra parte.

—Qué hacemos entonces? preguntó la reina.

—Ganar tiempo hasta que el señor de Bouillé arribe.

—Vendrá?

—Sí, porque yo voy á buscarle.

—Oh! gritó la reina; las calles están tomadas; se os conoce; no pasareis, y se os asesinará. Oliverio! Oliverio!

Pero Charny sonriendo y sin contestar palabra abrió la ventana que daba al jardin, hizo una señal, como una última promesa al rey, saludó á la reina, y saltó los quince piés que tenia de elevacion.

La reina lanzó un grito de terror y ocultó la cabeza entre sus manos; pero los jóvenes corrieron á la ventana y contestaron á aquel grito con otro de alegría.

Charny acababa de escalar la pared del jardin y desapareció tras del mismo.

Ya era tiempo: en aquel momento Billot volvió á aparecer en el dintel de la puerta.



---

## CAPITULO XXXV.

### El señor de Bouillé.



URANTE estas horas de angustia, veamos lo que hacia el señor marqués de Bouillé, al cual se le esperaba con tanta impaciencia en Varennes, como el único apoyo en que se fijaban las esperanzas de la real familia.

A las nueve de la noche, es decir, á la misma hora en que á corta diferencia llegaban á Clermont, el señor marqués de Bouillé dejaba á Stenay, con su hijo Luis, y se dirigia hácia Dun para acercarse al rey.

Sin embargo, á un cuarto de legua de esta última poblacion, temiendo que se notara su presencia, él y sus compañeros se detuvieron en la orilla del camino, y se ocultaron en una zanja, dejando los caballos un tanto apartados de la misma. Allí esperaron. Era la hora en que segun todas las probabilidades debía llegar bien pronto el correo del rey. En semejantes circunstancias, los minutos parecen horas, las horas, siglos. Oyeron dar lentamente y con esta impasibilidad conque los que aguardan quisieran arreglar los latidos de su corazon, oyeron dar, decimos, las diez, las once, las doce, la una, las dos y las tres de la madrugada.



Entre dos y tres el día comenzó á aparecer; durante aquellas seis horas el mas insignificante ruido que llegaba á oídos de los que estaban de escucha, sea que se acercase, sea que se alejara, les llevaba la esperanza ó el desengaño.

Cuando llegó el día, el pequeño ejército comenzó á desesperar.

El señor de Bouillé pensó que habia sobrevenido algun accidente, pero ignorando cual, ordenó el regreso á Stenay, á fin de que encontrándose en el centro de sus fuerzas, pudiese con mas ventaja hacer frente á aquel accidente.

Volvióse á montar á caballo, y se tomó lentamente el camino de Stenay. Faltábales un cuarto de hora para llegar al pueblo, cuando volviéndose Luis de Bouillé vió que á cierta distancia del camino se alzaba una gran polvareda, causada por el galopar de muchos caballos.

Nuestros hombres se detuvieron y esperaron.

A medida que los nuevos ginetes se acercaban se creia reconocerles. Un momento despues no les quedaba ninguna duda: eran los señores Julio de Bouillé y de Raigecourt.

El pequeño ejército se juntó á ellos.

En aquel mismo momento los hombres de una y otra partida hacian una misma pregunta, y daban una misma respuesta.

—Qué ha sucedido?

—El rey ha sido arrestado en Varennes.

Eran las cuatro de la madrugada.

La noticia era terrible; tanto mas terrible cuanto los dos jóvenes situados en la estremidad del pueblo, en el meson del Gran Monarca, donde de repente habian sido envueltos por la revolucion, se habian visto obligados á hacerse lugar á través de la multitud y á salir del pueblo sin llevar ninguna otra noticia.

Sin embargo, por terrible que fuese aquella no destruia toda esperanza.

El señor de Bouillé, como todos los gefes que descansan en la disciplina, creia, sin pensar en los obstáculos, que sus órdenes se habian ejecutado.



Además, si el rey había sido arrestado en Varennes, los destacamentos que habían recibido la orden de replegarse detrás del rey, debían de haber llegado á aquel pueblo.

Estos diferentes destacamentos debían componerse de cuarenta húsares del regimiento de Lanzun, mandados por el duque de Choiseul, de treinta dragones de Santa Meneohulda á cuyo frente se hallaba Dandoins, de ciento cuarenta dragones de Clermont mandados por Damas, y en fin, de sesenta húsares de Varennes que lo debían ser por los señores de Bouillé y de Raigecourt y con los cuales nuestros jóvenes no se habían podido unir en el momento de su partida, por lo que durante su ausencia, les mandaba el señor de Rohrig.

Verdad es que no se había querido confiar nada al señor de Rohrig, joven de veinte años; pero este recibía las órdenes de los otros gefes los señores de Choiseul, Dandoins y Damas y debía reunir sus hombres con los que iría en socorro de los reyes.

Estos, pues, debían tener en torno suyo á aquella hora unos cien húsares y ciento setenta ó ciento ochenta dragones, que era lo suficiente para hacer frente á la insurrección de una pequeña aldea de 1800 almas.

Ya se ha visto como los acontecimientos habían desmentido los cálculos del señor de Bouillé.

No tardó en convencerse de ello.

Mientras que los señores de Bouillé y de Raigecourt explicaban el hecho al general, se vió llegar un ginete, cuyo caballo galopaba á carrera tendida. Aquel ginete debía ser mensajero de grandes noticias. Todos los ojos se fijaron en él, y se reconoció al joven Rohrig. El general en jefe se dirigió hácia él. Bouillé se encontraba en una de aquellas disposiciones de espíritu en que no es fácil hacer caer en un inocente el peso de su cólera.

—Por que habeis dejado vuestro puesto? le preguntó este.

—Perdonad, mi general, contestó Rohrig; pero vengo por orden del señor de Damas.

—Pero el señor Damas no está en Varennes con sus dragones?



—El señor de Damas está en Varennes, mi general, pero no con sus dragones; solo está allí con un oficial, un ayudante y dos ó tres hombres.

—Y los demás?

—Los demás no han querido seguirle.

—Y el señor Dandoins y sus dragones?

—Se dice que se hallan prisioneros en la alcaldía de Santa-Menehulda.

—Pero al menos, gritó el general, el señor de Choiseul se halla en Varennes con sus húsares y los que mandabais?

—Los húsares del señor de Choiseul se han pasado al pueblo gritando: «viva la nación,» en cuanto á los míos están cerrados en el cuartel y vigilados por la guardia nacional de Varennes.

—Y vos, caballero, no os habeis puesto á su cabeza, no habeis cargado á la canalla, y acudido al lado de los reyes?

—Mi general olvida que no tenia ninguna orden; que el señor de Bouillé y Raigecourt eran mis gefes y que ignoraba que S. M. debiese pasar por Varennes.

—Tiene razon, digeron á una voz los señores de Bouillé y Raigecourt, rindiendo homenaje á la verdad.

—Al primer ruido que oi, continuó el teniente, bajé á la calle y me informé de lo que ocurría; entonces supé que un coche en el cual segun se decia iba el rey y su familia, habia sido detenido hacia un cuarto de hora y que los que iban dentro habian sido llevados á casa del alcalde. Me dirigí á la habitacion de este; vi en ella multitud de hombres armados; los tambores tocaban llamada, en medio de este tumulto sentí que me tocaban la espalda; volvíme y reconocí al señor de Damas que llevaba un capote encima de su uniforme.

—«Sois el teniente que manda los húsares de Varennes? me preguntó.

—Si, mi coronel.

—Me conoceis?

—Sois el conde Carlos de Damas.

—Pues bien, montad á caballo sin pérdida de momento, partid



hacia Dun pasando por Stenay y corred volando hasta que encontréis al señor marqués de Bouillé; decid á este que Dandoins y sus dragonés se hallan presos en Santa-Menehoulda, que los míos no han querido seguirme, que los húsares de Choiseul tratan de pasarse al pueblo, y que el rey y su familia, que se encuentran arrestados en esta casa, fundan en él todas sus esperanzas.

—Al oír semejante órden, mi general, continuó el jóven, muy lejos de hacer la mas mínima observacion, creí al contrario que mi obligacion era obedecer ciegamente. Monté á caballo, parti al galope y hemè aqui.

—Y el señor de Damas no os ha dicho algo mas de particular?

—Si, mi general; me ha dicho que emplearia todos los medios para ganar tiempo á fin de daros el suficiente para llegar á Varennes.

—Vamos, dijo el señor de Bouillé, lanzando un suspiro; veo que cada uno ha hecho cuanto ha podido. Ahora nos toca obrar á nosotros.

Luego, volviéndose á su hijo.

—Luis, añadió, quédate aqui. Estos señores cumplirán las órdenes que voy á darles. Por de pronto los destacamentos de Monzon y de Dun se dirigirán hacia Varennes, guardarán el paso del Meuse y empezarán el ataque. Señor de Rohrig, llevadles esta órden y decidles que pronto recibirán socorro.

El jóven saludó y partió en direccion á Dun para cumplir la órden.

El señor de Bouillé continuó:

—Señor de Raigecourt; id á alcanzar al regimiento suizo de Casella, que marcha hacia Stenay; manifestadle nuestra actual situacion y ordenadle de mi parte que doble sus paradas.

Luego, viendo partir al jóven oficial en direccion opuesta á la que seguia, se volvió á su segundo hijo, diciéndole:

—Julio, cambia de caballo en Stenay y marcha hacia Monmedy; que el señor de Klinglin haga partir el regimiento de Nassau que se halla en este punto y que él se vaya á Stenay. Pronto, volando.



El jóven saludó y partió á su vez. Por fin volviéndose á su hijo mayor.

—Luis, le dije, el Real-Aleman se halla en Stenay?

—Si, padre mio.

—Ha recibido orden de hallarse presto al rayar el alba?

—Yo mismo se la he dado al coronel de vuestra parte.

—Condúcele aqui: te aguardo; tal vez me dé mas noticias. El Real-Aleman es de confianza, no es verdad?

—Si, padre mio.

—Pues bien; el nos bastará; marcharemos con él á Varennes. Vete!

Y el conde Luis partió á su vez. Luego volvió á regresar.

—El Real-Aleman me sigue, dijo al general.

—Entonces le habrás encontrado en disposicion de marchar.

—No, y me ha estrañado mucho. Su comandante necesariamente debió comprender mal cuando ayer le transmití vuestras órdenes, puesle he encontrado en cama. Pero se ha levantado ya, y me ha prometido que él mismo iria á los cuarteles para preparar la marcha. Temía que os impacientaseis y he venido para manifestaros la causa de ese retardo.

—Perfectamente. Entonces va á llegar luego? preguntó el general.

—El comandante ha dicho que iba á seguirme.

Pasaron diez minutos, luego un cuarto de hora, después veinte minutos, pero nadie aparecia.

El general impaciente miró á su hijo.

—Vuelvo alli otra vez, padre mio.

Y lanzando su caballo al galope, volvió á entrar en el pueblo.

El tiempo que tan largo parecia al señor de Bouillé, habia sido afial aprovechado por el comandante! apenas se hallaban dispuestos algunos hombres; llegó el jóven oficial; quejóse amargamente; renovó la orden de su padre, y habiéndole prometido el comandante que dentro cinco minutos él y sus soldados se hallarian fuera de la poblacion, volvió al lado de aquel.

Al regresar notó que la puerta por la cual habia pasado tres



ó cuatro veces, se hallaba custodiada por la guardia nacional.

Aguardaron cinco, diez minutos, un cuarto de hora mas pero no vieron á nadie. Y sin embargo el señor de Bouillé comprendió que un minuto perdido era un año que retardaba la salvacion de los prisioneros.

Vióse venir un cabriolé por el camino de Dun, este cabriolé era el del señor Leonard que continuaba su ruta cada vez mas confuso. El señor de Bouillé le detuvo; pero á medida que el pobre diablo se alejaba de Paris, el recuerdo de su hermano, cuyo sombrero y paletó se habia llevado y el de la señora de Aage que nunca se hallaba bien peinada sino cuando la arreglaba sus cabellos, reaparecia en su espíritu y producian en el mismo tal confusion, que el señor de Bouillé no pudo sacar del pobre hombre nada que tuviera sentido comun.

En efecto, habiendo partido de Varennes antes que el rey fuese arrestado, el señor Leonard nada podia decir de nuevo al señor de Bouillé.

Aquel pequeño incidente distrajo por algunos instantes la impaciencia del general. Pero despues que hubo transcurrido una hora, y recordando la orden que habia recibido el comandante del Real-Aleman, el señor de Bouillé volvió á mandar á su hijo por tercera vez que entrara á Stenay y no regresara sin venir acompañado del regimiento.

**El conde Luis** partió furioso.

Al llegar al pueblo, su cólera aumentó: apenas estaban montados cincuenta hombres. Comenzó por encargarse de estos cincuenta hombres y marchó con ellos á apoderarse de la puerta que aseguraba su entrada y su salida.

Luego, volvió al lado del general que continuaba aguardando y le aseguró aquella vez que le seguia el comandante y sus soldados.

El general le creyó; pero no quiso aguardar mas allá de diez minutos; iba á enviar por cuarta vez á su hijo en el pueblo cuando aparecieron los primeros soldados del Real-Aleman.

En cualquier otra circunstancia el señor de Bouillé hubiese



hecho arrestar al comandante por sus mismos hombres; pero en aquel momento temió descontentar á los oficiales y á los soldados. Contentóse, pues, con reprocharle su tardanza; luego arengando á los soldados, les manifestó la honrosa mision de que se hallaban encargados. Como no solamente la libertad sino tambien la vida del rey y de su familia dependian de su esfuerzo, prometió honores á los oficiales, recompensas á los soldados, y, para empezar, distribuyó cuatrocientos lises á estos últimos.

Este epilogo produjo el efecto que esperaba: resonó el grito de «viva el rey» y todo el regimiento marchó á paso redoblado hácia Varennes.

En Dun, encontraron, guardando el puente de la Meuse, al destacamento de treinta hombres que el señor Deslon, al dejar á Dun con Charny, habia apostado en aquel punto.

Se les mandó que se unieran con ellos y continuó la marcha.

Se tenian que hacer mas de ocho leguas en un pais erizado de colinas y de consiguiente no se podia andar con la presteza que se deseaba; era preciso llegar al punto á donde se dirigian; pero llegar con soldados que pudiesen sostener un choque ó dar una buena carga.

Conociase no obstante que adelantaban en pais enemigo.

A uno y á otro lado, los pueblos tocaban á rebato y en frente de ellos, á alguna distancia, oíase un ruido semejante al que produce las descargas de fusiles. Pero el ejército continuó marchando.

En la Granja del Bosque vieron á un caballero que sin sombrero y encorbado en su caballo, hacia señas á aquellas tropas.

Estas y aquel hombre se acercaron, era el señor de Charny.

—Auxiliemos al rey! auxiliemos al rey! gritó Charny á alguna distancia, levantando la mano.

—Si: auxiliemos al rey! viva el rey! gritaron á una voz soldados y oficiales.

Charny se colocó en sus filas.

Espuso en cuatro palabras la situacion en que el monarca se allaba; cuando el conde partió aún continuaba en Varennes; aún no se habia perdido todo.



Los caballos estaban fatigados; pero no importa, se sostendrá su aliento; no habian tomado pienso, pero en cambio los soldados se habian entusiasmado con el discurso y los luses del señor de Bouillé: el regimiento avanzó como un huracan á los gritos de «viva el rey.»

A medida que adelantaban se oian algunos tiros.

Era el señor Deslon con sus setenta húsares que sostenia una escaramuza con un número igual, poco mas ó menos, de guardias nacionales.

El señor de Bouillé cargó contra estos y los dispersó; pero al reunirse con Deslon, supo que á las ocho de la mañana el rey habia partido de Varennes.

El general sacó su reloj; eran las nueve menos cinco minutos.

—Bueno! murmuró el de Bouillé, no se ha perdido toda esperanza. No se podia atravesar el pueblo á causa de las barricadas, pero se atajó por la izquierda; por la derecha era imposible por la disposicion del terreno. Por la izquierda se tenia que atravesar un riachuelo; pero Charny aseguró que era vadeable.

Se dejó Varennes á la derecha, y siguieron por aquellos yermos.

En el camino de Clermont se debia atacar la escolta del rey; por numerosa que fuese se libraria á este ó perecerian.

Encontraron el rio. Charny lanzó en él su caballo; los señores de Bouillé le siguieron, los oficiales lo vadearon tras estos y los soldados siguieron á los oficiales. Por un momento, la corriente desapareció bajo los caballos y los uniformes. Diez minutos despues, se habia vadeado.

El agua refrescó y animó á los soldados y á los caballos y volvióse á emprender el galope por el camino de Clermont.

De repente Charny que marchaba veinte pasos delante del ejército, se detuvo lanzando un grito; habia encontrado un profundo canal, del cual no se habia acordado no obstante de haberlo apuntado en sus trabajos topográficos. Aquel canal tenia una longitud de muchas leguas y por todas partes presentaba los mismos obstáculos para salvarle.



Si no se franqueaba en aquel mismo instante, no se podía franquear nunca.

Charny fué el primero que dió el ejemplo: lanzóse al agua; el canal no era vadeable, pero el caballo del conde nadaba vigorosamente hácia la otra orilla.

Esta formaba una pendiente rápida y resbaladiza, en la que no se podían apoyar las patas del caballo.

El conde trató de subir en la misma por tres ó cuatro veces; pero desgraciadamente la habilidad del jinete para hacer subir el caballo, que á su vez hizo esfuerzos desesperados, inteligentes, quasi humanos, se estrelló contra tanto obstáculo y el noble animal cayó en el canal arrastrando consigo á Charny.

Este comprendió que lo que no podía hacer un caballo tan valiente, guiado por un consumado jinete, no lo podían hacer cuatrocientos caballos de escuadrón.

Aquella tentativa no habia surtido efecto. La fatalidad era mas fuerte. El rey y la reina estaban perdidos, y ya que no les podía salvar, no le quedaba otra cosa que cumplir con su deber; perderse y morir con ellos.

Tentó un último esfuerzo para ganar la orilla, pero fué inútil en medio de estos esfuerzos pudo clavar su sable en la pendiente hasta la mitad de la hoja.

Aquel sable quedó allí clavado como un punto de apoyo inútil para el caballo, pero que podía servir al caballero.

Charny abandonó la brida y los estribos, y dejó aquel á merced de la fatal corriente; el conde nadó en dirección al sable, lo cogió con la mano, y apoyándose en él despues de algunos esfuerzos, pudo saltar á la orilla.

Entonces se volvió: al otro lado del canal vió al señor de Bouillé llorando de cólera y á todos los soldados sombríos é inmóviles porque habian comprendido, despues de la lucha que ante ellos sostuvo Charny, la inutilidad de sus esfuerzos para salvar el terrible canal.

El señor de Bouillé, sobre todo, se retorcía los brazos desesperado. El, cuyas empresas hasta entonces le habian salido per-



fectamente; él cuyos actos habian sido coronados por el mejor éxito; él, que en el ejército habia hecho nacer el proverbio de «feliz como Bouillé» era impotente para llevar á cabo una empresa en que se hallaba comprometida la existencia del rey y de su familia!

—Oh! señores, gritó con doloroso acento, y direis aún que soy feliz?

—No, general, respondió Charny desde la opuesta orilla; quedad tranquilo; diré que habeis hecho todo lo que un hombre puede hacer, y cuando lo diga yo, será creído. Adios, general.

Y á pié, á través de los campos, manchado de barro, corriendo el agua por sus vestidos, sin el sable que se habia quedado en el canal, é inútiles sus pistolas por la humedad de la pólvora, Charny emprendió su camino, y desapareció entre unos árboles que, cual centinelas avanzados de la selva, se levantaban en la carretera.

Esta carretera era la misma por la que se condujo al rey y á la reina prisioneros. Para alcanzarles no se necesitaba otra cosa que seguirla; pero antes de entrar en ella, se volvió por última vez, y vió al señor de Bouillé y á su ejército en la orilla del malhadado canal que, no obstante la imposibilidad de continuar su marcha, no se decidía á retroceder.

Charny les hizo una seña que probablemente no vieron, luego avanzó en la carretera, torció por un recodo y no vió nada más.

Un inmenso rumor causado por los gritos, clamores, amenazas, risas y maldiciones que salian de boca de diez mil hombres, y que oía á cierta distancia fué lo que le guió en su camino.





## CAPITULO XXXVI.

### El regreso.



A se sabe como marchó el rey.

Debemos, sin embargo, decir algo sobre aquella marcha y aquel viage, durante el cual veremos como se cumplen los destinos de los fieles servidores y últimos amigos que la fatalidad, el azar, ó el celó, habian agrupado en torno de la monarquía moribunda.

Volvamos, pues, á la casa del señor de Sausse.

Apenas Charny, dijimos, hubo franqueado la ventana, cuando se abrió la puerta, y Billot apareció en su dintel.

Su rostro estaba sombrío, su mirada era investigadora y profunda: pasó revista de todos los personajes de aquel drama; pero en el círculo que recorrió, su mirada no pareció fijarse mas que en dos cosas.

Primero, en la huida de Charny: esta era patente; el conde no se encontraba allí, y el señor de Damas cerraba la ventana; si Billot se hubiera asomado hubiese visto como el conde saltaba la pared del jardin. Despues notó la especie de pacto que acababa



de establecerse entre la reina y el señor de Romeuf, pacto en el que todo lo mas que este pudo prometer fué tomar una actitud neutral.

Detrás de Billot, en la primera estancia, veíase la misma gente del pueblo armada de fusiles, picas y sables, á la que habia espulsado un gesto del labriego.

Aquellos hombres parecían obedecer instintivamente, como por una influencia magnética, á aquel jefe, plebeyo como ellos, y en el cual adivinaban un patriotismo igual al suyo, ó por mejor decir, un odio igual á su odio.

Billot les lanzó una mirada cruzándose con la de aquella gente armada que le indicó que podia contar con ella en el caso en que se debiera apelar á la violencia.

—Y bien, preguntó el labriego al señor de Romeuf, están decididos á partir?

La reina lanzó á Billot una de aquellas miradas que hubiesen hecho polvo á aquellos á quienes la dirigia si la hubiese podido revestir del poder del rayo.

Despues, sin responder, se sentó en un sillón, como si hubiese querido pegarse al mismo.

—El rey exige que se le deje algunos instantes, contestó Romeuf: no han dormido en toda la noche y SS. MM. estan rendidas de fatiga.

—Señor de Romeuf, bien sabeis que SS. MM. no exigen que se les deje algunos instantes porque están rendidos de fatiga; sino porque esperan que durante este tiempo llegará el señor de Bouillé.

—Miserable! interrumpió el señor de Damas lanzándose sable en mano hácia Billot.

Pero el labriego cruzó sus brazos y se volvió. En efecto, no tenia necesidad de defenderse por sí mismo: ocho ó diez hombres se abalanzaron desde la primera estancia á la segunda, y el señor de Damas se encontró, en un momento, amenazado por diez armas diferentes.

El rey conoció que no se necesitaba sino una palabra ó un



gesto para que los guardias de corps, el señor de Choiseul, de Damas y los dos oficiales que le rodeaban fueran asesinados.

—Está bien, dijo; mandad poner los caballos al coche.

La señora Brunier, dama de la reina, lanzó un grito y se desmayó. Aquel grito despertó á los niños, y el delfin echó á llorar.

—Ah! caballero, dijo la reina; no tendreis hijos; de lo contrario no fuerais tan cruel para una madre.

Billot se estremeció; pero luego con amarga sonrisa:

—No, señora, replicó; no tengo ninguno.

Despues dirigiéndose al rey exclamó:

—No hay necesidad de enganchar los caballos en el coche, están ya enganchados y esperan á V. M.

—Pues bien, entonces mandad que avancen.

—Se hallan ya en la puerta.

El rey se acercó á una ventana que daba á la calle y vió, en efecto, que el coche se hallaba preparado.

El ruido que el pueblo levantaba en la calle no le habia permitido oír el que hizo el coche al acercarse.

Cuando el rey se acercó á los cristales fué visto por el pueblo: entonces un gritoformidable, cuasi de terrible amenaza, se levantó de entre la multitud.

El rey palideció.

El señor de Choiseul se acercó á la reina.

—Qué ordena S. M? la preguntó: mis compañeros y yo preferimos morir antes que presenciar lo que aqui pasa.

—Creéis que el señor de Charny se ha salvado? preguntó en voz baja y con viveza la reina.

—No paseis cuidado del conde, replicó el señor de Choiseul, respondo de él.

—Pues bien, partamos. Pero en nombre del cielo, mas por vosotros que por nosotros, tanto vos como vuestros amigos no nos abandoneis un momento.

El rey comprendió el temor de la reina.

—En efecto, dijo este, los señores de Choiseul y de Damas no acompañan, y no veo sus caballos.



—Es verdad repuso el ayudante de Lafayette dirigiéndose á Billot; no podemos impedir que estos señores acompañen al rey y á la reina.

—Estos señores, dijo Billot, seguirán si pueden al rey y á la reina; nuestras órdenes se concretan á estos últimos y nada dicen respecto á estos señores.

—Pero yo, replicó el rey con mas firmeza que la que de él se podia esperar, yo declaro que bajo ningun concepto partiré si estos señores no tienen sus caballos.

—Mandaré que los traigan, dijo Romeuf.

Pero el señor de Choiseul dando un paso hácia adelante y privando el paso á Romeuf:

—No dejéis á SS. MM., le dijo vuestra mision os concede algun poder sobre el pueblo, y vuestra honra exige que no caiga ni un cabello de la cabeza de vuestros reyes.

Romeuf se detuvo.

Billot sonrió irónicamente.

—Corriente, dijo este; entonces iré yo.

Y fué el primero en salir.

Un momento despues, la real familia salia en coche. El señor de Valory se acercó al rey y le dijo:

—Señor, mi compañero y yo veniamos á pedir un favor á V. M.

—Cuál, señores? replicó Luis XVI estrañado de que aún tuviese poder para dispensar favores.

—Este favor consiste en que ya que no tenemos la dicha de servirlos como militares, nos permitais continuar á vuestro lado en clase de criados.

—Criados míos, señores? esclamó el rey, imposible!

Pero el señor de Valory se inclinó.

—Señor, dijo, en la situación en que V. M. se encuentra el lugar que solicitamos haría honor á un príncipe; así pues, con mucha mas razon nos honrará á nosotros.

—Pues bien, repuso Luis XVI, enjugando una lágrima, quedáos; no nos abandonéis nunca.

El señor de Choiseul cerró la portezuela del coche.



—Señores, dijo el rey, estoy decidido á marchar hácia Monmedy; que se obedezcan mis órdenes: postillones á Modmedy!

Pero una inmensa voz, la voz de la multitud, gritó:

—A Paris! á Paris!

Despues aprovechando un momento de silencio y enseñando con la punta de su sable el camino que debia seguir, otro hombre exclamó:

—Postillones, camino de Clermont.

Era Billot.

El coche se movió para obedecer esta orden.

—Tomo por testimonio á todos vosotros de que se me violenta, gritó Luis XVI.

Despues el infeliz rey estenuado por este esfuerzo de voluntad que sobrepujaba á cuantos hasta entonces habia hecho, se sentó, ó mas bien cayó en los almohadones del coche entre la reina y madama Isabel.

El coche echó á andar.

Al cabo de cinco minutos y habiendo andado solo unos doscientos pasos, se oyeron muchos gritos detrás del mismo.

La reina fué la primera que asomó la cabeza por la portezuela del coche. Pero cuasi en el mismo instante se lanzó en el fondo del carruaje, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—Oh! desdichados de nosotros! se asesina al señor de Choiseull

El rey trató de averiguar lo que ocurría; pero la reina y madama Isabel le tiraron hácia atrás y le hicieron caer entre ellas.

Entonces el coche acababa de volver una esquina y á veinte pasos era imposible ver lo que ocurría.

Nosotros lo esplicaremos.

El señor de Choiseul y el señor de Damas habian subido á caballo cerca la puerta del señor de Sausse; pero el de Romeuf habia desaparecido.

Este, el señor de Floirac y el ayudante Tourg siguieron á pié esperando encontrar caballos entre los húsares y los dragones, ya porque estos si habian continuado fieles les ofrecerian los su-



yos, ya porque esperaban encontrar otros abandonados por sus dueños.

Pero no habían dado quince pasos cuando el señor de Choiseul que escoltaba el coche vió que los señores de Romeuf, de Floirac y de Tourg corrían peligro de ser envueltos y ahogados por la multitud. Entonces se detuvo por un instante; dejó que el coche siguiera su camino, y juzgandó que el señor de Romeuf por la mision de la cual se hallaba encargado podia, entre aquellos hombres que corrían igual peligro, ser el que podría prestar mas grandes servicios á la real familia, gritó á su criado James Brisack, revuelto entre aquella muchedumbre:

—Mi segundo caballo al señor de Romeuf!

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando irritado el pueblo le envolvió y gritó:

—Es el conde de Choiseul: uno de los que querían llevarse al rey; muera el aristócrata! muera el traidor!

Ya se sabe la rapidez con que en las conmociones populares el golpe sigue á la amenaza. Arrancado de su silla, el señor de Choiseul, cayó hácia atrás y desapareció como tragado por un abismo.

Pero al mismo tiempo que caía, cinco personas se lanzaban á su socorro.

Eran el señor de Damas, el señor de Florac, el señor de Romeuf, el ayudante Tourg y aquel mismo criado James Brisack, de cuyas manos se acababa de arrancar el caballo y que teniéndolas libres, podía ocuparlas en servicio de su señor.

Entonces se vió una lucha terrible, una lucha parecida á uno de aquellos combates que antiguamente sostenían los pueblos, y que aún sostienen los árabes en torno del sangriento cuerpo de los heridos y de los cadáveres.

Afortunadamente, contra toda probabilidad, el señor de Choiseul no estaba ni muerto ni herido, ó al menos, no obstante las armas que contra él se habían usado, sus heridas eran insignificantes.

Un gendarme paró con su fusil un golpe que con una pica se le había dirigido y James Brisack paró otro con un bastón que



arrancó á uno de los asesinos: el baston fué hecho añicos; pero el golpe no hirió más que al caballo del señor de Choiseul.

Entonces el ayudante Tourg le ocurrió la idea de gritar:

—A mí, dragones!

Algunos de estos acudieron á aquel llamamiento, y avergonzándose de que el hombre que les habia mandado fuera víctima de aquellos asesinos, pudiendo ellos evitarlo, se hicieron plaza hasta allí.

El mismo señor de Romeuf exclamó:

—En nombre de la asamblea nacional del cual soy mandatario, y del general Lafayette que me ha enviado, conducid á estos señores á la alcaldía.

Los dos nombres de asamblea nacional y del general Lafayette gozaban entonces de gran popularidad; así es que produjeron su efecto.

—A la alcaldía! á la alcaldía! gritó un gran número de voces.

Los hombres de buenos sentimientos hicieron un esfuerzo y el señor de Choiseul y sus compañeros fueron conducidos á la casa municipal.

Pero para llegar allí emplearon mas de hora y media; cada minuto de esta hora y media fué una amenaza ó una tentativa de asesinato; por cualquier espacio que los defensores de los prisioneros dejaban en torno suyo, aparecia la hoja de un sable, las puntas de una hórquilla, ó el hierro de una pica.

Llegóse á la casa municipal, solo se encontraba en ella un miembro del ayuntamiento, que espantado de la responsabilidad que sobre él pesaba, para descargarse de ella, dispuso que á los señores de Choiseul, de Damas, de Floirac se les metiera en un calabozo custodiado por la guardia nacional.

Entonces el señor de Romeuf dijo que no queria dejar al señor de Choiseul, porque se habia espuesto por su causa á todo lo que ocurría; pero entonces el concejal ordenó que el señor de Romeuf fuese conducido al calabozo con los otros.

El señor de Choiseul hizo un signo á su criado, el cual era demasiado poco para que el pueblo se ocupase de él, y desapareció.



Su primer cuidado—no olvidemos que Brisack era mozo de cuadra—fué ocuparse de los caballos.

En seguida entró en un café, tomó un té, pidió papel y tintero y escribió á las señoras de Choiseul y Granmont para tranquilizarlas acerca la suerte de su hijo y su sobrino, que, segun todas las probabilidades, su encarcelamiento era su salvacion.

Pero el buen Brisack aventuraba mucho al participar estas noticias; verdad es que el señor de Choiseul estaba prisionero; verdad es que se hallaba en un calabozo; verdad es que la guardia nacional le custodiaba; pero tambien era verdad que se habian olvidado de poner centinelas en las rejas del calabozo, lo cual hacia que los prisioneros se refugiasen en los ángulos del mismo para librarse de los insultos y hasta disparos de fusil que de cuando en cuando les enviaba la chusma.

Esta situacion duró por espacio de veinte y cuatro horas durante las que, el señor de Romeuf, con un celo digno de un antiguo espartano, reusó abandonar sus amigos.

Por fin, el 25 de junio, habiendo llegado la guardia nacional de Verdun, el señor de Romeuf obtuvo que le fueran devueltos los prisioneros y no los abandonó hasta que, bajo palabra de honor, los oficiales le prometieron velar por su suerte hasta que se les trasladara á otra cárcel.

En cuanto al cuerpo del desgraciado Isidoro de Charny, fué arrastrado á la casa de un pobre tejedor donde no faltaron piadosas manos que lo amortajaran; los restos del pobre jóven, no fueron tan afortunados como los de Jorge: estos al menos fueron objeto de los últimos deberes del conde, de Gilberto, y de Billot mientras que los de aquel lo fueron de estrañas manos.

Entonces Billot era uno de los mas respetuosos y entusiastas amigos de la familia de Charny.

Ya hemos visto como esta amistad, este celo y este entusiasmo se convirtieron en un odio tan implacable como respetuosa y profunda habia sido aquella.



## CAPITULO XXXVII.

### La via dolorosa.



MENTRETANTO, la real familia continuaba la marcha hácia Paris, siguiendo lo que podríamos llamar *La via dolorosa*.

Ah! Los desgraciados Luis XVI y Maria Antonieta tuvieron tambien su calvario!

El triste cortejo marchaba lentamente: los caballos no podian adelantar la escolta que componiéndose en su mayor parte de hombres armados con sables, horquillas, picas, fusiles y azadones era aumentada por una infinidad de mugeres que llevando á sus hijos por entre la muchedumbre les enseñaban un rey que llevaban á su capital por fuerza y al cual probablemente no hubieran visto sin esta circunstancia.

Y en medio la muchedumbre que seguia el camino acudiendo de todas partes, la gran carroza del rey, seguida del cabriolé de las señoras Brunier y de Neuville, parecia, seguido de su chalupa, un estraviado navio en medio las furiosas olas prontas á devorarlo.

De cuando en cuando, una circunstancia cualquiera, hacia si-



guiendo la comparacion, que aquella tempestad aumentara sus proporciones. Los gritos, imprecaciones y amenazas redoblaban; las humanas oleadas se agitaban y elevaban, crecian y disminuian, subian como en la marea, y de tiempo en tiempo ocultaban al desvalido buque que los hendia con gran pena de su proa, de los náufragos que llevaba, y de la frágil chalupa que conducia á remolque.

Cuando la real familia llegó á Clermont, no obstante de que se habian andado cuatro leguas, aun no habia disminuido la terrible escolta. A medida que las ocupaciones de los que la componian, les llamaban á su casa, eran reemplazados por los que acudian de las cercanias, sedientos por presenciar el espectáculo de que los otros ya habian gozado.

Entre los cautivos que encerraba la ambulante casa, habia dos que se hallaban, mas que los otros, espuestos á las amenazas y cólera de aquellas turbas. Nos referimos á los desgraciados guardias que ocupaban el pescante. A cada momento (y esto lo hacian para herir de este modo á la real familia á quien la asamblea habia declarado inviolable) á cada momento veian sus pechos amenazados por la punta de las bayonetas, si ya una guadañas, imagen de la muerte, no se acercaba á sus gargantas, ó una lanza que se deslizaba como una serpiente, no hacia brotar sangre de sus martirizados cuerpos.

De pronto se vió á un hombre que, sin armas ni sombrero, y con los vestidos cubiertos de barro, hendia la multitud y que despues de haber dirigido un respetuoso saludo á los reyes, se lanzó en el pescante y se colocó en medio de los dos guardias.

La reina exhaló un grito de miedo, de alegria y de dolor.

Habia reconocido á Charny.

De miedo, porque lo que hacia á los ojos de todo el mundo era tan andaz y arriesgado que podia tomarse á milagro el no haber sido victima del furor del pueblo antes de ocupar tan peligroso puesto.

De alegria, porque habia escapado á los desconocidos peligros que debia haber corrido en su huida, peligros tanto mas grandes,



cuanto la realidad, sin especificar ninguno, hacia que su imaginación les diera mas proporciones.

De dolor, porque al ver solo á Charny, en aquel estado, comprendió que debía renunciar á toda esperanza de socorro por parte de Bouillé.

En cuanto á la muchedumbre, sorprendida por la audacia de aquel hombre, pareció respetarle á causa de su misma audacia.

Pero al ruido que se levantó en torno del carrage, Billot, que marchaba, á caballo, al frente de la escolta, se volvió y reconoció al conde.

—Ha murmuró: me alegro de que nada le haya sucedido; pero el insensato quiere intentar lo imposible: hartó lo pagará!

La real familia llegó á Santa-Menehoulda á las dos de la tarde.

El no haber dormido en la noche anterior, las emociones y fatigas por las cuales acababan de pasar, habian producido su efecto en todo el mundo, principalmente en el delfin. Al llegar á este último pueblo, el pobre niño era presa de una fiebre terrible.

El rey mandó hacer alto.

Por desgracia de todas las poblaciones escalonadas en el itinerario que seguia la real familia, Santa-Menehoulda era, tal vez la mas ardientemente revelada contra ella.

La órden de hacer alto, dada por Luis XVI no fué, pues, obedecida; pero en cambio se obedeció la de Billot que mandó continuar la marcha.

El pobre delfin lloraba y decia entre sollozos:

—Ya que estoy enfermo, por que no me se desnuda y no se me acuesta en mi cama?

La reina no pudo resistir tan tiernas quejas, y transigiendo con su orgullo, cogió al jóven principe y mostrándolo al pueblo exclamó:

—Ah! señores, por Dios, por mi hijo que estais viendo, deteneos!

Pero Billot gritó:



—En marchal

—En marchal repitió el pueblo.

Era el refinamiento de la crueldad.

Y como el labriego pasase cerca la portezuela del coche para volver á ocupar su puesto al frente de la escolta, la reina le dijo:

—Ahl caballero, os lo repito, para obrar de este modo, es necesario que no tengais hijos.

—Y yo, señora, os repito á mi vez, contestó Billot con su mirada y voz sombría, os repito que he tenido, pero que ahora no tengo ninguno.

—Haced lo que gustéis, repuso la reina; vosotros sois mas uertes, pero tened en cuenta que ninguna voz atrae tanto la desgracia como la voz de los niños.

El cortejo siguió su camino.

El tiempo que se empleó en atravesar el pueblo fué terrible.

El rey se hallaba aterrado: el sudor de la vergüenza y la cólera corrian por la frente de la reina, Mad. Isabel, aquel ángel bajado rogaba en voz baja, no por ella sino por su hermano por su cuñada, por sus sobrinos y por todo aquel pueblo. Aquella santa muger, no sabia separar aquellos á los cuales consideraba como victimas de aquellos que miraba como verdugos, y, en una misma invocacion, colocaba á unos y á otros á los pies del Ser Supremo.

Al entrar en Santa-Menehoulda, las oleadas de la multitud, parecidas á una inundacion, cubria toda la llanura y no pudo penetrar en las estrechas calles de aquel pueblo.

Derramose por los lados del mismo y siguió por sus contornos.

Cuando la real carroza apareció al otro extremo,—pues no se detuvo en el pueblo mas que el necesario tiempo para relevar el tiro—aquella multitud, al verla, redobló su furor y entusiasmo.

El rey habia creído, y esto fué lo que le colocó en su mal camino, habia creído que únicamente en Paris era donde no encontraria simpatias. Asi es que contaba con los buenos habitantes de las provincias, pero he ahí que éstas no solamente no simpatizan con su desgraciado monarca, sino que se le muestran desapia-



dadas. Las provincias habian horrorizado al señor de Choiseul en Pont-de-Sommevesle, disparado contra Damas en Clermont y acababa de matar á Isidoro ante los ojos del monarca; todo se revelaba contra su huida.

Pero su admiracion hubiera subido de punto, si hubiera podido ver lo que pasaba en los lugares y villorrios donde llegaba la nueva de su arresto. La poblacion entera se abrazaba, las mugeres tomaban en sus brazos á sus hijos, las madres arrastraban por la mano á los niños que podian andar, los hombres tomaban las armas y se dirigian al punto por donde debia pasar su rey, no para formar su escolta, sino para aumentar el número de los que aumentaban lo triste de su situacion con el insulto y la amenaza. Pero tres ángeles guardaban la real carroza: el pobre delfin que enfermo y sollozando, se hallaba sentado en las rodillas de su madre; Mad. Real que, hermosa, con esta deslumbradora belleza de las flores, estaba en pié, en la portezuela, contemplando con estraños pero firmes ojos aquella muchedumbre y en fin, Mad. Isabel, jóven de veinte y siete años á quien la castidad del cuerpo y del alma colocaba en su frente la aureola de la juventud mas pura. Además de esto, aquellos hombres veian á una reina abrazando á su hijo, á un rey completamente abatido y no teniendo un objeto en que cebarse, se estrellaba contra los guardias, contra aquellos nobles elevados corazones, que sufrían toda clase de injurias para cumplir con el mas alto y grande de sus deberes!

Pero no era estraño: las cabezas se hallaban exaltadas; el vino de la taberna las habia estraviado, y el sol de junio caia en todo su aplomo como un chorro de fuego en el arenoso polvo que levantaba el inmenso cortejo.

Que hubiera dicho aquel monarca al ver que un hombre partia de Mezienes, con el fusil á la espalda, que hacia sesenta leguas en tres dias, para matarle y que al juntársele en Paris, al verle tan pobre, tan infeliz, tan humillado, sacudia la cabeza y renunciaba á su proyecto?

Que hubiera dicho al ver á un pobre carpintero que, no dudando que luego de su huida seria juzgado y condenado, salia del



fondo de la Borgoña para asistir á este acto, encontraba á un maestro de su mismo oficio y habiéndole disuadido de su idea, suspendió su marcha, casándose poco tiempo despues, con la hija de aquel? (1)

—Lo que Luis XVI veia era tal vez mas espresivo pero menos terrible, puesto que, como hemos dicho, el triple escudo de la inocencia, rechazaba la cólera popular yendo á caer en sus servidores.

—Al salir de Santa-Menehoulda, á media hora, poco mas ó menos del pueblo, vióse á un viejo caballero que, ginate en un caballo, atravesaba los campos á galope. Pertenezia, segun se vió despues, á la órden de San Luis y llevaba la cruz de la misma en su ojal de su levita.

La multitud creyó que aquel hombre acudia alli, atraido por la curiosidad y le hizo puesto.

En seguida se acercó á la portezuela del carruage, quitóse el sombrero, saludó á los reyes dándoles el tratamiento de *Mages-tades*. El pueblo comenzó á gruñir y á amenazar.

El rey conocia aquellas manifestaciones: eran las mismas que habia oido zumbir en torno la casa donde se hallaba en Varennes y comprendia lo que indicaban.

—Amigo mío, dijo aquel al viejo callero de la órden de San Luis, la reina y yo os agradecemos con toda nuestra alma la muestra de fidelidad que acabais de rendirnos de tan pública manera; pero en nombre del cielo, alejaos: vuestra vida está en peligro.

—Mi vida es del rey; dijo el caballero, y mi último dia será el mas hermoso si puedo sacrificar mi vida á mi monarca.

Parte de la muchedumbre oyó estas últimas palabras y los rumores se aumentaron.

—Retiraos, caballero, retiraos! exclamó el rey.

(1) Esta doble anédocta, la cuenta Michelet, el poético y pintoresco historiador. La magestad de su obra le permite citar los nombres de los dos héroes, lo cual nosotros no nos permitimos. (N. del A.)



Luego inclinándose fuera del carruaje y dirigiéndose á la multitud:

—Amigos míos, continuó, tened la bondad de abrir plaza al señor de Dampierre.

Los que estaban mas cercanos al coche, oyeron estas palabras y abrieron puesto. Pero desgraciadamente, un poco mas lejos, caballo y caballero se encontraron oprimidos por la muchedumbre: el ginete escitó su caballo con la espuela y la brida; pero estaba tan compacta la gente que no era dueña ni de sus propios movimientos. Algunas rabaneras gritaron, un niño espantado lloró, los hombres le enseñaron sus puños, las amenazas se cambiaron en rugidos y la furia popular estalló.

El señor de Dampierre, se hallaba ya cerca la orilla de aquel bosque de hombres: picó la espuela; votó el caballo y se lanzó al galope á través de la inmensa llanura que ante sus ojos se desplegaba. Entonces el viejo gentil-hombre se volvió y llevando su mano al sombrero, gritó: «Viva el rey!» como un último homenaje á su monarca y un altivo insulto al pueblo.

Cuasi al mismo tiempo que su voz oyóse un tiro.

Pero Dampierre sacó una pistola de su arzon y devolvió golpe por golpe.

Entonces todos los que tenían cargados sus fusiles los dispararon á su vez. El caballo acribillado de heridas cayó.

Y el ginete? Fué muerto ó herido por tan terrible descarga?

Se ignora. La muchedumbre se lanzó como una tempestad hácia el punto donde habian caido caballo y caballero, es decir, á cincuenta pasos de la real carroza, hizo corro ante aquel grupo, y en medio de gritos y ahullidos de clamores é imprecaciones, salió, de aquel informe caos una pica en cuya punta se vió clavada una cana y sangrienta cabeza.

Era la del desgraciado Dampierre.

La reina exhaló un grito y cayó en el fondo del carruaje.

—Monstruos! Asesinos! Caníbales! ahulló Charny.

—Callaos! Callaos! interrumpió Billot, ó del contrario no respondo de vos, señor conde.





MUERTE DE DAMPIERRE.







—Corriente, dijo este; la vida ya me pesa! Qué puede sucederme mas cruel que lo sucedido á mi hermano?

—Vuestro hermano era culpable y vos no lo sois.

Charny hizo un movimiento para saltar del pescante; pero los dos guardias le detuvieron. Veinte bayonetas se dirigieron contra su pecho.

—Amigos; exclamó Billot con su fuerte é imponente voz, sea cualquiera la cosa que haga ó diga este—y señaló al conde—prohibo que caiga un solo cabello de su cabeza... Yo respondo de él á su muger.

—A su muger! balbuceó la reina, estremeciéndose, como si una de aquellas bayonetas que amenazaban á Charny hubiese herido su corazón, á su muger! Por qué?... Por qué? Billot no hubiera podido decirlo. Había invocado el nombre y la imagen de una esposa, conociendo la influencia que esto ejercia en las masas, que, en su mayor parte, se componen de padres y esposos.

Llegóse tarde á Chalons. Mucho tiempo antes se habian enviado correos para que en este punto se preparasen algunas habitaciones destinadas á la real familia. Al llegar allí el coche de esta entró en el patio de la intendencia.

Este patio se hallaba atestado por curiosos y la guardia nacional.

Se tuvo que despejar algun tanto para que los augustos prisioneros pudiesen bajar del carruaje.

El rey fué el primero que bajó; luego le siguió la reina llevando al delfin en sus brazos; en seguida madama Isabel, la infanta y la señora de Tourzel.

En el momento en que el rey ponía el pié en la escalera; se oyó un tiro y una bala que pasó silvando cerca Luis XVI.

—Bravo! dijo este, volviéndose con calma, hé ahí un zopenco que ha dejado disparar su arma. Cuidado, señores, cuidado, añadió en alta voz; una desgracia sucede luego.

Era aquello un conato de regicidio? Era un simple accidente?.. Se ignora.



Charny y los dos guardias siguieron, sin impedimento alguno á la real familia, y subieron detrás de ella.

A parte, el intencionado ó no intencionado accidente del fusil, á la reina, la pareció que estaba en una atmósfera mas dulce. Desde el momento en que habian llegado á la puerta cochera de la casa donde habian entrado, los gritos dejaron de oirse, un murmullo de compasion salió de muchísimas bocas en el momento en que la real familia bajaba del carruaje, y al llegar al primer piso vió una mesa que tanto por su suntuosidad como por su elegancia hizo que los prisioneros se miraran unos á otros.

Algunos criados aguardaban en ella dispuestos á servirla; pero Charny y los dos guardias reclamaron para si esta honra.

Con capa de una humildad que hoy dia parece extraña, Charny, ocultaba su deseo de no abandonar al rey y estar presto para cualquier acontecimiento.

La reina lo comprendió asi mismo pero ninguna señal de agradecimiento fué dirigida por ella al conde. Las palabras de Billot: «Respondo de él á su muger!» zumbian como una tempestad en lo íntimo de su alma.

Charny al cual creia sacar de Francia, Charny á quien esperaba ver emigrado, cual ella, Charny volvia á París! Volvia á ver á Andrea!

El conde, por su parte ignoraba lo que en el corazon de su amante pasaba; pero empezaba á adivinar.

Segun dijimos anteriormente, Charny se habia adelantado á los reyes para explorar el camino y habia llenado su mision cumplidamente. Nadie como él sabia el espíritu que animaba á todos los pueblos. Chalons, antigua poblacion sin industria ni comercio y habitada tan solo por nobles y hacendados, era esencialmente monárquica.

Resultó de ahí que á penas los augustos convidados tomaron su asiento en la mesa, el intendente del departamento avanzó hácia ellos é inclinándose ante la reina, que nada esperaba bueno, la dijo:

—Señora, las doncellas de Chalons solicitan la gracia de ofrecer flores á VV. MM.



—Flores? repuso la reina.

—Señora, continuó el intendente, si para este obsequio se ha escogido una ocasión mala, si el favor que se solicita es demasiado atrevido, daré orden para que estas jóvenes no suban.

—Oh! no, no! caballero, al contrario! exclamó la reina. Doncellas! Flores! Oh! dejadlas entrar!

El intendente salió y un instante despues doce hermosas jóvenes de catorce á diez y seis años aparecieron en la antecámara y se detuvieron en el dintel de la puerta.

—Oh! entrad! entrad; hijas mias! exclamó la reina tendiéndolas los brazos.

Una de las jóvenes intérprete no solamente de sus compañeras sino de la poblacion entera, habia aprendido un discurso y se disponia á recitarlo: pero al grito de la reina, al ver la emocion que la familia real sentia, la pobre joven no supo hacer otra cosa que hecharse á llorar y decir:—Oh! gracias, gracias! Cuán infeliz y bondadosa es V. M! Elocuentes palabras que saliendo de lo íntimo de su pecho reasumian la general opinion del pueblo.

La reina cogió un ramillete y abrazó á la pobre niña. Charny durante este tiempo se inclinó al oido del rey.

—Señor, le dijo por lo bajo, tal vez se pueda sacar partido de este pueblo; quizá no se ha perdido todo; si V. M. me dá su permiso tan solo por una hora, bajaré y le daré cuenta de lo que vea, oiga y hasta tal vez haga.

—Lo teneis, conde, repuso el monarca; pero sed prudente; si os sucediera una desgracia jamás me consolaria. Ah! Muchos son ya, dos muertos en una misma familia!

—Señor, contestó Charny, mi vida es del rey como lo era la demis dos hermanos.

Y salió.

Pero al salir enjugó una lágrima.

Para que aquel hombre aparentara una firmeza estoica, para que su corazon, tierno hasta lo sumo, se mantuviera á una altura extraordinaria, le era preciso la presencia de la real familia. Una vez solo, se encontraba frente á frente con su dolor.



—Pobre Isidoro! murmuró.

Y llevó su mano al pecho para ver si conservaba aún los papeles que el señor de Choiseul le había entregado, que fueron hallados en el cadáver de su hermano y que deseaba leer en el primer momento, con la misma religión que si se tratase de un testamento.

Después de las jóvenes doncellas, á las cuales la infanta abrazó como hermanas, se presentaron sus padres: eran, cuasi todos, según ya hemos dicho, honrados propietarios y antiguos nobles que venían tímida y humildemente á saludar á sus desgraciados monarcas. El rey se levantó de su asiento y la reina les dijo con voz dulce:

—Entrad, señores entrad. ¿Dónde se hallaba la real familia? Era en Chalons? Era en Versailles? Habían pasado muchas horas desde que los prisioneros habían visto degollar al infeliz Dampierre?

Al cabo de media hora entró Charny. La reina le había visto salir; la reina le vió entrar; pero para el ojo más lince hubiera sido imposible leer en su semblante las emociones que en su corazón sentía á aquella entrada y á aquella salida.

—Y bien? preguntó el rey inclinándose hácia Charny.

—Todo va perfectamente, señor, dijo el conde: la misma guardia nacional se ha ofrecido para acompañar á V. M. hasta Montmedy.

Nuestros lectores ya saben que este pueblo se hallaba en dirección opuesta á la que obligaban á seguir á los monarcas.

—Entonces, repuso Luis XVI, habeis dispuesto algo?

—Sí, señor, con los principales gefes. Mañana, antes de partir el rey solieitará oír misa. Es una cosa que no se puede reusar á V. M. porque mañana es el día del Corpus. El coche aguardará al rey á la puerta de la iglesia; al salir V. M. subirá en su carroza, estallarán los vivas y el rey, en medio de estos vivas dará orden para marchar hácia Montmedy.

—Está bien, replicó Luis XVI; gracias, señor de Charny; s



de aquí á mañana no ha sucedido algo obraremos cual vos decis... Pero tanto vos como vuestros compañeros, id á descansar; tendreis mas necesidad de reposo que nosotros mismos.

Como se comprenderá perfectamente, la recepcion de los jóvenes, de los propietarios y de aquellos valientes nobles no se pudo prolongar tanto como los reyes deseaban. Asi es que á las nueve estos se retiraron.

Cuando entraron en su dormitorio, un centinela que se hallaba en la puerta, llamó al rey y á la reina que aún conservaban su condicion de prisioneros.

Sin embargo, aquel centinela les presentó las armas.

En la precision conque aquel hombre rindió este homenaje á la magestad cautiva, Luis XVI conoció un veterano de su ejército.

—Dónde habeis servido, amigo mio? le preguntó.

—En los guardias franceses, señor, respondió aquel.

Luis XVI no podia olvidar que, desde el 13 de julio de 1789, los guardias franceses se habian pasado al pueblo.

El rey y la reina entraron en su cámara, y el centinela continuó cerca la puerta de aquella.

Una hora despues, nuestro veterano, relevado por otro, solicitó hablar con el gefe. El gefe era Billot.

Estaba cenando con algunos hombres de la comarca que habian acudido al pueblo y les invitaba para que se quedaran hasta el siguiente dia.

Pero aquellos hombres habian visto ya lo que deseaban, esto es, al rey, y la mayor parte de ellos querian regresar á sus aldeas para pasar en ellas el Corpus.

Billot se esforzaba para retenerlos porque las tendencias aristocráticas que en Chalons notaba; comenzaban á inquietarle.

Pero aquella honrada gente contestaba:

—Qué seria sin nosotros la fiesta de mañana?

En este coloquio se hallaban cuando llegó el centinela.

Esté y Billot cambiaron algunas palabras en voz baja pero de una manera animada. En seguida, Billot, embió á buscar á Drouet.



Al llegar éste volvióse á repetir la misma escena de gestos y palabras animadas.

Acabada la conversacion Billot y Drouet se dirigieron á casa el maestro de postas, grande amigo de este último.

El maestro de postas mandó ensillar dos caballos y dos minutos despues, Billot partia al galope por el camino de Reins mientras que Drouet hacia lo mismo por el de Vitry-le-Francais.

Rayó el alba del siguiente dia. Apenas habia seiscientos hombres del sin número que en el anterior formaba la escolta.

Aquellos hombres eran los mas entusiastas, los mas enemigos del rey; habian pasado la noche en la calle durmiendo sobre alguna paja que se les habia proporcionado. Cuando apuntó la aurora aquella gente pudo ver á una docena de hombres, que vestidos de uniforme, entraban en casa del intendente y que un instante despues volvian á salir.

Habia, por aquel tiempo en Calons, una casa donde se acuartelaba una compañía de guardias de Villerrony, pero en el dia en que estos sucesos pasaban solo habia unos doce.

Estos doce hombres acababan de tomar órdenes de Charny.

Charny les dijo que vistieran su uniforme y que se encontraran á caballo, frente la iglesia en el momento en que el rey se dirigiera é ella.

Los guardias se dirigieron á su cuartel para obedecer esta órden.

Segun hemos dicho, alguno de los que formaban la escolta del rey aún continuaban en el pueblo, pero al rayar el dia parte ellos, contando las leguas que les separaban de sus familias, regresaron al seno de las mismas.

Asi es que el número de seiscientos se redujo á unos cuatrocientos ó cuatrocientos cincuenta.

Independientemente de esta circunstancia, que tanto mermaba al ejército revolucionario, se podia contar, al menos con un número igual de guardias nacionales fieles á los monarcas, sin contar con los guardias reales y los servidores del rey, que un batallon sagrado, estaban prestos á dar el ejemplo, desafiando todo peligro.



Además de esto, como se sabe, Chalons era aristócrata.

Desde muy temprano, á las seis de la mañana, los mas celosos realistas, que habitaban el mismo pueblo, se hallaban reunidos en casa el intendente. Charny y los dos guardias se encontraban á su lado, esperando tambien.

El rey se levantó á las siete y manifestó su deseo de oír misa.

Buscóse á Drouet y á Billot para manifestarles la intencion del monarca pero no se encontraron.

Nada pues se oponia á este intento.

Charny se presentó á las reales habitaciones y manifestó la ausencia de los gefes de la escolta.

El rey se alegró; pero Charny movió la cabeza; si no conocia á Drouet, conocia en cambio á Billot.

Esto no obstante, los precedentes parecian favorables. Las calles se veian atestadas de gente; pero era fácil conocer que toda aquella multitud era simpática á los reyes.

Tanto como las ventanas del cuarto del rey y de la reina estuvieron cerradas, aquella muchedumbre circuló poco á poco y sin hacer el mas insignificante ruido para no interrumpir el sueño de los ilustres prisioneros. Era tan numerosa que á penas se percibian los cuatrocientos ó quinientos hombres que habian insistido en formar la escolta.

Pero desde el momento en que se abrieron las ventanas de las reales habitaciones, los gritos de «viva el rey! viva la reina!» resonaron con tal fuerza que, sin comunicárselo uno á otro, el rey y la reina aparecieron en un mismo instante en los balcones.

Entonces los gritos se hicieron unánimes, y, quizá por última vez, los desgraciados monarcas, alentaron alguna esperanza.

—Vamos, todo va bien, dijo Luis XVI á Maria Antonieta que ocupaba distinto balcón.

Maria Antonieta levantó los ojos al cielo pero no dijo nada.

En aquel mismo instante las campanas de la iglesia tocaron á misa.

Cuasi al mismo tiempo, Charny llamó suavemente en la puerta.



—Está bien, dijo el rey; estoy presto, conde.

Charny lanzó una rápida ojeada al monarca. Su fisonomía revelaba la calma y la firmeza. Había sufrido tanto, que cuasi había perdido su natural irresolución.

El coche aguardaba á la puerta.

El rey, la reina y la real familia subieron en él rodeados de una multitud tan numerosa á lo menos como la del día anterior; pero en vez de insultar á los prisioneros, aquella multitud les pedía un gesto, una mirada de benevolencia, orgullosa por poder besar el vestido de Maria Antonieta.

Los tres guardias subieron en el pescante.

El coche partió para la iglesia.

Quien podía detenerlo?

Los dos gefes se hallaban ausentes.

Charny volvía los ojos por todas partes y buscaba en vano á Drouet y Billot.

El coche llegó á la iglesia.

Muchos de los habitantes de Chalons, que formaban la escolta del rey, se colocaron al rededor de aquel; pero el número de guardias nacionales, aumentaban por instantes, desembocando por los estremos de las calles.

Al llegar á la iglesia, Charny calculó que podía disponer de seiscientos hombres.

El sitio que debía ocupar la real familia se hallaba colocado bajo un dosel. Charny rogo al sacerdote oficiante, que la misa no durase mas allá de un cuarto de hora. Conocía demasiado las consecuencias de cualquier retardo, para que no hiciese todos los posibles medios para evitarlo.

—Comprendo, replicó el sacerdote; voy á rogar á Dios para que conceda un feliz viaje á Sus Magestades.

La misa no duró mas tiempo que el indicado y sin embargo, Charny sacó mas de veinte veces el reloj de su bolsillo; el mismo rey no podía ocultar su impaciencia, la reina, de rodillas entre sus dos hijos apoyaba su cabeza sobre una especie de reclinatorio; Mad. Isabel, tranquila y serena como una virgen, sea por que



ignorase los proyectos de su hermano, sea porque lo dejara todo á la voluntad del Ser Supremo, no manifestaba la mas minima impaciencia.

Por fin el sacerdote, volviéndose, pronunció las sacramentales palabras de *Ite missa est*.

Y descendiendo por las gradas del altar, con el cáliz en la mano, bendijo, al pasar, al rey y á la real familia.

Esta se inclinó y correspondiendo al deseo que se habia formulado en el corazon del buen sacerdote, contesto en voz baja: *Amen*.

Luego se dirigió hácia la puerta.

Todos los que acababan de oír aquella misa, se arrodillaron á su paso; los lábios se movian sin que saliese de ellos articulacion alguna, pero, no era difícil adivinar lo que aquel silencio indicaba.

En la puerta de la iglesia hallaron los diez ó doce guardias á caballo.

La escolta realista comenzaba á tomar colosales proporciones.

Y sin embargo, era evidente que los aldeanos con su ruda voluntad, con sus armas, menos mortaces tal vez que las de los habitantes de Chalons—una tercera parte de aquellos llevaban fusiles: el resto lanzas y aperos de labranza—era evidente decimos que los aldeanos podian, en el momento decisivo hechar su gran peso en la balanza contraria á la suerte de la real familia.

Asi es que no fue sin miedo, el que Charny se inclinara hácia el rey y al mismo tiempo que recibia sus órdenes le dijera:

—Animo señor.

El rey estaba decidido.

Asomó su cabeza en la portezuela del coche y dirigiéndose á los que cerraban el coche, exclamó:

—Señores: ayer, en Varennes se usó de violencia conmigo; habia dado orden para marchar á Montmedy y se me llevó, por la fuerza, á una ciudad que se me habia revelado. Hoy me encuentro en medio de fieles y valientes súbditos y repito á mi vez: A Montmedy, señores á Montmedy!



—A Montmedy! gritó Charny.

—A Montmedy! repitió la guardia nacional de Chalons.

—Viva el rey! gritó á coro la multitud.

El coche volvió una esquina y se dirigió por el mismo camino por donde había llegado el día anterior.

Charny tenía fijos los ojos en el pueblo de las aldeas. Le parecía que el veterano que en la noche anterior se hallaba de centinela en la cámara de los reyes, manejaba en ausencia de Drouet y Billot, toda aquella gente. Siguió y mandó seguir por sus hombres el general movimiento manifestando, tanto aquel como esta lo poco que les agradaba este último.

Dejaron pasar la guardia nacional y se colocaron á retaguardia.

En primera fila marchaban algunos hombres armados de picas, palos y horquillas.

Luego siguieron ciento cincuenta hombres, poco mas ó menos armados de fusiles.

Aquella maniobra que no hubiera egecutado mejor un batallon de veteranos, inquietó bastante á Charny; pero no tenía ningun medio para oponerse á ello, y desde el punto que ocupaba, le era imposible exigir esplicaciones.

Estas esplicaciones no tardaron mucho en darse.

A medida que se avanzaba hácia las puertas de la poblacion, parecia que, no obstante el ruido del carruage, no obstante los gritos y vivas de la muchedumbre realista, se oia alguna cosa como un sordo mugido que iba en aumento.

De repente Charny palideció y puso la mano sobre la rodilla del guardia que estaba á su lado.

—Todo se ha perdido! exclamó.

—Por que? preguntó su compañero.

—No reconocéis este rumor?

—Se diria que es el redoble 'del tambor... Y bien?

—Y bien! vais á ver, repuso Charny.

En aquel momento se volvió la esquina de una plaza.

Dos eran las calles que desembocaban en la misma: la de Reims y la de Vitry-le-Francais.



Por cada una de estas dos calles, con tambores á la cabeza y banderas desplegadas, avanzaba un considerable grupo de guardias nacionales.

El uno no bajaba de mil ochocientos hombres; el otro de mil quinientos á tres mil.

Cada grupo parecia mandado por un hombre á caballo.

Uno de estos hombres era Drouet; el otro Billot.

Charny no tuvo mas necesidad que lanzar una mirada hácia la direccion que seguian para comprenderlo todo.

La ausencia de Billot y Drouet, inesplicable hasta entónces; se esplicable con harta claridad.

Probablemente se les habia noticiado lo que se maquinaba en Chalons y habian partido el uno para ir á buscar la guardia nacional de Reims y el otro la de Vitry-le-Francais.

Sus medidas habian sido tomadas de concierto; los dos llegaron á tiempo.

Hicieron detener á sus hombres en la plaza que ocuparon por completo.

Luego, sin ninguna otra demostracion, mandaron cargar las armas.

El cortejo se detuvo.

El rey sacó la cabeza por la portezuela y vió á Charny que en pié y pálido como un cadáver, apretaba los puños con fuerza.

—Que sucede? preguntó el rey.

—Sucede, Señor, que nuestros enemigos han ido en busca de refuerzo y que, como veis, se cargan las armas, mientras que detrás, la guardia nacional de Chalons los aldeanos ya han cargado las suyas!

—Y que pensais de todo esto, señor de Charny?

—Pienso, señor, que estamos metidos en dos fuegos! Esto no impedirá que pasemos si Vuestra Magestad quiere pasar; pero no respondo de cual será la suerte de mi monarca.

—Está bien, repuso Luis XVI; retrocedamos.

—Vuestra Magestad está bien decidido?

—Señor de Charny, bastante sangre, y sangre que lloro y llo-



raré con amargas lágrimas, ha corrido por mi causa. No quiero que se vierta una gota mas... Retrocedamos.

A estas palabras los dos jóvenes guardias que se hallaban en el pescante se lanzaron á la portezuela; los guardias de la compañía de Villeroy hicieron lo mismo y como bravos y valientes soldados suplicaron que se les permitiera entrar en lucha; pero el rey, mas aún que al principio, insistió en su determinación.

—Señores, dijo Charny en voz alta é imperiosa; retrocedamos; el rey lo quiere!

Y cogiendo por sí mismo las riendas de un caballo hizo dar una media vuelta á la pesada máquina.

En la puerta de Paris, la guardia nacional de Chalons, poco menos que inútil, por la resolución de Luis XVI, cedió su puesto á los aldeanos y á la guardia nacional de Reims y de Vitry.

—Os parece si he obrado como debia, señora? preguntó Luis XVI á Maria Antonieta.

—Si, señor, respondió esta, pero he reparado que el señor de Charny os ha obedecido con muy pocas obgeciones.

Y cayó en una sombría abstraccion que no pertenecia á la terrible situacion en que la real familia se hallaba.

El coche seguia tristemente su marcha hácia Paris, escrupulosamente vigilado por los dos sombríos hombres que tan francamente lo detuvieron en el camino, cuando, entre Epernay y Dormaus, Charny, gracias á su alta estatura y al elevado sitio que ocupaba, pudo ver otro coche que arrastrado por cuatro caballos de posta venia por la misma carretera de Paris.

Charny comprendió inmediatamente que aquel carruaje traia alguna nueva noticia, ó que conducia á algun importante personage.

En efecto, cuando alcanzó la vanguardia de la escolta, vióse que, despues de haber cambiado dos ó tres palabras, aquella se abria en dos filas presentando al mismo tiempo las armas.

La berlina del rey se detuvo y entonces se oyeron muchos gritos de «Viva la asamblea! Viva la asamblea nacional!»

El coche que venia de Paris continuó su camino hasta que llegó al punto donde se encontraba el del rey.



Entonces bajaron tres hombres de los cuales dos eran completamente desconocidos para nuestros viajeros.

Cuando el tercero acabó de asomar su cabeza por la portezuela la reina se acercó á Luis XVI y murmuró á su oído:

—El señor de Latour-Marboug, el alma condenada de Lafayette!

Luego, moviendo la cabeza, añadió:—Esto presagia muy poco bueno.

De aquellos tres hombres, avanzó el mas viejo y abriendo brutalmente la portezuela del coche de la real familia dijo:

—Yo soy Pethion y hé aqui á los señores Barnave y Latour-Marboug, comisionados, como yo, por la asamblea para acompañaros y velar por vuestra seguridad.

La reina lanzó al diputado por Chartres y á sus dos amigos una de aquellas desdeñosas miradas, que caian desde lo alto del orgullo de la hija de Maria Teresa.

El señor de Latour Marboug, noble cortesano de la escuela de Lafayette, no pudo hacer frente á aquella mirada.

—Sus Magestades van ya muy estrechos en este carruaje, dijo; yo subiré en el que sigue detrás.

—Subid donde querais, repitió Pethion; por lo que á mí toca, mi puesto está en el coche del rey y la reina y de consiguiente subo.

Y al acabar estas palabras subió en la real carroza. En el tintero iban el rey, la reina y madama Isabel; Pethion las miró una tras otra.

Luego añadió con la misma brutalidad:

—Dispensad, señora; pero como representante de la asamblea me toca el puesto de honor. Me hareis, pues, el obsequio de levantaros y colocaros al otro lado?

—Oh! qué audacia! murmuró la reina.

—Caballero! exclamó el rey.

—Es la etiqueta... Vaya, levantaos, señora, y cededme vuestro puesto.

La audacia y brutalidad nunca habian llegado á aquel extremo.



Madama Isabel se levantó y cedió su puesto dirigiendo á su hermano y á su cuñada una señal de resignación.

Durante este tiempo, el señor de Latour-Maubourg se habia esquivado y dirigido al cabriolé que seguia á la real carroza para pedir á las dos señoras con mas cortesía que Pethion que lo ocupaban su puesto, que no habia encontrado al lado del rey y la reina.

Barnave, continuaba fuera del carruaje no atreviéndose á subir porque veia que en el se hallaban siete personas.

—Ea! Barnave! no subes? le preguntó Pethion.

—Dónde me colocaré? contestó aquel un tanto embarazado.

—Quereis mi puesto, caballero? le preguntó con acritud la reina.

—Gracias, señora; contestó Barnave, mordiéndose los lábios; me bastará este. Y señaló el lado donde estaban los dos niños.

Por un mismo movimiento, madama Isabel atrajo hácia sí á madama Real, mientras la reina acercaba al delfin á sus rodillas.

De este modo hubo un puesto en el lado que indicó Barnave y este se encontró frente la reina, tocando con las suyas sus rodillas.

—Vamos; dijo Pethion sin pedir licencia al rey; en marcha!

Y el carruaje echó andar.

Hubo un un momento de silencio, durante el cual, escepto Pethion que se encerró en su rudeza, los viageros se examinaron mutuamente.

Permitasenos, pues, decir algunas palabras ácerca los personajes que acabamos de presentar en escena.

Jerónimo Pethion, por otro nombre Villeneuve, era un hombre de cerca treinta y dos años, de dura fisonomía y cuyo mérito estribaba únicamente en la exaltacion de su carácter, en su honradez política y en la pureza de sus principios. Nació en Chartres, se recibió de abogado y en 1789, fué enviado á Paris como miembro de la asamblea. Debía ser alcalde de Paris, gozar de una popularidad que eclipsó la de los Baylli y Lafayette, y morir en los campos de Burdeos devorado por los lobos. Sus amigos le llama-



Ban Petíon el Virtuoso. El y Camilo Desmoulins eran ya republicanos, cuando aún nadie lo era en Francia.

Pedro José Barnave, nació en Grenoble; en la época en que lo presentamos á nuestros lectores, tenia apenas treinta años; enviado á la asamblea nacional adquirió á la vez una inmensa reputacion y una gran popularidad luchando con Mirabeau en la época en que menguaba la popularidad y reputacion del diputado por Aix. Los enemigos del grande orador—y Mirabeau gozaba de este privilegio de los hombres de genio, teniendo por enemigo todo lo mediano—los enemigos del grande orador se habían hecho amigos de Barnave y le habían sostenido, apoyado, engrandecido, en las tempestuosas luchas que habían acompañado la muerte del ilustre tribuno. Era, nos referimos á Barnave—un jóven de treinta años, que no parecia tener mas allá de veinte y cinco, con hermosos ojos azules, boca grande, nariz arremangada y voz bastante ágría. Su talla era elegante. Su aspecto era bastante frío, desairado, cuasi antipático. Valia mas de lo que su exterior revelaba. Militaba en el partido monárquico-constitucional.

En el momento en que tomaba su asiento frente la reina, dijo Luis XVI:

—Señores, comienzo por declarar que mi intencion nunca ha sido abandonar la Francia.

Barnave, mitad sentado, se detuvo y miró al rey.

—Decis la verdad, señor? replicó Barnave; en este caso estas palabras salvan la patria.

Y se sentó.

Entonces sucedió algo extraño entre aquel hombre que habia nacido de unos menestrales que habitaban una pequeña aldea, y aquella muger que descendia de una de las mas poderosas casas del mundo.

Ambos procuraron, mutuamente y aún mismo tiempo, penetrar en lo profundo de su corazon; no como enemigos políticos que esperan encontrar en el secreto de estado, sino como un hombre y una muger que buscan en el mismo los misterios del amor.

De qué se originaba aquel sentimiento que la reina en su



gran penetracion, sorprendió á los pocos minutos de estudio, en el corazon de Barnave?

Vamos á mostrar, ante la luz del dia, una de estas tablillas del corazon que constituyen las leyendas secretas de la historia, y que en los dias terribles ó sublimes, pesan mas en la balanza del destino que el gran libro de los acontecimientos politicos.

Barnave tenia la pretension de ser, en todo, el sucesor de Mirabeau; asi es que, segun creia, era ya su heredero en la tribuna.

Pero habia mas.

A los ojos de todo el mundo—nosotros sabemos ya en que concepto—Mirabeau habia pasado por un hombre á quien la benevolencia de la reina y la confianza del rey habian honrado.

Aquella sola y única conferencia que el diplomático obtuvo en el palacio de Saint-Cloud, habia dado origen, segun muchos, á otras audiencias secretas en las que la presuncion de Mirabeau llegó hasta la audacia, y la benevolencia de la reina hasta la debilidad. En aquel tiempo no solo era moda calumniar á la pobre Maria Antonieta sino hasta creer las calumnias.

Hé ahí porque Barnave deseaba suceder por completo al grande orador y hé ahí por qué en la asamblea no escaseó ningun medio para hacerse nombrar uno de los tres comisionados que se debian enviar cerca el rey.

Habia sido nombrado y se presentó alli dándose la importancia de un hombre que sabe que en el caso de no tener talento para hacerse amar, tendria al menos bastante poder para hacerse odiar.

Hé aquí lo que su gran penetracion de muger la reina habia presentado, cuasi adivinado.

Pero lo que estaba viendo distintamente era la preocupacion de Barnave.

Cinco ó seis veces, en el espacio de un cuarto de hora, y durante el cual Barnave se encontraba frente de ella, el jóven diputado se volvió para examinar con escrupulosa atencion les tres hombres que iban en la delantera del coche, despues lo cual, su mirada se fijó con cierta hostilidad en la reina.



En efecto, Barnave sabia que uno de aquellos tres hombres, ignoraba cual-era el conde de Charny, y la pública opinion señalaba á este como amante de la reina.

Barnave estaba celoso.

La reina lo adivinó.

Y desde el momento en que lo adivinó conoció su fuerza; sabia el punto falso de la coraza de su adversario; solo faltaba herir y herir con destreza.

—Señor, dijo al rey, habis oido lo que ha dicho el hombre que parece mandar esta gente?

—A propósito, de qué, señora? preguntó el rey.

—A propósito del conde de Charny.

Barnave se estremeció. Aquel estremecimiento no se escapó á la reina cuyas rodillas tocaban las del jóven.

—No ha dicho que tomaba sobre si la responsabilidad de lo que sucediera al conde?

—Cabal, y ha añadido que respondia de su existencia á la condesa.

Barnave cuasi cerró los ojos, pero se dispuso á no perder una palabra de lo que el rey á decia la reina.

—Y bien? preguntó Luis XVI.

—Y bien, señor, la condesa de Charny es mi antigua amiga, la señorita Andrea de Taverney. No os parece que al llegar á Paris se debiera dar permiso al conde para que se retirase del servicio y viviera siempre con su espósa? Ha corrido muchos peligros: su hermano ha muerto por nosotros, y creo que exigirle mas sacrificios seria una crueldad para con estos dos esposos.

Barnave respiró y abrió sus grandes ojos.

—Teneis razon señora, contestó Luis XVI, aunque, á decir verdad, temo que el señor de Charny no acepte.

—Corriente! de todos modos, si es asi, cada una á hecho lo que debia: nosotros autorizándole para que se retire del servicio y él reusando nuestra oferta.

Barnave, que abrigaba un corazon generoso, comprendió lo injusto de su opinion respecto aquella muger que tenia frente á frente.



Hasta entonces había permanecido con la cabeza alta y orgullosa como un juez delante una culpable; respondiéndole á una acusación que sin embargo de estar en la conciencia del diputado, no podía adivinar, se mostraba inocente ó arrepentida.

—Con esto, estaremos tanto mas tranquilos, cuanto nosotros no nos hemos llevado al conde de Charny, sino que le hemos visto aparecer de repente en la portezuela de nuestro carruaje. A fé mia, yo creí siempre que continuaba en París muy tranquilo.

—Es verdad, repuso el monarca; pero esto os hará ver que el conde de Charny no necesita estímulo alguno para llenar sus deberes.

La reina era inocente, no había duda.

Oh! como se hará perdonar Barnave el concepto que de ella se había formado?...

Dirigirla la palabra Barnave no se atrevía. Aguardar que la reina hablara?... La reina satisfecha por el efecto que sus pocas palabras habían producido, guardaba silencio.

Barnave se volvió dulce, cuasi humilde. El jóven, con sus ojos imploraba, cuasi, el perdón de la reina; pero Maria Antonieta parecia no hacer caso del jóven.

Barnave se halló en uno de aquellos estados de exaltacion nerviosa, en que el hombre, para hacerse notar por una muger distraída, emprenderia los doce trabajos de Hércules á riesgo de su eumbir desde el primero.

Pedia al Ser Supremo que le enviara una ocasion cualquiera para atraer hácia si la real indiferencia, cuando de repente, como si el Ser Supremo hubiese escuchado su súplica, un pobre sacerdote que aguardaba, al lado de la carretera, que el rey Luis XVI pasara, se acercó al coche para ver mas de cerca al augustó prisionero y con los ojos arrasados de lágrimas dijo:

—Señor: que Dios guarde á Vuestra Magestad!

Y elevó sus suplicantes ojos al cielo.

Habia ya mucho tiempo que el pueblo no había tenido ocasion de mostrar su cólera. Nada se le había presentado desde que hizo pedazos al caballero de San Luis, cuya cabeza continuaba llevando en la punta de una pica.



Entonces se le presentaba una ocasion y la aprovechó con deslirio:

A la accion del sacerdote, á la plegaria del anciano, el pueblo contestó con un rugido; se lanzó como un rayo sobre él y antes que Barnave saliese de su profunda abstraccion, el sacerdote yacia en tierra acosado por la multitud. Esta se preparaba á des-cuartizarle cuando la reina, espantada, esclamó dirigiéndose á Barnave:

—Oh! caballero: no estais viendo lo que pasa?

Barnave levantó la cabeza, tendió una rápida mirada en aquel oceano donde acababa de desaparecer el religioso y que mugia en tumultuosas oleadas al rededor del coche y viendo lo que pasaba:

—Ah! miserables; esclamó lanzándose con tal impetu á la portezuela que esta se abrió y hasta el jóven hubiese caido, si por uno de estos movimientos del corazon, tan súbitos en Mad. Isabel, esta no le hubiese detenido por la falda de su levita.

—Oh! tigres! vosotros no sois franceses, continuó: desde cuando la Francia, el pueblo de los valientes, se ha convertido en nacion de asesinos?

Este apóstrofe nos parecerá pretencioso; pero así se hablaba en aquellos tiempos. Barnave representaba á la Asamblea nacional y esta hablaba por su boca.

El buen hombre se levantó y dijo.

—Habeis hecho bien en salvarme, jóven: un anciano rogará por vos.

Y haciendo el signo de la santa cruz, se alejó.

El pueblo le dejó pasar, dominado por el gesto y mirada de Barnave que parecia la estatua del poder.

Despues, cuando el sacerdote estuvo algo lejos, el jóven diputado volvió á sentarse con indiferencia bien que conservando el recuerdo de que acababa de salvar la vida de un hombre.

—Caballero, dijo la reina, os doy gracias por esta accion.

A estas simples palabras, Barnave sintió que un estremecimiento recorria todo su cuerpo.



Es que, á no dudarlo, Maria Antonieta, durante el periodo que medió desde el dia de la fuga hasta su regreso á Paris, nunca habia estado tan hermosa como entonces.

Y en efecto: en vez de tronar como reina, tronaba como madre; á su izquierda tenia el delfin, bellissimo niño de blondos cabellos, que con la inocencia de su edad habia pasado de las rodillas de Maria Antonieta á las del virtuoso Pethion, que comenzaba á humanizarse jugando con su cabellera; á la izquierda tenia á Mad. Real que parecia el retrato de su madre en la flor primera de su juventud y belleza; llevaba en fin, en vez de la esplendente y real corona, la triste de la desgracia y cercando su pálida frente, se veian sus magníficos y blondos cabellos en medio los que brillaban algunas hebras de plata que habian nacido prematuramente y que hablaban mas elocuentemente al corazon del jóven diputado que lo que hubiese podido hacer la mas doliente queja.

Contemplaba aquel real hechizo y se sentia cercano á postrarse de rodillas ante aquella magestad moribunda, cuando el jóven delfin lanzó un grito.

El niño habia hecho al virtuoso Pethion alguna infantil travessura y este le reñia en voz baja.

Luis XVI enrojeció de cólera: Maria Antonieta palideció de vergüenza. Estendió la mano como para coger al niño de entre las rodillas de Pethion; pero como Barnave hiciese lo mismo que ella con alguna anticipacion, el delfin se encontró entre las rodillas de este último.

La reina quiso atraerle hácia sí, pero el niño exclamó:

—No, aqui estoy bien.

Y como Barnave que habia visto el movimiento de la reina, hiciese otro para dejarla hacer lo que deseaba, la reina—era coqueteria de madre ó seduccion de muger?—la reina dejó al jóven príncipe entre las rodillas de aquel.

En aquel momento, pasó, en el corazon del diputado, algo imposible de describir: estaba orgulloso al mismo tiempo que se consideraba feliz.



Cogió la mano del delfín y bajó sus labios hasta besarla respetuosamente.

La reina enjugó una lágrima que subió desde su corazón á sus párpados.

Y la carroza, pequeño teatro de aquel singular drama, continuó rodando entre los gritos de la multitud que conducía á la muerte á seis de las ocho personas que escoltaba.

Llegóse á Dormans.

Nada se había preparado en este pueblo para recibir á la real familia. Así es que esta tuvo que parar en un meson.

Sea por orden de Pethion cuya susceptibilidad había sido herida por el silencio del rey y la reina durante el camino, sea que el meson estuviese completamente ocupado, lo cierto es que los ilustres viajeros tuvieron que alojarse en tres de sus miserables buhardillas.

Al bajar de la carroza, Charny, según su costumbre, se acercaba á los reyes para recibir sus órdenes, cuando la reina le hizo seña de que no se acercara.

Sin adivinar la causa, Charny la obedeció y se mantuvo apartado de los monarcas.

Entre tanto Pethion había entrado en la fonda y daba algunas órdenes para que se arreglara la habitación destinada á la real familia: cuando aquella estuvo arreglada, no quiso tomarse la pena de bajar y se contentó con enviar un muchacho á los reyes para decirles que un cuarto se hallaba dispuesto.

Barnave se hallaba su tanto embarazado; se moría por ofrecer su brazo á la reina; pero al mismo tiempo no se atrevía.

Esperó.

El rey bajó el primero, apoyándose en el brazo de los guardias señores de Valory y de Malden. Charny, como se sabe, había apartado un poco, por la seña de Maria Antonieta.

La reina bajó en seguida y tendió los brazos para que se la diese el delfín: el niño exclamó:

—No, quiero quedarme con mi amigo Barnave.

Maria Antonieta hizo un signo de asentimiento acompañado



de una sonrisa. Barnave dejó pasar á madama Isabel y á madama Real y luego bajó con el delfin en los brazos.

Venia en seguida la señora de Tourzel, que no deseaba otra cosa que tomar á su real discipulo de las indignas manos que lo tenian; pero una nueva señal de la reina calmó el aristocrático ardor del aya de los príncipes.

La reina subió una negra y tortuosa escalera apoyándose en el brazo de su esposo.

Al llegar al primer piso se detuvo, creyendo que habia subido bastante contando veinte escalones; pero el niño que habia enviado Pethion les condujo al segundo piso.

Este cuarto se componia de tres piezas que se comunicaban unas con otras.

La reina se instaló en la primera con madama Real; madama Isabel en la segunda con el delfin y la señora de Tourzel y el rey en la tercera que era una especie de gabinete que daba á la escalera.

Luis XVI se encontraba fatigado, y, mientras aguardaba la comida determinó tenderse en la cama. Pero el lecho era tan corto que al cabo de un minuto se vió precisado á levantarse por la violenta posicion que guardaba. En seguida pidió una silla.

Los señores de Malden y de Valory hacian guardia de honor á la real familia, situados en la meseta de la escalera, y el primero de estos bajó al comedor, cogió una silla y la subió al cuarto de Luis XVI.

Este que ya tenia otra silla, puso aquella á cierta distancia de esta, cogió las tablas de la cama y se dispuso de esta manera, á improvisar otra que se ajustara á su estatura.

—Oh! señor, exclamó el señor de Malden, y pasareis la noche de este modo! Y el noble guardia juntó sus manos y movió con dolor la cabeza.

—Por qué no, caballero? contestó el rey.

Y luego añadió:

—Además, si como se me dice todos los días, la miseria de mi pueblo es tan escesiva, ¿cuántos de mis súbditos se considerarían



felices teniendo este gabinete, este lecho y estas dos sillas?

Y se tendió en aquella improvisada cama, preludiando de esta manera los inmensos padecimientos del Temple.

Un instante despues, se anunció que SS. MM. se hallaban servidos. El rey bajó al comedor y contó seis cubiertos.

—Por qué estos seis cubiertos? preguntó.

—Hay uno para el rey, otro para la reina, otro para madama Isabel, para madama Real, para monseñor el delfin y otro para el señor Pethion, respondió el muchacho.

—Y por qué no otro para el señor de Barnave y otro para el señor de Latour-Maubourg? preguntó Luis XVI.

—Ya estaban preparados; pero el señor de Barnave los ha mandado quitar, contestó el muchacho.

—Y ha dejado el del señor Pethion?

—Sí, señor, porque el señor Pethion no ha dicho nada.

En aquel momento la figura grave, mas que grave, austera, del diputado por Chartres apareció en el dintel de la puerta.

El rey fingió no verle y contestó al muchacho.

—Yo no como con nadie que no sea de mi familia; nosotros comemos entre nosotros y con la gente que convidamos: de otra manera nunca nos acercamos á la mesa.

Y el rey arrugando el entrecejo ordenó al muchacho que quitara el cubierto.

Este obedeció. Pethion salió bramando de corage.

—Señor de Malden, continuó Luis XVI, cerrad la puerta á fin de que todo lo posible, podamos estar en familia.

Malden obedeció y Pethion pudo oír el ruido que hacia la puerta al cerrarse.

El rey pudo, de esta manera, cenar como en familia.

Los guardias, segun su costumbre, sirvieron la cena.

En cuanto á Charny no apareció en el comedor; era el esclavo, no el servidor de la reina.

Pero existian momentos en que esta obediencia pasiva á la reina heria á la muger. A si es que, durante la cena, la reina, impaciente, buscaba con los ojos al conde. Hubiese querido que,



despues de haberla obedecido un instante, hubiera acabado por desobedecerla.

En el momento en que el rey, despues de haber cenado, movia la silla para levantarse, el salon se abrió y el muchacho, entrando, rogó, á SS. MM., en nombre del señor Barnave, que se sirvieran ocupar su habitacion del primer piso.

Luis XVI y la reina se miraron. Era necesario mostrarse dignos y rechazar la cortesania del uno para castigar la groseria del otro? Esta era, tal vez, la opinion del rey, pero el delfin corrió hácia el salon gritando:

—Dónde está mi amigo Barnave?

La reina siguió al delfin, y el rey á la reina.

Barnave no estaba en el salon.

Del salon, Maria Antoinieta pasó á las cámaras: habia tres, como en el cuarto segundo.

No revelaban elegancia, pero respiraban cierta esquisita propleiad. Las bugias quemaban en candelabros de cobre pero quemaban con gran profusion.

Por dos ó tres veces, en el camino, la reina manifestó su contento al ver algunos jarros adornados con flores; la cámara de la reina se hallaba atestada de hermosas flores y las ventanas se hallaban abiertas para que se renovase el aire de aquella: unas elegantes cortinas cerraban las ventanas privando que una indiscreta mirada persiguiese en la cámara á la augusta prisionera.

Barnave era el que lo habia dispuesto todo.

La pobre reina lanzó un suspiro; seis años antes, Charny hubiera sido el autor de aquella sorpresa.

Barnave, sin embargo, tuvo la delicadeza de no ir á buscar de los reyes una palabra de agradecimiento.

Pero esto, tambien lo hubiera hecho Charny.

Como un abogadillo de provincias guardaba las mismas atenciones y la misma delicadeza que hubiera podido observar el mas refinado cortesano?

Esto preocupaba bastante á la reina.

Pero que hacia durante este tiempo el conde de Charny?



Charny, como hemos dicho, á consecuencia del signo que le hizo su amante, se habia retirado no volviendo á aparecer.

Charny á quien su deber encañaba tras los pasos de Luis XVI y Maria Antonieta, recibió con gusto la orden de esta última, porque le daba momentos para reflexionar en la soledad.

Habia vivido tan rápidamente por espacio de tres dias; habia, por decirlo así, vivido tan fuera de su centro durante este tiempo, que abandonó con gusto los pesares de los otros para atender á su propio dolor.

Charny era un noble de los antiguos tiempos, hombre amante de su familia; así es que adoraba á sus hermanos, de los cuales era el primogénito.

Cuando la muerte de Jorge, su dolor fué extraordinario; pero al menos habia podido, arrodillado ante el cadáver, en aquel estrecho y sombrío patio de Versalles, habia podido, decimos, desahogar su dolor en lágrimas; al menos le quedaba su otro hermano Isidoro que le era, cuasi, mas querido que Jorge, aunque no fuese sino por los tres cuatro últimos meses que estuvo en la corte, antes de emprender su viage y por que era su intermediario con Andrea.

Ya hemos procurado explicar porque ciertos corazones, durante la ausencia de un ser querido, se animan en vez de olvidar y porque esta misma ausencia dá un nuevo alimento á los recuerdos que en aquel existen.

Pues bien; Charny cuanto menos veia á Andrea, mas la amaba, mas pensaba en ella, y pensar en ella era amarla. En efecto; cuando veia á Andrea, cuando se hallaba cerca de su esposa, le parecia que se encontraba, pura y simplemente, al lado de una estatua de yelo que el menor rayo de amor fundiria y que retirada en la sombra de si misma, temia al amor tanto como una verdadera estatua de yelo pudiese temer los rayos del mismo sol. Entonces se hallaba en contacto con aquella alma fria, oia su grave y comedida palabra, miraba aquellos ojos mudos y sin espresion, y tras de su palabra, tras de aquellos ojos, no oia ni veia nada.

Todo era pálido, todo era frio.



He ahí—salvo algunos momentos en que se manifestaba animada por lo violento de la situación—he ahí la manera como la jóven se habia aparecido á Charny en sus últimas visitas, principalmente en la de aquella noche en que la desgraciada Andrea encontró y perdió á su hijo Sebastian.

Pero desde el momento en que se alejaba de ella, la distancia producía su efecto: el frío y mármreo rostro de Andrea se animaba, su palabra antes grave y cuasi helada, se oía vibrante y sonora, sus mudos y poco expresivos ojos, levantaban sus párpados y lanzaban una húmeda y febril mirada, un fuego interior animaba la estátua y á través de su alabastrino cutis Charny veía circular la sangre y latir su corazón.

Ah! En aquellos momentos de soledad y ausencia Andrea era la verdadera rival de la reina!

En la misteriosa oscuridad de la noche, Charny veía como de repente se abría la pared de su cámara ó se levantaba el tapiz de la puerta y se acercaba á su lecho, abiertos sus brazos, murmurando amor y lanzando fuego su mirada, aquella trasparente estátua cuya llama iluminaba su alma; entonces Charny procuraba estrechar la estátua contra su pecho; pero, ay! era un fantasma! el fantasma se escapaba, sus brazos estrechaban el vacío y despertaba de su hermoso sueño para volver á la fría y triste realidad!

Isidoro, pues, le era mas caro de lo que nunca le habia sido Jorge y, segun hemos visto, el conde no habia gozado de la triste alegría de llorar sobre el cadáver de aquel como en otro tiempo lo hizo con el de este.

Los dos, el uno despues del otro, habian caído por aquella muger fatal.

A él, también, algun dia debía caberle igual suerte.

Pues bien: desde hacia dos dias desde la muerte de su hermano, desde aquel último abrazo que tiñó de sangre sus vestidos y dejó tibios sus labios por el último suspiro de la víctima, desde aquel momento en que el señor de Choiseul le entregó los papeles que habia encontrado en el pecho de Isidoro, apenas tuvo un instante para dar rienda suelta á su dolor.



El signo, pues, que le hizo Maria Antonieta para que se mantuviera alejado fué recibido por él como un favor y aceptado con alegría.

Desde aquel instante buscó un rincon, un retiro desde el cual al mismo tiempo que se pudiera hallar presto en caso necesario para ayudar á la real familia, pudiera, sin embargo, estar solo con su dolor, aislado con sus lágrimas.

Encontró una buhardilla situada en lo último de la escalera donde velaban los señores de Malden y de Valory.

Una vez allí, solo, encerrado, sentado cerca una mesa alumbrada por una vieja lámpara, sacó de su bolsillo los sangrientos papeles, únicas reliquias que de su hermano le quedaban.

Con la frente entre sus manos, fijos sus ojos en aquellos pliegos donde continuaban vivos los pensamientos de aquel que los trazó, dejaba correr desde sus megillas á la mesa silenciosas y abundantes lágrimas.

Por fin, lanzó un suspiro, movió lentamente la cabeza, cogió una carta y la abrió. Era de la pobre Catalina.

El conde sospechaba el lazo que unia á Isidoro con la hija del labriego, cuando en Varennes, Billot se lo contó todo minuciosamente; pero hasta aquel instante Charny no dió á aquellos amores la importancia que merecian.

Esta importancia creció con la lectura de aquella carta.

Entonces vió como el título de querida, se había hecho sagrado por el de madre, y, con las sencillas frases conque Catalina manifestaba su amor, como toda la vida de la muger se ofreci en espiacion por las faltas de la jóven amante.

Continuó abriendo cartas: siempre los mismos planes para el porvenir, las mismas esperanzas de dicha, las mismas maternales alegrías, los mismos temores de amante, los mismos dolores, el mismo arrepentimiento.

De repente, entre aquellas cartas, vió una cuyos caracteres le sorprendieron. Era de Andrea.

Iba dirigida al conde.

Junto á la letra se veia un papel doblado en cuatro plie-



gues y cerrado con un sello de cera con las armas de Isidoro.

Aquella carta encontrada entre los papeles de Isidoro le pareció una cosa tan estraña que antes de abrirla empezó por abrir el papel pegado á la misma.

El billete, escrito con lapiz por Isidoro en algun meson ó punto estraviado, decia lo siguiente:

«Esta carta ha sido escrita para mi hermano el conde Oliverio de Charny; se la ha dirigido su esposa, la condesa del mismo nombre. Si me sucediera una desgracia ruego al que encuentre esta carta se sirva entregarla á mi hermano Oliverio ó que la devuelva á la condesa.

»Esta última me la ha entregado con las siguientes recomendaciones.

»Si el conde sale bien de la empresa que tiene á su cargo se devolverá á la condesa.

»Si es gravemente herido, pero sin peligro de muerte, se rogará al conde que deje ir junto á él á su esposa.

»Y en fin, si está herido de muerte, entregarle esta carta, que se le leerá en el caso de que no pueda leerla por si mismo, á fin de que antes de espirar conozca el secreto que contiene.

»Si esta carta es entregada á mi hermano el conde de Charny por un conducto distinto del mio, como sin duda se le entregará al mismo tiempo este billete, obrará, respecto á estas tres últimas recomendaciones del modo que le aconseje su delicadeza.

»Recomiendo á su cariño á la pobre Catalina Billot que habita en la aldea de Ville-d'Avray con mi hijo.

ISIDORO DE CHARNY.

Al principio el conde pareció completamente absorbido por la lectura de aquella carta; sus lágrimas detenidas por un instante volvieron á correr con la misma abundancia y luego, en fin, sus ojos, velados aún por estas, se fijaron en la carta de su esposa. Charny la miró largo tiempo, la cogió la llevó á sus labios, la estrechó contra su pecho, como si hubiese podido comunicar á su corazon un secreto que encerraba y volvió á leer una, dos, tres veces la recomendacion de su hermano.



Luego moviendo la cabeza:

—No tengo derecho de leer esta carta, dijo; pero tanto la suplicaré que al fin me dejará leerla.

Y como para animarse en esta resolución, imposible de sostener por otro corazón más leal que el suyo, repitió:

—No, no quiero abrirla.

En efecto, no la abrió; pero la aurora le sorprendió sentado en la misma mesa y devorando con sus ojos el sobre de la carta, húmeda por las muchas veces que la había llevado á sus labios.

De pronto entre el ruido que se hacia en el mesón, como un presagio de que la marcha no era lejana, se oyó la voz del señor de Malden que le llamaba.

—Allá voy: contestó Charny.

Y metiendo en uno de sus bolsillos, los papeles de su hermano, leyó por la vez postrera la carta de Andrea que aún continuaba intacta, la colocó en su corazón y bajó rápidamente.

Encontró á Barnave en la escalera que preguntaba por la reina y encargaba al señor de Valory que recibiese sus órdenes para la hora en que debían partir.

No era difícil conocer que Barnave no se había acostado ni había dormido menos que el conde Oliverio de Charny.

Aquellos dos hombres se saludaron.

No hubiera sido difícil á este último notar el rayo de celos que brotó, cuando vió al conde, si este se hubiese podido ocupar de otra cosa que de la carta que estrechaba contra su corazón.

Al subir en el coche, los reyes vieron con estrañeza que en torno suyo no se revolvía la multitud del día anterior y tenían por únicos espectadores, los vecinos del pueblo y para acompañarles alguna fuerza de caballería.

Aquello, era una atención más de Barnave. El joven diputado sabía que la reina obligada á viajar al paso, había tenido que sufrir el calor, el polvo, los insectos, los gritos de la multitud y las amenazas hechas á sus fieles servidores que aguardaban su paso para enviarla un último saludo; así es que fingió haber recibido un parte en que se le decía que Bouillé volvía á entrar en Francia



con un ejército de cincuenta mil austriacos y que en su consecuencia todo hombre amante de la libertad y que tuviera un fusil, una pica, un arma cualquiera, estaba en el caso de ir á defender sus derechos.

Este llamamiento produjo su efecto y las masas abandonaron los monarcas para detener la fingida invasion.

En aquella época, los franceses profesaban un odio terrible á todo lo estrangero, odio tanto mas terrible quanto habian osado confesarlo á la reina cuyo único crimen era ser hija de una potencia estraña.

Maria Antonieta comprendió al instante de quien venia este nuevo beneficio. Decimos *beneficio* y la palabra no es exagerada. Asi es que dió gracias á Barnave con una sola mirada.

En el instante en que iba á ocupar su asiento en el carruage, su mirada buseó la de Charny; este se hallaba ya en su sitio: únicamente en vez de colocarse en medio como habia hecho en el dia anterior cedió este puesto al señor de Malden como menos peligroso que el que hasta entonces habia ocupado el fiel guardia. Charny deseaba que una herida le permitiese abrir la carta que quemaba su pecho.

Asi es que no vió como los ojos de la reina buseaban los suyos. La reina exhaló un profundo suspiro.

Barnave lo oyó.

Inquieto por saber á donde iba aquel suspiro, nuestro jóven, que tenia un pié en el estribo del carruage, dijo:

—Señora, ayer reparé que ibais muy estrecha en la carroza; una persona menos os proporcionará alguna comodidad.... Si lo deseais, subiré en el coche que nos sigue, con mi compañero el señor de Latuor-Marboug, ó continuaré la marcha á caballo.

Barnave, haciendo esta oferta, hubiera dado la mitad de su vida —y le quedaba muy poca— para que no fuese rechazada.

—No, dijo vivamente la reina, subid con nosotros.

Y al mismo tiempo, el delfin, tendiendo sus manecitas al jóven diputado, esclamaba:

—Amigo Barnave; amigo Barnave; no quiero que te vayas.



Barnave, latíéndole el corazón de alegría, volvió á ocupar su puesto del día anterior. Apenas estuvo sentado cuando el príncipe dejando los brazos de su madre fué á colocarse entre sus rodillas.

La reina lo abrazó y besó antes de abandonarle.

La huella de aquel beso, húmedo y cuasi palpitante quedó impresa en las aterciopeladas mejillas del niño. Barnave contempló aquella huella como Adán debió mirar la fruta que desde el árbol pendia hasta tocar su cabeza.

—Señora, dijo á la reina, V. M. se dignaria concederme el favor de abrazar al augusto príncipe, que, guiado por el infalible instinto de la edad, tiene á bien llamarme amigo?

La reina hizo, sonriendo, un signo afirmativo.

Entonces los labios de Barnave se posaron en aquella huella que habian dejado los de la reina, con tal ardor, que el niño, espantado, lanzó un grito.

La reina no perdía nada de aquel juego. Tal vez no habia dormido mas que Charny y Barnave; tal vez aquella especie de animacion que devolvía la vida á sus ojos era ocasionada por la fiebre interior que la devoraba; pero sus labios cubiertos de una purpúrea tinta, sus mejillas ligeramente sonrosadas, hacían de ella una de estas peligrosas sirenas que con uno de sus cabellos estan seguras de conducir al hombre hasta el abismo.

Gracias á la precaucion de Barnave el coche hacia, entonces, dos leguas por hora. En Chateau-Tierry, se detuvo para comer.

La casa en que hizo alto se hallaba situada cerca un riachuelo, en una posicion hermosísima, que pertenecía á un rico comerciante en maderas. Este no habia esperado que se señalara su vivienda como habitación de la real familia sino que habiendo sabido su paso por aquel pueblo habia hecho partir á un comisionado para ofrecerla tanto á aquella como á les diputados de la asamblea. La oferta fué aceptada.

Aun el coche no se habia detenido, cuando un tropel de servidores indicó á los augustos prisioneros que eran recibidos de distinto modo que lo habian sido en el día anterior al llegar al meson de Dormans. La reina, el rey, madama Isabel, la señora de Tour-



cel y los príncipes fueron conducidos á piezas separadas una de otra y donde se hallaban todos los necesarios elementos para hacer su *toilette* de la manera mas cómoda y cumplida.

Desde su salida de Paris la reina no habia visto aún una muestra de tanta prevision. Los mas delicados hábitos de la muger eran acariciados por la atencion mas aristocrática. Maria Antonieta, que comenzaba á apreciar tantos cuidados preguntó, para darle las gracias, por la señora de la casa.

—Un instante despues, una muger de cuarenta años, bastante hermosa aún, y vestida con una sencillez estremada, se presentó ante Maria Antonieta.

—Sois vos, señora, la dueña de esta casa? preguntó.

—Oh! señora! exclamó la buena muger, prorrumpiendo en lágrimas, por todas partes donde V. M., se digne detenerse y cualquiera que sea la casa á la cual honreis con vuestra presencia, allí, donde estará la reina, la reina será la única y verdadera dueña.

Maria Antonieta lanzó una mirada en torno de la cámara para ver si estaban solas.

Luego convenida en que nadie las escuchaba:

—Si os interesais por nuestra tranquilidad, dijo la reina á aquella muger estrechando su mano y acercándola hácia sí, como hubiera podido hacer con una amiga, si apreciáis en algo la vida, calmaos y moderad estas muestras de dolor, porque si conocieran su causa tal vez os pudiera ser funesto: ya comprendereis cuanto se aumentaria nuestra pena en el caso de que os sucediera algo! Quizá no nos volvamos á ver; calmaos y conservadme una amiga cuyo encuentro, es actualmente tan raro y precioso (1).

Despues de la comida volvióse á emprender la marcha; Luis XVI que habia reparado muchas veces que madama Isabel, rendida de fatiga, dejaba caer á pesar suyo, la cabeza en su pecho, ordenó que la princesa ocupase hasta Meaux, punto donde debian pasar

(1) Copiamos, de una relacion de los guardias de corps que prepararon la huida hasta Varennes y acompañaron los reyes hasta este punto, las propias palabras de Maria Antonieta.



la noche, el puesto mas incómodo del carruage y cediera el suyo á su tía.

Madama Isabel se resistió hasta que formalizándose el rey tuvo que ceder.

Al cabo de una hora de marcha, madama Isabel sintió una fatiga tan grande que acabó por dormirse.

La conciencia de lo que hacía se había estinguido en ella de tal modo, que, sin poderlo remediar, su hermosa cabeza de ángel, se balanceó por un momento de derecha á izquierda, y acabó por recostarla en un hombro de Pethion.

Esto hizo escribir al diputado por Chartres, en la relacion inedita que escribió de su viaje, que Mad. Isabel, la santa mujer que nuestros lectores conocen, se había enamorado de él, y que al recostar la cabeza en su hombro, *cedia á la naturaleza*.

Hacia las cuatro de la tarde, llegaron á Meaux y se detuvieron en el palacio episcopal, que habitó el gran Bossuet y donde ochenta y siete años antes, el autor del *Discurso sobre la Historia universal* había muerto.

El palacio se hallaba habitado por un obispo, constitucional juramentado. Ya se verá la manera como recibió á la real familia.

La reina, al principio, no reparó otra cosa que lo lúgubre del edificio en el cual iba á entrar. Ninguno, fuese palacio de príncipe, fuese palacio de obispo, podia ser mas digno, por su melancolía, de abrigar el supremo infortunio que venia á pedirle un asilo por una noche. No era como los de Versalles, cuya grandeza es magnífica; en aquel, la grandeza era sencilla; una larga y enladrillada rampa, conducia á las habitaciones que daban á un jardín; este jardín, dominado por la torre de la iglesia cubierta enteramente de yedra, conducia por una senda bordada de acebos, al gabinete donde el elocuente obispo de Meaux lanzaba de tiempo en tiempo uno de aquellos siniestros gritos, que presagiaban la caída de las monarquias.

La reina examinó por un momento aquel sombrío edificio, y hallándolo tal como su espíritu lo deseaba, miró en torno suyo buscando un brazo en que apoyarse.



Solo vió á Barnave. La reina sonrió.

—Dadme el brazo, caballero, y hacedme el obsequio de servirme de guía en este viejo palacio; no osaría entrar sola, y hasta temeria oír el eco de aquel grande orador que al gritar: «Madama se muere, Madama ha muerto!» hizo estremecer á toda la cristiandad.

Barnave se acercó á María Antonieta, y con una viveza mezclada de respeto, la ofreció su brazo.

Pero la reina, lanzó una última mirada á su alrededor: la obstinada ausencia de Charny, comenzaba á inquietarla.

Barnave, que no perdía nada, observó la impaciencia de la reina.

—V. M., desea algo? preguntó.

—Sí, desearia saber donde está el rey, contestó María Antonieta.

—Ha dispensado la honra de recibir al Sr. Pethion y está hablando con él.

La reina pareció estar satisfecha. Después, como si tuviera necesidad de arrancarse á su mismo pensamiento, exclamó:

—Venid.

Y arrastró al diputado á través de las habitaciones del palacio episcopal.

Se hubiera dicho que huía siguiendo una sombra fantástica.

Por fin, se detuvo en la cámara donde en otro tiempo dormía el grande orador sagrado.

La casualidad hizo que se detuviera frente un retrato de muger.

La reina abrió los ojos, y leyó estas palabras escritas bajo el marco de aquel: *Madama Enriqueta*.

María Antonieta se estremeció.

Barnave sintió aquel estremecimiento sin comprenderle.

—V. M., padece? la preguntó.

—No... pero este retrato... *Madama Enriqueta!*

Barnave comprendió lo que en el corazón de aquella pobre muger pasaba.



—Sí, dijo, Madama Enriqueta; pero Madama Enriqueta de Inglaterra: no la viuda del desgraciado Carlos I, sino la esposa del negligente Felipe de Orleans; no la que pensó morir de frío en el Louvre, sino la que murió envenenada en Saint-Cloud, y que, sin morir, legó su anillo á Bossuet.

Despues de vacilar un instante, continuó:

—Mas prefiriera que fuese el retrato de la otra.

—Por qué? preguntó la reina.

—Porque los consejos solo los pueden dar ciertos lábios, y estos lábios, son, principalmente, los que la parca ha cerrado.

—Y no podeis decirme, caballero, lo que me aconsejarían los lábios de la viuda del rey Carlos?

—Si V. M. lo ordena... tal vez haciendo un esfuerzo...

—Hacedle.

—«Oh! hermana mia, os dirian estos lábios, no reparais la semejanza que hay entre vuestras dos estrellas? Yo vine de Francia como vinisteis vos de Austria; yo, para los ingleses era una extranjera, del mismo modo que vos lo sois para la Francia. Hubiese podido dar á mi esposo que seguia un mal camino, algun buen consejo, pero no se los di buenos, se los di malos; en lugar de acercarle á su pueblo, yo le excité á que luchara y hasta le aconsejé que marchara sobre Lóndres con los protestantes irlandeses. No solamente sostenia una correspondencia secreta con el enemigo de Inglaterra, sino que pasé dos veces por Francia para llevar á Inglaterra soldados extranjeros. En fin...»

Barnave se detuvo.

—Continuad, dijo la reina fruncido el entrecejo y sombría su mirada.

—Por qué, señora? contestó el jóven orador moviendo tristemente la cabeza. Vos sabeis tambien como yo el fin sangriento de esta triste historia.

—Si, pero voy á continuarla y á deciros al mismo tiempo, lo que el retrato de Madama Enriqueta me diria á fin de que, á vuestra vez me digais si me equivoco. «Por fin; los escoceses hicieron traicion á su monarca y lo entregaron á sus enemigos. El rey fué



arrestado en el momento en que pensaba marchar á Francia. Un sastre le arrestó, un carnicero le llevó á la cárcel, un cervecero presidió el tribunal que le juzgó, y para que no faltase nada á lo odioso de aquel juicio y á la revision del inicuo proceso llevado ante el soberano que revisa todos los fallos, un verdugo enmascarado cortó la cabeza á la pobre victima.»

He ahí lo que me diria Mad. Enriqueta, no es verdad? Oh! har-to lo sabia; lo sabia, tanto mas, cuanto entré su situacion y la mia existe una semejanza completa. Nosotros tenemos nuestro cervecero; nuestro comerciante de vinos; solo que en vez de llamarse Cromwell, se llama Santerre; tenemos nuestro carnicero, solo que en vez de llamarse Harrison, se llama... como? Legendre, si mal no recuerdo; tenemos nuestro carretero, solo que en vez de llamarse Pridge, se llama... qué se yo? Oh! no le hace: es tan poca cosa que ni siquiera recuerdo su nombre; pero preguntádselo, que os lo dirá; es el hombre que manda nuestra escolta, un labriego, un villano, un hombre en fin, del pueblo. Hé ahí, hé ahí lo que diria Madama Enriqueta.

—Y qué la contestariais?

—La contestaria: «Querida hermana mia, hasta aquí no me habeis dado consejos; solo habeis trazado un curso de historia; el curso de historia ya está aprendido: ahora dadme los consejos.»

—Oh! estos consejos, señora, interrumpió Barnave, si vos quisierais atenderlos, no solo los muertos, sino hasta muchos vivos os los darian.

—Muertos ó vivos, los que deban hablar, que hablen; quiero decir, si son buenos los consejos; que se les atienda.

—Pues bien señora, muertos y vivos solo tienen, uno que-daros.

—Cual?

—Haceros amar del pueblo.

—Y es tan facil hacerse amar de vuestra pueblo?

—Ah! señora: este pueblo es mas vuestro que mio. En prueba de esto que cuando vuestra llegada á Francia os idolatraba.



—Oh! caballero: nada hay tan fragil como la popularidad.

—Señora! señora! exclamó Barnave; si, yo, desconocido, sabiendo de una humilde esfera, he conquistado esta popularidad, cuan facil no os hubiera sido conservar la que un dia os concedieron? Cuan fácil no os serian aún su reconquista? Pero, continuó el jóven diputado animándose, pero á quien habeis confiado la mas santa, la mas sagrada, de las causas, la causa en fin de la monarquia? que brazo la ha defendido? Nunca, hasta ahora, la Francia yació en tanto olvido nunca, como hasta ahora, le ha faltado un genio protector. Oh! escuchadme: yo, que he solicitado la mision de adelantarme para recibirlos, yo que os veo, que os hablo, cuantas veces, Dios mió! no he estado á punto de presentarme ante vos y ofreceros....

—Silenció! interrumpio María Antonieta alguien viene: hablaremos de esto, Barnave. Estoy dispuesta, á recibirlos, á oiros, á seguir vuestros consejos!

—Oh! señora! señora! exclamó Barnave.

—Silenció! repitió la reina.

—V. M. está servida, dijo, apareciendo en el dintel de la puerta el criado cuyos pasos se habian oido.

Entraron en el comedor. El rey llegaba al mismo por otra puerta; venia de hablar con Pethion; habia estado con él todo el tiempo que la reina habia pasado con Barnave. Se conocia que estaba muy animado.

Los dos guardias estaban en pié, reclamando, como siempre el honor de servir la mesa.

Charny, el mas alejado de todos, estaba tambien en pié, apoyado en el alfeizar de una ventana.

El rey miró en torno suyo aprovechando un momento en que estuvo solo con su familia y sus guardias.

—Señores, dijo á estos últimos, despues de haber cenado, es necesario que os hable.

Los tres guardias se inclinaron. El servicio empezó segun costumbre.

Pero aunque la mesa era de uno de los primeros obispos del



reino, estaba tan mal servida como la en que comieron en Chateau-Thierry.

Esto no obstante, el rey, como siempre tenia mucho apetito y comió perfectamente. La reina apenas probó nada.

Desde el día anterior el delfin, que estaba un poco indispuerto, pedia fresa; pero para el pobre niño habia pasado ya el tiempo en que el menor de sus deseos era servido con prontitud. Asi es que todos aquellos á los cuales se dirigió le contestaron: «No hay!» ó «No se encuentra!»

Y sin embargo, durante el camino habia visto á algunos niños que estaban comiendo fresas, ellos mismos las habian cogido en las huertas.

Entonces, el pobre muchacho tuvo envidia á aquellos niños de cabellera rubia y sonrosadas mejillas que no tenian necesidad de pedir las y que sabian los parages donde se criaban, como saben los pájaros la semilla que debe sustentarlos.

Aquel deseo no satisfecho habia entristecido mucho á la reina. Asi es que cuando el niño volvió á pedir fresas sus ojos se llenaron de lágrimas. Buscó á su alrededor algo que satisfacer al delfin y entonces percibió á Charny que continuaba en pié, mudo, inmovil como una estatua. María Antonieta le hizo dos ó tres señas; pero Charny, absorvido en su pensamiento no reparó en nada.

—Señor conde, dijo entonces la reina.

Charny se estremeció, como si se le despertara de un sueño y se lanzó, mas bien que se acercó, hacia Maria Antonieta. Pero en aquel mismo instante se abrió la puerta y aparecio Barnave con un plato de fresas en la mano.

—La reina, dijo, me dispensará, que entre de este modo y el rey me perdonará la libertad que me he tomado de interrumpirle; pero he sabido que S. A. el delfin pedia fresas repetidas veces y habiéndome proporcionado este plato tengo el honor de presentárselo.

Durante este tiempo Charny se habia acercado á la reina; esta le dijo:



—Gracias, señor conde: el señor de Barnave ha adivinado lo que deseaba y ahora nada necesito.

Charny se inclinó y volvió á su puesto sin desplegar los labios.

—Gracias, amigo Barnave, exclamó el delfín.

—Señor de Barnave, dijo el rey, nuestra cena no es espléndida; pero si quereis acompañarnos la reina y yo tendremos un gran placer.

—Señor, dijo Barnave; una invitacion de un monarca equivale á una orden. Donde quiere vuestra Magestad que me siente?

—Aqui, entre la reina y el delfín, contestó el rey.

Barnave se sentó lleno de orgullo y alegría á la vez.

Charny contemplaba aquella escena sin que el menor sintoma de celos mortificase su pecho. Esto no obstante viendo á aquella infeliz mariposa que iba á quemarse en aquella luz real, murmuró:

—Otra victima! Lastima: este hombre vale mucho mas que todos sus compañeros.

Pero viniendo luego á su incesante pensamiento:

—Esta cartal esta cartal murmuró; que puede decir esta carta?





## CAPITULO XXXVIII.

### El calvario.



ESPUES de la cena, los tres oficiales, segun les habia ordenado Luis XVI, subieron á la real cámara. Mad. Real, el delfin y la señora de Tourzel, se hallaban en la suya, cuando los tres jóvenes entraron. El rey, la reina y madama Isabel les estaban aguardando.

—Señor de Charny, dijo Luis XVI, hacedme el obsequio de cerrar la puerta para que nadie venga á estorbarnos; tengo que comunicaros una cosa de mucha importancia. Ayer, señores, estando en Dormans, Pethion me propuso vuestra evasion bajo un disfraz cualquiera, pero yo y la reina, hicimos oposicion á esta idea por temor de que se os tendiera una red, de que se os quisiera alejar de nosotros para asesinaros despues, ó de que se os lanzara en el fondo de alguna provincia para entregaros á alguna comision militar que os mandaria fusilar barbaramente. La reina y yo, pues, nos opusimos á esta idea; pero hoy Pethion, ha vuelto á insistir, ha empeñado su honra de diputado, y yo me considero en el deber de exponer lo que Pethion teme y propone.



—Señor, interrumpió Charny, antes de que V. M. continúe— y en esto no solamente hablo por mí, sino que creo ser intérprete de los sentimientos que á estos señores animan—antes de que Vuestra Magestad continúe, nos quiere conceder una gracia?

—Señores, contestó Luís XVI, vuestro celo y sacrificios han espuesto por espacio de tres dias vuestras vidas; en estos tres dias, á cada instante se os ha amenazado con una muerte cruel; habeis dividido con nosotros los muchos insultos que se nos han dirigido. Ahora bien, señores: no solo teneis derecho de pedir una gracia, sino para manifestar vuestros deseos, y si estos deseos no son inmediatamente cumplidos, seria porque este cumplimiento no estaria en las atribuciones de la reina y mias.

—Pues bien, señor, repuso Charny, pedimos á V. M., que, cualquiera que sean las proposiciones que respecto á nosotros hagan los señores diputados, pedimos á V. M. que nos deje en libertad completa para aceptarlas ó rechazarlas.

—Señores, replicó el rey, os doy mi palabra, de que no ejerceré presion alguna en vuestra libertad; haré lo que deseais.

—Entonces, señor, recibid la espresion de nuestro agradecimiento.

La reina contemplaba á Charny estupefacta; no comprendia la creciente indiferencia de aquel hombre, ni menos su obstinada voluntad en no separarse un instante de lo que él, sin duda, calificaba un deber. Así es, que no tomó la palabra, y dijo que la conversacion siguiera.

—Ahora, ya que os habeis reservado este derecho, permitid, señores, que os diga las propias palabras que me ha dicho Pethion: «Señor, ninguna seguridad tienen los tres oficiales que os acompañan, en el momento en que entreis en París. Ni yo ni el señor de Barnave, ni el Sr. de Latour-Maubourg, respondemos de su vida, ni aún exponiendo la nuestra, porque el pueblo reclamará sus cabezas.»

Charny miró á sus dos compañeros: la sonrisa de estos indicaba el desprecio.

—Corriente, y despues señor? preguntó Charny.



—Después, he ahí lo que Pethion propone: propone que busqueis tres uniformes de guardias nacionales, que esta noche os hagais abrir las puertas de este palacio, y que cada uno de vosotros se dirija á donde quiera.

Charny consultó de nuevo á sus dos compañeros; pero en los labios de estos continuaba la misma sonrisa.

—Señor dijo el conde á Luis XVI, nuestras vidas se hallan consagradas á V. M.; vos os dignasteis aceptar este homenaje y antes preferimos morir, que separarnos de vuestra real persona; dispensadnos, pues, el favor de que podamos acompañaros mañana, como lo hemos hecho hasta hoy; de toda vuestra corte de todo vuestro ejército, de todos vuestros guardias, os restan tres fieles corazones; no les priveis de la única gloria que les queda; la de seros fieles hasta la muerte.

—Está bien, señores, interrumpió entonces la reina; aceptamos; pero, ya lo comprendereis, desde este momento todo debe ser común entre nosotros: vosotros no sois nuestros servidores; sois nuestros amigos, nuestros hermanos; no os diré que me deis nuestros nombres, porque los tengo grabados en el fondo de mi alma; pero (y sacó una cartera de su pecho) dadme el de vuestros padres, de vuestros hermanos y de vuestras hermanas; tal vez tengamos la desgracia de perderos sin que nosotros sucumbamos. Entonces consideraría de mi deber, el participar tal desgracia á aquellos seres queridos, y al mismo tiempo que me pondría á sus órdenes para socorrerlas en cuanto nosotros pudiésemos... Vamos, señor Malden, vamos, señores de Valory, ánimo, decid en caso de que ó vuestra vida peligrase—y estamos tan cerca de la nuestra que no debemos retroceder ante ella— decid, en caso de que murierais, cuáles serian los parientes, cuáles los amigos que nos recomendariais?

El señor de Malden, recomendó á su madre, desvalida anciana que vivía en una pequeña aldea en los alrededores de Blois y el de Valory, á su hermana, jóven huérfana, que hacía educar en un convento de Soissons.

No obstante de que el corazón de aquellos valientes jóvenes,



era de un poco comun temple, en el momento en que María Antonieta escribía los nombres de las pobres mugeres que la habian recomendado, no pudieron contener sus lágrimas.

La reina se interrumpió tambien, para sacar su pañuelo y llevarlo á sus ojos.

Despues, cuando acabó de escribir su nota, volviéndose á Charny exclamó:

—Ah! señor conde: harto sé que no teneis á nadie para recomendarme; vuestros padres han muerto y vuestros dos hermanos... La voz faltó á la reina.

—Mis dos hermanos han tenido la dicha de morir por Vuestra Magestad, si, señora, añadió Charny; pero el último, ha dejado una pobre niña á la cual me recomienda en su testamento que se ha encontrado en su cadáver. Esta niña, ha sido robada á su familia, de la cual, la pobre, nada tiene que esperar. Mientras viva, ni á ella ni á su hijo les faltará lo mas minimo; pero V. M., no ha mucho que decia con valentia admirable: que estamos cerca de la muerte, y si muero, la pobre jóven y su hijo, quedarán en la horfandad. Asi pues, señora, dignaos apuntar el nombre de una infeliz aldeana, y si yo tengo como mis dos hermanos la dicha de morir por mi rey y mi señora, vuestra generosidad descenderá hasta socorrer á Catalina Billot y á su hijo, que habitan en la pequeña aldea de Ville d'Array.

La imagen de Charny, espirando á su vez como habian espirado sus dos hermanos, era una cosa demasiado terrible para Maria Antonieta. Asi es, que la reina, al oír que el conde hablaba en aquellos términos, echó la cabeza hácia atras, lanzó un débil grito, dejó escapar su cartera y se dejó caer vacilante en un sillón que en la real cámara habia.

Los dos guardias acudian á socorrerla mientras que Charny, cogiendo la cartera, escribía en ella el nombre de Catalina Billot y de su hijo.

En seguida, comprendiendo los jóvenes guardias, que despues de aquel incidente, la reina tendria necesidad de continuar sola, dieron un paso hácia atras y pidieron permiso para



retirarse. Pero ella, estendiendo hacia ellos su mano, exclamó: —Señores, espero que no me dejareis sin besarme antes la mano.

Los dos guardias avanzaron en el mismo orden con que habian dado los nombres de sus parientes: primero el señor de Malden, luego el de Valory.

Charny se acercó el último. La mano de la reina temblaba aguardando aquel beso, por el cual, á no dudarlo, habia concedido los dos primeros.

Pero el conde, apenas tocó con sus lábios aquella ebúrnea mano: el recuerdo de la carta que continuaba llevando en su pecho, le hacia considerar áquel beso como un sacrilegio.

La reina exhaló un suspiro que parecia un gemido: nunca, como en aquel beso, habia podido medir el abismo que cada dia, cada hora, cada minuto, iba interponiéndose entre ella y su antiguo amante.

Al siguiente dia, en el instante de marchar, Barnave y Latour-Maubourg ignorando sin duda lo que en el anterior habia pasado entre el rey y los guardias, renovaron sus instancias para que se disfrazaran de guardias nacionales; pero continuaron rehusando, diciendo que su puesto era el que hasta entonces habian ocupado en el coche de la real familia y que no tenian que vestir otro traje que el que el rey les habia dado orden de llevar.

Entonces Barnave, quiso que una madera, pasando de uno á otro lado del pescante, fuese puesta en el mismo, á fin de que, colocados dos granaderos á derecha é izquierda, de los guardias, resguardaran á tan fieles servidores de la cólera del pueblo.

A las diez de la mañana, dejaron á Meaux. Iban á entrar á Paris de cuya capital estaban ausentes hacia cinco dias.

Cinco dias! qué abismo mas insondable y terrible se habia abierto durante este corto tiempo!

A medida que la real familia se acercaba á Paris, el cortejo tomaba un aspecto mas alarmante.

Todos los pueblos de la comarca afluan al punto por donde pasaban. Barnave dió orden á los postillones para que los caballos



marcharan al trote, pero la guardia nacional de Claye cerró el paso presentando la punta de sus bayonetas.

Romper aquel dique, hubiera sido una imprudencia; la reina comprendió el peligro y ella misma suplió á los diputados que no hicieran nada de lo que pudiera aumentar la brutal cólera del pueblo que, semejante á una tempestad, se oía zumbar en lontananza.

Pero la multitud se aumentó de tal modo, que los caballos tuvieron necesidad de marchar al paso.

Jamás se habia sentido tanto calor; era fuego, no aire lo que se aspiraba.

La insolente curiosidad de aquel pueblo, perseguia á Luis XVI y Maria Antonieta, que se habia refugiado en los ángulos del carruaje.

No faltaban hombres sin vergüenza que, poniendo el pié en los estribos, asomaban su cabeza por la portezuela del coche hasta confundir su aliento con el de los desgraciados monarcas.

En cuanto á Charny y sus compañeros, fué un milagro que no murieran cien veces.

Los dos granaderos eran insuficientes á parar los golpes que la turba les dirigia; los bravos veteranos rogaban, suplicaban, hasta invocaban el nombre de la asamblea; pero su voz se perdía en medio el tumulto, los gritos y los ahullidos.

Una vanguardia de mas de dos mil hombres, precedia á la carroza, una retaguardia de mas de cuatro mil, iba detras de la misma.

En los lados se agolpaba una multitud que aumentaba sin cesar.

A medida que se acercaban á Paris, parecia que el aire iba faltando absorbido por la gigantesca villa.

El coche se movia bajo un sol de treinta y cinco grados y á través de una nube de polvo cuyos átomos parecian cristal molido.

Por dos ó tres veces la reina se echó hácia atras gritando que se ahogaba.



En Bourget, la palidez del rey llegó hasta el extremo de que se le creyera gravemente enfermo; pidió un vaso de vino; las fuerzas le faltaban.

Poco faltó para que, á semejanza de lo que se hizo con Jesucristo, le presentaran una esponja de hiel y vinagre. Mas de cuatro lo propusieron, pero felizmente, se rechazó tanta crueldad.

Se arribó á Villette.

La multitud, tuvo que disminuir paulatinamente su grueso, para poder embocar por las dos filas de casas, cuyas blancas piedras, reflejando los rayos del sol, aumentaban doblemente el calor.

Por todas partes se veían hombres, mugeres y niños. Nunca se había visto tanta muchedumbre á la vez; las calles se hallaban tan cubiertas de gente, que llegó momento en que nadie podía moverse.

Las puertas, las ventanas, las azoteas, todo se veía atestado.

Los árboles se doblaban bajo el peso de hombres y muchachos que semejaban frutas vivientes.

Todo el mundo permanecía cubierto.

Todo presentaba un aspecto tan horroroso, que los comisionados por la Asamblea, no osaron meterse en las calles del barrio de S. Martin, tan funestas, tan sangrientas, tan célebres en los fastos del asesinato, desde la terrible historia de Berthier.

Se resolvió entrar por los Campos Eliseos, y el cortejo, rodeando á Paris, dió la vuelta por los boulevards que habia en las afueras de la capital.

Eran tres horas mas de suplicio, y este suplicio se hacia tan insoportable, á la reina, que por dos ó tres veces pidió que se continuara por el camino mas corto, fuera cual fuera el peligro que amenazaba.

Por dos veces bajó las cortinillas del coche; pero por dos veces, los murmullos de la multitud la obligaron á correrlas.

Al llegar á la barrera, unos cuantos granaderos cercaron el carruaje.



Algunos de estos, estaban, por decirlo así, pegados á la portezuela y sus gruesos morriones de piel, ocultaban cuasi siempre al rey y la reina á los ojos de la multitud.

A las seis de la tarde, la vanguardia llegó á los jardines de Monceaux haciendo retumbar sobre el camino los tres gruesos cañones que llevaba.

Aquella vanguardia, se componia de vagos y petimetres, confundidos entre las oleadas de la multitud.

Luis XVI iba á entrar, por tercera vez, por aquella fatal barrera.

Habia entrado por ella y por primera vez, despues de la toma de la Bastilla; la segunda, cuando su vuelta de Versalles, y la tercera, en fin, despues de la huida hasta Varennes.

Paris entero, sabiendo que el cortejo entraba por la carretera de Neully, Paris entero acudió á los Campos Eliseos.

Así es que, al llegar á la barrera, Luis XVI y Maria Antonietta, vieron estenderse ante sus ojos un vasto mar de hombres que, silenciosos, sombríos y amenazadores, continuaban con la cabeza cubierta.

Pero lo que era, tal vez, sino mas terrible, al menos tan lúgubre como esto, era una doble fila de guardias nacionales, con sus armas á la funerala, en señal de luto, estendiéndose desde la barrera hasta las Tullerias.

Era un día de luto, en efecto; luto inmenso, luto de una monarquía de siete siglos.

Empleóse una hora para ir desde la barrera hasta la plaza de Luis XVI. Los caballos, sosteniendo cada uno un granadero, piaban de impaciencia.

Detras del coche que conducia al rey, la reina, la real familia Barnave y Pethion, venia el que traia las dos damas de la reina y el Sr. de Latour Maubourg.

Luego seguia una especie de carreta descubierta, pero que algunos frondosos ramos la daban sombra.

En aquella carreta iban Drouet, Guillaume y Maugin, es decir, los que arrestaron á Luis XVI y los que coadyuvaron mas á su ar-



resto. La fatiga les había obligado á apelar á este medio para continuar el viaje.

Solo Billot, que continuaba infatigable y al cual el ardor de la venganza hacia de bronce, solo Billot continuaba á caballo, guiando al inmenso cortejo.

Durante el camino, á pesar de la escolta, á pesar de los diputados, á pesar de los carteles que imponían la pena de horca al que insultase al rey, el pueblo rompió por dos á tres veces la doble fila de granaderos débil é impotente dique contra este elemento al cual Dios se olvidó decir: «De aqui no pasarás!» Cuando esto sucedía, cuando tenía lugar aquel rompimiento, María Antonieta veía aparecer de repente, en la portezuela del coche, aquellos hombres de asquerosa figura, de palabras y amenazas mas asquerosas aún, que no suben sino en ciertos y determinados días hasta la superficie de la sociedad, como suben en los días de borrasca ciertos monstruos á la superficie del Océano.

Una vez le asustaron tanto aquellas apariciones, que bajó los cristales del carruaje.

—Por qué bajas los cristales? gritaron cien voces, con el acento de la furia.

—No lo veis señores? contestó la reina; mirad á mis pobres hijos; ve el estado en que se encuentran.

Y enjugando el sudor que por sus mejillas corria, añadió:

—Pero, Dios mio, qué nos ahogamos!

—Bah! respondió una voz; esto no es nada: ya te ahogaremos de otro modo; no pases cuidado.

Y un puñetazo hizo volar el cristal en cien pedazos.

Sin embargo, en medio aquel espectáculo terrible, algunos episodios hubieran consolado al rey y á la reina si la espresion del bien hubiera podido llegar hasta ellos con la misma facilidad que la espresion del mal.

No obstante el cartel que prohibía saludar al rey, el señor de Guilhermy, miembro de la Asamblea, cuando el rey pasó, se quitó el sombrero y como se quisiera obligarle á cubrirse, exclamó lanzándolo lejos de sí:



—A ver el guapo que me lo trae?

A la entrada del puente Tournaud, encontraron veinte diputados que la Asamblea enviaba para proteger á Luis XVI y á la real familia.

Luego encontraron á Lafayette con su estado mayor.

Lafayette se acercó al coche.

—Oh! Sr. de Lafayette, esclamó la reina no bien pudo hablar, salvad á los guardias de corps.

Aquel grito no era inútil, porque se acercaba el peligro y este era muy grande. Durante este tiempo, en las puertas de palacio ocurría una escena que no estaba desprovista de cierta poesia.

Cinco ó seis damas de la reina, que despues de su huida abandonaron las Tullerías creyendo que Maria Antonieta las habia dejado para siempre, querian entrar en palacio para recibirla.

—Atrás! atrás! gritaban los centinelas mostrándo las puntas de sus bayonetas.

—Esclavas de la austriaca! ahullaban las tias del mercado enseñando los puños.

Entonces, á traves de las bayonetas y desafiando las amenazas de aquellas mugeres, la hermana de Mad. Campan, dió algunos pasos hácia adelante.

—Atended! esclamó, hace ya quince años que estoy ligada á la reina: ella me ha dotado y casado: la he servido cuando era feliz; debo abandonarla en la desgracia?

—Tienerazon! gritó el pueblo! tenerazon! Soldados, dejádlas pasar.

Los soldados obedecieron.

Un instante despues la reina las vió agitando sus pañuelos desde el primer piso.

El coche continuaba andando, é impulsaba una oleada de gente y polvo, como un navío impulsa con su proa las olas del Occéano. Esta comparacion es tanto mas exacta, quanto jamás naufrago alguno fué amenazado por mar tan tempestuoso y agitado como el que amenazaba devorar á la real familia, en el momento en que intentaba ganar las Tullerías, que eran, para ella, su puerto de salvacion.



Al fin se detuvo el coche. Se había llegado á palacio.

—Ah! señores, volvió á esclamar la reina, dirigiéndose á Pethion y á Barnave, por Dios, salvad los guardias de corps!

—No teneis que recomendarme particularmente á ninguno de esos señores? la preguntó Barnave.

La reina fijó en el diputado su clara y penetrante mirada.

—A ninguno, contestó María Antonieta.

Y exigió que el rey y sus hijos bajaran los primeros.

Los diez minutos que entouces transcurrieron, fueron para ella sin esceptuar en los que fué al patíbulo, los mas crueles de su vida.

Estaba convencida, no de que se iba á asesinarla, porque la muerte la era indiferente, sino de que se la libraria al pueblo como un juguete, ó de que se la encerraria en una prision, de la cual no saldria sino por la puerta de un infeme proceso.

Así cuando puso los piés en el estribo del coche, protegida por la bóveda de hierro que, por órden de Barnave, formaban las bayonetas de los guardias nacionales, estuvo á pique de desmayarse y caer hácia atrás.

Pero cuando sus ojos estaban á punto de cerrarse, en aquella última mirada en que parece verse todo, la pareció reparar frente por frente de ella, aquel hombre terrible que, en el castillo de Taberney habia levantado el velo de su porvenir de una manera tan misteriosa; aquel que únicamente habia vuelto á ver cuando su regreso de Versalles en seis de octubre; aquel hombre, en fin, que no aparecia ante sus ojos sino para profetizar las grandes catástrofes ó á la hora en que estas catástrofes sucedian.

Entonces sus ojos, que aún dudaban, despues de haberse cerciorado de que no se engañaban, se cerraron á pesar suyo; aquella mujer cuyo ánimo no cedia ante la realidad, cedió ante aquella vision. Pareciola que el pié la faltaba; que aquellos árboles, aquel inmóvil palacio se convertian en espesa bruma; que un vigoroso brazo la cogia y arrastraba hácia la multitud en medio de gritos y ahullidos, de amenazas y clamores; que oia gritar á los guardias atrayendo hácia sí la cólera del pueblo: que Charny, her-



moso y pálido como siempre, luchaba solo contra diez hombres, con la tranquila mirada del mártir y desdeñosa sonrisa en sus labios; y que, en fin, despues de haber contemplado á Charny, sus ojos se fijaban en el hombre que la arrebatava de en medio aquel gentio y que reconocia espantada al hombre de Taverney y de Sevres.

—Vos! vos! gritó la reina tratando de rechazarle con sus débiles manos.

No pudo soportar mas: lanzó un grito, y se desmayó realmente.

Durante este tiempo, la multitud hacia inauditos esfuerzos para destrozár á Charny, Malden y Valory, llevaba en triunfo á Drouet y Billot.





mozo y habido conatos, lucida solo contra diez hombres con la tranquila mirada del mar y desahogada sonrisa en sus labios; y que, en fin, despues de haber conchupado a Charly, sus ojos se fijaron en el hombre que la arrobaba de su medio aquel grito y que reconocia espantada al hombre de Taverney y de

## CAPITULO XXXIX.

— ¿Está usted en casa? —  
— No puedo esperar más, tiene un hijo, y se desmayó.

— ¿Dónde está este tiempo? —  
— ¿Dónde está este tiempo? —  
— ¿Dónde está este tiempo? —

### El caliz.



UANDO la reina volvió en si, se encontró en su dormitorio de las Tullerías.

Las señoras de Misery y Campan, sus dos damas favoritas, se hallaban a su lado.

Su primera palabra fué preguntar por el delfin.

Pero la contestacion de sus damas no bastó á la reina; levantóse con presteza y fué á ver á su hijo que se habia acostado en su lecho, velado por la señora de Tourzel, su aya y la de Bronnier su camarista.

El niño habia tenido mucho miedo: su llanto y sus angustias habian traído sobre él un benéfico sueño.

Pero alguno que otro estremecimiento recorria todos sus miembros.

La reina le contempló largo tiempo á traves de las lágrimas que corrian silenciosamente por sus pálidas megillas.

La hija de Maria Teresa, movió la cabeza como para sacudir



de la misma el cúmulo de ideas que tanto la abrumaban y se derigió á paso lento hácia su cámara.

Solo cuando llegó á esta percibió el desorden en que sus vestidos se hallaban.

Su falda estaba destrozada por dos ó tres partes; sus zapatos se habian horadado con las guijas de las calles y una espesa capa de polvo cubria toda su ropa.

Pidió otros zapatos y mandó preparar un baño.

Barnave habia ido dos veces á informarse de su estado.

Al anunciarla esta visita, Mad. Campan miró con estrañeza á la reina.

—Le agradeceréis su cuidado en mi nombre, dijo Maria Antonieta.

Mad. Campan la miró aún con mas estrañeza.

—Debemos mucho á este jóven, señora, dijo la reina, dando á su camarista esplicaciones que no acostumbraba.

—Pero me parece, se atrevió á decir Mad. Campan, me parece que el señor de Barnave es un hombre del pueblo al cual todos los medios han parecido buenos para llegar hasta la posicion que disfruta.

—Si señora; pero han sido medios que solo proporciona el talento y el trabajo. Retened lo que vais á oír: perdono á Barnave, mas aún: le aprecio; un sentimiento de orgullo que nunca sabré censurar, le ha allanado el camino de la gloria y los honores; pero asi como estos hombres son apreciables se hacen odiosos los nobles que se han lanzado en brazos de la revolucion. A estos no les perdonaré jamás. Id, y procurad traerme noticias de los señores de Malden y Valory.

El corazon de la reina queria añadir á estos nombres el de Oliverio pero sus lábios se resistieron á pronunciarlo.

Se le anunció que el baño se hallaba dispuesto.

Durante el intervalo que medió entre esta conversacion y su visita al delfin, se pusieron centinelas en todos puntos, desde su gabinete de tocador hasta su sala de baños.

La reina pudo alcanzar con trabajo que la puerta de esta úl-



tima pudiera estar cerrada durante el tiempo que iba á tomar el baño.

Esto hizo escribir á Prud'homme en su periódico *Las revoluciones de Paris*:

«Algunos buenos patriotas en quien su odio á la monarquia no ha estinguido la compasion, han manifestado cierta inquietud por el estado físico y moral en que Luis XVI y su familia se encontrarian despues de un viage tan largo y pesado como el de Santa-Menehouldá.

«Traquilicense: nuestro *ciudadano*, al entrar, el sábado por la tarde en sus espléndidas habitaciones, no se encontró mas cansado que si acabara de regresar de una partida de caza y devoró un pollo con el apetito de costumbre. Al siguiente dia, despues de haber comido, se puso á jugar con su hijo.

«Por lo que toca á la madre tomó un baño luego de su arribo; sus primeras órdenes fueron mandar por unos zapatos, teniendo antes cuidado de enseñar los agujeros que tenian los que llevaba de viage y enviar á una de sus camaristas para que le tragera noticias de sus queridos guardias. A esta señora se la figuró indecente y ridículo verse obligada á dejar abiertas las puertas de su sala de baños y de su dormitorio.»

Nuestros lectores ya comprenderán la *monstruosidad* que comete el hombre que tiene la infamia de comerse un pollo despues de un largo viage y que al siguiente dia tiene la desvergüenza de jugar con su hijo.

Comprenderán el *sibaritismo* de una muger que toma un baño despues de llevar cinco dias viajando y que pasa tres noches en mesones.

Comprenderán la *prodigalidad* de la que pide calzado porque el de su viage se ha rotó.

Comprenderán, en fin, el *libertinage* de una señora que considerando indecente y ridículo verse obligada á dejar abiertas las puertas de su sala de baños y de su cámara, pide permiso para cerrarlas!

Ahl señor redactor; señor redactor! se me figura que solo po-



drás comer pollo en los días de pascua, que no tendrás hijos, que nunca tomarás baños y que irás á la tribuna de los periodistas con las botas estropeadas!....

La reina pudo obtener que se cerrara la puerta y tomó el baño.

Cuando Mad. Campan pasó por delante los centinelas, para traer noticias de los guardias á Maria Antonieta, aquellos la llamaron *aristócrata*.

Estas noticias no eran tan desastrosas como pensaba la reina.

Al llegar á la barrera, Charny y sus amigos formalizaron un plan: este plan tenia por objeto atraer sobre si el peligro que corrián sus monarcas.

Asi convinieron en que no bien el coche se detuviera, saltarian del mismo y el uno cogeria por la derecha, el otro por la izquierda y el tercero hácia el frente; de este modo, la turba de asesinos se dividiria y obligada á perseguirles en tres direcciones opuestas seria mas fácil que sus reyes hallasen un camino para llegar hasta el interior de palacio.

Cuando llegaron al pié de las Tullerías fué tan grande la precipitacion de algunos que trataban de asesinarles que dos de ellos fueron gravemente heridos por los caballos del mismo coche. Duró un momento en que los dos granaderos del pescante pudieron parar los golpes que de todas partes les asestaban, pero luego que hubieron dejado ese último, los tres guardias quedaron sin defensa.

Entonces los tres héroes se lanzaron de un salto á tierra derribando á seis que subian por las ruedas y por la lanza del coche para matarles en su mismo sitio y hecharon á correr entras direcciones distintas. Segun habían calculado, la furia del populacho se dividió en tres partes.

Aún el señor de Malden no dió cuatro pasos cuando se encontró bajo el hacha de dos asesinos.

Las dos hachas se hallaban levantadas y solo esperaban que descargara la una para descargar la otra. Pero el jóven hizo un rápido movimiento y en un segundo se encontró aislado.



Entonces cruzándose de brazos:

—Herid! dijo á los monstruos.

Una de las achas quedó levantada. La valentía del guardia, paralizó el brazo del asesino.

La otra cayó; pero al caer tropezó con el cañon de un mosquete, que la hizo desviar, hiriendo tan solo muy levemente el cuello del señor de Malden.

Este agachó la cabeza, y se lanzó por entre la multitud, que abrió paso, y llegó á un grupo de oficiales que, queriéndole salvar, le colocaron junto á la fila de guardias nacionales que formaba una bóveda de bayonetas por bajo la cual, los reyes debian llegar hasta las puertas de palacio.

En aquel instante, le percibió Lafayette, y dirijiéndose hácia él le cojió por el cuello de la levita y le arrimó á sus estribos para defenderle con su popularidad; pero no bien le hubo reconocido, Malden, exclamó:

—Dejadme, general, amparad la real familia, y abandonadme á la canalla!

El señor de Lafayette le abandonó realmente, y viendo que un hombre se llevaba á la reina, lanzóse hácia él.

Entonces el señor de Malden se vió arrastrado, levantado, atacado por unos, defendido por otros, y rodó así cubierto de heridas, de golpes y de sangre, hasta las puertas de palacio. Poco le faltaba para sucumbir, cuando un oficial de servicio le cogió del brazo y arrastrándolo hácia sí, gritó:

—Lástima fuera que este miserable tuviese muerte tan dulce! es necesario inventar un suplicio para tan gran picaro! Dejadle; que ya corre por mi cuental.

Y, continuando en sus insultos al señor de Malden, añadió:

—Ven conmigo, truan! ven por aquí! ven, y sabrás con quien vas á tratar. Y arrastrándole hasta el lugar mas sobrio, le dijo:

—Salvaos, caballero, y dispensad la astucia de que me he valido para arrancaros de manos de estos miserables.

El señor de Malden cogió por una escalera de palacio, y desapareció.



El señor de Valory sufrió iguales ó semejantes percances; habia recibido ya dos heridas en la cabeza; pero en el momento en que en bayonetas, veinte sables, veinte puñales, se levantaban contra él, Pethion se lanzó en su socorro, y rechazando á los asesinos con la fuerza y vigor de que él solo era capaz, gritó:

—En nombre de la Asamblea nacional; yo os declaro indignos de llevar el nombre de franceses, si no despejais al instante y no me entregais á este hombre!

Yo soy Pethion.

Y Pethion—que bajo una ruda corteza, ocultaba una grande honradez y un leal y valiente corazon—Pethion, decimos, se elevó de tal modo sobre la muchedumbre, que los asesinos despejaron, entregando al mismo tiempo al Sr. de Valory.

Entonces, no pudiendo sostenerse por sí solo, condujo á este herido y ensangrentado, hasta la fila de guardias nacionales, y lo dejó encargado al ayudante de campo, Mathieu Dumas, que ya anteriormente—lo cual cumplió—habia prometido velar por los tres guardias hasta su arribo á palacio.

En aquel momento, Pethion oyó á Barnave que le llamaba. El jóven diputado reclamaba su ayuda viéndose impotente para salvar á Charny.

El conde, aprisionado por veinte brazos, arrastrado por el polvo, habia podido levantarse, y cogiendo una bayoneta de los asesinos, repartía cuchilladas entre la furiosa multitud.

Pero hubiera sucumbido en tan desigual lucha si Barnave, y en seguida Pethion no hubiesen acudido á su ayuda.

La reina oyó este relato en su baño; pero Mad. Campan, que se lo hacia, no podia darle otras noticias que las que sabia de los señores de Malden y Valory, á los cuales habia visto en palacio ensangrentado aún por los acontecimientos que acababa de relatar.

Por lo que hace á Charny, nada se sabia de fijo: corrian voces de que, si bien los señores Pethion y Barnave le habian salvado, no se le habia visto entrar en palacio.



Quando la reina oyó esta noticia, su frente se cubrió de una palidez tan mortal, que Mad. Campan, temiendo que aquello no fuera á causa del cuidado que por Charny pasaba, exclamó:

—Pero no hay motivo para que S. M. desespere de la buena salud del conde: por mas que no haya entrado en palacio, la reina sabe que la condesa de Charny habita en Paris y tal vez se haya refugiado en su casa.

Esta era justamente la idea que de repente habia brotado en María Antonieta y que causó su mortal palidez.

La reina se lanzó fuera del baño, gritando:

—Vestidme, señora, vestidme! es necesario saber al momento lo que al conde ha sucedido!

—A qué conde? preguntó Mad. de Misery, entrando.

—Al conde de Charny! exclamó la reina.

—El conde de Charny, replicó la camarista, se halla en la antecámara de S. M. y solicita la honra de conversar un instante con ella.

—Ah! murmuró la reina, ha cumplido su palabra!

Las dos camaristas cambiaron una mirada, ignorando lo que queria decir la reina, que, jadeante, incapaz de pronunciar otra frase, las hizo seña de que la vistieran.

Nunca María Antonieta pasó tan poco tiempo en su tocador, bien que no es extraño, puesto que se contentó con arreglar un poco sus cabellos, cuyo polvo se habia quitado con agua perfumada y vestir un peinador de finisima tela.

Quando entró en su cuarto y dió orden para que introdujeran al conde de Charny, estaba tan blanca como su peinador.





## CAPITULO XL.

### La lanza.



La ayuda de cámara, anunció, un minuto después, al señor conde de Charny, y este apareció en el marco de la puerta iluminado por los reflejos de oro de un rayo de sol poniente.

Charny, también, á semejanza de la reina, había empleado el tiempo que acababa de deslizarse desde su entrada en palacio, en borrar las huellas del largo viaje y de la terrible lucha que había sostenido al llegar.

Vestia su antiguo uniforme, es decir, el hermoso de capitán de fragata.

Era el mismo que llevaba el día en que encontró á la reina y á Andrea de Tavernéy en la plaza del Palacio Real, y en que, haciéndolas tomar un fiacre, las acompañó hasta Versalles.

Nunca se había presentado con tanta elegancia y tan resplandeciente de hermosura. La reina, al verle, apenas pudo creer que fuese el mismo hombre al cual poco antes iba á hacer pedazos la furia del populacho.



—Oh! caballero, exclamó la reina, supongo que se os habrá comunicado mi inquietud y mi diligencia por saber lo que de vos habia sido.

—Si, señora, dijo Charny inclinándose; pero creed que no he entrado en mi casa hasta que he sabido por vuestras camaristas que os hallabais sana y salva.

—Dícese que á Pethion y á Barnave, debeis vuestra existencia; es esto cierto y tengo para con este último un nuevo motivo de agradecimiento?

—Es verdad, señora, y estoy doblemente obligado al señor de Barnave, puesto que habiendo tenido la bondad de no dejarme hasta que he entrado en mi cámara, se ha servido decirme que vos habiais tenido la amabilidad de ocuparos de mi, durante el viaje.

—De vos, conde! y en qué concepto?

—Señora... manifestando la inquietud que sentiais por la que á su vez sentia vuestra antigua amiga por mi ausencia... Estoy, como vos, señora, muy lejos de creer en esta inquietud; pero sin embargo...

—Pero... sin embargo... repitió Maria Antonieta.

—Sin aceptar, continuó Charny, en toda su estension el retiro que V. M. tenia intencion de ofrecerme, creo en efecto, que, tranquilizado ya por la seguridad de que el rey, la reina y vuestros augustos hijos disfrutan, creo en efecto, que es conveniente que yo, en persona, dé noticias acerca mi viaje, á la condesa de Charny.

La reina llevó su mano izquierda al corazon como si se hubiera querido asegurar de que con este golpe no habia muerto, y luego, con voz un tanto ronca, por la sequedad de su garganta, replicó:

—Esto es justo, caballero... en efecto; pero, á decir verdad, no me esplico cómo habeis tardado tanto en en llenar este deber.

—La reina ha olvidado que la di palabra de no volver á ver la condesa sin su permiso?

—Y venis á pedirmelo?



—Si, señora, y suplico á Vuestra Magestad, que se digne concedérmelo.

—Pero, si no os lo concediera, tal es la ansiedad que teneis por ver la condesa, que tambien os pasariais sin él, no es verdad?

—Creo que la reina es injusta, al espresarse de esta manera. En el momento que abandoné Paris, creí que lo abandonaba por mucho tiempo, sino para siempre. Durante este viaje, he hecho lo que humanamente podia hacerse para que se llevara felizmente á cabo. V. M. recordará, que si no ha sucedido así, no ha sido por culpa mia; que poco ha faltado para que, como mi hermano, no dejara mi vida en Versalles; no fuera, el como señor de Dampierre, hecho pedazos en el camino, ó que al llegar á palacio, no fuera victima del puñal del asesino.... Si hubiese tenido la dicha de acompañar á V. M. hasta el término de su viaje, hasta el otro lado de la frontera, ó bien me hubiera cabido la honra de morir por ella, me desterraba por siempre, ó bien moria para la condesa.... Pero, lo repito, de regreso á Paris no puedo mostrarme para con la muger que lleva mi nombre—y vos, señora, sabeis cómo lo lleva!—tan indiferente que no le participe mi llegada, principalmente habiendo muerto Isidoro, único que en esta mision podia reemplazarme. De todos modos, ó el señor de Barnave se ha equivocado, ó V. M. anteayer pensaba como aquel dijo.

La reina deslizó su brazo por el damasco que cubria el respaldo del sillón que ocupaba y; siguiendo, con su cuerpo este movimiento que le acercaba á Charny exclamó:

—Mucho quereis á esta muger cuando tan friamente me causais este dolor.

—Señora, dijo Charny, pronto hará seis años, que vos misma en el instante en que no existia para mi sino una muger á la cual Dios habia colocado ha demasiada altura para que pudiese merecer su amor, pronto hará seis años que me elegisteis por marido de la señorita Andrea de Taverney y que me la impusisteis por esposa. Durante este tiempo mi mano no ha tocado dos veces la suya; no le he dirigido diez veces la palabra y ni siquiera diez veces se han cambiado nuestras miradas. Mi vida se ha deslizado



ocupada en otro amor, ocupada en estos miles de cuidados, en estos miles de trabajos, en estas mil luchas que agitan la existencia del hombre! Yo he vivido en la corte, gozado de sus placeres, anudado, por decirlo así, el hilo que el rey tuvo á bien confiarme para llevar á cabo la gigantesta empresa que acaba de desenlazar la fatalidad; no he contado los dias, no he contado los meses, no he contado los años: el tiempo, para mí, ha pasado tanto mas rápidamente cuanto me he ocupado, de todas éstas afecciones, de todos estos asuntos, de todas estas intrigas que acabo de mencionar. Pero no ha sucedido así con la condesa de Charny, señora. Desde que ha experimentado el dolor de dejaros, despues de haber tenido, sin duda, la desgracia de no agradaros, la condesa vive sola, aislada, en su cuarto de la calle de Coq-Heron; quejarse; esta soledad, este aislamiento, este abandono, lo ha aceptado sin exenta de amor su alma, no tiene necesidad de las mismas afecciones que tanto envidian las demás mugeres; pero lo que no aceptaría, quizá, sin quejarse, lo que para mí, sería faltar al cumplimiento de los mas vulgares deberes....

—Basta basta! cuán preocupado estais por lo que la señora de Charny pensará ó dejará de pensar si vais á verla ó no vais á verla! Antes de pasar tanto cuidado bueno fuera que supieseis si ha pensado en vos cuando vuestra partida ó si ha pensado ahora en vuestro regreso.

—Ignoro si ahora piensa en mí, señora, pero en cuanto si ha pensado en mí á la hora de mi partida, estoy ciertísimo de ello.

—Entonces debisteis verla en aquel momento?

—He tenido la honra de manifestar á la reina que no he visto á la condesa de Charny desde que di á Vuestra Magestad mi palabra de que no la volveria á ver sin su permiso.

—Entonces os escribis?

Charny guardó silencio.

—Vamos! continuó María Antonieta, os ha escrito: confesadlo.

—La condesa entregó á mi hermano Isidoro un billete para mí.

—Y lo habeis leído?... Qué decia?... Qué podia deciros?... Ah!



y sin embargo, ella me habia jurado... Veamos respondedme al instante.... Guardais silencio? Ved que os lo suplico...

—No puedo decir á Vuestra Magestad lo que en esta carta decia la condesa: no la he leído.

—La habeis rasgado? exclamó la reina con alegría: La arrojasteis al fuego sin leerla? Charny! Charny! si obrasteis de este modo sois el mas leal de los hombres; hacia mal en quejarme: aún no he perdido nada.

Y la reina tendió sus brazos al conde como para atraerle hácia si.

Pero Charny continuó inmóvil.

—Ni la rasgué, ni la quemé, dijo,

—Pues entonces replicó María Antonieta, volviendo á caer en su silla, porque no la habeis leído?

—Esta carta no debia serme entregada por mi hermano sino en el caso en que fuese herido de muerte... Desgraciadamente no era yó el que debía morir sino el pobre Isidoro... Caliente aún su cadaver, se me trageron sus papeles: entre estos hallé la carta de la condesa y pegada á esta carta esta nota: he la aqui, señora.

Y Charny presentó á la reina el papel que escribió Isidoro y que unió al billete.

María Antonieta lo cogió con temblorosa mano y agitó la campanilla.

Durante la escena que acabamos de describir, habia anochecho.

—Luz, luz! pronto! exclamó la reina.

El ayuda de cámara salió, transcurrió un minuto sin que se oyese otro ruido que la jadeante respiracion de María Antonieta y los latidos de su corazon.

Por dos veces miró el papel sin que pudiera leer nada.

—Oh! murmuró, esto no es papel, es fuego!

Y se restregó los ojos como aquel que no ve claramente.

Al cabo de un momento, haciendo un supremo esfuerzo, su mano cesó de temblar y sus ojos empezaron á ver.



Entonces con voz rónca, como si hubiera perdido su natural timbre, comenzó á leer lo siguiente:

«Esta carta no se ha escrito para mi sino para mi hermano el conde Oliverio de Charny; se la dirige su esposa la condesa del mismo nombre.»

La reina se detuvo un instante y luego prosiguió:

«Si me sucediera alguna desgracia, ruego al que encuentre este papel que tenga la bondad de entregarlo al conde Oliverio de Charny ó que lo devuelva á su esposa.»

La reina se detuvo por segunda vez, movió la cabeza y en seguida continuó:

«Yo lo he recibido con la siguiente recomendación:»

María Antonieta se pasó de nuevo la mano por los ojos.

«Si el conde sale bien de la empresa de que se halla encargado tiene que devolverse á su esposa.»

La voz de la reina, á medida que leía era cada vez mas opaca.

«Si sale gravemente herido, pero sin peligro de muerte, se le suplicará que deje juntársela á su esposo.»

—Oh! está claro, esto es! balbuceó la reina.

Y continuó en voz euasi ininteligible:

«En fin, si su herida fuera de muerte, se le entregará esta carta, y, si no puede leerla, se la leerá á fin de que antes de espirar sepa el secreto que contiene.»

—Y bien! lo negareis ahora? exclamó la reina dirigiendo una mirada de fuego á Charny.

—No os comprendo, señora.

—Queos ama!

—A quien? á mí! la condesa me ama?... Que decís, señora? exclamó á su vez Charny.

—Oh! cuán desgraciada soy! y digo la verdad!

—La condesa me ama? Imposible!

—Porque, Dios mio, porque? No os amo yó!

—Pero en seis años, si la condesa me amara, me lo hubiera dicho, lo hubiera dejado traslucir.



Habia llegado el momento en que la pobre Maria Antonieta, á pesar de sufrir tanto, sentia la necesidad de clavar, como un puñal, su sufrimiento hasta lo mas profundo de su pecho

—No, contestó, no os ha dejado traslucir nada; nunca os ha dicho una palabra de amor; pero si ha guardado este silencio, si no traslucisteis nada ha sido porque ella ignora que nunca podrá ser vuestra esposa.

—La condesa no puede ser mi esposa? repitió Charny.

—Por que, continuó la reina embriagándose mas y mas en su propio dolor, por que sabe que existe un secreto que matará vuestro amor.

—Un secreto que matará mi amor?

—Porque sabe que desde el momento en que hablara, vos la despreciareis!

—Yo despreciar á la condesa?

—A menos que no se desprecie á la jóven sin esposo y á la madre sin marido.

Al oír estas palabras Charny, se volvió pálido como un cadáver y tuvo que apoyarse en el sillón mas cercano.

—Oh! señora, exclamó con voz ahogada, habeis hablado mucho ó muy poco y esto cuasi me adjudica un derecho para pedir os una esplicacion.

—Una esplicacion, caballero, á mi, á la reina!

—Señora....

En aquel momento la puerta se abrió.

—Que se me quiere? preguntó la reina impaciente.

—Vuestra Magestad dijo que siempre estaba visible para el doctor Gilberto.

—Y bien?

—El doctor Gilberto reclama el honor de presentar sus respetos á Vuestra Magestad.

—El doctor Gilberto! dijo la reina, estais bien seguro de que es el doctor Gilberto?

—Si, señora.

—Oh! entonces que entre, que entre! añadió la reina.



Luego volviéndose á Charny:

—Ahora mismo me pediais una esplicacion respecto á la condesa; pues bien: pedidla al doctor Gilberto: nadie como él podrá darosla tambien.

Durante este tiempo entró el doctor. Habia oido lo que Maria Antonieta acababa de pronunciar y se habia quedado en pié, en el dintel de la puerta.

En cuanto á la reina devolviendo á Charny el billete de su hermano, dió algunos pasos para dirigirse á su gabinete de tocador; pero el conde de Charny exclamó:

—Perdonad, señora, pero crei que Vuestra Magestad deseaba oir esta esplicacion.

—Sea, dijo la reina ensayando una carcajada. Caballero Gilberto, continuó, ya veis lo que este caballero desea.

—Caballero Gilberto, dijo Charny con dignidad y cortesia, ya ois lo que Su Magestad ordena.

Gilberto adelantó y miró tristemente á la reina.

—Oh! señora, señora!..... murmuró.

—Despues volviéndose á Charny:

—Señor conde, dijo, lo que vais á oir es la venganza de un hombre y la gloria de una muger. Un desgraciado, un niño, un aldeano, amaba á la señorita de Taverney. Un dia la encontró desmayada, y sin respetar su belleza, sin respetar su juventud, sin respetar su inocencia, aquel miserable la violó: he ahí porque la jóven fué esposa sin esposo y madre sin marido..... La señorita de Taverney es un ángel; la condesa de Charny una mártir!

El conde enjugó el sudor que corria por su frente.

—Gracias, caballero Gilberto, dijo.

Luego dirigiéndose á la reina, exclamó.

—Señora, yó ignoraba que la señorita de Taverney fuese tan desgraciada; ignoraba que la condesa de Charny fuese tan respetable; de otra manera, ruego que me creais, no hubiese tanto tiempo pasado sin que yó me arrodillara á sus piés y la adorara como merece ser adorada!

E inclinándose ante la reina, que habia quedado estupefacta,



salió de la cámara sin que aquella infeliz muger osara detenerle.

El conde de Charny oyó únicamente el doloroso grito que lanzó en el instante de cerrar la puerta.

La reina habia comprendido que en aquella puerta como en la del infierno, el demonio de los celos acababa de escribir esta terrible sentencia:

*Lasciate ogni speranza!*





## CAPITULO XII.

### **Date lilia.**



IGAMOS algo de lo que sucedía á la condesa de Charny, mientras tenia lugar entre el conde y la reina la escena que acabamos de describir y que rompía tan dolorosamente una larga cadena de pesares.

Nuestros lectores, que conocen ya el estado en que su corazón se hallaba, conocerán desde luego, cuanto sufriría desde la marcha de Isidoro.

Temblaba por el bueno ó mal éxito de la empresa que dirigía su esposo. Aunque nadie se lo dijo, había adivinado que se trataba de la real familia.

Y, en efecto, si salía bien la empresa, conocía demasiado la fidelidad de Charny á sus señores para que no estuviese segura de que, una vez desterrados, el conde no los abandonaría; si salía mal, conocía demasiado la valentía de Oliverio para que no tuviese la convicción de que lucharía hasta el último suspiro, mientras hubiera una esperanza y hasta, aunque esta faltase, contra cualquier obstáculo que se presentara.



Desde el momento en que Isidoro se hubo retirado, fijó toda su atención en averiguar lo que había de suceder.

Al siguiente día supo, como todos los habitantes de París, que la real familia en la noche anterior había abandonado la ciudad.

Ningun accidente había dejado huellas de esta partida.

Verificada la marcha, era indudable que Charny acompañaba á sus reyes, Charny se alejaba!

Lanzó un profundo suspiro y se arrodilló para suplicar á Dios que llevara á buen término la empresa.

Luego por espacio de dos días, París enmudeció.

En la madrugada del tercero, una gran noticia alarmó la capital: se había arrestado al rey en Varennes.

No se sabía ningun detalle. El rey había sido arrestado en Varennes: helo ahí todo.

Andrea ignoraba qué especie de pueblo era Varennes. Aquella insignificante poblacion que despues de aquel hecho la rodea tan fatal celebridad; aquel villorrio que con el tiempo debía convertirse en terrible amenaza contra la monarquía, había sido hasta aquella época una municipalidad tan ignorada y oscura como las diez mil municipalidades de Francia, tan escasamente importantes y tan desconocidas como ella.

La condesa abrió un diccionario geográfico, y leyó:

«Varennes, en Argonne, cabeza de partido; poblacion: 1,607 habitantes.»

Luego consultó un mapa y vió á Varennes situado en el centro de un triángulo, formado por Stenay, Verdun y Chalons, colindando con un bosque y á orillas de un riachuelo.

En aquel oscuro punto se hallaba fijada toda la atención de la Francia. En él tambien se fijaban todos los pensamientos, todas las esperanzas, todos los temores de Andrea.

Poco á poco, despues de la gran noticia, vinieron los detalles.

Estos detalles tenían para ella un valor inmenso.

El Sr. de Bouillé, se decía, había seguido al rey, atacado la escolta y despues de una lucha terrible, se había pronunciado en



retirada, dejando á la real familia en manos de los patriotas.

Probablemente Charny habia tomado parte en el combate; probablemente Charny se habria retirado el último, si, por fortuna Charny no hubiese quedado muerto en el campo de batalla.

Luego corrió la voz de que uno de los tres guardias que acompañaban al rey habia perecido.

Luego se aclaró mas la noticia: sabíase que era uno de los dos Charny, pero se ignoraba si era el conde ó el vizconde; si Oliverio ó Isidoro.

De todos modos era un Charny; no cabia duda.

Durante los dos dias en que esta noticia no pudo aclararse, el corazon de Andrea sufrió terriblemente.

En fin, anuncióse la vuelta de la real familia, para el sábado 26.

Los augustos prisioneros habian dormido en Meaux.

Calculando el tiempo y el espacio de un modo aproximado el rey debia llegar á Paris antes de medio dia, y suponiendo que regresara á las Tullerías por el camino mas corto debia entrar en la ciudad por el arrabal de S. Martin.

A las once, la señora de Charny, vestida con la mayor sencillez y cubierto su rostro con un velo, se hallaba en la barrera. Aguardó hasta las tres de la tarde.

A esta hora, las primeras oleadas de la multitud impulsando cuanto á ellas se oponia, anunciaron que el cortejo rodearia á Paris y que haria su entrada por la barrera de los Campos Eliseos.

Era cuestion de atravesar toda la ciudad á pié. Nadie se atreveria á circular en carruaje entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles.

Nunca, desde la toma de la Bastilla, se habia visto tanta gente.

Andrea no vaciló: emprendió el camino de los Campos Eliseos y fué de las primeras personas que llegaron á este punto. Allí tuvo aún que esperar; esperó tres mortales horas!

Por fin apareció el cortejo. Ya hemos indicado el orden y forma con que llegaba.



Andrea al ver el coche, lanzó un grito de alegría; acababa de reconocer á su esposo. Un grito, que hubiera parecido eco del suyo á no ser de dolor, se oyó cuasi al mismo tiempo.

Andrea se volvió y reparó en una jóven que estaba en brazos de tres ó cuatro personas caritativas que se apresuraban á prestarla socorro. Parecía presa del mas atroz desespero.

Quizá Andrea hubiera fijado mas su atencion en la jóven, sino hubiese oido las muchas imprecaciones que contra los tres guardias del pescante se dirijian.

Contra ellos era contra quien se dirijia la cólera del pueblo; eran, segun decian este los pícaros emisarios de aquella traicion real y debia castigárseles destrozándolos.

Andrea resolvió hacer lo que pudiera para entrar en el jardin de las Tullerías.

Pero para esto era necesario hacer un rodeo á fin de evitar la muchedumbre, bordear el rio y entrar en el jardin, si era posible por el malecon de las Tullerías.

Al cabo de muchas tentativas, esponiéndose á quedar destrozada, consiguió llegar á la reja, pero era tal la multitud que se agrupaba en el punto donde debia pasar el coche, que renunció á cojer una de las primeras filas.

Andrea pensó que el punto en que se habia colocado, era suficiente para dominario todo, por mas que no pudiese ver ciertos detalles ni oir ciertas palabras.

Pero no importaba: veria y oiria mal y esto valia mas que no ver ni oir nada.

Desde su punto, pues, veia á Charny y los dos guardias: á Charny, que ignoraba que á cien pasos latia un corazon por él; á Charny, que en aquel momento no se acordaba probablemente de Andrea, á Charny que no pensaba sino en la reina, y que olvidaba su propia seguridad para pensar en la de aquella.

Oh! si hubiese sabido que en aquel instante Oliverio estrechaba su carta contra su pecho, si hubiese sabido que el último recuerdo, el último suspiro era para su esposa, cómo hubiera palpitado el corazon de la pobre Andrea!



El coche, en fin, se detuvo en medio la gritería y clamoreos del populacho. De repente, en torno del carruaje, se levantó un gran tumulto. Levantáronse los sables, las picas y las bayonetas, y los tres hombres que iban en el pescante, desaparecieron como tragados por un abismo. Luego se hizo tal remolino de gente, que sus últimas filas, refluyendo hácia atrás, llegaron hasta el punto donde Andrea se encontraba.

Un velo de angustia cubrió los ojos de la jóven; nada veía, nada oía; magullada, jadeante, agitó por un instante sus brazos, y sus labios lanzaron algunos sonidos inarticulados que fueron á ahogarse en medio el terrible concurso de las maldiciones, blasfemias y gritos de muerte que brotaban de la muchedumbre!

Luego no supo darse cuenta de lo que pasaba: la tierra giró en torno suyo, el cielo se enrojeció y solo oyó un sordo rumor parecido al de las ondas del mar.

Era la sangre que subía del corazón á la cabeza y que invadía su cerebro.

Cayó desvanecida.

Al cabo de un momento, el contacto de una cosa fría, la hizo volver en sí: era una muger que, viendo que se iba á desmayar, había mojado su pañuelo en el Sena y se lo aplicaba á las sienes.

Entonces recordó aquella otra muger que había visto medio desvanecida, como ella, en la barrera, sin poderse dar cuenta de la instintiva analogía que, por un motivo desconocido, ligaba á aquella muger á su dolor.

Al volver en sí, lo primero que preguntó fué, si los tres guardias habían muerto.

—No, la respondieron, se han salvado.

—Los tres?

—Los tres, sí.

—Oh! sed bendecido, Dios mio! Dónde se encuentran?

—Se cree que en las Tullerías.

—En las Tullerías?... gracias.

Y levantándose, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se dirigió con estraviados ojos hácia el Louvre.



Pensaba, con razon, que de aquel lado, la multitud seria menos compacta.

En efecto, la calle de Orties estaba casi vacia.

Atravesó la plaza del Carrousel, entró en el patio de los principes y se lanzó á la consergeria.

El conserge conocia á la condesa: la habia visto entrar y salir de palacio los dos ó tres primeros dias que siguieron al del regreso de Versalles.

Despues la habia visto salir para no volverla á ver entrar nunca mas el dia en que, seguida por Sebastian, Andrea habia acogido al niño en su coche.

El conserge la prometió que la traeria noticias de los tres guardias. Penetró en los corredores de palacio y regresó al cabo de un momento.

Los tres guardias se hallaban en salvo. El señor de Charny, quasi ileso, se habia retirado en su cámara.

Quince minutos despues, se habia puesto el uniforme de oficial de marina y se le introdujo en la habitacion de la reina donde probablemente se hallaba.

Andrea respiró; alargó su bolsa al que tan buenas noticias la daba y, aturrida, sofocada, pidió un vaso de agua.

Charny se habia salvado!

Dió las gracias al buen conserge, y emprendió el camino de la calle de Coq-Heron.

Cuando llegó á su casa, cayó, no en una silla, no en el sofá, sino en su reclinatorio.

Pero no elevaba sus oraciones al Ser Supremo con los lábios: existen momentos en que el reconocimiento á Dios es tan grande, que falta la palabra: entonces no esta, sino los ojos, los brazos, el alma, el corazon, son los que se lanzan hácia el Señor.

Surgida estaba en aquel dichoso éxtasis, cuando oyó abrir la puerta: volvióse lentamente sin comprender nada de aquel terrenal ruido que penetraba en lo mas profundo de aquel celeste sueño.

Su doncella estaba en pié, buscándola con los ojos en la oscuridad de la cámara.



—El Sr. conde de Charny! dijo aquella.

Andrea quiso levantarse, pero la faltaron las fuerzas. Volvió á caer de rodillas en el reclinatorio, y volviéndose á medias, apoyó su brazo en el extremo superior del mismo.

—El conde, murmuró, el conde!

Y aunque estuviese allí, delante sus mismos ojos, no podía creer en su presencia.

Andrea hizo un signo con la cabeza. No podía hablar.

La doncella se retiró para dejar paso á Charny, y cerró la puerta.

—Se me ha dicho que acabais de entrar, señora, dijo el conde; habré sido indiscreto presentándome tan pronto?

—No, dijo Andrea con voz temblorosa, no; sed bien venido caballero. Sentia tanta inquietud, que he salido para ver lo que ocurría.

—Hace mucho que... habeis salido?

—Desde por la mañana, caballero; primero he estado en la barrera de San Martin; luego en la de los Campos Eliseos.—Alli... he visto.... alli.... —Andrea vaciló— alli he visto al rey, á la real familia.... y á vos, cuya vuelta me ha tranquilizado, al menos por un momento.... Temia por vos, en el instante de bajar del coche... Cuando habeis bajado... oh! entonces pensé morir.

—Si, dijo Charny, el tumulto ha sido grande. Habreis sido magullada, pisoteada, cuasi ahogada, lo comprendo...

—No, no, replicó Andrea moviendo la cabeza, oh! no era eso! En fin, me he informado y he sabido que estabais en salvo: he vuelto á mi casa, ya lo veis... estaba de rodillas, dando gracias al Ser Supremo.

—Ya que estais de rodillas, puesto que os dirigis al Señor, no os levanteis sin elevarle algunas oraciones por el alma de mi hermano Isidoro.

—Isidoro? Ah! era él entonces? Pobre jóven!

Y dejó caer su cabeza sobre las manos.

Charny avanzó algunos pasos, y contempló por un instante con



cierta espresion de melancolia y tristeza á aquella criatura que elevaba á Dios sus castos y puros sentimientos.

En aquella mirada además, habia una inmensa espresion de misericordia, benevolencia y algo que se parecia á un deseo comprimido.

No le habia dicho la reina, ó mas bien, esta no habia dejado escapar el secreto de que le amaba?

Acabada la plegaria, Andrea se volvió.

—Ha muerto? preguntó.

—Ha muerto, señora, como murió el pobre Jorje, víctima de la misma causa, y cumpliendo su deber.

—Y en medio del gran dolor que os ha causado la muerte de un hermano, habeis tenido tiempo de pensar en mi, caballero? preguntó Andrea con voz tan débil, que apenas se oian sus palabras.

Por fortuna Charny escuchaba aun mismo tiempo con el oido y el corazon.

—Señora, dijo, no encargasteis á Isidoro una mision para mi?

—Caballero!... balbuceó Andrea levantándose sobre una de sus rodillas y mirando al conde con ansiedad.

—No le encargasteis una carta, cuyo sobre llevaba mi nombre?

—Caballero! replicó Andrea estremecida.

—Cuando murió Isidoro, se me entregaron sus papeles, y he hallado, señora vuestra carta entre los mismos.

—Y la habeis leído, exclamó Andrea ocultando su cabeza entre las manos. Ah!...

—Señora, no debia saber el contenido de esta carta hasta el momento en que fuese mortalmente herido, y, ya lo veis estoy sano y salvo.

—Entonces la carta...

—Hela aqui intacta, señora; tal como la entregasteis á Isidoro.

—Oh! murmuró Andrea cogiendo la carta de manos del conde; lo que haceis es muy cruel!...

Charny alargó el brazo y cogió entre las suyas una mano de Andrea. Esta hizo un movimiento para retirarla.

Despues, como Charny insistiera, murmurando al mismo tiem-



po: «por Dios, señora, por Dios» la joven exhaló un suspiro, y agotadas sus fuerzas, dejó su húmeda y temblorosa mano entre las ardiertes del conde.

—Entonces, viéndose un tanto embarazada, no sabiendo donde fijar los ojos, no sabiendo como evitar la mirada de Charny que sentía fijada en ella, no pudiendo retroceder, pues el mismo reclinatorio se lo impedía:

—Si, dijo, comprendo, caballero, venis para devolverme esta carta.

—Si, señora, por esto; pero tambien por otra cosa: vengo á pedir os mil perdones, condesa.

Andrea se estremeció hasta el fondo de su alma; era la primera vez que Charny la daba este titulo sin precederle de la palabra **señora**.

Ademas de esto, habia pronunciado aquella frase con una inflexion de una dulzura infinita.

—Pedir perdon? A mi, señor conde? Y por qué?

—Por la manera que con vos me he portado por espacio de seis años.

Andrea le miró con profunda estrañeza.

—Me he quejado alguna vez, caballero? preguntó la joven.

—No, señora, porque vos sois un ángel!

A pesar de ello, los ojos de Andrea se velaron: sentía correr las lágrimas bajo sus párpados.

—Llorais, Andrea? dijo Charny.

—Oh! exclamó Andrea dando rienda suelta al llanto, dispensad, caballero, pero no tengo la costumbre de oiros hablar como ahora! Oh! Dios mio! Dios mio!

Y se dejó caer en un ancho sillón, ocultando la cabeza entre sus manos. Luego, pasado un instante, apartó estas de sus ojos y moviendo la cabeza exclamó:

—Pero, yo estoy loca!

De pronto se detuvo.

Durante el momento en que tenia oculta su cabeza entre las manos, Charny se habia arrodillado frente de ella.



—Oh! vos á mis piés! vos de rodillas! exclamó la pobre esposa.

—No os he dicho, Andrea que venia á pedir os perdon? Y—

—De rodillas! á mis piés! repitió como una muger que no cree lo que está viendo.

—Andrea, respondió Charny con voz dulcísima, esto quiere decir que os amo!

Andrea llevó una mano á su corazón y exhaló un grito:—

Despues, poniéndose en pié, como si un resorte le hubiese hecho levantar y llevando una mano á su frente:—

—Me ama, me ama! murmuró; pero esto es imposible!—

—Decid que es imposible que vos me améis, pero no lo digáis de mi, Andrea.

Esta clavó sus ojos en Charny como para asegurarse de que decia verdad: los grandes y hermosos ojos del conde corroboraban con su espresion, lo que antes habia dicho.

Andrea que hubiera podido dudar de sus palabras, no dudó de las miradas de Charny.

—Oh! Dios mio, Dios mio! murmuró; existe en la tierra otra criatura mas desgraciada?

—Andrea, continuó Charny, decidme que me amais y sino quereis decir que me amais, decidme al menos que no me odiais.

—Oh! caballero, seria muy injusto si calificaseis de odio el sentimiento que me inspirais. Yó, odiaros? Dios mio! Dios mio!

—Pero en fin, si ni es odio ni amor, que es lo que sentis Andrea?

—No es amor por que no me es permitido amaros; no habeis oido ahora mismo mi exclamacion de que era la mas infeliz de las criaturas?

—Y por que no podeis amar cuando yo os amo con toda la passion de mi alma?

—Oh! he ahí porque no quiero, porque no puedo, porque no oso decirlo, respondió Andrea torciéndose los brazos.

—Y si lo que no quereis decirme, replicó Charny endulzando aún mas el timbre de su voz, lo que no podeis decirme, lo que no osais decirme, me lo hubiese dicho otra persona?



—Comol interrumpió espantada Andrea:—

—Y si lo sabia?

—Dios mio!

—Y si añadiera que solo cuando he sabido esta terrible desgracia—que á mis ojos os hace mas digna y respetable—que solo cuando he sabido este secreto he resuelto deciros que os amaba?—

—Si habeis hecho esto, caballero, sois el mas generoso y noble de los hombres.

—Os amo Andrea, repitió Charny, os amo, os amo!

—Ah! exclamó Andrea levantando sus manos al cielo, ignoraba, Dios mio, que se pudiera gozar tanta dicha en la tierra!

—Pero vos, Andrea, decidme tambien que me amais, esclamó Charny fijando en la jóven sus ardientes ojos.

—Oh! nunca me atreveré á decirlo; pero leed esta carta que únicamente podiais abrir en vuestro lecho de muerte!

Y alargó al conde la carta que este la habia devuelto.

Mientras que Andrea tapaba su rostro con ambas manos, Charny rompió con viveza el sello de la carta: á las primeras lineas exhaló un grito: en seguida, apartando las manos del rostro de Andrea y atrayéndola hácia sí, exclamó estrechándola contra su pecho:

—Desde el dia en que me viste! hace ya seis años! Oh! santa criatura! cuanto te amaré para hacerte olvidar lo que has sufrido!

—Oh! Dios mio! murmuró Andrea, plegándose como una rosa bajo el peso de tanta dicha, si es un sueño haz que no despierte jamás ó que muera al despertar!.....

Olvidemos la felicidad de los que gozan para volver á los que sufren.





## CAPITULO XLII.

### Un poco de sombra despues del sol.



L diez y seis de julio de 1794—es decir algunos dias despues de los acontecimientos que acabamos de relatar,—dos nuevos personajes que hemos tardado en presentar á nuestros lectores para que les conocieran en su verdad mas pura, escribian en la mesa de un salon de la Fonda Britanica, situada en la calle de Guenegaut.

Este pequeño salon, daba por una de sus puertas, á un modesto comedor, caracterizado con todos los muebles y atributo de un comedor de fonda, y por otra á un dormitorio en el que se veian dos camas completamente iguales.

Las dos personas que escribian eran de distinto sexo y merecen cada una particular mencion.

El hombre parecia tener sesenta años poco mas ó menos, de alta y delgada estatura: su aspecto al par que revelaba grandes pasiones, revelaban tambien la austeridad, y las líneas de su rostro denunciaban en él á un pensador frio y sesudo, en el que el rigido cálculo dominaba los caprichos de la fantasia.



La muger no parecia tener mas allá de treinta á treinta y dos años por mas que en realidad frisara en los treinta y seis. Cierta cosa, cierto *no se que* revelaba que habia salido de la clase del pueblo. Sus ojos eran hermosísimos y se retrataba en ellos, á un mismo tiempo, cierta firmeza y dulzura; su boca aunque grande, se veía ornada por una sarta de blancas perlas y su frente y su nariz, un tanto levantadas, no carecian de cierta graciosa austeridad. Caracterizabala además, aunque un poco gruesa, una bien contorneada mano, talle gentil, delicado, estatura alta, respirando dignidad, hermosísima garganta y caderas que envidiaria la Venus de Syracuse.

El hombre se llamaba Juan Maria Roland de la Platière y nació en 1732 en Villafranca, cerca Lyon.

La muger se llamaba Manon Juana Philipon, y habia nacido en Paris en 1754.

Hombre y muger se habian casado hacia once años, es decir, en 1780.

Ya hemos dicho que la muger habia saltado del pueblo.

Sus mismos nombres y apellidos lo prueban: Manon Philipon; nombres de pila y apellido, todo lo indica. Hija de un grabador cultivó el arte de su padre hasta que á los veinte y cinco años tomó por esposo á Roland que tenia veinte y dos mas que ella. Entonces en vez de dedicarse al grabado se hizo copista, traductora y compiladora. Libros como el *Arte del tornero*, *Arte del fabricante en lana y seda* y el *Diccionario de manufacturas*, habian absorbido en rudo é ingrato trabajo los mas bellos años de aquella muger tan rica en prendas y que murió virgen, sino de toda pasion, al menos de toda falta no por esterilidad de su corazon sino por pureza de su alma.

En el cariño que á Roland profesaba habia mas respeto de hija que amor de esposo. Este amor era una especie de culto, puro, casto, sagrado, exento de toda relacion fisica; algunas veces instaba á su marido para que dejase el trabajo, y por la noche la casta esposa avanzaba lo que habia obligado á dejar á su esposo. Todo esto sin perjuicio de prepararle la comida, pues el débil es-



tómago de aquel exigía que una delicada mano se la preparara.

En 1789, Mad. Roland pasaba esta oscura vida en provincias. Su marido vivía entonces en la hacienda de Platière de la cual tomó el nombre.

Esta hacienda se hallaba situada en Villafranca, cerca Lyon. Los cañonazos de la Bastilla alcanzaron hasta allí haciendo estremecer á los dos esposos.

Al estampido del cañon, todo lo que había de grande, de noble y de patriótico en aquellos corazones se estremeció á un mismo tiempo.

La Francia no era ya reino era nacion: no era tan solo un pais en el cual se habita, era la patria.

Llegó la federacion de 1790 y como ya se recordará la de Lyon precedió á la de Paris.

El día en que se reunieron los federados, su mirada había medido todo el valor de aquella fiesta cívica, su corazón se confundió en aquel inmenso oceano de franceses y salió de aquella ceremonia con la fé y entusiasmo del mas ardiente patriota.

En la noche de aquel gran día, entusiasmada por lo que había visto, sintiéndose poetisa, sintiéndose historiadora, escribió el relato de aquella fiesta. Aquel relato fué dirigido á su amigo Champagneux director de *El Diario de Lyon*. Sorprendido, deslumbrado el joven periodista por el ardor que aquel escrito respiraba, lo insertó en su diario y al siguiente día en vez de tirar como acostumbraba mil doscientos ó mil quinientos ejemplares agotó sesenta mil.

Espliquemos como aquella imaginacion de poeta y aquel corazón de muger fueron inspirados por tan político ardor: esto consistía en que desde la mas tierna edad, Juana Philipon había sido tratada por su padre como un oficial grabador; consistía en que despues fué considerada como un secretario por su marido; no relacionándose en la casa conyugal y paterna sino con los mas graves asuntos; consistía en que por las manos de Mad. Roland no había pasado nunca un libro frívolo.



Por lo que toca á Roland era un vivo ejemplo de lo que, por un hecho sin importancia, hace la Providencia, el azar ó la fatalidad para cambiar la vida de un hombre ó el modo de ser de un imperio.

Roland era el menor de los cinco hermanos. Se le queria hacer seguir la carrera eclesiástica pero él se resistió.

A los diez y nueve años, abandonó la casa paterna y solo, á pié, sin recursos, atravesó la Francia, llegó á Nantes y fué á parar á casa de un armador del cual obtuvo que le enviara á las Indias. En el momento de darse á la vela, en la hora misma en que el buque se aparejaba para lanzarse al Occéano, fué atacado de una congestión cerebral tan terrible, que el médico le prohibió que emprendiera aquel viaje.

Si Cromwell al embarcarse para América, no se hubiera detenido en Inglaterra por una orden de Carlos I, tal vez no hubiera alzado el patíbulo de Whitehall! Si Roland hubiera partido á las Indias, tal vez no hubiera llegado el 10 de agosto!

Roland, no pudiendo complacer las miras del armador á cuyas ordenes estaba, dejó á Nantes para trasladarse á Ruan; allí uno de sus parientes, al cual se dirigió; reconociendo el valor de aquel joven, le hizo nombrar inspector de manufacturas.

Desde entonces la vida de Roland es una vida de estudio y trabajo. La economía era su musa, el comercio, el Dios que le inspiraba; viaja, escribe, recoge; da á la estampa memorias sobre el modo de cuidar los rebaños, sus teorías sobre las artes mecánicas, sus *Cartas de Sicilia, de Malta, de Italia. El Financiero francés* y las otras obras que ya hemos citado y que hace copiar á su esposa con la que contrajo matrimonio, segun hemos dicho en 1780.

Cuatro años despues de celebrado su enlace, marcha á Inglaterra, y á su regreso, solicita la inspeccion de manufacturas de Lyon, en vez de la que estaba desempeñando en Ruan. Hé aquí á Roland en Lyon militando en las filas del partido popular, hácia el cual le impulsaban sus convicciones.

Ejercia las funciones de inspector de comercio y manufacturas



de esta ciudad, cuando la revolución estalló, y cuando á la luz de esta alba nueva y regeneradora él y su esposa sintieron germinar en su pecho esta hermosa planta de hojas de oro y flor de diamante que se llama entusiasmo.

Ya hemos visto la manera con que Mad. Roland escribió el relato de la fiesta que se celebró en 30 de mayo, la tirada de sesenta mil ejemplares que se hizo del periódico en que se insertó y como cada guardia nacional que regresa á su villa, cada labriego que regresa á su aldea, lleva consigo una porción de alma de Mad. Roland.

Los dos esposos vivían en la ciudad llenos de creencia, de fé y de esperanza, reducidos al pequeño círculo de sus amigos Champagnéux, Rose, Lauthenas y algunos otros, cuando sus relaciones aumentaron con la amistad de un nuevo personaje.

Lauthenas que vivía familiarmente con los Roland, que pasaba entre ellos días, semanas y meses, les presentó una noche, á uno de estos electores que había admirado á Mad. Roland por sus virtudes.

El recién presentado se llamaba Banca de Issarts.

Era un hombre de treinta y nueve años, simpático, grave, de maneras sencillas y de sentimientos tiernos y religiosos. Nada de ostentación y petulancia: su alma era tan solo buena y caritativa.

Había sido escribano y había dejado este cargo para lanzarse en cuerpo y alma á la política y á la filosofía.

A los ocho días de haber sido presentado á la casa, Lauthenas, Roland y él simpatizaban de tal modo, formaban una trinidad tan armónica en su acendrado amor á la libertad, en su respeto por todo lo santo, que nuestros tres hombres resolvieron no abandonarse y vivir juntos pagando en comunidad los gastos.

Cuando Banca les dejó momentáneamente fué cuando sintieron mas la necesidad de vivir reunidos.

«Venid, amigo mio, le escribía Roland, por qué tardais? Ya habeis visto nuestra franca manera de vivir y obrar. Cuando á mi edad no se ha variado de carácter, no se varia jamás. Nosotros



predicamos las buenas ideas, educamos el alma; Lanthenas desempeña el cargo de doctor; mi muger el de enfermera, y vos y yo administramos los negocios de la sociedad.»

La reunion de estas tres medianias se parecia en efecto á una pequeña sociedad. Lanthenas poseia veinte mil libras, poco mas ó menos, Roland sesenta mil y Bancal cien mil.

Entretanto Rolan llenaba su mision, su mision de apóstol: ca-sequizaba en sus viajes como inspector á los labriegos de la comarca y excelente andador; con el baston en la mano, aquel peregrino de la humanidad iba, del Norte al Sur, del Este al Oeste, sembrando la nueva palabra, el fecundograno del entusiasmo; Bancal, sencillo, apasionado, elocuente, pero envuelto sienpre en una aparente frialdad, era para Rolando su ayudante, su discípulo, su segundo; nunca el futuro colega de Claviere y Dumoriez tuvo la idea de que Bancal pudiese amar á su muger, ni de que esta pudiese amar á Bancal. Cinco años habia que Lanthenas vivia junto con él y su esposa. No habia visto en esta á la muger pura, casta, sóbria y amando á aquel como una hermana á un hermano? Madama Roland, su Juana, no era la estatua de la Fuerza y de la virtud?

No estrañes, pues, que Roland se sintiera feliz cuando Bancal contestó á su carta con otra llena de ternura y adhesion. Roland la recibió en Lyon y la envió inmediatamente á la Pletsere donde entonces residia su esposa.

Esta leyó la carta en uno de estos dias ardientes en que la electricidad vuela por los aires, en que los mas frios corazones se animan, en que el mismo mármol se estremece. Era un dia de otoño y; sin embargo, la tempestad rugia en el encapotado cielo.

Desde el dia en que vió á Bancal, se habia despertado algo en el corazon de la casta esposa; aquel corazon se abrió brotando de el alguna cosa parecida á un perfume, á uno de esos dulces cantos como el que entona el ave en el fondo de la selva. Se hubiéra dicho que la primavera habia llegado para su alma y que en el campo de lo desconocido que entreveia tras la espesa niebla que lo



envolvía, la mano de este pederoso y divino maquinista que llamamos Dios, preparaba una nueva decoracion llena de odoríferos bosques, de frescas cascadas y de sombreados jardines.

Mad. Roland no conocía el amor; pero, como todas las mugeres, lo adivinaba. Comprendió el peligro, y, llenos sus ojos de lágrimas, pero sonriendo, cogió la pluma, y sin vacilar, sin retardar un momento, escribió á Bancal mostrándole ¡pobre Clorinda herida! la parte falsa de su armadura, confesando su debilidad y matando al mismo tiempo la esperanza que de esta confesion brotaba.

Bancal lo comprendió todo: no habló mas de volverse á reunir, pasó á Inglaterra y estuvo allí dos años.

Aquellos corazones eran realmente del mismo temple que el que alentaban los antiguos! Hé ahí porque hemos pensado que, despues de haber atravesado por tantos tumultos y pasiones, hemos pensado que seria agradable á nuestros lectores el descansar, por un instante en la pura y fresca sombra de la belleza, de la fuerza y de la virtud.

Y no se atribuya á la frialdad de la muger la honestidad de la esposa.

No: todas aquellas mugeres amaban santamente, todos aquellos hombres amaban con ardor. Lucila y Camilo Desmoullins, Danton y su Luisa, la señorita de Keralio y Robert, Sofia y Condorcet, Vergniand y la señorita de Candeille, confirman lo sentado. Hasta el frio y tronchador Robespierre, frio y tronchador como el cuchillo de la guillotina, que no sentia arder su corazon en el fuego del amor, idolatró á la hija de su huesped, el carpintero Dupláy con el cual no tardaremos en relacionarnos.

Y no era un amor verdadero el de Mad. Tallien, de madama Beauharnais, de Mad. Genlis y tantos otros cuyo soplo consolador vivificó, hasta el patibulo el pálido rostro de las victimas?

Si, en aquella tremenda época, todo el mundo amaba; pero la palabra amor se debe tomar en su acepcion mas lata: uno sentia el amor del corazon otro el de los sentidos; este amaba la idea, aquel la materia; estos la pátria, aquellos el género humano. Des-



de Rousseau la necesidad de amar había ido creciendo; se hubiera dicho que, cogía el amor al vuelo; se hubiera dicho que á la proximidad de la tumba, de aquel abismo, de aquella tempestad que rugía en lontananza, los corazones palpitaban de una manera ardiente, devoradora; se hubiera dicho, en fin, que el aliento de todos los pechos se reunía en una hoguera universal y que esta hoguera la constituía un solo y ardiente amor!

#### FIN DEL TOMO SEGUNDO.



PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS CASHIAS  
DEL SEGUNDO TOMO

Lineas

52	Minahan y Gilbert
104	Castillo en las cercanias de los cerros
173	Castillo
238	Detencion de la Real familia en America
300	La muerte de Pedro
315	Asesinato de Francisco



PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS  
DEL SEGUNDO TOMO.

	Páginas.
	<hr/>
Mirabeau y Gilberto. . . . .	32.
Cagliostro en las catacumbas de los masones. . .	104.
Cagliostro. . . . .	172.
Detencion de la Real familia en Varennes. . . .	238.
La muerte de Isidoro. . . . .	266.
Asesinato de Dampierre. . . . .	512.

FIN DEL TOMO SEGUNDO





PLATE DE L'ART

LES MATHÉMATIQUES...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...



LES MATHÉMATIQUES...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...

LES MATHÉMATIQUES...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...  
L'ART DE LA...



## PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID: Librerías de Bailly-Bailliere y Americana, calle del Príncipe;—San Martin, Victoria;—Villaverde, Carretas;—de Lopez, Cármen;—Castillo, Carretas;—Española, Relatores y en la Administración calle del Barco, núm. 6.



EN PROVINCIAS: En las principales librerías, en casa de los señores correspondientes de la Empresa, ó bien dirigiendo en sellos ó libranzas el importe de la obra á las oficinas de la misma calle del Barco, núm. 6, bajo, con sobre á don Bernabé Fernandez.

*Sigue abierta la suscripción por entregas, al precio de Medio real en Madrid y Cinco cuartos en provincias.*